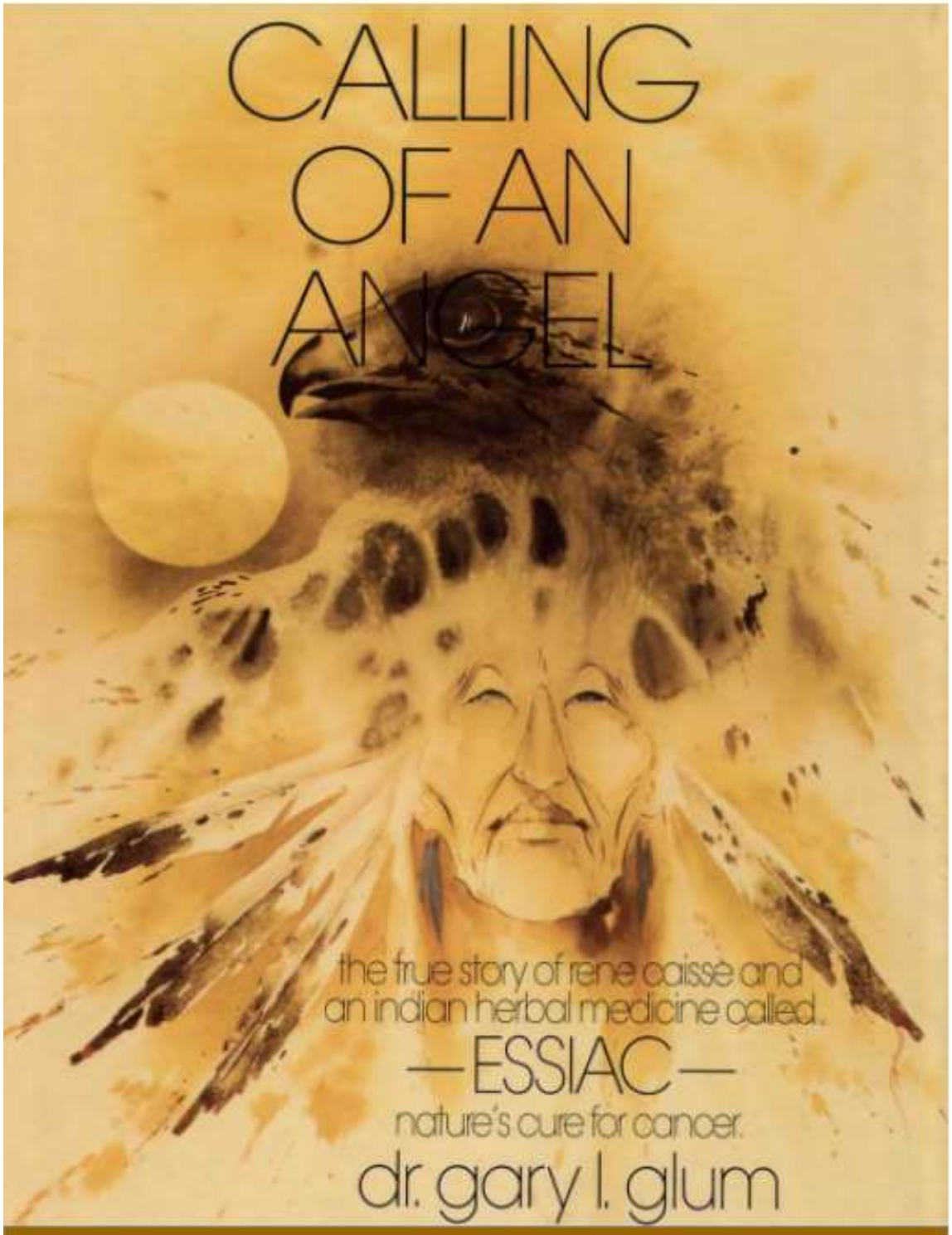


LA HISTORIA DE UNA ENFERMERA VALIENTE Y SU TITÁNICA LUCHA EN DEFENSA DE UN REMEDIO NATURAL CONTRA EL CÁNCER

PRESENTACIÓN DEL EDITOR

Siempre me ha interesado toda información relacionada con las terapias alternativas de la salud. No soy sanitario de profesión, ni tengo estudios oficiales de medicina, pero llevo más de treinta años leyendo y estudiando, y también viviendo con afectados, todo lo relacionado con la enfermedad del cáncer.

Mi padre murió de cáncer de pulmón en el año 1995 (yo tenía entonces 32 años) habiendo sido tratado con quimio y radioterapia como tratamientos convencionales que consiguieron prolongar su vida un año desde que le dieron el diagnóstico (en ese momento sólo le dieron dos meses de vida).

Desde entonces mis encuentros con dicha enfermedad se sucedieron, entre familiares y amigos, de forma habitual. Tres tíos míos, hermanos de mi madre, murieron a consecuencia del cáncer. Uno de mis mejores amigos también se fue, a la edad de 50 años, aunque en ningún momento se le informó del diagnóstico por compasión (porque el cáncer forma parte de esos tabús sociales que parece que cuando te lo dicen están firmando tu sentencia de muerte). Recuerdo haberme encontrado un día en el hospital, por casualidad, a un amigo, con su mujer, en la unidad de cáncer de mama. Tras una breve conversación mi amigo, un tanto azorado, me pidió por favor que no comentara con nadie que su mujer tenía cáncer.

Pero de todas mis encuentros con el cáncer el que marcó un antes y un después fue el de mi padre. Representó la experiencia de vivir el día a día con el proceso de degradación física de la enfermedad, y de su final, que no por anticipado es menos terrible. Recuerdo el informe del diagnóstico firmado por el médico, donde especificaba que mi padre había sido fumador, durante treinta años, de tres cajetillas de tabaco diarias.

Los pulmones de mi padre, de 62 años, estaban literalmente “quemados” por la acción diaria de la nicotina, y la tos persistente que manifestaba era el anuncio de su inminente y trágico final. Ahora pienso que su vida no hubiera durado mucho más, pero en aquellos momentos no era consciente de la gravedad y sí de que la quimio y la radioterapia eran sólo un parche para prolongar en el tiempo la agonía final.

No viene ahora al caso detallar el proceso que me llevó a descubrir la causa principal de la mayoría de los cánceres. En el año 2005 hice una tesis final de mis estudios de

acupuntura, donde expongo todo lo que aprendí sobre el cáncer durante más de 20 años de seguimiento así como la terapia para abordar con acierto, sin recurrir a los potentes venenos químicos de la quimio o la radio*

Lo relatado hasta ahora formó parte de un episodio de mi vida que no tuvo continuidad, ya que en mis país, España, no es legal ejercer otra medicina que no sea la establecida por la normativa oficial. O sea, que si te planteas tratar un enfermo de cáncer con hierbas o simplemente con la dieta, lo más probable es que termines en la cárcel (incluso teniendo el título de médico). Así que cuando finalicé mi tesis sobre el cáncer cerré ese capítulo de mi vida. A pesar de eso, hasta día de hoy no dejado de interesarme por todo lo relacionado con dicha enfermedad, sobre todo lo que tiene que ver con tratamientos alternativos al oficial.

En la actualidad, a mis 62 años, cuando estoy escribiendo estas líneas, ya no esperaba sorprenderme con alguna noticia de algún tratamiento nuevo contra el cáncer que ya no hubiera leído antes. Y sin embargo la vida me volvió a sorprender. Ello fue el pasado mes de diciembre de 2024, estando releyendo el libro de **Jose Francisco Llinares** titulado *Manual de Instrucciones del Cuerpo Humano*. Había leído dicho libro hace algunos meses, pero no había leído entonces el apartado relativo al Cáncer (quizás mi soberbia me había llevado a no esperar nada nuevo).

El caso es que volviendo a repasar el mencionado libro, y esta vez sí prestando atención al apartado del cáncer, por primera vez veo la palabra ESSIAC. En un principio no le concedí la atención necesaria. He perdido la cuenta de supuestos remedios "milagrosos" que he leído a lo largo de mi vida que afirman curar el cáncer. Uno más, con nombre impronunciable, no despertaba en mí el interés suficiente.

Aún así decidí dedicarle unos minutos haciendo una búsqueda en internet poniendo la palabra ESSIAC. No fue mucho lo que encontré. En España no hay mucha información sobre dicho remedio. Entonces me acordé que el nombre de la fórmula eran las palabras al revés de la enfermera que lo descubrió. Y puse en el buscador su nombre: **René Caisse**. Entre los resultados que aparecieron en la pantalla me llamó la atención un libro sobre su historia, titulado CALLING OF AN ANGEL, escrito por el Dr. **Gary Glum**.

El libro estaba en inglés y no había traducción al español. No interesado tanto por la fórmula del remedio herbal como por la vida de su promotora, hice una rápida traducción con una aplicación en internet, y los siguientes días los dediqué a su lectura. El resultado del estudio que le he dedicado al libro mencionado este último mes lo tiene el lector delante de sus ojos.

A medida que avanzaba en su lectura, lo primero que me llamó la atención es lo bien redactado que estaba (su autor es un médico, no un escritor profesional), de tal forma que me sentí enseguida atrapado por su redacción. Me sentí transportado a un tiempo pasado y a una historia real que relataba la lucha de una enfermera anónima, de un pueblo remoto de Canadá, por intentar dar a conocer una fórmula a base de hierbas

---

* El lector interesado puede consultar mi tesis y otros documentos sobre el cáncer que he recopilado a lo largo del tiempo en el siguiente enlace: https://archive.org/details/@paco_rogar

que en su práctica diaria había comprobado que era efectiva contra el cáncer. Y cómo ese empeño suyo la había llevado a enfrentarse con los profesionales de la medicina y con las instituciones médicas oficiales que estos representaban.

Tal ha sido mi identificación con esta historia que he decidido editar, tras la corrección de la traducción inicial, o más bien autoeditar, en el formato presente, el libro mencionado. Mi intención inicial era sólo esa, hacer una traducción y una autoedición para publicarla en internet en formato digital. Pero a medida que avanzaba en mi proyecto, me llamó la atención que en el libro del Dr. Gary Glum no venía la fórmula del ESSIAC. El libro se detenía al final de las entrevistas realizadas a los familiares y amigos directos de René, sin dar los detalles del remedio. Y ahí empezó a crecer mi curiosidad por el mismo.

Entonces descubro que la fórmula de las diferentes hierbas que componen ESSIAC había sufrido a lo largo del tiempo todo tipo de variaciones, encontrándome que todas ellas decían venir de la fórmula original. Y es que René Caisse guardó tanto su secreto hasta el final que el misterio sigue rodeando la composición original de la misma. El lector que siga adelante con la lectura entenderá los motivos.

El caso es que, movido por el interés y también por la curiosidad me puse a revisar la información que había disponible en red sobre la composición del ESSIAC: desde la fórmula que leí por primera vez en el libro de Jose Fco. Llinares, hasta las aparecidas en diferentes libros que hablan del tema. Todas coinciden en las cuatro plantas básicas y en su preparación, pero algunas añaden otras plantas que las diferencian de la original.

Por ello, al final decidí hacer una edición dividida en dos partes. La primera es la traducción al español del original en inglés titulado CALLING OF AN ANGEL, del Dr. Gary Glum, tal como se puede descargar de internet (hay varias páginas web que la ofrecen), y una segunda parte dedicada a exponer las diferentes versiones de la fórmula que me he encontrado, expuestas por sus autores, para que el lector tenga una opinión lo más variada posible.

Y para los que quieran indagar más sobre el tema, al final del libro he puesto en el apartado de bibliografía las referencias de los libros en los que me he basado, así como enlaces a las diferentes webs que ofrecen información. Y si se animan a probar el remedio existe hoy la posibilidad de comprar las hierbas, tanto por separado como ya mezcladas, en las direcciones web indicadas en dicho apartado.

Francisco Romero García
Enero de 2025

El documento completo se puede descargar gratis
en formato PDF en la siguiente dirección:

https://archive.org/details/@paco_rogar

INDICE

PRIMERA PARTE

CALLING OF AN ANGEL

Introducción 10

Capítulo I 17

Capítulo II 25

Capítulo III 41

Capítulo IV 53

Capítulo V 66

Capítulo VI 73

Capítulo VII 81

Capítulo VIII 85

Capítulo IX 88

Capítulo X 95

Capítulo XI 102

Capítulo XII 110

Capítulo XIII 124

Capítulo XIV 131

SEGUNDA PARTE

LAS PLANTAS 140

LA FÓRMULA

LA FÓRMULA AUTÉNTICA DE ESSIAC 147

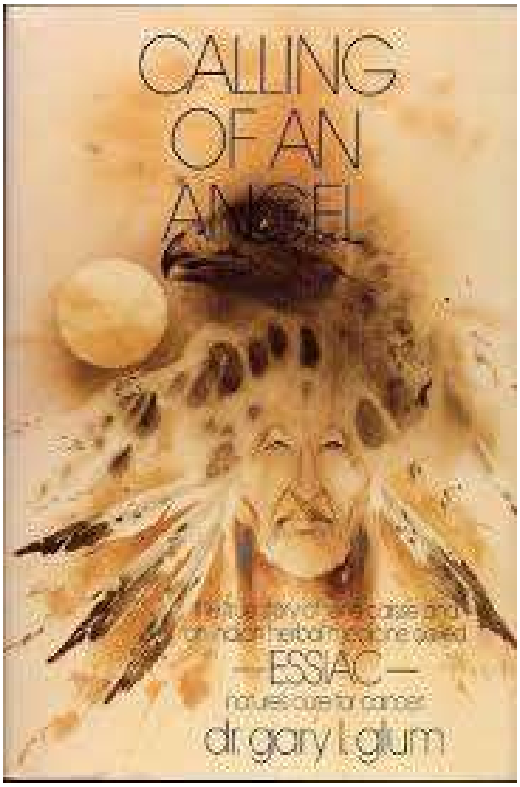
EL POSIBLE INGREDIENTE QUE FALTA 152

LA HISTORIA SECRETA DE UNA FÓRMULA 154

ESSIAC: UN BUEN REMEDIO PARA EL CÁNCER 161

BIBLIIOGRAFÍA 164

PRIMERA PARTE



CALLING OF AN ANGEL

DR. GARY L. GLUM

LLAMADA DE UN ANGEL

Traducido por
Francisco Romero

El 5 de octubre de 1983, E. Bruce Hendrick, jefe de neurocirugía del Hospital para Niños Enfermos de la Universidad de Toronto, escribió al Ministro canadiense de Salud y Bienestar diciendo que el Dr. Hendrick apoyaba un ensayo clínico científico del compuesto para el tratamiento del cáncer conocido como "Essiac".

El Dr. Hendrick declaró que después de que empezaran a tomar Essiac, ocho de diez pacientes con tumores del sistema nervioso central tratados quirúrgicamente habían "escapado de los métodos convencionales de terapia, incluyendo tanto la radiación como la quimioterapia".

El Dr. Hendrick escribió que estaba "muy impresionado con la eficacia del tratamiento y su ausencia de efectos secundarios." Y concluía con esto: "Creo que este método de tratamiento debería considerarse seriamente y se beneficiaría de un ensayo clínico científico".

Con esa carta, el Dr. Hendrick se unió a una larga lista de médicos de más de 60 años que se han pronunciado a favor de Essiac como tratamiento contra el cáncer.

Sin embargo, hoy en día Essiac sigue siendo inaccesible -casi imposible de conseguir- para casi todos los enfermos de cáncer.

¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

Dr. Gary L. Glum

INTRODUCCIÓN

Esta es la historia de una mujer llamada René Caisse. Durante más de 50 años, hasta su muerte en 1978 a la edad de 90 años, trató a miles de pacientes con cáncer, la mayoría de ellos descartados por los médicos como enfermos terminales, con su propia fórmula secreta a base de hierbas. La llamaba Essiac -Caisse deletreado al revés- y preparaba el té ella misma, sola en su cocina.

Sus pacientes juraban por ella. Eran devotos. Hombres y mujeres que creían que les había curado el cáncer se lo contaron a sus amigos y familiares, escribieron cartas a médicos y políticos, hicieron declaraciones juradas, testificaron ante el Parlamento canadiense y suplicaron a René Caisse que les suministrara más Essiac cuando lo necesitaran. Algunos maridos y esposas de pacientes que murieron escribieron cartas a René agradeciéndole profundamente haber hecho la vida más fácil -sin dolor- y más larga a sus seres queridos. A su funeral en el pueblo de Bracebridge, a unos 170 kilómetros al norte de Toronto, asistieron cientos de personas, entre ellas antiguos pacientes a los que René había tratado de un cáncer terminal ya en los años 30 y que seguían en pie para enterrarla y contar sus historias.

Estoy convencido de que Essiac funciona. Tiene un potente poder curativo y preventivo. Es un regalo de la naturaleza. He visto una pequeña parte de las pruebas con mis propios ojos y he experimentado el poder de Essiac como tónico saludable en mi propia vida. Sufrí bronquitis crónica hasta hace unos años, cuando oí hablar por primera vez de Essiac y lo probé. A los pocos días me desapareció la tos y no ha vuelto a aparecer. Sigo bebiendo Essiac. Sabe a lo que es, una tisana. Tan simple y suave como cualquiera de las tisanas de todo el mundo que se pueden comprar en cualquier supermercado. Nunca me he sentido mejor. Hoy en día, en todo Canadá y en algunas partes de Estados Unidos hay personas de todas las edades absolutamente convencidas de que Essiac les ha salvado la vida o la vida a sus amigos y seres queridos. Pero no se puede comprar en ningún supermercado.

Desde 1925 se viene afirmando que Essiac es un tratamiento eficaz contra el cáncer. Así que los gobiernos de Norteamérica lo han clasificado como "medicamento". El gobierno canadiense estuvo a punto de legalizar su uso por parte de René en 1939, y desde entonces ha ido dando tumbos para decidir cómo manejar la situación. La política ha ido desde amenazar a René con arrestarla si no cerraba su clínica hasta prometerle públicamente -de forma oficial, en la prensa- que no sería arrestada si accedía a mantener abierta su clínica, acallando así el clamor público que surgió después de que el gobierno amenazara con cerrarla.

En la última década, el gobierno canadiense ha clasificado el Essiac como "medicamento experimental", y después como "medicamento experimental" que no había demostrado ser prometedor, y hoy en día -como muestra la carta del Dr. Hendrick- todavía se libran batallas internas en Canadá sobre el futuro del Essiac.

En Estados Unidos, una demanda colectiva presentada en 1978 ante un tribunal federal de Detroit para autorizar la importación de Essiac para el tratamiento del cáncer fue rechazada por el gobierno. Aparte de eso, el gobierno de EE.UU. no se ha enfrentado a mucha presión sobre Essiac. Probablemente haya funcionarios de alto nivel en la Administración de Alimentos y Medicamentos de EE.UU. -y el Instituto Nacional del Cáncer- que toman decisiones de vida o muerte sobre medicamentos contra el cáncer que podrían decir honestamente que nunca han oído hablar de Essiac. Espero que se tomen el tiempo de leer este libro.

No afirmo que Essiac sea una panacea milagrosa, capaz de curar todos los cánceres en todas las personas, ni tampoco lo creo. René Caisse ni siquiera creía eso. Ella no afirmaba que Essiac fuera una "cura para el cáncer". Fueron sus antiguos pacientes los que hicieron esa afirmación, enérgicamente y durante muchas décadas. Lo que René sostenía era que Essiac provocaba la regresión de algunos tumores cancerosos, la destrucción total de otros, prolongaba la vida en la mayoría de los casos y -en prácticamente todos los casos- disminuía significativamente el dolor y el sufrimiento de los pacientes con cáncer.

Si los testimonios de los antiguos pacientes de René, incluidos los que han prestado juramento, tienen alguna credibilidad -y cuando los presente, creo que estará de acuerdo en que la tienen-, los poderes de Essiac como analgésico en pacientes con cáncer son nada menos que fenomenales. En sesenta años de relatos personales, el alivio de la agonía y una mayor sensación de bienestar -a menudo hasta el punto de pasar el día sin narcóticos- es uno de los temas predominantes. Se oye una y otra vez, y siempre con un profundo sentimiento de gratitud.

René luchó durante casi toda su vida adulta contra todo pronóstico y bajo presiones increíbles, algunas de ellas impuestas por ella misma, para que esos simples hechos se convirtieran en sabiduría aceptada. Nunca abandonó su lucha. Pero para una mujer, hace muchos años, convencer a las instituciones médicas y jurídicas de Norteamérica de que un tratamiento natural del cáncer basado en hierbas silvestres podría tener más sentido que los medios aceptados de cirugía, radiación y quimioterapia..., podría haber sido como decirles en un siglo anterior que la Tierra es redonda.

Recuerde: René luchaba contra el cáncer con un tratamiento natural en una época en la que la sabiduría convencional de la clase médica negaba incluso que la dieta pudiera ser un factor causante del cáncer. Es difícil de creer, sabiendo lo que sabemos ahora -y lo que se ha convertido en la sabiduría convencional-, pero durante generaciones los médicos que predicaban causas dietéticas del cáncer fueron rechazados por la mayoría de los médicos como charlatanes. Entonces, ¿qué iba a pensar la clase médica

de esta mujer -que ni siquiera era médico- que predicaba que el tratamiento del cáncer se encontraba en las plantas silvestres?

Mi objetivo en este libro es sencillo: Quiero contar la historia de la extraordinaria Vida de esta mujer corriente y compartir los conocimientos sobre Essiac para que la gente pueda tomar sus propias decisiones informadas sobre cuál debe ser su futuro. No pretendo tener todas las respuestas sobre cómo y por qué funciona Essiac, ni la prueba científica definitiva de que así es. Hay grandes lagunas, como explicaré, en mi propio conocimiento de esta historia. Gran parte de ella sigue siendo un misterio para mí, que plantea preguntas profundamente intrigantes que me encantaría ver respondidas.

Pero sí sé que ya hay suficientes pruebas de que Essiac ha beneficiado a pacientes con cáncer en los últimos 60 años como para justificar esos estudios clínicos controlados que algunos médicos -como el Dr. Hendrick- han defendido durante décadas.

El riesgo para el público parece ser mínimo. Parece existir un acuerdo universal entre los médicos y científicos que han realizado investigaciones sobre Essiac -y los pacientes que lo han consumido- de que Essiac no es tóxico y carece de efectos secundarios nocivos. René Caisse lo bebió todos los días durante medio siglo y algunos de sus familiares y amigos íntimos siempre se aseguraban de tomar su taza diaria. Ni siquiera los peores enemigos de René Caisse han esgrimido el argumento de que la gente se hacía daño bebiendo el té.

Esta naturaleza no tóxica de Essiac es una consideración importante para convertirlo en un tratamiento digno de una investigación seria. Muchos de los medicamentos de quimioterapia convencionalmente aceptados vienen con etiquetas de advertencia tóxicas. Uno de los medicamentos contra el cáncer comúnmente administrados es el producto químico Fluorouracil (5 FU). Observe esta advertencia en el folleto del fabricante: "Precauciones: El Fluorouracilo es un fármaco altamente tóxico con un estrecho margen de seguridad. Por lo tanto, los pacientes deben ser cuidadosamente supervisados ya que es poco probable que se produzca una respuesta terapéutica sin alguna evidencia de toxicidad... Toxicidad hematológica severa, hemorragia gastrointestinal e incluso la muerte pueden resultar del fluorouracilo a pesar de una meticulosa selección de los pacientes y un cuidadoso ajuste de la dosis."

Por si fuera poco, los "medicamentos experimentales" oficialmente aceptados, en los que el gobierno y las empresas farmacéuticas prodigan enormes sumas de fondos para su desarrollo, pueden ser aún peores. Según un artículo publicado en 1981 en el Washington Post, una importante empresa farmacéutica estadounidense invirtió grandes sumas de dinero y años de investigación en una hierba de la India que esperaban que tuviera un efecto beneficioso sobre ciertas formas de leucemia, a pesar de que se sabía de antemano que la hierba causaba graves daños hepáticos en el ganado. Y, efectivamente, cuando la hierba se sintetizó en un producto químico y se administró a pacientes con cáncer, hubo informes de que estaba ayudando a algunas personas y matando a otras.

Pero no había nada inusual en ello. "Sabíamos desde el principio que esto causaba toxicidad en los animales", citó el Post a un funcionario de la Administración de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos. "Casi todos los fármacos oncológicos en investigación son muy tóxicos". Cuando lea esta historia y se pregunte -como yo hice muchas, muchas veces mientras la investigaba- si un compuesto a base de plantas desarrollado por una mujer podría ser -incluso posiblemente- más seguro y eficaz que lo mejor que ya nos está aportando la ciencia médica, tenga presente esta cita de esa misma serie de artículos del Washington Post de 1981:

> "Durante la última década, se han administrado más de 150 fármacos experimentales a decenas de miles de enfermos de cáncer bajo el patrocinio del Instituto Nacional del Cáncer del Gobierno Federal de Estados Unidos. Muchos de estos fármacos proceden de una lista de productos químicos industriales altamente tóxicos, como pesticidas, herbicidas y colorantes... Aunque todos los medicamentos contra el cáncer pueden provocar efectos secundarios en algunas de las personas que los toman, los fármacos experimentales -además de provocar cientos de muertes- han provocado una lista de pesadilla de reacciones adversas graves, como insuficiencia renal, insuficiencia hepática, insuficiencia cardíaca, dificultad respiratoria, destrucción de la médula ósea para que el cuerpo ya no pueda producir sangre, daños cerebrales, parálisis, convulsiones, coma y alucinaciones visuales.
>
> "Se sabe tan poco sobre muchas de estas sustancias químicas que los médicos han encontrado estos irónicos resultados: En algunos casos, el fármaco experimental en realidad estimuló el crecimiento del tumor en lugar de detener el cáncer, y en otras pruebas, los médicos y los investigadores encontraron que el propio fármaco experimental causó cáncer."

A René Caisse no le habría sorprendido leer eso. Después de toda una vida luchando contra el cáncer, su opinión sobre el uso de estos medicamentos tóxicos era contundente y desagradable: "La quimioterapia debería ser un delito penal", declaró a un periodista.

Aunque el estamento médico aún no ha reconocido como legítimo el tratamiento a base de plantas de René Caisse contra el cáncer, existen precedentes más que sobrados del planteamiento que ella adoptaba. Según un documental de NOVA de 1987 sobre "El poder oculto de las plantas", emitido por el Public Broadcasting System: "De hecho, la historia de la medicina ha sido en gran medida la historia de las plantas y de las potentes sustancias químicas que producen. En todo el mundo, los curanderos tradicionales, utilizando medicamentos vegetales, proporcionan asistencia sanitaria al ochenta por ciento de la población humana: más de cuatro mil millones de personas."

Desde los años 50, los médicos utilizan un alcaloide llamado vincristina -procedente de una planta perenne conocida como vincapervinca- en el tratamiento de la leucemia infantil y otros tipos de cáncer. La digitalina, que procede de las hojas de la planta dedalera, es un importante medicamento para el corazón. Según el documental

de NOVA, "más del 25 por ciento de los medicamentos recetados en EE.UU. siguen conteniendo materiales vegetales como sus principales ingredientes activos".

A lo largo de la historia hay innumerables ejemplos de personas que descubrieron las propiedades curativas de la naturaleza antes de que la ciencia pudiera entenderlas, o incluso creer que existían. Los indios sudamericanos trataban las fiebres, sobre todo las palúdicas, con una tisana de corteza de quina. Con el tiempo, los científicos descubrieron que la corteza de quina es una fuente natural de quinina.

La ciencia no descubrió que la vitamina C prevenía el escorbuto. Los marineros ingleses lo descubrieron sin saberlo. Lo único que sabían era que era mejor llevarse algunos cítricos -limones, limas- en los largos viajes oceánicos. Por eso a los ingleses se les llegó a llamar "limeys". La ciencia no descubrió la vitamina C hasta 1932.

Durante siglos, los indios americanos trataron diversos dolores con una tisana de corteza de sauce blanco. A los médicos que oyeron hablar de él por primera vez debió de parecerles terriblemente primitivo. Ellos confiaban en su ciencia; los indios, en la naturaleza. Pero, con el tiempo, la ciencia se puso al día. Hoy, la corteza de sauce blanco sintetizada y refinada es la base de lo que llamamos aspirina.

Siempre, en todas las culturas, ha habido lo que podríamos llamar "pruebas vivas" del valor medicinal de las plantas mucho antes de que hubiera pruebas científicas y aceptación. Las pruebas vivas, por supuesto, no son aceptables para la comunidad científica. Ni siquiera el testimonio de personas corrientes, bajo juramento, cumple las rigurosas normas de la prueba científica. Pero pase lo que pase en el mundo científico, la prueba viviente será lo que pase de persona a persona y evite que el Essiac desaparezca por completo en el mundo moderno.

Los archivos de René Caisse están llenos de cartas de personas de toda Norteamérica que dan testimonio de experiencias salvadoras con Essiac. Casi 404 personas se presentaron a las audiencias de la Comisión Canadiense del Cáncer en 1939 dispuestas a prestar juramento y declarar que el Essiac les había salvado la vida.

Hoy en día, en todo Canadá y en algunas partes de los EE.UU., hay miles de personas que no saben nada acerca de las pruebas científicas, pero que saben que Essiac les benefició o incluso les salvó a ellos o a un ser querido. Para la ciencia negar que existe una relación de causa y efecto entre Essiac y el alivio del dolor y la regresión de los tumores cancerosos es casi como decir, bueno, podemos ver todas esas grandes nubes de humo, pero no hemos sido capaces de determinar con certeza que hay un incendio.

Aunque la mayoría de los estadounidenses nunca han oído hablar del Essiac, la controversia que inspira ha hecho estragos en Canadá desde la década de 1920, cada pocos años bajo la mirada pública de la prensa, y que a menudo implicaba a los más altos círculos médicos, jurídicos y políticos de Canadá. Pero siempre esa controversia se centraba en esta mujer que vivía, la mayor parte del tiempo , en el diminuto pueblo de Bracebridge, Ontario, de unos 9.000 habitantes.

René Caisse era una figura pública poco común. Era una enfermera experta que no ansiaba llamar la atención ni ganar dinero. "Nunca tuve 100 dólares que pudiera considerar míos", solía reírse con sus amigos. No cobraba por sus servicios. Sólo aceptaba contribuciones voluntarias en forma de fruta, verdura o huevos, en la mayoría de los casos de quienes podían permitírselo, y no rechazaba a quienes no podían pagar nada.

Un hombre, Ted Hale, se sintió tan agradecido al ver cómo su mujer se recuperaba del cáncer con Essiac que deslizó un billete de 50 dólares bajo un libro en una estantería cuando fue a recoger otro frasco de René. La siguiente vez que llegó a su puerta, dice, ella le agarró por el cuello de la camisa, le metió dentro y le echó la bronca. ¿Cómo se atrevía a dejarle tanto dinero? A ella no le gustó nada. Él se disculpó y le preguntó si lo aceptaría como forma de donación para las próximas personas que necesitaran su Essiac y no pudieran permitirse dejarle nada. Finalmente cedió por esos motivos y se quedó con el dinero, pero Ted Hale todavía se ríe de su propia vergüenza cuando cuenta la historia diez años después.

René Caisse vivió toda su vida en circunstancias modestas mientras rechazaba ofertas de grandes sumas de dinero para revelar su fórmula. Se negó a revelar su fórmula a personas que querían ayudarla; se negó a revelar su fórmula a poderosas instituciones que la exigían antes de considerar la legitimación del Essiac. Lo que René Caisse quería era curar a los enfermos y garantizar la legalización de Essiac para todos, pero su intransigente negativa a dejar de guardar el secreto sobre la fórmula le costó -y nos costó- muy caro.

Se negó a revelar la fórmula al gobierno canadiense, al Memorial Sloan-Kettering Cancer Center de Nueva York -el centro privado de investigación del cáncer más grande del mundo- y al Instituto Nacional del Cáncer, por nombrar sólo algunas de las instituciones que quisieron la fórmula en algún momento. Ella no les daría la fórmula hasta que admitieran que Essiac tenía mérito como tratamiento contra el cáncer. Se negaron a admitir cualquier mérito hasta que ella les dio la fórmula.

Los argumentos de ambas partes eran legítimos. René temía que el estamento médico explotara el Essiac, cobrando precios exorbitantes para amasar una fortuna y poniéndolo fuera del alcance de los pobres, o que lo desacreditara y lo enterrara. Los médicos y los políticos argumentaron que no podían aceptar la legitimidad de un tratamiento contra el cáncer si ni siquiera sabían lo que contenía. El resultado fue un trágico empate.

Hemos perdido décadas de valiosa investigación. En retrospectiva, se puede argumentar que René Caisse debería haber dado la fórmula a cualquier persona, en cualquier lugar, en cualquier momento, que quisiera tenerla por cualquier razón, sobre la base de que cuantas más personas la tengan, más posibilidades habrá de que la verdad salga a la luz. Ésa será sin duda la postura adoptada en este libro.

Voy a dar a conocer al público, por primera vez, la fórmula y el procedimiento para preparar Essiac. Al final de este libro explicaré detalladamente cómo lo haré, y cómo

podrá tener esa información quien la desee. Creo que la información debe estar en manos del público. La gente debe tener el derecho a tomar sus propias decisiones sobre si beben o no el té Essiac. La gente puede prepararlo por sí misma, si lo desea, tal como lo hizo René. La preparación no tiene ningún misterio. Debe hacerse con cuidado y precisión -como explicaré- pero al final se reduce a: Poner tanta cantidad de esta hierba, tanta cantidad de aquella hierba, prepararlo y beber el té.

Las hierbas crecen en muchas regiones. René solía decir que en Ontario crecen hierbas suficientes para abastecer a todo el mundo. Pero al revelar la fórmula, comparto uno de los profundos temores de René, que desempeñó un papel importante en su negativa a hacer pública la fórmula hasta que los órganos rectores de la medicina y el derecho admitieran que tenía mérito: A saber, que una vez que las hierbas sean identificadas públicamente, estas plantas baratas y ampliamente disponibles pasen a formar parte de la lista federal de "sustancias controladas" -como alguna droga peligrosa- y se conviertan de repente en muy difíciles -e ilegales- de adquirir.

Pero no puedo hacer nada al respecto. Como siempre, esas decisiones corresponden a los gobiernos. Pero mi decisión es contar la historia de cómo llegué a poseer la fórmula, presentarla al público y dejar que la gente decida lo que quiere hacer con ella. Al menos una vez que la fórmula sea de dominio público, el viejo argumento que se utilizó durante tanto tiempo contra René -no podemos hacer estudios científicos adecuados hasta que conozcamos la fórmula- dejará de tener validez alguna. Sloan-Kettering, por ejemplo, le dijo a René Caisse, al menos en 1975, que realizarían más estudios clínicos sobre Essiac si tuvieran la fórmula. Pues bien, ahora la tienen. Y también la tendrá quien la quiera.

René Caisse fue una mujer dulce que dio lo mejor de sí misma y vio lo peor. La mayor parte de su vida estuvo rodeada del dolor y el sufrimiento de los demás. Vivió asediada la mayor parte del tiempo, con una legión de partidarios que la veían como una santa y poderosos enemigos que querían arrestarla por ejercer la medicina sin licencia. Se volvió tan temerosa y paranoica ante la posibilidad de ser arrestada que a veces tuvo que rechazar a moribundos que le suplicaban que les ayudara. Pero lo más frecuente era que encontrara la manera de ayudar a la gente que acudía a ella, incluso a completos desconocidos que no tenían nada que ofrecerle. Una vez habló de su situación: "Siempre iba un paso por delante de un policía. Estábamos justo enfrente de la cárcel del pueblo y el portero solía bromear diciendo que me guardaba una celda".

La bendición del Essiac trajo consigo una maldición para René Caisse: su vida nunca fue suya.

CAPÍTULO I

En 1922, René Caisse era una enfermera quirúrgica de 33 años en Haileybury, Ontario. Los médicos y cirujanos a los que asistía la tenían en gran estima. Se había labrado una excelente reputación como enfermera.

Su familia era importante en la zona de Bracebridge. Sus padres formaban parte de los pioneros que se establecieron allí en la década de 1870, cuando la industria maderera y la caza de pieles abrieron las puertas de esa remota región de Canadá.

El padre de René regentaba la barbería local y participaba activamente en asuntos cívicos; su madre lo hacía en asuntos eclesiásticos. Criaron a sus 12 hijos como buenos católicos, y René, la octava de 12 hermanos, permaneció fiel a la Iglesia toda su vida.

Las viejas y descoloridas fotografías de los Caisse y sus 12 hijos posando para los retratos muestran a una familia guapa y bien vestida. Las pocas fotografías que se conservan de René de joven, con su uniforme de enfermera, la muestran esbelta y sorprendentemente bella, morena y de ojos brillantes.

Esas fotografías sorprenden incluso a las personas que la conocieron en los años posteriores a su descubrimiento de Essiac. En algún momento de esos años, se dejó llevar físicamente y llegó a tener un sobrepeso terrible, de más de 90 kilos, y así permaneció el resto de su vida. Pero cuando era joven, René Caisse era una auténtica belleza.

Un día de 1922, René atendía a una anciana que acababa de salir de una operación. El pecho derecho de la mujer tenía muchas cicatrices. René le preguntó qué le había ocurrido. Como René describió más tarde la escena, muchas veces a lo largo de muchos años y siempre de la misma manera, la mujer contó a René que había venido de Inglaterra 30 años antes para reunirse con su marido, que estaba haciendo prospecciones en el norte de Ontario. Poco después de llegar a Canadá, le dolía e hinchaba el pecho derecho. Un viejo curandero indio del campamento minero le dijo que tenía cáncer y que podía curarlo con un remedio herbal indio. Estaría encantado de dárselo.

Pero su marido la había llevado a los médicos de Toronto. Los médicos le dijeron que padecía un cáncer avanzado y que había que extirparle el pecho de una vez. Ella no quería operarse. Una de sus amigas había muerto recientemente a causa de la misma operación y, de todos modos, no podían permitirse la operación, así que decidió arriesgarse con el viejo indio.

Cuando volvieron al campamento minero, el indio le dio a beber una tisana y le explicó los ingredientes y la forma de prepararla para que se la hiciera ella misma cuando necesitara más. Bebió la tisana todos los días durante algún tiempo y, poco a poco, los tumores disminuyeron de tamaño y desaparecieron. Le quedaron cicatrices en el pecho, pero más de 20 años después seguía sin tener cáncer. Tenía casi 80 años cuando le contó su historia a René.

"Me interesé mucho", dijo René años más tarde, "y anoté los nombres de las hierbas que había utilizado. Sabía que los médicos se echaban las manos a la cabeza cuando se descubría un cáncer en un paciente; era casi como una sentencia de muerte. Decidí que si alguna vez tenía cáncer, utilizaría esta tisana. Aproximadamente un año después estaba visitando a un anciano médico jubilado al que conocía bien. Estábamos paseando despacio por su jardín cuando cogió su bastón y levantó una mala hierba. Enfermera Caisse, -me dijo-, si la gente usara esta hierba habría poco o ningún cáncer en el mundo. Me dijo el nombre de la planta. Era una de las hierbas que mi paciente había nombrado como ingrediente del té del curandero".

René siempre dejaba claro que no hacía nada inmediatamente con la información. No tenía forma de saber si creérsela, y estaba ocupada con su labor de enfermera, así que se limitaba a archivarla por si alguna vez podía necesitarla en el futuro.

El futuro llegó de repente. Pocos meses después de pasear por el jardín con el médico, René recibió la noticia de que la única hermana de su madre había sido operada en Brockville, Ontario. Tenía cáncer de estómago con afectación hepática. Le dieron seis meses de vida como máximo.

René: "Me apresuré a verla y hablé con su médico. Era el Dr. R.O. Fisher de Toronto, a quien conocía bien porque había atendido a pacientes para él muchas veces. Le hablé de la tisana y le pedí permiso para probarla bajo su observación, ya que aparentemente no había nada más que la ciencia médica pudiera hacer por mi tía. Consintió rápidamente."

Pensando que no tenía nada que perder, René reunió las hierbas y preparó el té. Según el relato de René, su tía bebió el té durante dos meses, se puso gradualmente más fuerte y finalmente se recuperó. (Y vivió otros 21 años). René tuvo su primer converso en la comunidad médica: El Dr. R. O. Fisher. "El Dr. Fisher quedó tan impresionado que me pidió que utilizara mi tratamiento en algunos de sus otros casos de cáncer sin esperanza", dijo René años más tarde.

A lo largo de la década siguiente, se supo que René y el Dr. Fisher estaban, de hecho, tratando a pacientes. Esos pacientes mejoraron lo suficiente como para convencer al Dr. Fisher de que René Caisse había hecho un descubrimiento importante. Se convirtió en uno de sus más firmes defensores y, según René, en la persona que le sugirió que podrían conseguir resultados aún más espectaculares si se inyectaba la sustancia hipodérmicamente.

René recordó más tarde su primera inyección a un paciente humano. Un hombre de Lyons, Nueva York, paciente del Dr. Fisher, tenía cáncer de garganta y lengua. "El Dr. Fisher quería que le inyectara Essiac en la lengua. Casi me muero del susto. Y se produjo una reacción violenta. El paciente desarrolló un fuerte escalofrío; la lengua se le hinchó tanto que el médico tuvo que presionarla con una espátula para dejarle respirar. Eso duró unos 20 minutos. Después, la hinchazón desapareció, el escalofrío remitió y el paciente se recuperó. El cáncer dejó de crecer, el paciente se fue a casa y vivió muy a gusto durante casi cuatro años."

Pero para René era obvio que tenía que aprender mucho más sobre las hierbas antes de inyectar a más pacientes. Al mismo tiempo, tenía que ganarse la vida, así que conservó su trabajo de enfermera y trabajaba largas jornadas en el hospital. Las noches y los fines de semana los pasaba en el sótano de la casa de su madre en Toronto, que había convertido en laboratorio, inyectando distintas combinaciones de hierbas en ratones a los que se había inoculado cáncer humano.

> **René llegó a la conclusión de que una de las hierbas reducía el crecimiento de los tumores; las otras funcionaban como purificadores de la sangre, limpiando el sistema de tejidos destruidos e infecciones eliminadas por los tumores malignos.**
>
> "Descubrí que los ingredientes que detenían el crecimiento de los tumores malignos podían administrarse mediante inyección intramuscular en el antebrazo para destruir la masa de células malignas, y administrando el medicamento por vía oral para purificar la sangre, obtenía resultados más rápidos que cuando todo el medicamento se administraba por vía oral."

Mientras tanto, se corría la voz de que esta enfermera estaba teniendo éxito en el tratamiento de enfermos de cáncer con fórmulas a base de hierbas. Algunos colegas del Dr. Fisher empezaron a pedir a René que tratara sus casos desesperados. Uno de esos pacientes era un hombre de 80 años cuya cara estaba tan destrozada por el cáncer que sus médicos decían que no podría vivir más de diez días.

René: "No esperamos un milagro, -me dijeron-. Pero si su tratamiento puede ayudar a este hombre en esta fase del cáncer, sabremos que ha descubierto algo que el mundo entero necesita desesperadamente: Mi tratamiento detuvo la hemorragia en menos de 24 horas. La cara del hombre se curó. Vivió seis meses, con muy pocas molestias".

En 1926, nueve médicos canadienses licenciados, que habían visto los resultados del trabajo de René, dieron el inusual y dramático paso de solicitar al Ministerio de Salud y Bienestar de Canadá que permitiera a René realizar pruebas a gran escala con Essiac. La petición decía así:

> *Nosotros, los abajo firmantes, creemos que el "Tratamiento para el Cáncer" dado por la enfermera R.M. Caisse no puede hacer daño y que alivia el dolor, reducirá el agrandamiento y prolongará la vida en casos desesperados. Por lo que sabemos, no se le ha dado un caso para tratar hasta que todo en la*

ciencia médica y quirúrgica se había intentado sin efecto, e incluso entonces, ella fue capaz de mostrar resultados notablemente beneficiosos, en estos casos, en esa etapa tardía. Nos interesaría que se le diera la oportunidad de demostrar su trabajo a lo grande.

Por lo que sabemos, ha tratado todos los casos de forma gratuita y ha llevado a cabo esta labor durante los dos últimos años.

Firmado,

R.O. Fisher, R.C.P,M.R.C.S.
J.X. Robert, M.B.
R.A. Blye, M.B.
C.E. Becker, M.D.C.M.
E.F Hoidge, M.B.,L.R.C.P,M.R.C.S.
J.A. McInnis, M.D.
Chas. H. Hair, M.D.C.M.
A. Moore, M.D.C.M.
W. F Williams, M. D.

René Caisse fue lo bastante ingenua como para creer que su trabajo sería ahora reconocido y promovido por cauces oficiales. Según su propia descripción, se sintió "desbordante de alegría por esta expresión de confianza de tan destacados médicos en relación con los beneficios derivados de mi tratamiento."

Pero su alegría duró poco. El tiro le salió por la culata. Se convirtió en el pistoletazo de salida de la guerra contra el Essiac. El gobierno no tardó en atacar a esta enfermera que practicaba la medicina. El Departamento de Salud y Bienestar envió inmediatamente a dos de sus médicos a investigar a René. Llevando documentos oficiales que les autorizaban a arrestarla -o a prohibirle ejercer sin licencia- se presentaron sin previo aviso en la puerta de su casa.

René estaba muy afectada, pero les explicó que sólo trataba a pacientes que habían sido abandonados por sus médicos como enfermos terminales y que sólo aceptaba contribuciones voluntarias. No cobraba por sus servicios. Les enseñó sus papeles, sus informes, las cartas de los médicos. La escucharon y decidieron echarse atrás. Le dijeron que no iban a detenerla ni a ordenarle que dejara de hacer lo que hacía.

René ganó esa batalla, pero la guerra continuó. Durante los quince años siguientes vivió bajo asedio. A medida que se corría la voz sobre su tratamiento contra el cáncer -en gran parte gracias a antiguos pacientes y a sus amigos y familiares, así como a cientos de artículos de periódicos de todo Canadá-, René trataba a docenas, y más tarde a cientos, de pacientes al mes, mientras los médicos y funcionarios que querían que la detuvieran luchaban -en el parlamento, en la prensa, en la burocracia gubernamental- con los médicos y funcionarios que creían en ella y querían que la dejaran en paz para hacer su trabajo.

Uno de los dos primeros médicos enviados por el Departamento de Salud y Bienestar en 1926 para investigar y tal vez detener a René fue el Dr. W.C. Arnold. Quedó tan impresionado con lo que vio que hizo los arreglos necesarios para que ella llevara a cabo sus experimentos con ratones en el Christie Street Hospital de Toronto, bajo la supervisión de dos de los médicos del hospital. (El Dr. Arnold, que más tarde se convertiría en médico jefe de la Junta de Pensiones de Canadá, mantuvo correspondencia con René durante los 15 años siguientes, escribiéndole largas cartas de ánimo, aconsejándola en sus batallas políticas, ayudándola a conseguir apoyos y -siempre- tratando de persuadirla para que le diera a conocer la fórmula.)

Recordando muchos años después sus días en el laboratorio del Christie Street Hospital, René dijo: "Esos ratones fueron inoculados con sarcoma de Rous. Los mantuve vivos 52 días, más de lo que nadie había conseguido".

Los médicos siguieron enviando pacientes con cáncer a René. Uno de los médicos que firmó la petición en 1926 fue aún más lejos en 1929. En 1929, uno de los médicos que firmó la petición fue aún más lejos y escribió con todo lujo d e detalles lo que le había ocurrido a uno de los enfermos de cáncer que había remitido a René Caisse.

La carta de dos páginas a espacio sencillo, fechada el 22 de marzo de 1929 y firmada por el Dr. J.A. McInnis, cuenta la historia de una mujer de 55 años identificada únicamente como la Sra. DeCarle. Le visitó por primera vez a finales de 1928. Sufría fuertes dolores abdominales. La examinó y descubrió un tumor en la parte superior del abdomen. "Este tumor era duro y nodular al tacto. También había otra masa que podía palparse claramente en la región del útero".

El Dr. McInnis escribió entonces: "Por la historia de su caso, los síntomas y el examen físico, no dudé en llegar al diagnóstico de carcinoma". Más tarde fue informado por la familia de la Sra. DeCarle de que había estado bajo el cuidado de dos especialistas en Brockville que creían que la enfermedad era maligna y que a la Sra. DeCarle sólo le quedaban varios meses de vida.

"Como este caso era inoperable", declaró el Dr. McInnis, "cualquier tratamiento que se le administrara sólo podía ser de naturaleza paliativa y empezamos a administrar a la Srta. Caisse el tratamiento contra el cáncer el 3 de diciembrerd . El medicamento estaba en forma líquida y se administraba por vía oral, dos veces al día. Después de los primeros diez días de tratamiento, se observó una gran mejoría, tanto en el estado general de la paciente como en relación con los dos tumores que he descrito, en cuanto a tamaño y consistencia. El abdomen estaba menos rígido, su apetito mejoró y las molestias y dolores después de comer disminuyeron considerablemente."

En los exámenes que realizó a la Sra. DeCarle durante las semanas siguientes, el Dr. McInnis observó que los tumores del abdomen y la pelvis eran cada vez más pequeños y que el estado nodular de los tumores estaba desapareciendo. "Además, la salud y el estado general de la paciente mejoraron maravillosamente. Cada semana se sentía mejor y era capaz de permanecer levantada la mayor parte del día, podía comer bien, los dolores y molestias habían desaparecido y empezó a ocuparse de las tareas

domésticas, además de lo cual, iba ganando peso." La Sra. DeCarle fue tratada hasta el 1 de marzo, "cuando su estado general de salud parecía normal. El crecimiento en la parte superior del abdomen se redujo, al menos, en más de dos tercios de su tamaño anterior, la condición nodular desapareció por completo, y lo que quedaba parecían ser sólo adherencias del epiplón enrollado. El tumor en la pelvis era apenas palpable."

El Dr. McInnis describió entonces a la Sra. DeCarle con un aspecto "de salud normal". Ella le había dicho que se sentía tan bien como nunca, y que había engordado 9 kilos. "En conjunto, diría que el tratamiento ha producido una notable transformación. Queda por ver si los resultados obtenidos hasta ahora con el tratamiento de la señorita Caisse serán permanentes. Soy de la opinión de que estos resultados son concluyentes."

El Dr. McInnis señaló que no se había tomado ninguna radiografía antes de iniciar el tratamiento, y que no se había tomado ninguna radiografía desde el final del tratamiento. Pero: "En el momento en que se hicieron las series gástricas, las películas indicaban la presencia de las dos masas que he descrito y eran fuertemente indicativas de carcinoma".

Concluyó: "Deseo declarar que los resultados del tratamiento de la señorita Caisse han sido decididamente notables y no dudo en afirmar que este tratamiento ha reducido los crecimientos al mínimo, ha aliviado por completo el dolor y ha devuelto aparentemente la salud normal a la paciente."

Un ejemplo típico es el del Dr. J. Masson Smith de Beaverton, Ontario. El 23 de febrero de 1932, dirigió a René una escueta carta titulada "Estimada señora" en la que le informaba, en los términos más breves posibles, de que el Sr. E. Maxwell parecía padecer una "enfermedad maligna en el páncreas".

El Dr. Smith enumeró los síntomas -pérdida de apetito, pérdida de 20 libras, debilidad extrema- y dijo que el Sr. Maxwell "desea emprender su tratamiento." El médico, de mala gana, no puso objeciones.

Cinco semanas más tarde, el 30 de marzo de 1932, el Dr. Smith escribió una segunda carta a René. Esta vez no pudo ser más amistoso, y era obvio lo impresionado que estaba:

> "El Sr. E. Maxwell vino a mi oficina el domingo pasado. Francamente, me encantó ver una mejora tan marcada en su salud general. Ha engordado dos kilos y medio. Su hemoglobina estimada es del noventa por ciento. Se mueve con mucho más vigor y mentalmente está mucho más brillante y alerta.
>
> "Me interesaría saber algo más concreto de su tratamiento. ¿Con qué afecciones concretas lo utiliza y qué reclama por ello? ¿Durante cuánto tiempo cree que debe usarse? Observaré el progreso del Sr. Maxwell con mucho interés".

(La evolución del Sr. Maxwell, como se vio, fue muy buena. En los archivos de René Caisse hay una carta suya, fechada cinco años después, en la que dice que su hermano

está ahora enfermo y le pide si René podría tratarle. "Sabe tanto y más que yo lo que hiciste por mí", escribió el Sr. Maxwell en 1937).

Con unos resultados así, la vida de René sufrió un vuelco total. Hasta 30 pacientes al día acudían a su apartamento para recibir tratamiento. Decidió que tenía que dejar su trabajo de enfermera para poder dedicarse a tiempo completo a sus pacientes y, como no podía cobrar por sus servicios, ahora dependía de cualquier contribución voluntaria que le llegara.

Los vecinos de su edificio de Toronto se opusieron al constante flujo de gente que entraba y salía del apartamento de René a todas horas, por lo que se vio obligada a mudarse a Peterborough, al este de Toronto. Pero solía bromear con sus amigos diciendo que de todos modos habría tenido que mudarse tarde o temprano, porque una vez que dejó la enfermería para tratar a los pacientes no podía permitirse el alquiler en Toronto.

Poco después de mudarse a Peterborough, un funcionario de sanidad se presentó en su puerta una mañana a las 8 de la mañana diciendo que tenía una orden de arresto contra ella por mala praxis. Tan alterada como estaba, René se sentó tranquilamente ante el funcionario, le contó toda su historia, le mostró lo que estaba haciendo y se lo ganó.

En lugar de detenerla, volvió a ver a su jefe, el Dr. R.J. Noble, registrador del Colegio de Médicos y Cirujanos de Canadá, para explicarle la situación. Una vez más, René se había librado de la amenaza de ir a la cárcel. Pero estaba frenética. Ya era la segunda vez que estaba a punto de ser detenida. Así que organizó su propio contraataque. Llevó a cinco médicos amigos y a 12 de sus pacientes al despacho del Ministro de Sanidad, el Dr. Robb.

El Dr. Robb les escuchó y prometió a René que no la detendrían -por el momento- si seguía aceptando sólo a pacientes que tuvieran un diagnóstico de cáncer por escrito de sus médicos y si no cobraba nada. A René le pareció bien. "La mirada de gratitud que veía en los ojos de mis pacientes cuando se lograba aliviar el dolor", escribió años después, "y la esperanza y la alegría que volvían cuando veían que se reducían sus neoplasias malignas eran suficiente pago por todos mis esfuerzos."

En 1932, el Toronto Star publicó el primer gran artículo periodístico sobre René Caisse y Essiac. El titular decía: "Una chica de Bracebridge hace un notable descubrimiento contra el cáncer". La historia había salido a la luz. René tenía 44 años, mucho sobrepeso, mucho estrés por la carga de pacientes que soportaba y estaba de pie todo el día y media noche en la cocina de su apartamento preparando Essiac.

Ahora iba a enfrentarse a las presiones adicionales de convertirse en una figura pública codiciada y en el centro de una importante batalla política en el parlamento canadiense. La batalla se desarrollaría en Canadá durante el resto de la década de 1930, y lo que René tuvo que pasar habría destrozado a alguien con menos determinación y resistencia.

Pero no destruyó a René. De hecho, obligó a un gobierno nacional a cuestionar los supuestos más preciados de sus propias burocracias legales y médicas. Estuvo a punto de conseguir la aceptación y el reconocimiento oficiales por su tratamiento de los enfermos de cáncer con Essiac.

CAPÍTULO II

Casi inmediatamente después de la publicación del artículo en el Toronto Star, René recibió una avalancha de personas que necesitaban su ayuda o querían hacer negocios con ella. Un hombre de negocios de Toronto llamado Ernest H. Ashley hizo redactar un contrato en el que ofrecía a René su propia clínica, 20.000 dólares en el primer año tras la firma, un salario anual de 2.000 dólares y 100.000 dólares en capital operativo y acciones de la sociedad que se iba a formar, si «cedía y renunciaba a todos sus derechos, títulos e intereses en la fórmula antes mencionada».

Para una mujer que solía reírse de no tener nunca 100 dólares que pudiera considerar suyos, la oferta debió de ser tentadora, al menos por un momento. Eran grandes sumas de dinero en 1932. Pero René lo rechazó, metió el contrato sin firmar en sus archivos y lo dejó allí acumulando polvo.

A medida que René trataba a un número creciente de pacientes, las noticias sobre su trabajo seguían siendo positivas, incluso en algunos círculos oficiales. El 17 de junio de 1933 recibió una carta oficial del Viceministro de Hospitales de Ontario. Escribió: "A través de un amigo mío de aquí he sabido de su maravilloso tratamiento contra el cáncer, y le agradecería mucho una carta explicando brevemente la naturaleza de su tratamiento. Por favor, indique cuánto tiempo lleva utilizando este tratamiento, aproximadamente cuántos casos ha tratado y con qué resultados, y si tiene testimonios o recortes de prensa que avalen su trabajo. Si dispone de copias de estos últimos, me complacerá recibirlos y se los devolveré lo antes posible. Esta carta es puramente personal, y no oficial, así que por favor siéntase completamente libre al escribirme."

Por esa misma época, uno de los médicos más destacados de la zona de Bracebridge, el Dr. A. F Bastedo, accedió a que René tratara a uno de sus pacientes que se consideraba enfermo terminal de cáncer de intestino. Cuando el paciente se recuperó, el Dr. Bastedo convenció al Ayuntamiento de Bracebridge para que cediera a René, por 1 dólar al mes de alquiler, el British Lion Hotel para que lo utilizara como "clínica oncológica", si volvía a su ciudad natal a ejercer.

El Hotel British Lion, situado en una de las calles principales de la ciudad, a poca distancia del edificio municipal y justo enfrente de la cárcel, había sido embargado por el pueblo por impuestos atrasados. En 1935, René abrió las puertas.

René: "El alcalde y el Consejo se mostraron muy entusiastas y, con su ayuda y la de amigos, familiares y pacientes, amueblé una oficina, un dispensario, una sala de

recepción y cinco salas de tratamiento. Aquí trabajé durante casi ocho años con un gran cartel de «CLÍNICA DE CÁNCER» en la puerta. Los médicos me enviaban o traían a sus pacientes. Médicos de muchas partes de Estados Unidos venían a verme tratar, a examinar a los pacientes y a observar los resultados. Los pacientes venían de lejos en ambulancias, pero después de recibir algunos tratamientos, podían entrar solos en la clínica. Venían de lejos y de cerca. Aquí, durante casi ocho años, traté a miles de pacientes".

El relato de René es verídico. Las personas mayores de la zona de Bracebridge aún recuerdan vivamente a la enfermera Caisse y su clínica, y a todos los pacientes que venían de lejos y de cerca. Aún hablan de amigos, vecinos, tíos o padres a los que la enfermera Caisse salvó o al menos ayudó a aliviar el dolor. Hablan de ella con gran cariño y respeto, incluso reverencia, en muchos casos.

Una vecina de 60 años recuerda cuando tenía 12 ver a la enfermera Caisse con su uniforme blanco persiguiendo a sus padres por la calle. Su padre tenía cáncer de estómago y se había dejado demasiado dinero tras el tratamiento. Los ojos verdes de la enfermera Caisse brillaban. Le dijo: "No vuelvas a atreverte a hacerme eso". Le hizo devolver el dinero.

A día de hoy, la mujer aún recuerda a su madre y a su padre bailando alegremente juntos porque los tratamientos de la enfermera Caisse le habían quitado el dolor.

Basándose en relatos de periódicos contemporáneos y en sus propias entrevistas con testigos presenciales, Homemaker's, una revista nacional canadiense, describió más tarde la escena en los años treinta:

> *Dominion Street adquirió una atmósfera que recordaba al famoso Santuario de Lourdes, mientras los peregrinos esperanzados buscaban una nueva oportunidad en la vida. Los coches aparcaban a lo largo de sus arcenes. Personas de toda condición esperaban pacientemente para entrar en el edificio de ladrillo rojo. A algunos los llevaban en brazos. A otros los empujaban suavemente escaleras arriba, mientras que el resto se las arreglaba por su cuenta. De vez en cuando, una ambulancia gritaba su llegada mientras aparcaba en doble fila. Se veía a René bajar rápidamente para atender a un camillero. Siempre con un médico a su lado, inyectaba a decenas de pacientes cada día.*

Cuando René abrió la clínica, a su madre, de 72 años, le diagnosticaron un cáncer de hígado inoperable. Cuatro médicos locales dijeron que estaba demasiado débil para operarla. Pero René llamó a uno de los mejores especialistas de Ontario, el Dr. Roscoe Graham. Confirmó el diagnóstico y, según cuenta René: "Su hígado es una masa nodular".

Uno de los médicos locales que no aprobaba el trabajo de René le dijo, sarcástico: "¿Por qué no haces algo?" René respondió: "Ciertamente voy a intentarlo, doctor". Le preguntó al Dr. Graham: "¿Cuánto tiempo le queda de vida?". El Dr. Graham dijo que

creía que era cuestión de días. Según René, ni siquiera le dijo a su madre que tenía cáncer. En cambio, René le ponía inyecciones diarias de Essiac, diciendo que era un tónico recetado por su médico.

Muchos años después, René recordaba: "Para abreviar, mi madre se recuperó completamente. Falleció tranquilamente después de cumplir 90 años -sin dolor, sólo con el corazón cansado-. Esto me recompensó por todo mi trabajo: darle a mi madre 18 años de vida que no habría tenido sin Essiac, compensó gran parte de la persecución que he sufrido a manos de la gente de la medicina".

Ahora que una enfermera trataba abiertamente a un gran número de enfermos de cáncer en su propia "clínica oncológica", subvencionada en parte por la ciudad de Bracebridge, la batalla política empezó a calentarse. El 14 de septiembre de 1935, el Ministro de Sanidad de Ontario, el Dr. J.A. Faulkner, escribió a René diciéndole que si esperaba que el gobierno tomara medidas para que su remedio se aplicara a todos los enfermos de cáncer de la provincia de Ontario, tendría que entregar su fórmula.

"Es necesario que se presente una declaración completa", escribió, "indicando la naturaleza exacta de los materiales sugeridos para su uso, la forma en que se van a utilizar, incluyendo la dosis y la experiencia que ha acompañado a su uso, con los informes detallados sobre el diagnóstico patológico, el tratamiento y el estado actual de los pacientes que existan."

Once días después, Faulkner volvió a escribir a René. Le dijo que había "elegido a un científico excepcional para investigar su tratamiento. Si le envía la información deseada, se la remitiremos para que la investigue y elabore un informe".

René no estaba dispuesta a dar la vuelta a la fórmula. Era muy abierta sobre su trabajo; daba la bienvenida a los médicos que querían visitar su clínica e investigar por sí mismos lo que hacía. Quería que los médicos examinaran a sus pacientes, hablaran con ellos y vieran sus historiales. Pero hasta que la profesión médica no reconociera oficialmente que Essiac tenía mérito, René estaba decidida a que la fórmula permaneciera secreta.

Mientras tanto, la presión pública aumentaba en apoyo de René. En un notable despliegue de acción política de base, los vecinos de la zona de Bracebridge reunieron miles de firmas en peticiones para que el gobierno respaldara su trabajo.

Las peticiones se presentaron al Dr. Faulkner. También recibió otra petición con sólo nueve firmas, pero todas eran de médicos, incluidos siete que no habían firmado la petición original de 1926. Esto elevó a 16 el número de médicos colegiados que habían apostado su reputación a favor de René y Essiac.

En 1936, la prensa canadiense prestó mucha atención a la historia. Comenzaron a aparecer artículos -y cartas al director- con cierta regularidad en todo Ontario. Había muchos relatos escritos por personas que decían haber recibido los tratamientos de la enfermera Caisse y haberse curado del cáncer.

Este fue realmente el comienzo de la noción de que René Caisse estaba predicando que podía curar todo el cáncer. No era cierto. Decía que el Essiac provocaba la regresión de los tumores, prolongaba la vida, aliviaba el dolor y -en las circunstancias adecuadas con pacientes cuyos órganos no estuvieran ya destruidos- podía curar el cáncer. Pero los sentidos homenajes de pacientes agradecidos tendían a simplificar el mensaje. Para ellos, había curado el cáncer y eso era todo.

Entre las cartas al director destaca una firmada por Herbert Rawson y publicada en la primavera de 1936.

Rawson dijo que era un hombre de mediana edad que había estado enfermando cada vez más y visitando a varios médicos, en vano. Finalmente, una radiografía mostró cáncer. Los médicos aconsejaron una operación. "Había visto a tantos otros operados que me negué", escribió Rawson. "Me enviaron a la señorita Caisse. Eso fue hace un año, el 20 de abril. Hace unas tres semanas, dos de los mejores médicos me examinaron bien y, para mi gran alegría, me dijeron que era un hombre libre de esa temida enfermedad, el cáncer. Estas fueron sus palabras: `Nunca sabrás lo que le debes a esa chica`. Así que puedo decir que me encuentro muy bien de salud y que he ganado peso. Sin duda, la señorita Caisse se sorprenderá al ver esta carta. Pido sinceramente a todos los que puedan que la ayuden en esta gran obra".

Los resultados de René siguieron impresionando a los demás. Uno de sus pacientes poco después de abrir su clínica fue un hombre llamado John Tynan. Unos años más tarde, Tynan declararía bajo juramento ante una comisión parlamentaria canadiense que investigaba el Essiac que cuatro médicos diferentes le habían diagnosticado cáncer de recto y le habían dado, según sus cálculos, unas tres semanas de vida. "Volví a pasar por el quirófano -declaró Tynan-, y no me hicieron nada porque no podían, y me metieron en la cama y me dijeron: Puede que pases unos días en la cama y luego puedes irte a casa."

Tynan declaró que cuando salió del hospital fue a la clínica de René y tomó el primero de los 27 tratamientos regulares. En 24 horas empezó a sentir alivio. En cuatro días sintió "un cambio maravilloso" y, tras los primeros tratamientos, pudo conducir hasta la clínica. Cuatro años después de los tratamientos, había engordado 39 libras y se sentía bien de salud.

Una de las personas que estaba familiarizada con el caso Tynan era el Dr. W. C. Arnold, el médico que había sido enviado por primera vez por el Ministro de Sanidad para detener a René. Lo que vio debió de impresionarle mucho, porque entre los archivos de René hay una larga carta manuscrita del Dr. Arnold, fechada el 5 de febrero de 1936. En ella, habla de las presiones sobre ella para que publique la fórmula, le insta a que le deje empezar a probar Essiac y luego dice: "Si consigo que un caso responda como lo hizo John Tynan, me lanzaré contigo al 100% y dejaré todo lo demás."

A estas alturas, los políticos locales ya se estaban implicando. El alcalde de Bracebridge, Wilburt Richards, visitó el despacho del Dr. Faulkner, ministro de Sanidad, con un grupo de ciudadanos destacados y una petición con 2.700 firmas solicitando que el gobierno

aceptara y autorizara oficialmente el tratamiento de pacientes por parte de René.

Independientemente de lo que el Dr. Faulkner les prometiera, sus acciones tras la reunión no fueron suficientes para satisfacer a René. El 3 de mayo de 1936, escribió al Dr. Faulkner:

> *Usted prometió a la delegación que le esperó e hizo entrega de una petición firmada por 2.700 personas en mi nombre que me permitiría demostrar mi tratamiento ante médicos, de su elección, en pacientes, de su elección. No lo ha hecho. Usted se limitó a escribirme y pedirme que le enviara la fórmula.*
>
> *Debería pensar que el Departamento de Salud Pública apoyaría a cualquiera que intentara ayudar a la humanidad que sufre. En vez de eso, me encuentro con que me ponen todos los obstáculos.*

René propuso este reto a la Ministra de Sanidad: Que le envíe algunos de sus pacientes -y sus historias clínicas, placas de rayos X, etc.- para que los examinen los médicos. "Y si no le satisface, dejaré este trabajo. No podría ser más razonable, ¿verdad?"

La presión política en favor de René parece dar sus frutos. El 10 de julio de 1936, un titular del Toronto Evening Telegram decía: "Asegura la enfermera de Bracebridge ayuda en su `cura' del cáncer. La Srta. René Caisse, con una gran delegación y antiguos pacientes, visita a Faulkner". La historia informaba de que el Dr. Faulkner había accedido a dar a René Caisse su cooperación para determinar los méritos de Essiac. "Si la Srta. Caisse confía en su cura -decía Faulkner-, tendrá la oportunidad de demostrarlo. Si se demuestra, el gobierno sin duda la apoyará".

El Dr. Faulkner dijo a la prensa que se encargaría de que René hablara de su tratamiento con Sir Frederick Banting. Aquello se consideró un gran avance para René. Sir Frederick Banting era uno de los pesos pesados de la medicina de los años treinta, reconocido públicamente como co-descubridor de la insulina y con su propio centro de investigación, el Instituto Banting, en la Universidad de Toronto. El anuncio de Faulkner sobre la participación de Banting en la polémica de Essiac ocupó los titulares de los periódicos de todo Canadá.

Más tarde, en julio de 1936, René -acompañada por cinco médicos que apoyaban su trabajo- tuvo su encuentro con el Dr. Banting. Éste le ofreció las instalaciones de su laboratorio y la invitó a trabajar allí bajo su supervisión realizando pruebas con animales.

"No se le pedirá que divulgue ningún secreto relativo a su tratamiento", escribió el Dr. Banting a René el 23 de julio. "Todos los resultados experimentales deben someterse a mi aprobación antes de ser anunciados a nadie, incluidos los periódicos, o publicados en revistas médicas." Pero la oferta del Dr. Banting tenía truco. Quería que René demostrara los méritos de Essiac en los animales de laboratorio antes de tratar a más seres humanos. Tendría que dejar su trabajo en la clínica durante meses, o incluso años, mientras volvía a inyectar a los ratones.

René rechazó con pesar a Sir Frederick Banting. El 4 de agosto de 1936 escribió al Dr. Faulkner explicándole su decisión:

> *Acabo de escribir al Dr. Banting para decirle que me es imposible aceptar su amable oferta. Mis parientes y amigos no aprueban que vuelva a la investigación con animales, cuando ya he demostrado el mérito de mi tratamiento contra el cáncer en seres humanos.*
>
> *Por lo tanto, se niegan en redondo a ayudarme económicamente, y como no he podido cobrar a mis pacientes por el tratamiento, he estado a duras penas para sufragar los gastos de los materiales que utilizo. Nunca he tenido cien dólares que pudiera llamar míos, por lo tanto es completamente imposible hacer lo que no tengo los medios para hacer, ¿no es así? Tendré que seguir como hasta ahora, y el año que viene aportaré más pruebas y más nombres en una petición y lo convertiremos en un asunto político.*
>
> *Aprecio el hecho de que estés haciendo lo que crees que es mejor para mí, y para complacerte desearía estar en posición de aceptar esta oferta, pero hay un dicho, que no se puede sacar sangre de una piedra, y esa es mi posición en este momento.*

El Dr. Banting no cedió en su postura de que René sólo podía trabajar con animales en su laboratorio y nada más. El mismo día que escribió al Dr. Faulkner, el Dr. Banting escribió al alcalde de Bracebridge: "En mi opinión le sería imposible probar adecuadamente el tratamiento contra el cáncer de la Srta. Caisse en Bracebridge. Como le expliqué a la señorita Caisse, personalmente no asumiría ninguna responsabilidad por el trabajo realizado fuera del laboratorio. Todo el asunto fue discutido previamente con el Honorable Dr. Faulkner, y seguimos dispuestos a probar el tratamiento de la señorita Caisse según los acuerdos expuestos en la carta que le envié".

René no se movió de su posición, a pesar de que algunos de sus antiguos aliados en el mundo de la medicina le aconsejaron que considerara la oferta. El Dr. W. C. Arnold escribió a René: "Acabo de leer su carta de Banting y creo que es bastante justa. Es la misma proposición que te hice hace muchos años cuando pusimos los ratones en el laboratorio de Christie Street".

Aunque el Dr. Arnold estaba de acuerdo en que comprendía las objeciones de René y tenía algunas propias, escribió que la oferta "era, tal vez, todo lo que cabía esperar".

El Dr. Banting intentó disuadir a René de su decisión, pero no lo consiguió. El 11 de agosto de 1936 le escribió por última vez. En su carta está implícita la creencia de que sus pruebas de laboratorio bien podrían haber conducido a resultados favorables y a su valioso respaldo:

> "Creo que lamentará no haber aprovechado la oferta de este laboratorio. No obstante, si en algún momento futuro decide de nuevo que se investigue el tratamiento, estoy seguro de que el doctor Faulkner y yo mismo reconsideraríamos el asunto".

Lo que el Dr. Banting creía realmente sobre Essiac no consta en ninguna parte. René siempre mantuvo que él le había dicho que lo que había visto de Essiac era más prometedor que cualquier otro tratamiento contra el cáncer que hubiera conocido. Dijo hasta el final de su vida que el Dr. Banting había quedado particularmente impresionado por uno de sus casos en el que el paciente tenía cáncer y diabetes.

Como nadie sabía cómo se mezclaría el Essiac con la insulina, el médico del paciente -el Dr. J.A. McInnis- **le había retirado la insulina mientras se administraba el Essiac. La diabetes no empeoró.** Según René, el Dr. Banting conocía este caso desde 1926. Había examinado los registros y las radiografías tomadas durante los tratamientos con Essiac y le dijo a René que **el Essiac debía haber estimulado de alguna manera la glándula pancreática para que funcionara correctamente.** Pero hoy en día sólo se dispone del relato de René sobre estas conversaciones con el Dr. Banting.

Más de 40 años después de rechazar la oferta del Dr. Banting, René recuerda a los periodistas de una revista canadiense:

> *Fue muy amable, pero me dejó claro que tendría que dejar mi clínica si me iba a trabajar con él. Me pareció inhumano que me pidieran que dejara de tratar pacientes mientras les demostraba si funcionaría en ratones. Yo ya había trabajado con ratones.*
>
> *Hubo un gran alboroto al respecto porque los pacientes estaban aterrorizados de que los abandonara, pero muchos médicos dijeron que debería aprovechar la oportunidad de trabajar con el Dr. Banting. Yo dije que estaría dispuesta, pero que no iba a dejar morir a la gente mientras lo hacía. Fue una decisión angustiosa, pero rechacé su oferta.*

Dos semanas después de que René rechazara la oferta del Dr. Banting, dos especialistas en cáncer de Nueva York llegaron a Bracebridge para investigar el trabajo de René. Les gustó lo que vieron y, casi de inmediato, los periódicos canadienses publicaron artículos en los que se decía que René podría llevar su tratamiento al otro lado de la frontera.

El 27 de agosto de 1936, el Montreal Monitor informaba de que René, "que se ha dado a conocer en todo el país gracias a sus investigaciones y a su interés por la causa de la cura y prevención del cáncer, recibirá en breve una oferta muy atractiva de médicos norteamericanos en relación con un puesto en Estados Unidos".

El mismo día, el Huntsville Forester, censurando esta amenaza de los americanos de arrebatar a René Caisse de Canadá, editorializó:

> *Si el trabajo de la señorita Caisse es la cura del cáncer, como se afirma de él, no sólo debería ser acogido con avidez por la profesión médica, sino que debería interesar más activamente a los jefes de nuestros departamentos de salud del gobierno.*
>
> *Las pruebas de la eficacia del tratamiento administrado por la señorita Caisse parecen ser concluyentes. Se han citado varios casos conocidos en Muskoka en*

> *los que el cáncer fue el diagnóstico profesional, y en los que se han efectuado curaciones aparentes. Los propios pacientes son la mejor prueba que la señorita Caisse puede presentar.*
>
> *Pero en lugar de intentar seriamente sacar provecho del descubrimiento de Miss Caisse, el enfoque oficial y profesional de este asunto ha sido desalentadoramente técnico, escéptico e indiferente. Ahora, existe la posibilidad de que Bracebridge y Canadá pierdan a Miss Caisse en favor de la profesión médica más exigente y menos rígida de los Estados Unidos.*

Hubo otras ofertas de Estados Unidos y, después de analizar sus opciones, René anunció finalmente a la prensa en octubre de 1936 que iba a ir a una universidad de Chicago para hacer una demostración de su tratamiento contra el cáncer en algunos de sus pacientes.

El 19 de octubre, el titular del Toronto Globe decía: "El remedio contra el cáncer reivindicado en Bracebridge se va a EE UU". La noticia informaba de que René iba a trabajar con un antiguo diagnosticador de la Clínica Mayo. Los preparativos habían sido realizados por un profesor de anatomía de la Universidad de Toronto, el Dr. B. L. Guyatt, que más tarde se convertiría en un importante apoyo en las luchas políticas de René.

El Dr. Guyatt fue uno de los que visitó la clínica de René para hacer su propia investigación. Escribió en su informe:

> *En la mayoría de los casos, los semblantes distorsionados se normalizaron y el dolor se redujo a medida que avanzaba el tratamiento. El alivio del dolor es una característica notable, ya que el dolor en estos casos es muy difícil de controlar.*
>
> *El número de pacientes tratados en esta clínica son muchos cientos y el número que responde total o parcialmente no lo sé, pero sí sé que he sido testigo en esta clínica de un tratamiento que trae restauración a través de la destrucción del tejido tumoral, y el suministro de ese algo que mejora la perspectiva mental de la vida.*

Ante la noticia de que René se marchaba a Estados Unidos, hubo una avalancha de cartas airadas dirigidas al Primer Ministro Hepburn y al Ministro de Sanidad. El alcalde de Bracebridge escribió al Dr. Faulkner en términos contundentes: "La gente de esta parte de la provincia que ha tenido conocimiento de este trabajo está en pie de guerra por la forma en que se ha tratado a la señorita Caisse".

Hubo editoriales airados en periódicos de todo Ontario. Y René era hábil en su trato con la prensa. Siempre le venía bien una cita jugosa, unas pocas líneas rápidas que inspiraran la creciente indignación pública por la forma en que estaba siendo tratada por el gobierno canadiense.

Un periódico la citó diciendo: "Llevo trece años rogando a las autoridades de Ontario que me den una oportunidad. Quería que este descubrimiento siguiera siendo

canadiense, pero parece que aquí no hay ninguna posibilidad de sacar nada provechoso. Simplemente me veo obligada a irme al otro lado para que me reconozcan".

Pero prometió que nunca abandonaría Canadá ni a sus pacientes. Sólo iría a Estados Unidos cada dos semanas, mientras que el resto del tiempo seguiría trabajando en casa. "Puedo asegurarle que siempre habrá una clínica oncológica en Bracebridge", dijo al periodista.

Durante los meses siguientes, René soportó el estrés de trabajar a ambos lados de la frontera. Bajo la supervisión del Dr. John Wolfer, director de la Clínica de Tumores de la Facultad de Medicina de la Universidad Northwestern, René se desplazaba casi semanalmente entre Chicago y Bracebridge. Mientras mantenía abierta su clínica, trataba a 30 enfermos terminales en Chicago. Cinco médicos de la Northwestern trabajaban con ella en el proyecto.

En años posteriores contó a amigos y periodistas que la carga de trabajo durante ese periodo fue una pesadilla. Trataba a sus pacientes de Bracebridge los fines de semana, se detenía en Toronto para tratar a algunos pacientes allí, luego iba a Chicago y volvía a Bracebridge para empezar de nuevo. Pasaba la mayor parte de la noche en Bracebridge cocinando y preparando nuevos lotes de Essiac.

En un momento dado, tuvo que suplicar que la dejaran en Chicago. Se había puesto enferma intentando satisfacer las necesidades de todos. El 26 de febrero de 1937, escribió al Dr. Wolfer:

> *Estoy realmente enferma. Hace una semana traté a doscientos pacientes aquí en mi clínica, fui a Toronto y traté a catorce más, luego a Walkerville para tratar a otros más.*
>
> *Cuando enfermé, mi cuñado de Ferndale, Michigan, vino a buscarme en coche y me llevó a casa de mi hermana, que hizo que me viera su médico de cabecera. Dijo que era mi corazón y un exceso de tensión nerviosa y que necesitaba dos o tres meses de reposo absoluto.*
>
> *Pero mañana debo empezar de nuevo con mis pacientes aquí. Quería complacerte, pero fue injusto por tu parte hacerme gastar unos cien dólares además de arriesgar mi salud para ir allí y tratar a seis pacientes, por ti, como hice la última vez que estuve allí. Dime con franqueza si has perdido el interés.*

No lo había hecho. Volvió a escribir a René el 13 de marzo de 1937, diciéndole que había tardado en responder porque había estado fuera del país, y que seguía "con la esperanza de que pudiéramos llevar a cabo nuestro trabajo en la Clínica durante el tiempo suficiente para proporcionarnos algunas pruebas que nos permitieran tomar una decisión con respecto a tu tratamiento."

Al poco tiempo, René se sentía lo bastante bien como para regresar a Chicago y seguir como antes. El 25 de marzo escribió al Dr. Wolfer para decirle que estaría de vuelta el 4

de abril. El Dr. Wolfer le contestó inmediatamente que se alegraba de la noticia y que se encargaría de los preparativos.

El regreso de René fue breve. Pronto volvió a enfermar y decidió que era mejor que se quedara en Bracebridge. Pero uno de los médicos de Chicago, el Dr. Clifford Barbouka, había visto lo suficiente para convencerla. Le ofreció instalaciones en el Hospital Passavant de Chicago si quería trasladarse allí. Pero ella prefirió quedarse en Bracebridge.

Cuando la noticia de que estaba demasiado enferma para viajar llegó a sus pacientes de Chicago, al menos uno de ellos se alarmó lo suficiente como para escribir directamente a René. El 14 de mayo de 1937, May Miller, de Chicago, le escribió para decirle que esperaba que René se estuviera recuperando de su última enfermedad y que esperaba volver a verla.

Escribió la Sra. Miller:

> *La primera vez que acudí a la Clínica de Tumores de la Universidad Northwestern para recibir sus inyecciones en el brazo llevaba varias semanas sufriendo una agonía tan aguda en el hombro, la nuca y la parte posterior de la cabeza, que mi médico me había dado un narcótico para que pudiera descansar un poco por la noche.*
>
> *Así que cuando, poco antes de la quinta inyección, me di cuenta de que el terrible dolor de cabeza en la parte posterior había disminuido y que, aunque todavía tenía dolor, era en un grado tan menor (tengo que tomar anidon (sic) pastillas para el dolor para ello) y estaba empezando a dormir un poco por la noche, estaba muy agradecida a Dios por su venida a esta Clínica aquí.*
>
> *Señorita Case (sic); ya que empezaba a sentirme mucho mejor de mi dolor, ¿no habría sentido ya prácticamente ningún dolor, si no hubiera sido porque usted estaba aquejada de sus dos graves enfermedades y por eso no podía darnos el beneficio de sus inyecciones?*
>
> *Hace unas tres semanas empezó a dolerme considerablemente la inflamación del cuello. Me hace esperar volver a verla pronto, pues estoy segura de que me ayudó.*

A estas alturas, la prensa canadiense estaba convirtiendo René Caisse y el Essiac en un asunto político. A principios de 1937, con el trabajo de René llamando la atención a ambos lados de la frontera, el Toronto Evening Telegram marcó el tono del debate que se avecinaba con un editorial en el que comparaba el trato que el gobierno daba a René con la hostilidad a la que se había enfrentado Louis Pasteur en un siglo anterior. "Cabe preguntarse si hoy la profesión médica ha aportado una mentalidad suficientemente abierta a su lucha contra el cáncer". Tras afirmar que René "ha obtenido resultados asombrosos", el Telegram criticaba a las autoridades médicas por su actitud de "ponga su fórmula sobre la mesa y le diremos si le ayudamos".

“El Dr. Banting -decía el periódico-, no puso insulina en la mesa hasta que estuvo satisfecho con los resultados de su investigación... Si es un hecho que se ha proporcionado una clínica en Chicago y se ha rechazado en Ontario, es necesario que aquí se explique el motivo del rechazo. Los resultados son más importantes que la etiqueta médica".

Empezaron a llegar cartas airadas de ciudadanos a los despachos del Ministro de Sanidad y del Primer Ministro de Ontario, Mitchell Hepburn. Típica de la correspondencia que recibía Hepburn era la carta que recibió de una enfermera de Peterboro, Ontario, que cuidaba a uno de los pacientes de René y había comprobado los beneficios del Essiac.

La paciente, la Sra. Oliver, había sido operada en noviembre de 1936. El cirujano le había encontrado un tumor canceroso en el colon, que no podía extirpar. "No se podía hacer nada por ella, sólo era cuestión de tiempo, posiblemente seis meses", escribió la enfermera. "Otra vida perdida. Cuando volvió a casa del hospital apenas capaz de caminar por el suelo y sufriendo un dolor tan intenso que no podía dormir ni descansar fue cuando vine a cuidarla".

El marido de la Sra. Oliver había oído hablar de la enfermera Caisse y, como única posibilidad, llevaron a la Sra. Oliver a Bracebridge. "Lleva cuatro tratamientos y cada vez está mejor. Todo el mundo se maravilla de su cambio. Ahora, Honorable Primer Ministro Hepburn, ¿le parece justo que la Srta. Caisse no pueda seguir dando tratamientos cuando cientos de pacientes marginados de los mejores hospitales y doctores prestigiosos dependen actualmente de sus tratamientos de por vida? ¿Le parece justo que se le quite la fórmula a la Srta. Caisse para experimentar con conejillos de indias cuando se ha probado y demostrado su éxito en cientos de seres humanos? ¿Quién está por delante en esta Prov. de Ont., los seres humanos o las cobayas? Cuando los doctores admiten que son incapaces de curar o hacer algo por los pacientes, ¿por qué quitarle a alguien lo que ha demostrado tener éxito?"

Las pasiones estaban a flor de piel. El gobierno se veía obligado a hacer algo. Tenían que poner a René fuera del negocio, arrestarla, conseguir su fórmula o, finalmente, autorizarla a ejercer la medicina.

El 8 de marzo de 1937, el Toronto Evening Telegram informó: "Los asuntos pronto alcanzarán una etapa final en los esfuerzos de la señorita René Caisse, enfermera de Bracebridge, por obtener el reconocimiento médico canadiense para sus métodos de tratamiento del cáncer". La noticia decía que la próxima semana una gran delegación de varios lugares de Ontario visitaría al Primer Ministro Hepburn, al Dr. Faulkner y a otros miembros del gabinete. Instarían a que se le concediera el derecho a ejercer la medicina, y llevarían una nueva petición, ésta con 14.000 firmas.

La delegación, informaba el periódico, incluiría a varios médicos, en particular el Dr. B.L. Guyatt de la Universidad de Toronto, el Dr. W C. Arnold, el Dr. Herbert Minthorn -el forense adjunto de dos distritos de Ontario- y el Dr. J.A. McInnis.

Unas noches antes de que el grupo partiera hacia Toronto, el alcalde de Bracebridge organizó una reunión municipal para recabar apoyos. El gimnasio del instituto estaba abarrotado. El alcalde dijo a la multitud que las enormes sumas de dinero gastadas en la investigación del cáncer no habían producido ninguna cura reconocida. Dijo que no sabía si René Caisse tenía una cura, pero sí sabía que personas que padecían cáncer antes de acudir a René estaban bien hoy.

El Dr. Edward Ellis dijo a la multitud que había visto resultados interesantes con los tratamientos de René, pero que "la ciencia avanza lentamente. Sólo podemos pensar hasta cierto punto y decir poco como médicos, aunque como ciudadanos particulares estamos justo detrás de un tratamiento beneficioso."

El Dr. Minthorn se levantó y dijo que había visto el trabajo de René tres veces con cuatro semanas de diferencia. Al principio se mostró escéptico. "Pero la Srta. Caisse está haciendo un buen trabajo y tiene pruebas de sobra".

El Dr. J.A. McInnis, partidario de René desde hace mucho tiempo, habló de su relación con ella, que se remonta a cuando sólo unos pocos sabían lo que hacía. "Personalmente", dijo a la multitud, "estoy absolutamente convencido de que los métodos de la señorita Caisse detendrán el dolor, reducirán el crecimiento del cáncer y prolongarán la vida, y lo digo con mucha cautela".

Algunos de los pacientes de René contaron sus propias historias. Jack Vanclieaf se dirigió a la plataforma y dijo: "Aquí estoy vivo hoy, mientras que habría muerto hace años de no haber sido por la señorita Caisse. Dos buenos médicos me dijeron que sólo me quedaban dos meses de vida. Acudí a Miss Caisse y en tres días se me alivió el intenso dolor y con más tratamientos seguí mejorando. El honorable Dr. Faulkner me dijo que no tenía cáncer, pero todo lo que tengo que decir es, ¿cuál es la diferencia entre ser comido por un lobo o comido por un oso? El doctor dijo que no podía curarme y que moriría. La señorita Caisse me curó en seis tratamientos".

La delegación que acudió a las oficinas del gobierno en Toronto estaba formada por funcionarios locales, 40 médicos y 18 pacientes de René. Llevaban una petición que ya contaba con 17.000 firmas. Las cosas iban deprisa. Hubo más titulares de portada en Ontario cuando el Ministro de Sanidad, el Dr. Faulkner, y el Dr. R. T. Noble, del Colegio de Médicos y Cirujanos, se reunieron con el grupo. Más tarde, Sir Frederick Banting se reunió con algunos de ellos.

Tras las reuniones, el Dr. Faulkner declaró a la prensa: "Estamos considerando introducir una legislación que dé a todas las personas que tienen la idea de poseer una cura para el cáncer la oportunidad de someter sus curas a prueba y recibirán un estímulo tal que pondrá fuera de toda duda la naturaleza del tratamiento".

Era la primera vez que un funcionario público mencionaba una legislación para hacer frente a la situación. La presión pública era lo suficientemente grande como para que la batalla se abriera camino hacia el Parlamento canadiense.

En julio de 1937, con las elecciones a la vuelta de la esquina y la avalancha de cartas de pacientes y simpatizantes de René, el Primer Ministro Mitchell Hepburn accedió a reunirse con ella en su despacho de Queens Park. René dijo a la prensa que el Primer Ministro había sido muy alentador. Hablando de René y sus partidarios, el Primer Ministro Hepburn dijo a la prensa:

> *Estas personas son sinceras, tienen las ideas claras, y me parece que hay que hacer algo para que este tratamiento esté al alcance de todos los enfermos de cáncer.*
>
> *La responsabilidad recae ahora en la profesión médica. Deben probar o refutar las afirmaciones de la Srta. Caisse, y no creo que puedan refutarlas. Simpatizo con el trabajo de la señorita Caisse y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla.*

Declaró públicamente que, de ser necesario, se encargaría de que se aprobara en la asamblea legislativa un proyecto de ley que la autorizara a ejercer. Desde el punto de vista político, esto situaba a Hepburn muy por delante de políticos cautelosos y médicos escépticos. En la historia de Canadá nunca se había aprobado un proyecto de ley que permitiera ejercer la medicina a un ciudadano sin las credenciales médicas adecuadas. Pero Hepburn había visto suficiente correspondencia y oído a suficientes pacientes de René como para saber que el público la apoyaba firmemente. Sabía dónde estaban los votos.

Al mismo tiempo, un grupo de empresarios estadounidenses de Buffalo, Nueva York, se habían familiarizado con Essiac y redactaron un contrato que presentaron a René. Por el derecho a representar a Essiac en EE.UU., se comprometían a pagarle al menos 100.000 dólares en el primer año, 50.000 dólares en todos los años siguientes, más el 50% “de todas las sumas recibidas” por el uso de Essiac. En otra carta que le enviaron unas semanas más tarde, su abogado, Ralph Saft, endulzó la oferta prometiéndole una "donación" de un millón de dólares para su trabajo.

René se reunió con ellos y mantuvo correspondencia. Pero poco a poco se convenció de que sólo querían hacer dinero rápido. Temía que explotaran a los ricos y encarecieran el precio del Essiac para los pobres. Los rechazó y guardó el contrato en sus archivos, junto al que le había ofrecido el empresario de Toronto.

A mediados de 1937, cientos de personas acudían cada semana a su clínica desesperadas por la ayuda de René. Trataba a tantos como le era posible, pasando la mitad de la noche en su cocina preparando el Essiac, pero ahora empezaba a enfrentarse a un nuevo problema. Cada vez llegaban más pacientes sin una carta firmada por un médico en la que se les diagnosticara cáncer. Algunos médicos -temerosos de ofender al poderoso Colegio de Médicos y Cirujanos de Canadá- se negaban a poner por escrito esta autorización que René debía tener antes de tratar a nadie.

Este nuevo obstáculo provocó escenas y aumentó drásticamente el estrés de René, que tuvo que lidiar con cómo incitar a los médicos a actuar, cómo entretener a los frenéticos pacientes, incluso cómo tratar a personas sin la documentación necesaria y aun así evitar la cárcel.

Pero la hostilidad de gran parte del estamento médico no impidió que los ciudadanos más sólidos acudieran a René. El presidente del periódico Toronto Globe and Mail envió a uno de sus empleados a ser tratado por René.

Un abogado de Des Moines, Iowa, escribió a René diciéndole que la mujer de su compañero de universidad se había curado de cáncer de mama con Essiac y que el abogado quería que René tratara a otro amigo suyo, un juez del Tribunal Supremo de Iowa.

Una médica de Los Ángeles, la doctora Emma Carson, que había oído hablar de los éxitos de René, viajó desde el sur de California a Bracebridge en el verano de 1937 para comprobarlo por sí misma. Más tarde dijo a los periodistas que se había mostrado escéptica, aunque los amigos que le habían hablado de René eran personas de confianza. Sólo quería quedarse un par de días en Bracebridge para cerciorarse de que no había nada de cierto, pero acabó quedándose casi un mes y se hizo muy amiga de René.

En su primera entrevista, concedida al Huntsville Forester una semana después de su llegada, la Dra. Carson apenas podía contener su entusiasmo. Dijo:

> *Estoy sencillamente asombrada de lo que he encontrado en mi ya breve investigación. Cuanto más investigo, más fuerte se hace mi convicción de que la señorita Caisse ha hecho un descubrimiento para el tratamiento del cáncer de importancia mundial.*

La Dra. Carson dijo que había encontrado "algunos casos asombrosos." Pidió al gobierno que reconociera el trabajo de René Caisse. "Si a la vista de lo que he visto con mis propios ojos, el Consejo Médico de Ontario permanece indiferente, será un crimen contra la civilización." Dijo que cuando terminara su investigación, iría directamente al despacho del Primer Ministro Hepburn y le entregaría su informe.

La Dra. Carson nunca cambió de opinión sobre René Caisse y Essiac. Mantuvo su correspondencia con René durante años después de regresar a Los Ángeles y, cuando concluyó su investigación, redactó un informe de cinco páginas y lo dio a conocer a la prensa. Varios periódicos citaron todo o gran parte de lo que tenía que decir.

"La gran mayoría de los pacientes de la Srta. Caisses", escribió la Dra. Carson, "fueron llevados a ella después de que la cirugía, el radio, los rayos X, los emplastos, etc., no habían sido útiles y los pacientes fueron declarados incurables o casos sin esperanza. El progreso obtenible y los resultados reales de los tratamientos con Essiac, y la rapidez de la reparación eran absolutamente maravillosos, y deben ser vistos para ser creídos." Mientras revisaba historias de casos y entrevistaba a pacientes, escribió: "Me di cuenta de que el escepticismo me había abandonado".

En noviembre, el Partido Liberal de Hepburn ganó las elecciones, y René recibió una nota amistosa de la secretaria de Hepburn diciendo que si René deseaba otra reunión con el Primer Ministro, no tenía más que avisarles por teléfono.

En menos de tres años, René Caisse había pasado de ser una oscura enfermera de los bosques del norte que atendía a las personas de la zona que habían oído hablar de ella de boca en boca a una figura nacional en Canadá, con una puerta abierta en el despacho del Primer Ministro de Ontario. Era el centro de una gran controversia política. Sus miles de seguidores, especialmente los que habían sido pacientes suyos, estaban apasionados por su causa.

Desde el principio, las personas que habían sido tratadas con Essiac fueron las que corrieron la voz, escribieron a la prensa, escribieron a los políticos, enviaron a René más pacientes y presionaron al gobierno para que legalizara su práctica.

> En los archivos de René hay testimonios de sus pacientes que datan de los años veinte a los setenta. Son anecdóticos y escritos por profanos sin formación médica. Pero son tantos, de todos los estratos sociales de Estados Unidos y Canadá, y las personas que los escribieron estaban tan profundamente afectadas y eran tan apasionadas en sus creencias que, después de leerlos todos, resulta imposible ignorarlos.
>
> Muchas de estas afirmaciones son tan categóricas que, si se aproximan lo más mínimo a la realidad, deberían bastar por sí solas para despertar una gran curiosidad científica por esta mezcla de hierbas llamada Essiac.

A finales de 1937, los partidarios de René se preparan para la gran ofensiva de 1938. Políticamente, 1938 contaría la historia. La causa había llegado al Parlamento, y los legisladores iban a tener que enfrentarse a la cuestión de Essiac, de una forma u otra. En el curso de la organización de su campaña, varios de los antiguos pacientes de René dieron el paso de contar sus historias bajo juramento.

Uno de esos testimonios es una declaración jurada el 7 de diciembre de 1937 por un hombre llamado Henry J. Hneeshaw. Para confirmar parte de lo que dijo, el Sr. Hneeshaw presentó una carta de la Clínica Mayo, firmada por George B. Eusterman:

> *En el momento en que usted estuvo aquí le encontramos un carcinoma gástrico inoperable. El examen roentgenoscópico mostró una amplia afectación, incluido el tercio superior. El análisis gástrico reveló una anacidez y otras evidencias de afectación del tercio superior del estómago. No recomendaríamos la exploración quirúrgica.*

El Sr. Hneeshaw adjuntó a la carta lo que juró como cierto. Esto es lo que dijo:

Durante un año, sufrió molestias estomacales y una gran pérdida de apetito. El 25 de mayo de 1937 acudió a su médico, que le examinó y sospechó que padecía cáncer. Tras ser examinado por otros cuatro médicos en una clínica oncológica, el Sr. Hneeshaw fue informado de que padecía cáncer de estómago. El 4 de junio pasó por el quirófano.

"Pero después de abrirme decidieron no operarme porque el tumor estaba justo en el diafragma y la operación sería mortal. Me dieron tres meses de vida".

Volvió a casa y empezó a perder peso rápidamente. A finales de julio, acudió a la Clínica Mayo tras oír que podían hacer cosas maravillosas por los enfermos de cáncer. Al cabo de cinco días, le dijeron que no se podía hacer nada.

El señor Hneeshaw había oído hablar de la señorita Caisse:

> *Como un último esfuerzo por vivir pensé que no haría ningún daño verla. No puedo expresar mi gratitud y aprecio por lo que ha hecho. Recibí mi primer tratamiento de ella el 9 de agosto, y desde ese primer tratamiento me sentí un hombre diferente. Pesaba entonces 129 libras, ahora peso 150 libras y estoy mejor en todos los sentidos. Las molestias casi han desaparecido y puedo comer y disfrutar de la comida. Me siento más fuerte todo el tiempo y estoy deseando cultivar en el Oeste tan bien como siempre.*

Todos los días llegaban declaraciones de este tipo a los despachos de los legisladores, del Ministro de Sanidad y del Primer Ministro de Ontario. Aparecían en las columnas de cartas al director de los periódicos. Los políticos sabían que no iba a ser un asunto fácil de tratar.

René Caisse tenía la esperanza de que 1938 fuera el año en que la Essiac obtuviera la aceptación oficial y la autorización legal que ella -y sus partidarios- creían apasionadamente que merecía. Pero pasara lo que pasara, iba a dar mucha guerra.

CAPÍTULO III

Probablemente ni siquiera René podía imaginar la lucha que viviría en 1938. Durante todo el año apareció regularmente en los periódicos. A pequeña y gran escala, decenas de miles de personas se implicaron en su causa. En un momento dado, el Primer Ministro de Ontario, Mitchell Hepburn, recibió otra petición en nombre de René, esta vez con 55.000 firmas.

Cientos de personas acudían cada semana a su clínica, la mayoría de ellas gravemente enfermas. Sus antiguos pacientes seguían difundiendo sus tratamientos. Para comprender el fenómeno en que se había convertido René en Canadá, hay que entender lo que sus pacientes iban contando por ahí.

Una mujer llamada E.A. Tarzwell de Milton, Ontario, leyó sobre René en un periódico que publicó una carta de uno de los pacientes de René, James Summerwill, un notario público en Sprucedale, Ontario. La Sra. Tarzwell escribió directamente al Sr. Summerwill para saber más. Eran desconocidos que se escribían sobre asuntos de vida o muerte, y no había ninguna reticencia, ningún equívoco, en lo que el Sr. Summerwill escribió a la Sra. Tarzwell, basándose en su propia experiencia.

"Como hemos pasado por la prueba que usted está experimentando ahora -le escribió-, nuestra sincera simpatía es la suya. Pero permítame asegurarle que no tiene motivos para preocuparse más que por el sufrimiento real de su marido, siempre que el problema no esté muy avanzado, si está tomando el tratamiento de la señorita Caisse y sigue sus instrucciones completamente".

Contó su caso. Padecía "el tipo de cáncer más maligno que se conoce." El Dr. Faulkner, Ministro de Sanidad del Primer Ministro Hepburris en el gabinete anterior, le había dicho personalmente que el Dr. Faulkner nunca había oído hablar de nadie que se hubiera curado del tipo de cáncer del Sr. Summerwill. Los médicos del Sr. Summerwill le dijeron que la cirugía era la única esperanza. Rechazó la operación y consiguió que su médico redactara la carta de consentimiento necesaria para permitir que René le tratara.

"Tomé 28 tratamientos en total, uno semanalmente hasta los dos últimos que fue un tratamiento quincenal. Mi cáncer estaba en la ingle izquierda. Desde el segundo tratamiento pude notar una ligera mejoría al final de cada semana, que me dio un poco de aliento, y perseveré y gané muy lentamente pero con seguridad. Hice mi último tratamiento el 24 de junio de 1936, y desde entonces me he sentido bien y he podido

ocuparme de mi trabajo. Pero, por supuesto, tuve que tomarme las cosas con calma durante bastante tiempo para no forzar demasiado las partes afectadas".

El Sr. Summerwill concluyó su carta: "En este momento no hay la menor señal de un retorno del problema. Me tomo el tiempo y la molestia de responder a un gran número de cartas en la misma línea que la suya por la razón de que me gustaría que todos los que sufren esa terrible aflicción recibieran al menos alivio y un 90% de posibilidades de curación".

Adjuntó a su carta una copia en papel carbón del diagnóstico de su médico: "Linfosarcoma".

Trate de imaginar, cincuenta años después, el tipo de sensación pública que causaron todo tipo de testimonios como el publicado en los periódicos y con cartas similares llegando a raudales a las oficinas de los legisladores y del Primer Ministro Hepburn. El hijo del senador Marshall de Ontario contaba a todos sus amigos que esta enfermera de Bracebridge curaba el cáncer. Un legislador escribió a René el 22 de enero de 1938 para ofrecerle toda la ayuda legislativa posible y pedirle tres frascos de Essiac.

Una mujer llamada Eva Stephens escribió a la Premier Hepburn una larga y elocuente carta en la que explicaba cómo René Caisse la había curado cuando los médicos habían fracasado. De paso, mencionaba: "Estuve en la clínica de la señorita Caisse el otro día cuando una señora fue dada de alta totalmente curada de cáncer de mama y ni siquiera nuestros médicos pueden encontrar rastro de cáncer. Ojalá hubieras podido hablar con esa señora".

La propia René no se andaba con rodeos en su correspondencia con los poderosos de la política. El 14 de febrero de 1938, le dijo lo que pensaba al primer ministro Hepburn. Después de señalar sin rodeos que su apoyo había ayudado a su campaña el otoño anterior, le echó en cara que negara al Toronto Daily Star que hubiera prometido presentar un proyecto de ley en la legislatura para concederle una licencia especial para ejercer:

> "Cuando le dije que la Asociación Médica era muy poderosa -escribió-, su respuesta fue: *No son tan fuertes como nuestra legislatura*. Ahora bien, si ha descubierto que la profesión médica es más poderosa de lo que creía, y ha descubierto que tiene las manos atadas y que no puede cumplir la promesa que me hizo, ¿no habría sido más varonil o más amable admitir que no podía cumplir su promesa, que negar públicamente haberla hecho, haciéndome pasar por falsa?"

Hepburn cedió. Los periódicos de Toronto informaron más tarde de que había organizado la presentación del proyecto de ley especial de René en la legislatura una semana más tarde. Acompañado de una lista de nombres de más de 200 antiguos pacientes que juraban haberse beneficiado de Essiac, el proyecto de ley, si se aprobaba, concedería que: "Se autorice a René Caisse a ejercer la medicina en la

provincia de Ontario en el tratamiento del cáncer en todas sus formas y de las dolencias y afecciones humanas derivadas del mismo".

En respuesta, la oposición médica organizada rebajó el auge. Tras las elecciones de 1937, el Dr. Faulkner abandonó su puesto de Ministro de Sanidad y fue sustituido por Harold Kirby. A principios de marzo se presentó en la legislatura el "proyecto de ley Kirby".

El proyecto de ley Kirby se anunció al público como una forma de llegar a la verdad sobre el tratamiento de René, y un puñado de otros tratamientos contra el cáncer controvertidos entonces en uso en Canadá.

Para proteger al público y descubrir si alguno de estos tratamientos tenía fundamento, el proyecto de ley Kirby autorizaría la creación de una Comisión Real del Cáncer para investigar todas las posibles curas del cáncer.

A René, por supuesto, se le permitiría presentar pruebas ante la Real Comisión del Cáncer, compuesta por respetados miembros del Colegio Canadiense de Médicos y Cirujanos. Si sus pruebas fueran convincentes, la Comisión del Cáncer legalizaría el Essiac.

Pero había una trampa. Las fórmulas de todos los tratamientos investigados tendrían que entregarse a la Comisión del Cáncer. Cualquiera que se negara a divulgar su fórmula podría ser multado con entre 100 y 500 dólares la primera vez que fuera sorprendido tratando a un paciente; y de 500 a 2.500 dólares la segunda vez, y por cada infracción posterior. El impago de la multa puede acarrear de 30 días a seis meses de cárcel. Medidas duras, sin duda.

Según el proyecto de ley Kirby, los miembros de la Comisión del Cáncer estarían obligados a mantener la confidencialidad de la fórmula de cualquier tratamiento contra el cáncer. Pero su incumplimiento no conllevaba ninguna sanción.

René dijo a sus amigos que si se aprobaba el proyecto de ley Kirby y ella entregaba la fórmula, todas las secretarias y médicos que se hicieran con ella podrían -y probablemente harían- lo que quisieran con ella, sin temor a ser castigados. Se sintió indignada ante este evidente insulto hacia ella. Descartando cualquier posibilidad de que la Comisión del Cáncer mantuviera su fórmula en secreto, René declaró a la prensa:

> "El pueblo de Ontario pagará a un grupo de hombres por desarrollar algo que se desarrolló y descubrió hace 15 años. He desarrollado y probado una cura aquí mismo, en Bracebridge, y dirijo una clínica en la que se trata y ayuda a cientos de enfermos de cáncer. ¿Por qué entonces se me va a pedir que ceda mi fórmula a un grupo de médicos que nunca hicieron nada para ganársela?"

La prensa informó de que ya había 28.000 firmas en una petición que pronto sería presentada al Parlamento en apoyo del proyecto de ley de René. "Sin duda, daría la bienvenida a cualquier comisión que enviara el gobierno", declaró René a la prensa. Pero si se aprueba el proyecto de ley Kirby, amenazó, no tendrá más remedio que

abandonar el país. "Si la legislatura de Ontario puede aprobar una ley para encarcelarme durante seis meses por ayudar a personas que sufren, cerraré mi clínica y me iré a Estados Unidos. No resistiré semejante oposición".

El 10 de marzo de 1938, la amenaza de René apareció en los titulares de los periódicos de Toronto. Mientras tanto, los partidarios de René presionaban con fuerza. Pero no se trataba, en su mayoría, de personas poderosas y bien conectadas. Una de sus principales armas debían ser las cartas que escribían a quienes sí lo eran.

Pocos días después de la presentación del proyecto de ley Kirby, los partidarios de René organizaron una campaña masiva de cartas a los legisladores y posibles testigos de Essiac. El 11 de marzo, la Sra. D.A. Heimbecker, de Bracebridge, escribió que no podía acudir a Toronto como delegada, pero que quería sumar su carta a la campaña:

> "Hace unos siete años me operaron dos veces de cáncer", escribió a una de las mujeres que organizaban la campaña de presión. "Al cabo de unos años volvieron los problemas. Mi médico no podía ayudarme, así que viví pensando que tendría que morir en unos años. Así que el verano pasado oí hablar de la señorita René Caisse de Bracebridge. Vine aquí el 12 de octubre de 1937, y después de mi tercer tratamiento supe que ella podía ayudarme. Sigo tomando tratamientos pero sé que estoy curada. Pero unos cuantos tratamientos más no me vendrían mal. Ciertamente me siento como una persona nueva gracias a la Srta. René Caisse por mi salud".

El 14 de marzo, la Sra. de John Thornbury escribió su simple declaración al mismo organizador: Una radiografía había indicado que necesitaba una operación, pero estaba demasiado débil. "Estaba tan débil que no era capaz de caminar sola. Mi marido tuvo que llevarme en brazos durante meses y yo no podía comer nada, ni siquiera beber. Empecé a ir a ver a la Srta. Caisse para que me tratara en julio y ahora me encuentro bien, tengo buen apetito y puedo hacer muchas cosas por mi cuenta. Y creo que puedo decir que estoy casi curada. Atentamente".

El 15 de marzo, una mujer llamada Ann Mitchell de Milford Bay, Ontario, escribió su contribución "A quien corresponda". En una larga y vívida carta, relataba la espeluznante historia de un cáncer tras otro extirpados quirúrgicamente y tratados con radio. Pero seguían reapareciendo. Finalmente, cuando el cáncer reapareció, rechazó la radio. "Estaba tan quemada y enferma por esto que decidí hacerle una prueba a la señorita Caisse y sólo lamento no haber ido antes, ya que me habría ahorrado un buen rato de sufrimiento y gastos".

René trató a Ann Mitchell de marzo a julio de 1937. Ganó 9 kilos y recuperó su salud normal. Describiendo sus experiencias en la clínica de René, escribió: "De semana en semana he visto grandes cambios en muchos pobres enfermos. Si pudiera decir o hacer algo para ayudar a la señorita Caisse, lo haría con mucho gusto".

Los partidarios de René reunieron montones de cartas como ésta, de personas de todo Canadá, muchas de ellas totalmente desconocidas entre sí, que no tenían forma de

saber lo que escribían los demás, que no ganaban nada con sus declaraciones y que contaban historias similares. Ni siquiera el legislador más escéptico -u hostil- podría descartar de plano a René con este tipo de antecedentes recopilados.

En la tercera semana de marzo, el comité de proyectos de ley privados de la legislatura de Ontario examinó el proyecto de ley que autorizaría a René Caisse a tratar a pacientes de cáncer con Essiac. Se les presentó la petición con 55.000 firmas. Cincuenta pacientes de René observan desde la tribuna de visitantes.

El debate fue encarnizado. J. Frank Kelly, diputado de la zona de Bracebridge y ferviente defensor de René, argumentó que había sido "perseguida por todo el país durante años como una delincuente". No estoy afirmando que la señorita Caisse tenga una cura contra el cáncer. Pero conozco a personas que estuvieron enfermas y hoy están bien, y sé que su enfermedad fue diagnosticada como cáncer por la profesión médica. Incluso si ella no tiene una cura para el cáncer pero puede prolongar la vida, debería recibir alguna consideración. Incluso Sir Frederick Banting no pretende poder curar la diabetes con insulina, pero puede prolongar la vida y aliviar el sufrimiento".

"¿Pero no sigue adelante ahora?", preguntó un miembro del comité llamado L.M. Frost.

"Sí, sigue trabajando, pero sin cobrar y sin reconocimiento. No sé si el comité quiere que sea médico, pero debería tener algún tipo de reconocimiento. Darle la oportunidad de seguir ayudando a la gente".

El abogado de René, John Carrick, afirmó que "los pacientes y sus familiares denuncian que los médicos se niegan a darle diagnósticos de cáncer y que la profesión médica ha organizado una cábala contra ella".

Algunos diputados gritaron "falso" y "vergüenza". En ese momento, uno de los pacientes de René se levantó y gritó: "Mi madre era enferma de cáncer, pero tres médicos se negaron a darle un diagnóstico por escrito para la señorita Caisse, aunque se lo dieron a mi madre verbalmente".

Los pacientes de la tribuna vitorearon y aplaudieron, lo que provocó que el presidente de la comisión, David Croll, amenazara con hacerles desalojar. John Carrick leyó entonces en el acta el caso de James Summerwill, el notario que afirmaba haberse curado de linfosarcoma, y dijo: "Tengo aquí muchos pacientes dispuestos a hablar ante la comisión si se les requiere."

El portavoz Croll declinó esa oportunidad. "El gobierno va a crear una junta que se ocupe de estas curas", dijo, refiriéndose a la Comisión del Cáncer que se crearía si se aprobaba el proyecto de ley Kirby.

Pero otro diputado, William Duckworth, de Toronto, dijo que había que escuchar a los pacientes de René. Señalando a la tribuna de visitantes, dijo: "Tenemos que creer en su palabra". La tribuna prorrumpió en vítores.

El Dr. M.T. Armstrong, diputado de Parry Sound, apoyó el proyecto de ley. "No sé si es una cura o no", dijo, "pero desde luego he visto a gente a la que ha ayudado. He

hablado con prácticamente todos los médicos de la legislatura, y no hay ninguno que esté en contra de ella."

Otro diputado de Toronto, W. A. Summerville, dice que ha tenido noticias de todo tipo de personas que afirman haber sido ayudadas por René Caisse. "Queremos ayudar a la humanidad que sufre. Lo que la señorita Caisse quiere es protección. Esta comisión debería hacer algo para protegerla".

Luego William Duckworth añadió: "Hay que ayudarla. El Ministro (de Sanidad) dice que el Departamento de Sanidad no ha interferido con la señorita Caisse. Pues yo digo que los jefes de departamento cambian. Pueden irse en dos o tres años".

Se discutía si los médicos estaban a favor o en contra de René Caisse, y si este proyecto de ley era un sello prematuro de aprobación o simplemente una forma de permitir que continuara sin interferencias hasta que la ciencia pudiera determinar la verdad sobre Essiac.

Se permitió hablar a un hombre llamado T E Stevenson, cuya esposa había sido tratada por René. Dijo que su mujer no se había curado, pero que su dolor había disminuido. Hizo un apasionado alegato a favor del proyecto de ley. "¿Por qué retener a esta mujer? No se le puede hacer ningún daño aprobando este proyecto de ley y es inhumano detenerla. Dejadla ir por el bien de la humanidad, aunque sólo pueda aliviar el dolor. Así al menos los enfermos de cáncer podrán morir en paz sin la ayuda de opiáceos, que es todo lo que la profesión médica puede darles".

Entonces habló René. Denunció que a los médicos se les ponían trabas para que no dieran diagnósticos a las personas que querían ser tratadas por René. "El hecho de que pueda obtener algún resultado debería aceptarse como algo estupendo", dijo. "Cuando tuve éxito, pensé que los médicos me recibirían con los brazos abiertos. No esperaba el antagonismo de la profesión. Esperaba cooperación y tengo todo el respeto por la profesión".

Declaró que daría su fórmula al mundo sin pensar en ganancia alguna "si supiera que se daría a la humanidad de la misma manera. Nunca he pedido ni un céntimo a un paciente. Me he alegrado de recibir donaciones de uno o dos dólares, pero nunca he preguntado a un paciente si tenía dinero. Les he tratado lo tuvieran o no".

Dijo que estaría encantada de presentar su fórmula a cualquier comisión investigadora, con una condición: Que la profesión médica admitiera que Essiac tenía mérito, basándose en los resultados que ella ya había obtenido. A continuación, dio la bienvenida a cualquier tipo de investigación sobre su trabajo. "Mi clínica está abierta a cualquier investigación en todo momento".

Según relatos periodísticos, cuando llegó el momento de la votación, hubo confusión y muchas voces hablando a la vez y una avalancha de mociones dirigidas al presidente. Entonces el presidente reconoció una moción para que "no se informara del proyecto de ley", y una votación a mano alzada indicó un estrecho margen a favor de rechazar el proyecto. Los periódicos informaron de que el proyecto de René había sido rechazado por tres votos.

El periódico de la ciudad natal de René, Bracebridge Gazette, publicó este artículo el 31 de marzo de 1938:

> *La Srta. René Caisse fue rechazada por un Comité Parlamentario la semana pasada. La aplazaron con el argumento de que se iba a presentar un proyecto de ley que cubriera todos estos casos, pero prometieron que no sería molestada mientras trabajara como lo ha sido hasta ahora.*
>
> *Es difícil comprender el trato tiránico que ha recibido la señorita Caisse. Lleva quince años tratando a personas con tumores cancerosos. En los últimos años la ciudad de Bracebridge le ha cedido el uso del British Lion, un buen hotel de ladrillo.*
>
> *Allí ha tratado a cientos de enfermos de cáncer. Muchos de ellos llegaron a ella en tal estado que no había esperanza posible de recuperación, pero incluso ellos tuvieron sus últimos días prácticamente libres de dolor.*
>
> *Otros que no estaban tan mal, pero algunos de ellos muy mal, se han ido a todas luces curados. En la reunión de una comisión parlamentaria estuvieron presentes muchas de estas personas curadas. Tan entusiasta fue su manifestación a favor de la señorita Caisse que los agentes amenazaron con desalojar la sala.*
>
> *Por otra parte, entre los cientos de personas que han sido tratadas por la señorita Caisse, nunca se ha observado un caso en el que su tratamiento haya perjudicado a un paciente. Es de conocimiento común que los cánceres se han curado, al menos temporalmente, con radio y el bisturí, pero han fracasado en una proporción muy superior a la de su éxito.*
>
> *Cuando, por lo tanto, es un hecho indiscutible que el tratamiento de la señorita Caisse nunca ha hecho daño y tan a menudo ha hecho bien, incluso para salvar la vida, es difícil darse cuenta de la mentalidad de aquellos que pondrían obstáculos en su camino.*
>
> *La Srta. Caisse no es fuerte y ha trabajado muy duro bajo una tensión muy grande. Estará un mes fuera de la clínica para reposo absoluto, sin dejar dirección.*

A los pocos días, el poder legislativo aprobó el proyecto de ley Kirby, y así comenzó una de las fases más extrañas -incluso extravagantes- de las batallas de René con el gobierno canadiense. En pocas palabras, René anunciaba a la prensa que, debido al proyecto de ley Kirby, cerraba su clínica. La prensa y el público acudirían en masa a la puerta de Kirby. Kirby diría que no, que la ley no se aplicaba, que abriera su clínica. René abriría la clínica. Entonces alguien la asustaría diciéndole que Kirby venía a por ella. Volvería a cerrar la clínica. La prensa y el público dirían... Y así fue durante la mayor parte de los siguientes dos años.

René disparó primero a finales de marzo. Tras unas semanas de descanso y bajo la fuerte presión de pacientes y simpatizantes, anunció -en titulares de primera

página- que reabriría el 30 de abril. Cuatro semanas después, días antes de que entrara en vigor la Ley Kirby, anunció que volvía a cerrar.

La Gaceta de Bracebridge informó de que su anuncio causó “pesar generalizado en Muskoka y en otros lugares... La opinión general en Muskoka es que este estatuto es arbitrario e injusto. El sentimiento general aquí es que la única prueba de su tratamiento debe ser: *¿Cura?* Y que si cura no debe ser asunto de nadie *cómo o por qué cura*... El resultado probable de la nueva legislación será que el tratamiento de la señorita Caisse se dará en los Estados Unidos y no en Ontario. ¿Qué les parece esta perspectiva a los enfermos de cáncer de Muskoka?”.

Harold Kirby se sintió lo bastante acalorado por esas personas como para llamar a la prensa. "KIRBY NIEGA QUE LA ENFERMERA SE VIERA OBLIGADA A CERRAR LA CLÍNICA", decía el titular de portada del Toronto Globe and Mail. "Responde a las protestas".

A continuación, entregó a los periodistas una copia de la carta que había escrito al abogado de René. La Comisión del Cáncer, decía en la carta, tendrá autoridad, una vez concluida su investigación, para obligar a René a entregar su fórmula. Mientras tanto: "Debe quedar claro para todo el mundo que nada en esta ley impide a la Srta. Caisse seguir con su clínica como hasta ahora". René se encuentra ahora en la misma situación que antes de la aprobación de la ley.

“Tonterías”, espetó René. El Dr. Noble, del Colegio de Médicos y Cirujanos, le dijo a los periodistas, le había informado de que iban a exigir su fórmula si mantenía abierta la clínica. "Lamento de todo corazón haber cerrado mi clínica oncológica aquí en Bracebridge. He luchado con la profesión médica, pero cuando se trata de luchar contra la ley de la provincia es demasiado para mí".

El Huntsville Forester describió más tarde la escena cuando se notificó el cierre a los pacientes de la clínica de René: "Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de docenas de víctimas del cáncer, que habían estado recibiendo beneficios de su tratamiento con la señorita Caisse, y cuya última esperanza aparentemente se desvaneció con el anuncio del cierre de la clínica. Se dice que un paciente se desmayó, mientras que otros, totalmente abatidos, tuvieron que ser asistidos hasta sus coches. La propia Srta. Caisse se sintió tan abrumada que tuvo que abandonar el lugar".

El artículo citaba a tres pacientes de René que habían sido dados por muertos por sus médicos antes de que los tratamientos de René Caisse les salvaran la vida. Un hombre contó al periódico que su mujer había hecho progresos alentadores hasta el cierre de la clínica. Entonces perdió la esperanza y le dijo que "más le valía llevársela a casa a morir".

La historia informaba de que un contingente de estos pacientes y sus amigos y familiares fueron directamente a las oficinas de los alcaldes de la zona, que a su vez enviaron airados telegramas al Primer Ministro Hepburn. Las cartas de enfado llegaban a las oficinas de Kirby y Hepburn.

Un ejemplo típico de lo que Kirby escuchó del público fue ésta, fechada el 30 de mayo de 1938, del Sr. J.M. Andercheck de Timmons, Ontario:

> *Ha sido un golpe muy duro para mí, así como para muchos de los enfermos, escuchar que la Srta. Caisse se ha visto obligada a cerrar su clínica. Creo que es una gran injusticia para los cientos de enfermos de esta terrible enfermedad a los que la señorita Caisse ha beneficiado tanto.*
>
> *Mi mujer fue una de sus pacientes durante los últimos 3 meses y ha ganado en salud y confianza y estaba deseando recuperar la salud de nuevo. Sólo tiene 34 años y es madre de un niño de 3 años. Me parece una lástima quitarle a una persona de su edad la oportunidad de recuperar la salud y la felicidad a la que toda persona tiene derecho. Y no dejar más que desesperación.*

Los desolados por el cierre de la clínica expresaron sus sentimientos en cartas a René. En una de ellas, que transmite maravillosamente los sentimientos de los que habían sido tratados con Essiac, William Giles escribió:

> *Recibido su trágico mensaje. Mientras estoy aquí sentado, me imagino la multitud de rostros tristes y patéticos cuya única esperanza en la vida era la Srta. Caisse.*
>
> *Qué bendición fue para todos nosotros. Qué haremos sin usted. Sólo sentarnos a rumiar y morir de desesperación. Nos ha ayudado tanto y ahora parece que no hay otra salida a nuestras dificultades. Sin embargo, allí donde médicos celosos y codiciosos han hecho imposible esta rica bendición para los canadienses, confiamos y esperamos que sus maravillosos servicios continúen ayudando, animando y curando a nuestra nación hermana, los estadounidenses.*
>
> *A menudo nos asombramos de todo esto, pero dudo que lleguemos a entenderlo del todo... Usted hizo las cosas tan fáciles y agradables para nosotros. Nunca la olvidaremos. Adiós con amor y todos los buenos deseos.*

Los partidarios de René organizaron rápidamente su contraataque. El 30 de mayo, uno de ellos envió un correo masivo a todos los pacientes de René: "Puede que nos veamos obligados a llevar una delegación a Queen's Park, en cuyo caso tendríamos que contar con una multitud lo más numerosa posible. Confiamos en que se unan a nosotros".

Ese mismo día, el primer ministro Hepburn envió un telegrama al alcalde de Huntsville, Ontario:

> *Este gobierno no ha tomado ninguna medida para interferir en modo alguno en el funcionamiento de la clínica de la señorita Caisse.... Sugeriría que se le hicieran gestiones instándola a continuar con el tratamiento de aquellos que confían en su fórmula.*

Tres días después, el 2 de junio, Hepburn escribió directamente a René. En una carta de dos páginas la animaba amablemente a mantener abierta la clínica y la instaba a entregar la fórmula si la Comisión del Cáncer la solicitaba. "Ha leído el comunicado que

se envió a la prensa", escribió el Primer Ministro. "Debería quedarle claro que el Gobierno no ha tomado ninguna medida para cerrar su clínica".

Los titulares del día siguiente decían que las declaraciones del Primer Ministro Hepburn habían "tranquilizado" a René y que la clínica volvería a abrir.

Pero René negó la veracidad de esas noticias. Dijo que la clínica permanecería cerrada. El 3 de junio de 1938, el Toronto Evening Telegram informó que "ella no podía ver su camino despejado para continuar tratando a sus muchos pacientes mientras la ley de la provincia la coloque en una posición tal que no pueda ser libre para llevar a cabo su trabajo".

Hubo una avalancha de telegramas a Hepburn y Kirby. Se distribuyeron y firmaron más peticiones. Los airados periódicos de Ontario editorializaron a favor de René. Típico de los editoriales fue este en el Orangeville Banner:

> *La Srta. Caisse puede ser sancionada si se niega a revelar su fórmula. Por otro lado, los miembros de la Comisión y sus secretarios están protegidos por la Ley, incluso si revelan la fórmula inadvertida o deliberadamente. Se trata de una legislación injusta y unilateral, indigna de un órgano deliberativo que representa al pueblo de Ontario.*
>
> *Es difícil mantener el respeto por una legislatura que ha aprobado una ley tan injusta y parcial. Dadas las circunstancias, no es de extrañar que la señorita Caisse haya decidido cerrar su clínica y buscar en Estados Unidos la libertad que se le niega en su propia provincia.*

El 16 de junio, el Toronto Evening Telegram informó de que Hepburn y Kirby habían sido "asediados con cartas de pacientes que se han visto privados de sus tratamientos".

Ese mismo día se volvió a anunciar la reapertura de la clínica. Luego, el 20 de junio, los periódicos de Toronto informaron de que Kirby había rechazado sus negociaciones con los abogados de René y que la clínica seguiría cerrada.

Hubo otra protesta pública. El 23 de junio, el Toronto Evening Telegram informó de la historia de "una mujer de Toronto con miedo en los ojos" que "suplica" al Telegram: "Por favor, hagan lo que puedan para que se reabra la clínica. Significa mi vida".

Según el Evening Telegram, la mujer tenía un diagnóstico médico de cáncer de estómago inoperable. Según declaró al periódico, dos meses antes, desesperada, había acudido a la clínica Caisse. "Tres tratamientos, uno a la semana, me mejoraron enormemente", decía. "Me sentí como una persona diferente, y mi médico se mostró asombrado y dijo que no lo habría creído posible".

Dijo al periódico que estaba "terriblemente, terriblemente ansiosa por continuar estos tratamientos". Pero cuando llamó a Bracebridge para pedir cita, "la señorita Caisse dijo que tenía miedo de volver a abrir. No puedo entender por nada del mundo -y eso significa mi vida- por qué el gobierno no puede dejar que los médicos diagnostiquen los casos de cáncer, que la señorita Caisse los trate y juzgue su descubrimiento por las curaciones. Eso debería ser prueba suficiente.

Mientras hacen de esto un fútbol político, ¿qué va a pasar con la gente como yo? Nuestro tiempo es limitado".

El Evening Telegram describió a esta mujer anónima como la "esposa de un hombre en una posición de responsabilidad en los negocios, con medios holgados".

Cuando terminó de contar su propia historia, describió para el periódico sus encuentros con otros pacientes de René: "Una ancianita llevaba un ramo de violetas en la mano. Dijo que las había recogido ella misma para la señorita Caisse, que tenía cáncer de estómago y no podía caminar cuando acudió a ella por primera vez para recibir tratamiento. Había otra mujer de 28 años, de Capreol, madre de tres niños pequeños. La habían operado dos veces de cáncer de garganta y le habían cortado las cuerdas vocales, por lo que sólo podía hablar en susurros. Me susurró: `He engordado 13 libras desde que vine aquí, y el dolor ha desaparecido de mi garganta'. Me pregunto qué estará haciendo esa pobre con los tratamientos interrumpidos".

El periódico decía que esta mujer no culpaba a René Caisse por el cierre de su clínica. "Hay que reconocerle el mérito y permitirle que demuestre por sí misma su valor". "Trata a pobres y ricos por igual, sin cuestionamientos. Algunos son tan pobres que no pueden pagar nada. Vi a un paisano con una docena de huevos como pago por un tratamiento. Todo el mundo le da lo que puede pagar".

El hijo mayor de la mujer fue citado hablando amargamente del proyecto de ley Kirby: "Kirby dice que si refutan su fórmula en el laboratorio médico, aún así no pueden impedir que opere una clínica", dijo el hijo. "A lo que equivale, pues, es a que alguien quiere la fórmula. No es para proteger al público, porque, según su propia declaración, ella puede dirigir una clínica de todos modos. Si hubieran visto a mi madre antes de los tratamientos que le dio la Srta. Caisse, sabrían que había algo en su descubrimiento. Alguien está intentando conseguirlo... y llevarse el mérito".

La historia terminaba señalando: "En Queeri´s Park, se reitera la calurosa negación de que la señorita Caisse tenga alguna razón `para tener miedo' de continuar con su clínica. *Si la Srta. Caisse fuera la mitad de humana de lo que dice ser, su clínica estaría abierta hoy*, declaró el Sr. Kirby".

El 28 de junio, el Toronto Daily Star informó de que el Ministro de Sanidad había recibido la visita de una delegación de 80 a 90 pacientes de René y había aceptado unirse a ellos para solicitar al Fiscal General una interpretación del proyecto de ley Kirby.

Después de esas reuniones con Kirby, el líder de la diputación, EF Stevenson, escribió a René una colorida carta contándole cómo había sido negociar con el gobierno. Con una mirada renovada, describía las experiencias de la diputación:

> *Parece como si la asociación médica tuviera al gobierno atado de pies y manos. De lunes a viernes no faltamos ni un solo día a Queeri´s Park y pensé que estábamos consiguiendo puestos con Kirby y Conant hasta que Hepburn entró en la discusión, y sólo hay que intentar que ponga algo por escrito. Todo lo que*

pudimos conseguir fue la declaración de Kirby en la prensa de que no vería con buenos ojos que una Comisión pidiera una fórmula antes de investigar los tratamientos pasados y presentes.

Sinceramente, creo que podemos hacer que continúen la investigación a tu manera manteniendo la memoria de Kirby refrescada con sus propias declaraciones sobre el tema. Es pan comido que les tengamos preocupados y con los Dres. machacándoles también, dudo que la Comisión sea nombrada hasta dentro de algún tiempo, quizás no este año. Me gustaría verlos nombrados de inmediato, entonces sabríamos cómo pretenden llevar a cabo sus investigaciones.

Creo que conocimos a Hepburn uno de esos días en que no se sentía muy bien, actuaba como si hubiera pasado una mala noche. Incluso Kirby parecía disgustado con su forma de actuar, ya que cuando Hepburn nos abandonó, Kirby dijo que se pondría en contacto con usted. Pero seguía insistiendo en que no podía, sin el consentimiento de Hepburn, darnos por escrito ninguna garantía de que la Comisión llevaría a cabo sus tareas de una determinada manera o de que usted no sería multada si no entregaba su fórmula, en caso de que se la pidieran antes de investigar sus tratamientos anteriores.

Pero verbalmente ambos fueron muy enfáticos en que el gobierno se encargaría de que se os tratara con justicia. Todo su argumento ha sido siempre que el proyecto de ley estaba ahí y que ellos no tenían autoridad para cambiarlo, pero nos aseguraron que no tenían intención de dejar que ninguna asociación médica dirigiera el gobierno. A Hepburn casi se le subieron los humos cuando dije que los médicos eran todopoderosos.

De nuevo te pido que abras tu clínica y dejes que la oposición venga a ti, incluso aunque te multen una vez. Seguro que podemos recaudar cien por la primera, pero vuelvo a decir que creo que el Gobierno está dispuesto a jugar a tu favor. Todo lo que puedo pedirte es que seas una buena canadiense y abras tu clínica para que ellos acudan a ti en lugar de que tú recurras a ellos. Y no dejes que te preocupen, todo va a salir bien".

Pero René estaba tranquila. Su actitud era que la ley era la ley y si el gobierno quería que abriera su clínica, que cambiara la ley. La clínica permaneció cerrada. El 14 de julio, la Bracebridge Gazette editorializó: "Predecimos que si algún enfermo que desea la ayuda de la señorita Caisse muere mientras la clínica está cerrada, habrá un verdadero rugido de amarga condena por parte del público en general en estas partes y el blanco de esa condena no será la señorita Caisse".

Dos semanas más tarde, los periódicos de Ontario informaron de que René había cedido finalmente a los deseos de sus pacientes y reabriría en agosto. El proyecto de ley Kirby seguía siendo ley, pero el gobierno había prometido públicamente no aplicarla por el momento. Ambas partes se preparaban ahora para el siguiente asalto de la batalla: La investigación de la recién creada Comisión Real del Cáncer.

CAPÍTULO IV

A finales de agosto de 1938, seis médicos expertos en diagnóstico, cirugía y radiología fueron nombrados miembros de la Comisión Real sobre el Cáncer. El presidente era J.G. Gillanders, juez del Tribunal Supremo de Ontario. Se les encargó la investigación de varios tratamientos no ortodoxos contra el cáncer que se utilizaban en Canadá a finales de los años 30, pero la atención se centró claramente en René Caisse y Essiac.

Durante los últimos meses de 1938, René se dedicó a tratar a pacientes en su clínica, mientras escaramuzaba con la Comisión a medida que ésta se ponía en marcha. El 27 de octubre les escribió una carta en la que se negaba a entregar su fórmula antes de que reconocieran las pruebas de su trabajo. "Deseo saber", escribió, "si debo continuar o no con mi clínica. Si desean que cierre, les ruego que me lo notifiquen. No deseo continuar, si estoy sujeta a las sanciones de la Ley Kirby".

La Comisión declinó su invitación a cerrarla. No querían volver a entrar en esa rutina. En su lugar, se reclutó informalmente como mediador al Dr. B. L. Guyatt, profesor de anatomía de la Universidad de Toronto y uno de los primeros partidarios de René. Tenía buenas relaciones con ambas partes.

El 30 de diciembre de 1938, cuando la Comisión estaba lista para comenzar su investigación sobre René y Essiac, el Dr. Guyatt escribió a René una larga carta en la que le decía que debía tener confianza y cooperar plenamente en la presentación de sus casos, especialmente aquellos con "un diagnóstico patológico y una evolución clínica demostrada con una desaparición parcial o total de los signos y síntomas."

René aceptó de buen grado el consejo del doctor Guyatt. Eso era lo que había querido hacer desde el principio: Llevar a esos médicos a su clínica y mostrarles lo que había estado haciendo.

Cuando la Comisión anunció a la prensa que dos de sus miembros -el Dr. W C. Wallace, de la Universidad de Queens, y el Dr. T H. Callahan, de Toronto- irían a Bracebridge en febrero de 1939 para entrevistar a los pacientes de Renés, René dijo a los periodistas que estaba "encantada con el acuerdo".

Acompañados por el Dr. Guyatt, los miembros de la Comisión pasaron dos días tomando declaración bajo juramento -y en secreto- a varias personas que habían sido tratadas por René. Después, algunos de los pacientes dijeron a los periodistas que habían recorrido largas distancias a sus expensas para contar sus historias bajo juramento.

Uno de ellos, el Sr. George Bruce, del condado de Hastings, fue citado en el Toronto Globe and Mail diciendo que le debía la vida a René Caisse. "Llegué aquí quemado por los tratamientos con radio. No era más que una rata marchita, esperando morir cualquier día. La señorita Caisse me trató durante seis semanas y ahora estoy cien por cien mejor".

La Sra. J.C. Forsythe, de Utterston, dijo a los periodistas que declaró que la Srta. Caisse se había negado inicialmente a tratarla porque no tenía una copia del diagnóstico de su médico. "Finalmente, la señorita Caisse accedió a darme tratamiento. Cuando llegué aquí era una inválida y estaba a las puertas de la muerte. Ahora cocino para una familia numerosa, me ocupo de las tareas domésticas y de todo lo que tiene que hacer una campesina. Le debo la vida a la señorita Caisse".

Como las audiencias se celebraron en secreto, René se negó a hacer comentarios a la prensa, salvo para decir que estaba satisfecha con el rigor y la imparcialidad de la Comisión. En privado, contó a sus amigos que los médicos habían examinado a algunos de sus antiguos pacientes y admitido ante ella -y ante ellos- que ahora estaban libres de cáncer. René estaba encantada con este último giro de los acontecimientos.

Pero el acontecimiento principal estaba previsto para principios de marzo de 1939. Las audiencias públicas ante el pleno de la Comisión se celebrarían en el Hotel Royal York de Toronto. Esto era lo que René y sus pacientes habían estado esperando, y cuando llegó estaban preparados. Fueron tantos sus partidarios que René tuvo que alquilar uno de los salones del hotel como lugar de reunión. Entre los presentes había 387 antiguos pacientes, procedentes de todo Canadá, dispuestos a esperar su turno para prestar juramento y contar sus historias.

La Comisión no estaba interesada en escuchar a 387 testigos. "Tiene un ejército de gente aquí", se quejó el Comisario Ualin. Al final, alegando las presiones del tiempo, la Comisión sólo permitió testificar a 49.

Los cientos de páginas de la transcripción de esos 49 testigos jurados están llenos de testimonios desgarradores. Todos estaban convencidos de que Essiac les había ayudado a recuperar la salud. Algunos de ellos relataron recuperaciones parciales y continuas cuando todo lo demás había fracasado; otros describieron recuperaciones completas, casi milagrosas, después de haber estado al borde de la muerte.

Un hombre llamado George Mahon testificó: "Ella me ayudó. Si no fuera por ella, estaría enterrado". Una mujer llamada Elizabeth Stewart testificó que su médico la envió a casa desde el hospital hace casi dos años para que redactara su testamento. "No acortará tus días", dijo que le dijo el médico, "ni los alargará".

Ahora, tras el tratamiento de la enfermera Caisse: "Trabajo todos los días. Ordeño cinco vacas, noche y mañana. Estoy fuera de la granja y tengo huéspedes y todo en la casa, y tengo que hacerlo todo yo. Le debo la vida a la señorita Caisse y espero que hagan algo por ella".

Una mujer llamada Augusta Douglas tenía un diagnóstico de un patólogo, fechado el 5 de agosto de 1938: Cáncer de cuello uterino. Le dijeron que necesitaba tratamientos con radio. Ella le dijo al médico que prefería morir. "Con las botas puestas" dijo ella. "Gracias a Dios tuve suficiente fuerza de voluntad. Luché contra los médicos y aún sigo".

Recuerda su llegada a Bracebridge para su primer tratamiento con René Caisse. "Me acosté en una cama hecha en la parte trasera del coche, sobre un colchón con una manta doblada sobre él, y no podía soportar ninguna sacudida del coche o me daría un dolor terrible en la espalda".

Pasó seis semanas tumbada en la cama en Bracebridge, recibiendo tratamiento. "Mientras estaba tumbada en la cama podía ver la clínica en la colina y me recordaba a la Cruz en la colina del Calvario. Sé que a ustedes los hombres no les importa nada de esto, pero de todos modos era el único rayo de esperanza que tenía en el mundo".

Poco a poco fue mejorando. Empezó a dar paseos. Al cabo de ocho semanas, podía hacer el viaje de ida y vuelta de 220 millas a Bracebridge todos los sábados. Declaró que su médico le dijo: "Si eso es lo que ha hecho con unos pocos, siga tomando sus tratamientos. Son maravillosos. Valen un millón".

Clara Thornbury pesaba 72 libras cuando su marido la llevó a la clínica de René. Ahora pesaba 107 libras y hacía sus propias tareas domésticas.

El cáncer de Annie Bonar se extendió tras los tratamientos con radio. La noche antes de ingresar en el hospital para que le amputaran el brazo, hinchado hasta el doble de su tamaño natural, Annie Bonar pesaba 90 libras y decidió acudir a René Caisse. Cuatro meses más tarde, había recuperado su peso normal de 150 y su brazo estaba bien.

Un testigo tras otro contaban historias como esa. Pero quizá el testimonio más dramático -y conmovedor- fue el ofrecido, con detalles vívidos y a menudo espeluznantes, por una mujer llamada May Henderson.

Después de 30 años de mala salud crónica, los médicos le dijeron que tenía cáncer en todo el cuerpo. Tendrían que extirparle los dos pechos y la mayor parte de las entrañas. Decidió que no estaba dispuesta a soportar esa tortura y renunció a seguir viviendo.

“Mis ojos parecían piedras -declaró-, y simplemente no tenía vida. No podía andar y para entonces estaba tumbada en el sofá o en la cama la mayor parte del tiempo. No sabía lo que me esperaba, pero alguien me habló de la señorita Caisse”.

Eso fue en marzo de 1937. May Henderson fue a ver a René, pero ésta no podía tratarla sin un diagnóstico escrito. Así que May Henderson se arrastró hasta un médico para otro tortuoso examen. "Me dijo que mi estado era tal que simplemente estaba llena de cáncer, y que era inútil que la enfermera me tratara porque de todos modos no duraría mucho".

Pero el médico le dio a May Henderson el papel firmado que necesitaba. Empezó el tratamiento con Essiac. "Enseguida noté un cambio maravilloso. Me sentía más estable, dormía mejor y comía mejor, y en total he recibido unos 65 tratamientos de la

enfermera. Poco después de empezar con ella pude tener trabajo temporal y puedo decir que nunca he tenido molestias por los tratamientos".

¿Se consideraba curada?

"Bueno, casi." Explicó que todavía tenía un pequeño bulto en el lado derecho. "Tiene el tamaño de un huevo de gallina, pero es más blando de lo que era, y en el lado izquierdo aún queda algo de este bulto duro, pero casi ha desaparecido".

El Comisario Valin le preguntó si seguía teniendo bultos en los pechos.

"No, -respondió-. Están completamente eliminados... Los pechos están bastante limpios ahora. Cuando empecé con la enfermera parecía como si estuviera embarazada, mi cuerpo estaba tan lleno de ellos, y ellos había empujado todo lo demás fuera de su posición, y ahora creo que cualquiera estaría de acuerdo en que mi figura parece casi normal. Me siento como si fuera normal." (En los archivos de René hay varias cartas amistosas de May Henderson, fechadas hasta los años setenta, siempre dándole las gracias y animándola en su buen trabajo).

Los comisarios cuestionaron repetidamente la exactitud de los diagnósticos relatados por los testigos. Dijeron que algunos de los médicos implicados habían negado posteriormente haber diagnosticado cáncer a esas personas. El abogado de René, Edward Murphy, ridiculizó en un momento dado ese argumento, afirmando que ni el médico más descuidado enviaba a la gente a casa desde el hospital con dos semanas de vida sin estar razonablemente seguro de su diagnóstico.

Insinuando presiones sobre los médicos para que desmientan sus diagnósticos originales, Murphy dijo: "Si este asunto se hace de forma tan chapucera, probablemente debería haber una comisión que lo investigara". A estas personas se les dijo que tenían cáncer, argumentó, independientemente de lo que algunos de los médicos trataran de decir ahora.

Casi al final de las audiencias, el Dr. B.L. Guyatt, anatomista de la Universidad de Toronto, pudo testificar sobre lo que había visto en la clínica de René. "Me interesé por primera vez hace tres años, este otoño", dijo. "Me llamó la atención un médico amigo mío, un hombre prominente".

Desde entonces, el Dr. Guyatt había realizado visitas periódicas a Bracebridge. "No he tenido el tiempo ni el aparato para hacer un control como el que me gustaría haber hecho, pero he visto llegar pacientes en muy mal estado y la siguiente vez que fui encontré mejoría en varios de esos casos".

Eso ocurrió en al menos tres de sus visitas a la clínica, según declaró el Dr. Guyatt. "Yo estaba tan impresionado que puse el asunto en conocimiento del Dr. Routley, de la Asociación Médica Canadiense, y más tarde pedí que se investigara esta forma de tratamiento. Así de impresionado quedé".

Mientras seguía la evolución de varios pacientes de René que padecían lo que él creía que era cáncer, el Dr. Guyatt afirmó que habían mejorado definitivamente. "Yo no diría

que están curados. No utilizaría esa afirmación, porque la curación de un cáncer implica 5 años, e incluso entonces no se está seguro. Pero sin duda ha habido un gran beneficio en esos casos".

Cuando el Dr. Guyatt terminó su testimonio, el presidente Gillanders dijo al abogado de René que era hora de dejar constancia de la postura de René sobre la revelación de su fórmula a la Comisión. "Hemos escuchado más casos de Miss Caisse que de cualquier otro patrocinador", dijo. "Es la única patrocinadora, creo ahora, que no ha querido revelar su fórmula".

Murphy dijo que su postura era la misma de siempre. "Le gustaría que la Comisión, una vez oídas estas pruebas, se pronunciara al respecto, y ella acatará de buen grado esa decisión".

"En otras palabras", respondió el presidente, "¿no está dispuesta a dar su fórmula?"

"No". A continuación, el presidente resumió su propia posición: "Lo que nos pide es que transmitamos las historias clínicas que nos ha dado, sin que la Junta tenga conocimiento alguno de lo que contiene la sustancia, ni de la teoría de su funcionamiento o administración." "Exactamente", dijo Murphy.

Tras un largo debate entre Murphy y los comisarios sobre la negativa de René a revelar la fórmula, el comisario Ualin dijo: "Creo que perjudica seriamente a su causa al no revelar la fórmula. Puede que nos impresione favorablemente. No lo sabemos. Hasta donde hemos llegado, no podemos saberlo. Puede haber algo en ella, como dice el Dr. Guyatt. Él cree que es algo que debe ser investigado más a fondo. Eso es lo que sugirió, que algún investigador independiente siga adelante, y apela a la Sociedad Médica de Ontario para que lo investigue.

"Esa es su impresión, y él es una parte desinteresada. No es parcial. Creemos que nos gustaría seguir con nuestras observaciones, y esa es la razón por la que queremos la fórmula."

Entonces el presidente dijo: "Creo que el Sr. Murphy conoce la actitud de la Comisión."

"Sí, lo sé", dijo Murphy.

"Le avisaremos cuando se celebre la próxima reunión", dijo el presidente.

"Eso es lo mejor que se puede hacer", respondió Murphy.

"¿Se entiende que hemos terminado de escuchar los casos de la Srta. Caisse?" Preguntó el Comisario Young.

"Oh, sí, está cerrado", dijo Murphy.

"Definitivamente", asintió el presidente. Y con eso, el testimonio de los testigos de René concluyó.

Unas semanas más tarde, hacia finales de marzo, llegó el testimonio de la otra parte, los médicos. Un tal Dr. Richards y el Dr. R.T. Noble, secretario del Colegio de Médicos y Cirujanos, presentaron documentos firmados por varios médicos en los que afirmaban que antiguos pacientes suyos no se habían beneficiado de los tratamientos de René Caisse y habían fallecido desde entonces.

René estaba presente mientras el Dr. Richards y el Dr. Noble la condenaban con todas las pruebas que pudieron encontrar. Uno de sus pacientes que había muerto se llamaba William Allen. Después de escuchar a los médicos proclamar que el Sr. Allen no se había beneficiado de Essiac, René respondió: "El Sr. Allen vino a verme con una sonda en la vejiga y en muy mal estado, y no tenían ninguna esperanza para él. Un gran número de estos casos son casos sin esperanza, que vinieron a mí tal vez para el tratamiento, y le digo a la familia - no le dije al paciente - pero le digo a la familia que no hay esperanza, y no puedo esperar hacer nada más que posiblemente darles consuelo. Si quieren tomar algunos tratamientos, lo hacen, y si se van y mueren, entonces estos registros van en mi contra".

El comisario Valin retó a René: "Por lo visto dice que no se puede curar un caso avanzado".

"No, no he dicho eso. Si los órganos se destruyen, sí. No puedo construir nuevos cuerpos".

El Dr. Richards presentó como prueba la muerte, el 10 de agosto de 1937, de un hombre llamado Richard Patterson. René respondió: "Su médico le dio tres días de vida cuando lo llevé, y vivió un año y medio".

En un momento dado, el Dr. Richards afirmó que algunos de los pacientes de René que habían sobrevivido habían sido tratados previamente con radio, que era el origen de la curación. "En otras palabras", replicó René, "si el paciente vive, usted se lleva el mérito del radio, pero si el paciente muere, el radio no tiene nada que ver".

El Dr. Richards presentó el caso de uno de sus antiguos pacientes que había abandonado los tratamientos con radio en favor de la clínica de René y que posteriormente falleció. La respuesta de Renés a su acusación fue: "Se estaba muriendo cuando vino a verme. Pesaba alrededor de 83 libras. Había sufrido quemaduras profundas con radio. Se podía oír su respiración a través de un gran agujero en el pecho, hasta el hueso, y cuando respiraba, un silbido salía por fuera, y fue dada por muerta por el Dr. Richards. No podían darle más radio.

"No tenía otro tratamiento, y me la llevé por compasión, y vivió dos o tres años, con bastante comodidad. La quemadura se curó y ganó peso. Creo que pesaba unas 118 libras. Estuvo bastante cómoda, hasta el final, y me siento bastante orgullosa de mi tratamiento".

Algunos de los informes de médicos admitían realmente que sus antiguos pacientes afirmaban haber recibido beneficios de Essiac, sobre todo alivio del dolor. Incluso en esta hostil acumulación de informes, el tema del alivio del dolor volvió a oírse. Pero en

estos informes post-mortem de los médicos, normalmente se mencionaba brevemente y de pasada, como si el alivio del dolor de un paciente no fuera lo importante; lo importante era desacreditar a René Caisse.

Fue una experiencia brutal para René, escuchar a estos médicos echar por tierra cualquier idea de posible beneficio derivado del Essiac. Finalmente dijo a los comisarios:

> *El Dr. Noble y el Dr. Richards están trayendo un montón de pacientes que tomé por compasión. No se están ocupando de mis casos probados, que se han beneficiado. Un gran número de estos pacientes vinieron para uno o dos tratamientos, y nunca volvieron, y no pude salvarlos. No quería aceptarlos porque sabía que no tenían remedio. Todos los casos fueron abandonados por la profesión médica antes de que yo los aceptara.*

Al final de esta fase de las audiencias de la Comisión, los comisarios volvieron a pedir a René su fórmula. Una vez más, ella les dijo que no quería que le quitaran la fórmula y la archivaran inmediatamente por carecer de valor. "Quiero saber que la humanidad sufriente se beneficiará de ella. Cuando me den esa garantía, estoy dispuesta a revelar mi fórmula, pero tengo que saber que va a llegar a la humanidad que sufre".

El Presidente Gillanders dijo que no admitiría ningún mérito antes de recibir la fórmula. René dijo que no tenían que admitirlo públicamente, sino en privado. "Creo que tengo derecho a su decisión sobre los méritos de la misma, antes de darla".

"En otras palabras", dijo Gillanders, "¿no está dispuesta ahora a dar la fórmula a la Comisión?".

"No, no lo estoy".

"Sin embargo, ¿presentará cualquier comentario que tenga sobre estas pruebas?"

"Sí, lo haré con mucho gusto".

Más tarde, René respondió detalladamente a las acusaciones de que muchos de sus pacientes habían fallecido. Pero la carga general de las audiencias le había pasado factura física, emocional y económicamente.

Había llevado su lucha tan lejos como hubiera podido hacerlo una sola persona con tan limitados recursos económicos. Gracias a la publicidad y la presión, el Parlamento canadiense se vio obligado a debatir sobre el Essiac y estuvo a punto de legalizarlo por tres votos.

Había movilizado lo que el Comisario Ualin calificó de "ejército de personas" para conseguir apoyo. Y ahora que la batalla parecía estar llegando a su fin, su agotamiento y desesperación -incluso amargura- se hicieron patentes en una poderosa carta que envió al Primer Ministro Hepburn el 19 de abril de 1939, pocas semanas después del testimonio de los doctores Noble y Richards.

Escribió:

Les presenté un gran número de historiales de pacientes con cáncer. Luego exigieron casos patológicamente probados, en los que no se había utilizado ningún otro tratamiento. Sólo he podido presentar dos de estos casos curados, ya que la mayoría de mis casos han probado todo lo que ofrece la Ciencia Médica antes de acudir a mí. Tengo muchos casos probados curados que han seguido otros tratamientos antes de venir a mí.

El doctor Richards sostiene que, aunque hayan transcurrido largos períodos entre el momento de los tratamientos con radio y los míos (aunque hayan aparecido recidivas), el radio sigue actuando en ellos y es responsable de la curación, pero si el paciente muere, el radio no tiene nada que ver.

Ahora me exigen que dé cuenta de todos los pacientes que he tenido la desgracia de perder. Sin tener en cuenta que esos pacientes mueren antes de llegar a mí y que la profesión médica los da por desahuciados. Intento hacerlo lo mejor que puedo, pero lo mismo da preguntar a un médico por qué una operación tiene éxito y otra es mortal. *Dirá que el caso estaba demasiado avanzado o que el paciente tenía un corazón débil. Esta es la respuesta que me veré obligada a dar en algunos casos.*

El Comité que acudía a mi clínica, al examinar a mis pacientes, no dudaba en decirles que estaban curados, pacientes a los que yo seguía tratando. Parecían perfectamente satisfechos, incluso entusiasmados, por lo que veían. Les di la prueba patológica de un caso que no había sido tratado en otra parte, y que está absolutamente limpio de cáncer.

Entregué una copia de esta prueba patológica al taquígrafo del tribunal para que entregara copias a cada uno de los miembros de la Real Comisión del Cáncer, y en la última sesión de la comisión ninguno de ellos tenía copias de este informe patológico, y el Dr. Callahan no recordaba haberlo visto. Desde entonces he enviado copias certificadas al secretario de dos de estos casos.

Ahora bien, no me importa tratar de cumplir con su petición. Me está ocasionando muchos gastos que no puedo permitirme, pues aunque en algunas de las cartas que el Dr. Noble presentó contra mí se me acusa de tomar todo el dinero que podía obtener de la gente, me han dado tan poco que ha sido una gran lucha seguir adelante. Pedí un informe de la última reunión y me cobraron cincuenta y siete dólares por él. Cuando les diga que mi cuenta bancaria no llega a cien dólares, comprenderán por qué me resulta difícil suministrar todo el material que me pide la Real Comisión del Cáncer y mantener mi clínica en funcionamiento.

Estoy considerando seriamente cerrar, Dios sabe que he hecho todo lo que he podido por estos enfermos de cáncer, pero si hubieran oído al Dr. Noble y al Dr. Richards hacer trizas mi trabajo me creerían un criminal. Hace ocho semanas me

operaron de bursitis en el brazo, lo cual, en vez de ayudarme, empeoró mi estado, y los cirujanos no pueden explicarlo. He tenido que trabajar en mi clínica con el brazo en cabestrillo, pasando el resto del tiempo en cama intentando recuperar el uso de mi brazo derecho.

Si pueden acortar de algún modo esta investigación, se lo agradeceré mucho. Creo que tienen suficiente material para tomar una decisión en uno u otro sentido. Ya he superado la fase en la que me importa lo que decidan. Si pudieran leer los testimonios enviados al Dr. Noble por miembros de la profesión, su negación de sus propios diagnósticos y sus sugerencias sobre cómo condenarme por práctica ilegal, verían que no tienen ninguna intención de ser justos. Si el Dr. Richards tuviera que dar cuenta del número de pacientes que mueren bajo tratamientos con radio y rayos X profundos, tendría trabajo para el resto de su vida.

El Dr. Noble le entregó una lista de pacientes que firmaron una petición en 1937, con doscientos diez nombres de pacientes que decían haberse beneficiado de mi tratamiento. Se la entregó a la Comisión Real del Cáncer diciendo que la mayoría de ellos habían muerto. Hay treinta y dos muertos, uno de ellos murió en un accidente de automóvil, varios volvieron para recibir tratamiento con radio cuando cerré mi clínica el pasado mes de mayo, dos sufrieron amputaciones después de dejarme y murieron, y ciento setenta y ocho están vivos. No me parece un mal porcentaje.

Siento molestarle por esto, pero hoy voy a bajar a ver al doctor Lewis, y con mi brazo en el estado en que se encuentra, puede que me ordenen guardar cama por tiempo indefinido y quiero que sepa que he cumplido con todas las exigencias de la Real Comisión del Cáncer.

Pero las investigaciones de la Comisión se prolongaron durante meses. René mantuvo abierta su clínica, pero se sentía acosada por los problemas y con la sensación de que la dejaban colgada, sin saber lo que iba a pasar. El 2 de noviembre de 1939 se dirigió directamente al Ministro de Sanidad, Harold Kirby. Le escribió:

Le escribo para preguntarle si no hay alguna forma de acelerar el informe de la Comisión Real del Cáncer sobre mi descubrimiento del cáncer. Me parece que han tenido tiempo de sobra para decidir a favor o en contra de mi tratamiento. Les he presentado más pruebas que ningún otro patrocinador. Lo admitieron en mi presencia en la última reunión del 4 de julio . Si han decidido en contra tengo otros planes y estoy ansiosa por que tomen una decisión en un sentido u otro.

Los médicos se han negado en redondo a dar un diagnóstico de un caso que me llega. Tengo gente que visita mi clínica suplicando tratamiento y, como usted sabe, no puedo atenderles sin el diagnóstico de su médico. ¿Sería posible que usted me diera permiso para tratar a cualquier paciente que viniera a mí declarando que su médico le había dicho que tenía cáncer, y que le hiciera firmar una declaración a tal efecto? Le agradecería su opinión al respecto.

En diciembre de 1939, la Comisión presentó su informe provisional al Parlamento. Limitándose a dictaminar sobre los casos de las personas que habían testificado a favor de René y Essiac, la Comisión desestimó varios de los diagnósticos de cáncer por incorrectos. Disponía de cartas de médicos desmintiendo el diagnóstico. Otros casos se consideraron curados por tratamientos previos con radio o rayos X.

"En los 49 casos presentados sólo hubo cuatro en los que se aceptó el diagnóstico y en los que la recuperación se produjo aparentemente gracias al tratamiento de la Srta. Caisse", decía el informe. Pero incluso en esos cuatro casos, proseguía el informe, la Comisión recibió posteriormente declaraciones firmadas que ponían en duda la validez de la curación. En uno de ellos, por ejemplo, el informe decía: "La Comisión dispone ahora de una declaración firmada por el cirujano en la que afirma que el tumor que extirpó no era canceroso".

Era un informe tortuosamente redactado para negar todo crédito a René y Essiac. Llevaba implícito -aunque no se decía- que los 49 testigos estaban equivocados en sus propios casos. El informe daba a entender que "de esta gran consulta" de René, sólo estas 49 personas dieron un paso al frente, ignorando por completo el hecho de que a otras 338 personas que esperaban en el salón de baile se les negó la oportunidad de testificar. El informe concluía:

> *Tras un cuidadoso examen de todas las pruebas presentadas y analizadas en el presente informe, y sin olvidar el hecho de que los pacientes, o varios de ellos, que comparecieron ante la Comisión se consideraron beneficiados por el tratamiento que recibieron, la Comisión opina que las pruebas presentadas no justifican ninguna conclusión favorable en cuanto a los méritos de `Essiac' como remedio contra el cáncer, y así lo informa.*

Una vez descartados René y Essiac, la Comisión hizo un último intento de persuadirla para que entregara la fórmula. En el último párrafo, el informe decía: "Sin embargo, si la Srta. Caisse desea que se investigue más a fondo su tratamiento, y desea presentar más pruebas al respecto, y está dispuesta a proporcionar a la Comisión la fórmula de 'Essiac', junto con muestras de la misma, la Comisión estará encantada de realizar dicha investigación, en la forma que se considere conveniente y justificada."

Desde el principio, los miembros de la Comisión habían dicho a menudo que sólo querían investigar remedios que pudieran ser prometedores. Ellos mismos eran médicos y no les importaba dejar constancia de que tenían cosas mejores que hacer con su tiempo -y con el presupuesto de la Comisión- que buscar remedios inútiles.

Y sin embargo, al final, en el párrafo después de que intentaran descartar Essiac de una vez por todas, ahí estaba de nuevo: Queremos la fórmula. ¿Por qué? La contradicción parece evidente.

El 11 de enero de 1940, una vez aprobado el informe en el Parlamento, se dio a conocer a la prensa canadiense, que le dedicó una amplia cobertura. Fue noticia de portada. Un periódico citó a René:

> *La Comisión no consideraría ninguna recuperación debida al Essiac a menos que no se hubiera tomado previamente ningún otro tratamiento. Me he visto obligada a tratar tantos casos que me han enviado los médicos después de que todo en la ciencia médica se hubiera utilizado ineficazmente que no se me ha permitido tomar un caso de cáncer sin el diagnóstico de un médico, y, en la mayoría de los casos, un médico no me dará un diagnóstico a menos que considere que el paciente está más allá de la ayuda de la ciencia médica.*

Cuatro días después, René escribió una airada carta al Primer Ministro Hepburn.

> *He recibido una copia del informe de la Real Comisión del Cáncer sobre mi trabajo. A pesar de que han recortado mis pruebas, sigo siendo el único de los dieciocho solicitantes que tiene una sola curación en su haber. Admiten cuatro curaciones, pero dicen que en dos de esos casos han recibido declaraciones juradas de los médicos negando su propio diagnóstico. Creo que tengo derecho a recibir copias de esas declaraciones juradas, y le agradecería mucho que se ocupara personalmente de que las reciba.*

Y concluyó:

> *Por el bien de la humanidad que sufre, le ruego que apoye mi trabajo y presente de nuevo mi proyecto de ley a la Asamblea Legislativa.*

Hepburn dejó pasar la petición de René. Dos meses después, René escribió una larga carta a uno de los periódicos locales en la que detallaba sus críticas al informe de la Comisión. La carta ocupaba casi una página entera del periódico y mostraba cómo la Comisión había menospreciado los resultados que ella había conseguido.

En el caso de un hombre llamado Peter Hanon, por ejemplo, que había testificado a favor de René, la Comisión concluyó que un diagnóstico exacto habría sido "colon espástico", no cáncer. Tras exponer largamente su caso, René concluyó:

> *Le enviaron a casa a morir y en tan malas condiciones y con el final tan cerca que le aconsejaron que fuera a un hospital donde necesitaría cuidados médicos especiales. No se pudo hacer nada por él. Conseguí detener la hemorragia, su evacuación se normalizó, cesaron los dolores, aumentó de peso y ahora es un hombre sano.*

El periódico acompañó la carta de René con un editorial a toda página que apoyaba los argumentos de René y mencionaba a todos los residentes de la zona que sabían con certeza por experiencia personal que el tratamiento de René funcionaba. "Decenas de pacientes ofrecieron voluntariamente sus pruebas", decía el editorial. "Se insistió en que la señorita Caisse revelara su fórmula. Su negativa a hacerlo se basaba aparentemente en la creencia de que si lo hacía, la conclusión sería que no tenía valor y más tarde la profesión médica descubriría un tratamiento para el cáncer que sería muy parecido al suyo. De este modo, ella perdería el mérito de todo su trabajo y esfuerzo y sus pacientes no se beneficiarían. El informe de la Comisión sobre el cáncer parece justificar el temor que parecía tener la Srta. Caisse".

Y con esta despedida, René Caisse desapareció prácticamente de la escena pública -y de la controversia pública- durante casi 20 años. Ahora tenía 52 años. Había librado una batalla, había vivido una agitación -un día tratando a enfermos desesperados y al día siguiente sentada en una sala llena de médicos escuchando cómo se ensañaban con su trabajo- que habría agotado al ser humano más fuerte. La Ley Kirby estaba en vigor y, con el dictamen de la Comisión de que Essiac carecía de fundamento, había motivos para creer que el gobierno podría empezar a aplicarla contra René. No obstante, mantuvo su clínica abierta por el momento. Siguió tratando a pacientes. Un año después del informe de la Comisión del Cáncer, May Henderson le envió una breve nota para decirle que el Essiac seguía "teniendo magia para mí".

El 19 de enero de 1940, el Dr. R.A. White, en una nota dirigida a René, escribió: "Para su información y si es de su interés, la Sra. Otto Latondress padece un carcinoma escamocelular de cuello uterino desde hace aproximadamente un año. Atentamente".

(Quince meses después, Otto Latondress hizo una declaración jurada en la que afirmaba que, tras los tratamientos de su mujer por el Dr. White, "pesaba noventa y cuatro libras y apenas podía andar". Después de cuarenta tratamientos de René Caisse, su mujer estaba bien. “Fue examinada por el Dr. White el viernes pasado, y comprobó que no había rastro de cáncer.”)

El 3 de abril de 1940, pocos meses después de que estallara la guerra cuando Hitler invadió Polonia, René escribió una interesante carta al director general de Parke Davis, una enorme empresa farmacéutica estadounidense. Escribió:

> *Tengo una solución que utilizo eficazmente para detener las hemorragias y llevo utilizándola tanto tiempo como he tratado el cáncer. Me han comentado lo valiosa que sería en tiempos de guerra para tratar a los soldados. Detendrá cualquier hemorragia casi instantáneamente. Tengo declaraciones juradas de muchos pacientes en este sentido, y si usted lee la circular adjunta se dará cuenta de que el Dr. B.L. Guyatt menciona especialmente esto en relación con mi tratamiento. Me pregunto si su empresa estaría interesada en esto, y si usted podría sugerir alguna manera de que esto podría estar disponible para su uso en los hospitales en el extranjero, las estaciones de primeros auxilios, botiquines de soldados, etc.*
>
> *Nunca pensé en esto como un descubrimiento aparte; era sólo una parte de mi tratamiento de los casos de cáncer, pero ahora siento que debo hacer todo lo posible para que esté disponible para todos los que lo necesiten.*

René seguía queriendo ayudar a la gente en todo lo que podía. Durante sus batallas políticas de los años treinta, no había alardeado, ni siquiera reivindicado, ninguna solución especial que hubiera desarrollado para detener las hemorragias. Para ella, formaba parte del tratamiento. Pero con la Segunda Guerra Mundial en curso, su primer instinto fue que esto podría tener valor para los soldados heridos, y quería que lo tuvieran.

Fue un gesto conmovedor. Pero al parecer Parke Davis lo ignoró. No hay constancia de ninguna respuesta, y René nunca dijo que la hubiera recibido. Así que cualquier valor que su solución pudiera haber tenido para aquellos soldados heridos se perdió para siempre.

Al mismo tiempo que colaboraba voluntariamente en la guerra, la amenazaban con arrestarla por violar la Ley Kirby. Le resultaba casi imposible obtener diagnósticos escritos de los médicos y, finalmente, René se dio por vencida.

En 1942, paranoica por la posibilidad de ser encarcelada y, como ella describiría más tarde, "en un estado rayano en el colapso", cerró definitivamente su clínica y abandonó Bracebridge. Se trasladó -o mejor dicho, se retiró- a vivir tranquilamente en North Bay.

Era el final de esa etapa de su vida. Estaba a punto de comenzar otra muy distinta y, con toda seguridad, lo que menos pensaba René Caisse era que la nueva era terminaría con ella -y su trabajo con Essiac- de nuevo en las noticias.

CAPÍTULO V

Sé muy poco sobre la vida de René Caisse desde 1942 hasta 1959.

En algún momento, probablemente durante la década de 1930, se había casado. Su marido se llamaba Charles McGaughey. Era abogado, luego magistrado de distrito y después juez de menores. Por lo que cuentan los pocos periódicos sobre su carrera, parece haber sido un miembro muy respetado de la comunidad. Existen algunas piezas de correspondencia entre el Sr. McGaughey y el gobierno canadiense, que indican que apoyaba las actividades de René y que estaba dispuesto a escribir cartas contundentes en su nombre cuando consideraba que la habían agraviado.

Las viejas fotografías de periódico del Sr. McGaughey muestran a un hombre apuesto con una larga cabellera y una bonita sonrisa, sosteniendo una pipa y vistiendo un traje de tres piezas. Él y René no tenían hijos, pero él tenía cuatro de un matrimonio anterior.

El Sr. McGaughey era de North Bay, lo que probablemente influyó en que él y René se mudaran allí cuando decidieron abandonar Bracebridge. Al parecer, poco después de mudarse, René sufrió lo que ella misma describió más tarde como una crisis nerviosa. Después de lo que había pasado, no es difícil entender por qué. He oído que la crisis no duró mucho. Una de las mejores amigas de René me contó que ni siquiera se internó en un hospital para recibir tratamiento. Se quedó en casa e hizo lo que pudo hasta que se recuperó.

Eso es todo lo que sé sobre la crisis de René. Ni siquiera sus amigos parecen saber mucho sobre ese capítulo de la vida de René. A efectos prácticos, desapareció durante unos años. Ojalá supiera más. Pero no lo sé. Una de las sensaciones más inquietantes que experimenté al investigar su historia fue casi al final de la lectura de sus archivos.

René guardaba todo lo relacionado con Essiac y también con el cáncer. Miles de páginas de correspondencia, recortes de periódicos, diagnósticos médicos -aparentemente cada trozo de papel relacionado con el cáncer- y cuando esos archivos llegaron a mí, lo hicieron en grandes maletas, con todos los papeles y todos los años juntos.

Después de pasarme días leyendo y organizando esta enorme historia que guardaba René, de repente caí en la cuenta de que desde 1942 hasta 1959 no había casi ni una hoja de papel. Ni cartas, ni periódicos. Nada. Me dio escalofríos. A día de hoy, no sé si guardó archivos para esos años y se traspapelaron, o si nunca hubo un archivo.

En un giro irónico, la última hoja de papel antes de la brecha de 17 años en sus archivos, fechada el 9 de enero de 1942, es una carta del jefe de la División de Medicina Patentada o Registrada del departamento canadiense de Pensiones y Salud Nacional.

Dirigido a René en su dirección de North Bay, dice en su totalidad:

> *Estimado Señor:*
>
> *Adjunto encontrará la licencia que autoriza la venta de la siguiente preparación bajo la LEY DE MEDICINA PATENTADA O REGISTRADA para el año calendario 1942:*
>
> *Píldoras renales R.M.C., Reg. Nº 20027. Por favor, envíen copias de las etiquetas, envoltorios y cualquier otra literatura utilizada en relación con el producto arriba mencionado.*

Después de todo el sudor, la sangre y las lágrimas que vivió para tratar a los enfermos de cáncer con Essiac, en el momento en que se retiraba a su vida privada, el gobierno le envió a ella una carta, "Estimado señor," concediéndole una patente para... píldoras renales. No sabía si reír o llorar.

Pero había oído hablar de esas píldoras para el riñón en Bracebridge. Las vendían en la farmacia. René las daba. La gente decía que ayudaban. Algunos de los lugareños todavía las recuerdan. No sé qué contenían ni para qué servían, pero en medio de todas sus batallas a vida o muerte sobre el tratamiento del cáncer, René se las ingenió para desarrollar las píldoras renales y obtener su patente.

La propia René, por lo que he podido averiguar, no escribió mucho ni habló mucho sobre las pastillas. Sabía que eran eficaces y las utilizaba. Pero parecía darlo por sentado, y no formaban parte de ninguna cruzada. Su actitud era como si dijera: ¿no desarrolla todo el mundo píldoras patentables para los riñones en su tiempo libre?

Qué hizo René con la patente, qué pasó con la fórmula de esas píldoras renales, no tengo ni idea. No he podido encontrar mucha información sobre las píldoras -excepto que algunas personas de Bracebridge recuerdan que la farmacia las vendía hace muchos años- después de aquella carta de 1942 del gobierno canadiense.

En 1943, Charles McGaughey, el marido de René, murió de neumonía a los 57 años. La mejor amiga de René me contó que René se tomó su muerte muy mal. A pesar de su paranoia sobre el arresto, había seguido tratando muy discretamente y en privado -sólo sus amigos más íntimos lo sabían- a algunos enfermos de cáncer desesperados con Essiac.

Las horas eran largas, aparentemente estaba fuera de casa viajando cuando era necesario para tratar a la gente, y el secretismo le creaba estrés. Cuando su marido murió por complicaciones de la neumonía, René se culpó a sí misma. Su amiga me dijo que René se sentía culpable por no dedicarse a atender la enfermedad de su marido. Dividida entre sus pacientes y su marido, sentía que le había fallado.

Según su amiga, René se recluyó aún más tras la muerte de su marido. Muchos viejos amigos y pacientes dejaron de verla durante años. Pero se sabe que viajaba mucho. Viajaba con frecuencia, sobre todo en invierno, a Florida, donde vivía con una hermana.

Otra hermana estaba casada con un hombre rico del estado de Washington y, al parecer, René los visitaba siempre que podía. El pequeño retrato que tengo de René en aquellos años es el de una mujer solitaria, inquieta y buscadora, y alejada de cualquier esperanza de ver alguna vez al mundo reconocer y apreciar lo que había logrado con Essiac. Escuchando a sus viejos amigos -y sus propias declaraciones posteriores- tengo la fuerte sensación de que se había reconciliado con una trágica derrota. Tuvo que ser una reconciliación muy dolorosa.

A finales de los años cuarenta o principios de los cincuenta, René regresó a Bracebridge. Para entonces ya tenía más de 60 años y seguía teniendo sobrepeso. A esas alturas de su vida, y después de todo lo que había pasado, habría sido fácil retirarse por completo y abandonar.

Pero René siguió activa. "Ahora, como la abuela Moses, pinto cuadros", escribió. Por lo que cuentan, era una artista prolífica, a la que le encantaba pasarse horas pintando al óleo sobre la naturaleza: flores, paisajes y naturalezas muertas de todo tipo. Los cuadros son preciosos. No son obra de una artista profesional, sino de una aficionada con talento y habilidad. Regalaba los cuadros a amigos y familiares. En toda la zona de Bracebridge hay gente que se apresura a sacar un cuadro de René Caisse y mostrarlo con orgullo a un visitante.

> **Pasó parte de su tiempo escribiendo sobre el cáncer y Essiac.** Era una buena escritora, con un profundo conocimiento de la enfermedad y la medicina, basado en toda una vida de experiencia médica. Todo lo que había aprendido y presenciado tras tratar a miles de pacientes de cáncer la convenció de que **el cáncer es una enfermedad sistémica, no localizada**, que se propaga por el cuerpo a través del torrente sanguíneo, y que la cirugía, el radio o los rayos X dirigidos específicamente a la zona de un tumor están atacando el síntoma y no la causa.
>
> En otras palabras, **un sistema sano purificado por sangre sana no sostendrá un tumor canceroso.** En un sistema enfermo, si el tumor se extirpa quirúrgicamente o se destruye con radio o rayos X, el cáncer acabará reapareciendo en otro lugar si el sistema no se limpia y purifica. Algunas de las hierbas de Essiac, escribió muchas veces, actuaban como purificadores de la sangre, atacando la causa del cáncer en lugar de los síntomas.

En uno de sus ensayos, escrito en algún momento de la década de 1950, René escribió:

> *Hay quienes pensamos que el cáncer es algo más que una alteración local en algún órgano distante del cuerpo. Esto me impresionó profundamente cuando, después de hacer la ronda por un pabellón de cáncer en uno de nuestros mejores centros de tratamiento, el cirujano a cargo me dijo: "Ésta no es la respuesta".*

A finales de la década de 1950 -con la misma clarividencia que Rachel Carson, que ganó fama internacional por su libro Primavera silenciosa- René escribió en sus ensayos personales una advertencia sobre los pesticidas agrícolas y los conservantes alimentarios, sobre todos los productos químicos que estábamos pulverizando en nuestro entorno. Cinco años antes de que el temor científico al estroncio 90 en la lluvia radiactiva persuadiera al Presidente Kennedy de firmar el tratado contra las pruebas atmosféricas de armas nucleares, René escribía ensayos advirtiendo de los peligros a los que nos enfrentábamos con las pruebas nucleares.

Pero nadie que la conociera acusó nunca a René Caisse de ser una mujer de negocios, de no tener tiempo para el juego. Todos sus viejos amigos se apresuran a mencionar su sentido del humor. Decía que era lo único que la mantenía cuerda y le permitía sobrevivir a todos los desengaños que vivió.

Sus amigos dicen que, hasta cierto punto, era una romántica de corazón. Dicen que le gustaban los hombres, que le encantaba bromear con ellos, coquetear un poco inofensivamente con ellos, toda su vida. En sus años mozos, escribió algunos hermosos poemas de amor. Más tarde escribió un poema dulce y encantador sobre las mujeres jóvenes. Este poema, titulado "Un hecho honesto", ofrece una visión irónica de la forma en que René veía el lado personal de la vida ordinaria:

The men of today,
we regret much to say,
do not respect the ladies
in the good old-fashioned way.

The girls of today
do not demand respect they say.
They encourage the man in a very wrong way.

They study "vamp" glances
and do "toddle" dances.
Nor wait for the men
to make the advances.

Oh! Girls of today.
This a very wrong way.
If you want your whole life
to be happy and gay
create a modest style
and a good old-fashioned smile.

It is surely up to you
to wear blushes that are true.
Then you'll find, the gentlemen
will show respect for you.

Los hombres de hoy,
lamentamos mucho decir,
no respetan a las damas
a la antigua usanza.

Las chicas de hoy en día
no exigen respeto, dicen.
Ellas al hombre alientan
por un camino equivocado.

Estudian "vampíricas" miradas
y bailan como niñas “mimadas".
No esperan a que los hombres se adelanten.

¡Oh! Chicas de hoy.
Es un camino muy equivocado.
Si quieres que toda tu
vida sea feliz y alegre
crea un estilo modesto
y una bonita sonrisa a la antigua usanza.

Seguramente depende de ti
usar coloretes que sean verdaderos
Entonces encontrarás, los caballeros
que mostrarán respeto por ti.

En 1958, René tenía 70 años. Además de escribir y pintar, seguía preparando comidas y reuniéndose en el salón de su casa con sobrinos y viejos amigos. Todos dicen que era extraordinariamente enérgica para una mujer de su edad y peso. Y aunque los muros que rodeaban su uso del Essiac eran altos -muy poca gente podía saber qué hacía con él, si es que hacía algo-, seguía tratando a un número desconocido de pacientes con cáncer.

Tras un vacío de casi 17 años en sus archivos, uno de los primeros documentos de esta última época de su vida está fechado el 10 de septiembre de 1958. Se trata de una carta al nuevo Primer Ministro de Ontario, Leslie Frost, en la que protesta enérgicamente contra las recientes amenazas del Gobierno a René. Ella escribió:

> *Hace algún tiempo le escribí una carta en la que le preguntaba si sería posible presentar mi proyecto de ley ante la legislatura para legalizar mi tratamiento "Essiac" contra el cáncer.*
>
> *Me contestó diciendo que había enviado mi carta a la Comisión del Cáncer. Pues bien, enviaron a un oficial para que me detuviera, pero cuando le expliqué lo que hacía por los enfermos, no me detuvo, sino que me ordenó que no tratara a mis pacientes. Me dijo que escribiera al Colegio de Médicos y Cirujanos y pidiera una entrevista con el Dr. McPhedran, cosa que hice y me sorprendió recibir una respuesta tan grosera.*

Después de 25 años, el gobierno seguía enviando gente a detener a René y ella seguía convenciéndoles de que no lo hicieran. René cerró su carta al Primer Ministro:

> *Los pacientes que mejoraban con mis tratamientos están desesperados y vienen suplicando tratamiento. Es lo más duro que he tenido que hacer nunca, rechazarlos. ¿Hay algo que pueda hacerse para remediar esta situación? Le agradecería una respuesta.*

El Primer Ministro Frost respondió que René debía ponerse en contacto directamente con el Viceministro de Sanidad, el Dr. W. G. Brown. En octubre de 1958, René escribió al Dr. Brown una larga carta en la que exponía su postura y decía, en parte:

> *Un hombre, el Sr. Schwartz, de Oshawa, me visitó el domingo pasado. Me dijo que desde que le traté, hace ocho años, de un cáncer de columna vertebral, gozaba, y goza ahora, de perfecta salud.*
>
> *Ahora tengo un caso, una mujer de North Bay con cáncer de mama, con secundarias bajo el brazo. Estaba perdiendo el uso del brazo. Ahora está localizado en la mama, y puede usar el brazo con bastante libertad, y no tiene dolor. El primario está empezando a reducirse. Está desesperada porque me han ordenado que deje de tratarla.*
>
> *Me alegro de que cuando el Dr. McPhedran envió a sus policías para arrestarme, no tuviera demasiados pacientes que rechazar. Cerré mi clínica hace años, pero los pacientes venían a pedir tratamiento a mi casa y no podía rechazarlos. Ahora la responsabilidad recae en la profesión médica. Tengo que rechazarlos. No se compadezca de mí, Dr. Brown; compadézcase de los muchos que no pueden beneficiarse de este tratamiento del cáncer con Essiac.*

En enero de 1959, el Dr. Matthew B. Dymond, Ministro de Sanidad -un médico que en el futuro desempeñaría un papel fundamental en la historia de René Caisse y Essiac-, aseguró al representante de Bracebridge en el Parlamento que el Colegio de Médicos y

Cirujanos no procesaría a René sin notificárselo al Ministro o a su adjunto. "Deduje", escribió el Dr. Dymond, "que esperaban que las actividades de la Srta. Caisse pudieran ser controladas por medio de la vigilancia y que nunca fuera necesario procesarla.

Así que sé que René se mantuvo activa -y combativa cuando fue necesario- incluso en esos años de reclusión desde 1942 hasta 1959, cuando se mantuvo alejada de los focos tanto como le fue posible, y la carta del Dr. Dymond indica que sus temores de que el gobierno la espiara no eran mera paranoia. El gobierno la estaba espiando.

Pero a la edad de 70 años, su vida estaba a punto de cambiar drásticamente de nuevo. Después de años de vivir tranquilamente y sin la atención del mundo exterior, iba a ser sometida a un minucioso escrutinio, se le harían muchas preguntas y médicos serios prestarían mucha atención a René Caisse y Essiac.

CAPÍTULO VI

En febrero de 1959, un canadiense llamado Gordon Davidson visitó la oficina en Nueva York de Ralph Daigh, director editorial y vicepresidente de Fawcett Publications. Fawcett publicaba revistas -incluida la revista masculina de aventuras más popular de la época, True Magazine- y libros de bolsillo. Era una destacada editorial estadounidense.

Ese encuentro propició el regreso de René Caisse a la vida pública, a la edad de 70 años.

Ralph Daigh escribió más tarde un memorándum privado de tres páginas mecanografiadas sobre los acontecimientos que comenzaron con aquella reunión. Uno de los documentos más fascinantes de toda la historia de René Caisse, el memorándum de Daigh describe -con detalles a veces escalofriantes- lo que ocurrió el día que conoció a Gordon Davidson y lo que siguió en la búsqueda personal de Daigh de la verdad sobre Essiac.

Daigh escribió que Davidson era un completo desconocido que se presentó en su oficina instando a la revista True Magazine a publicar un reportaje sobre esta enfermera de Canadá que llevaba más de 30 años tratando y curando a enfermos de cáncer. El propio Davidson había sido tratado por la enfermera de un caso grave de hemorroides ulceradas y creía que se había curado.

Davidson llevaba consigo un gran sobre lleno de documentos. "El Sr. Davidson declaró", escribió Daigh en su memorándum, "que en su opinión el material del sobre podría utilizarse para producir la historia más importante jamás publicada por True, The Mari's Magazine. El Sr. Davidsori opinaba, ingenuamente, que un relato detallado de los treinta y cinco años de experiencia de la enfermera Caisse en la supuesta curación del cáncer y en el alivio y la eliminación del dolor de los enfermos de cáncer le reportaría el reconocimiento mundial al que, en su opinión, tenía derecho".

Como editor veterano, conocedor de la política y los medios de comunicación, Daigh comprendió lo ingenuo que era Davidson al creer que un artículo de revista podría conseguir algo así. Iba a hacer falta mucho más que un artículo de revista para que René Caisse obtuviera la aclamación médica.

Resultó que los documentos del sobre de Davidson pesaban más de cinco kilos. A primera vista, escribió Daigh, eran "una gran mezcolanza de recortes de periódico, correspondencia personal, historias de casos de personas que sufrían diversas formas de supuestas enfermedades malignas". Daigh los abordó "con el escepticismo que

cabría esperar de cualquier editor en relación con la eficacia de una supuesta cura contra el cáncer".

Daigh pasó cuatro o cinco horas estudiando el material. Había historias clínicas de 120 pacientes. "Muy pocos de estos casos estaban debidamente validados con informes patológicos de laboratorios, pero algunos sí", escribió Daigh. "Además de las afirmaciones sobre la curación de estos tumores malignos, los informes de las historias clínicas mencionaban con mucha frecuencia que los fuertes dolores que sufrían estas personas se aliviaban casi sin excepción con el remedio de la enfermera Caisse".

Ahí estaba de nuevo, el tema del alivio del dolor asociado a Essiac. Como era la primera vez que Daigh se ocupaba del tema, no tenía forma de saber lo común que era. "En muchos de los casos", escribió, "se informó que el dolor se aliviaba después de sólo uno, dos o muy pocos tratamientos".

Algunas de las historias clínicas informaban de la curación de enfermedades distintas del cáncer, como úlceras de estómago, bocio, hemorroides y la consiguiente obstrucción intestinal. El paquete de documentos contenía la primera petición firmada por médicos, el testimonio de la Dra. Emma Carson sobre lo que había visto en la clínica, el aval del Dr. B.L. Guyatt, la correspondencia de René con el Primer Ministro Hepburn y con muchos de sus pacientes, así como las crónicas periodísticas de las batallas parlamentarias de 1938 y 1939.

Tras leer el material, Daigh se lo llevó al editor de True, Douglas Kennedy, y lo discutió con él en detalle. Daigh describió esa conversación, sacándose a sí mismo de la historia y escribiendo en tercera persona, una práctica periodística habitual:

> *Ambos editores pensaron que había indicios que apoyaban la suposición de que Essiac era una sustancia de importancia para el mundo médico y para la humanidad. Ambos editores quedaron impresionados por la repetida seguridad de que los pacientes dejaban de tomar narcóticos poco después de comenzar el tratamiento con Essiac, y no encontraron ninguna necesidad de seguir utilizando narcóticos.* ***Ambos editores quedaron impresionados también por las numerosas pruebas de que el cáncer de piel había sido eliminado en muchos pacientes,*** *y que tales curaciones estaban sujetas a pruebas visibles.*

Pero Daigh y Kennedy-como editores responsables-acordaron a regañadientes que ninguna historia podía ser escrita sin nuevas pruebas basadas "en pacientes adicionales bajo condiciones clínicas y patológicas absolutas". Era obvio, a partir del material inspeccionado, que la enfermera Caisse había tratado a muchos miles de pacientes de una manera bastante desordenada y que había estado más interesada en curar a la humanidad sufriente que en establecer pruebas patológicas de que existía cáncer, aunque había algunas pruebas patológicas en los nombres de muchos médicos que supuestamente habían certificado malignidad en los pacientes tratados".

Con la misma reticencia, Daigh y Kennedy llegaron a la conclusión de que la revista True no disponía del tiempo ni del dinero necesarios para llevar a cabo tales estudios.

Después de todo, True era una revista, no una institución de investigación médica. Decidieron que tendrían que devolver el material sin escribir ningún artículo.

A principios de marzo de 1959, Daigh devolvió el paquete con una nota en la que decía que a Fawcett le resultaría imposible llevar a cabo "una reevaluación tan larga y costosa".

Pero Daigh no podía librarse de sus dudas. Se encontró "atormentado por la posibilidad de que esta enfermera de una remota sección de Canadá pudiera tener un remedio que el mundo entero estaba buscando".

Más tarde, en marzo, pidió que le devolvieran el material. Volvió a estudiarlo detenidamente y llegó a la conclusión de que sería "un negligente como editor y como miembro de la raza humana" si no hacía todo lo posible por averiguar la verdad sobre Essiac.

Se puso en contacto con un amigo, Paul Murphy, del Science Research Institute, y le pidió que leyera los documentos y diera su opinión. "Al cabo de una semana", escribió Daigh en su memorándum, "el señor Murphy regresó convencido de la posibilidad de que el Essiac, si no era una cura completa para el cáncer, al menos era un paliativo, e impresionado, también, con la posibilidad de que, aunque el remedio no fuera tan eficaz contra el cáncer como se afirmaba, un examen por parte de las autoridades médicas y el personal científico adecuados, con pruebas de laboratorio, podría demostrar que el Essiac era beneficioso como remedio en el área de las úlceras, el bocio, las hemorroides o las lesiones cutáneas".

Daigh decidió llevar consigo a Paul Murphy a Bracebridge para realizar "un examen sobre el terreno" y entrevistar a René Caisse antes de tomar ninguna decisión. Llamó a René y concertó una cita.

A principios de abril de 1959, Daigh y Murphy llegaron a casa de René. "La enfermera Caisse resultó ser una mujer muy agradable de unos 60 años", escribió Daigh en su memorándum. "Una católica romana devota y poseedora de la serena seguridad y el paciente buen humor característicos de un individuo superior".

La primera entrevista con René duró siete horas. Les contó su historia, desde el fatídico día de principios de los años veinte en que conoció a la paciente con el pecho lleno de cicatrices.

Tras escuchar el relato de René sobre sus luchas políticas en los años treinta, Daigh llegó a la conclusión de que el Colegio de Médicos y Cirujanos se había puesto "rígido" en sus demandas de su fórmula, pero que René probablemente no había entendido cómo emprender el tipo de campaña de relaciones públicas que habría obtenido la cooperación del Colegio.

En un conmovedor pasaje que ayuda a explicar la retirada de René del mundo tras el Informe de la Comisión del Cáncer de 1939, Daigh la citó describiendo cómo se había sentido: "Era el final. Había luchado tanto tiempo, estaba cansada y era mayor. Sentía

que había hecho todo lo que estaba en mi mano para asegurar la entrega de mi remedio al público, y ya no podía hacer más."

Daigh citó a René explicando su creencia sobre cómo funcionaba Essiac:

> *Ocasionalmente, la naturaleza comete un error en la construcción celular, y cuando esta célula intenta encajar en el patrón que le ha sido asignado, es repelida por las células sanas con una violencia que sólo la naturaleza es capaz de producir.*
>
> *La tendencia natural de las células normales es expulsar, destruir o consumir la célula no natural, y si el cuerpo es lo suficientemente fuerte, este hecho se cumple.*
>
> *Sin embargo, si la célula anormal es lo suficientemente fuerte como para afianzarse en el cuerpo humano, y las células normales no pueden expulsarla o rodearla y así inhibirla, las células de esa zona concreta se desbocan y el cuerpo se autodestruye en esa zona con un crecimiento canceroso.*
>
> *Mi remedio, de alguna manera que no comprendo y que soy incapaz de explicar, refuerza los mecanismos de defensa naturales del cuerpo y permite a las células normales destruir la célula anormal como la naturaleza esperaría que hiciera un cuerpo fuerte.*
>
> *También existe la posibilidad de que mi preparado debilite las células anormales, porque puedo observar cómo se desprenden grandes masas de tejido enfermo de cáncer de mama, cáncer de recto o incluso cáncer interno.*
>
> *Me veo obligado a considerar el Essiac como un gran tónico y dador de fuerza al cuerpo para que la naturaleza sea ayudada a eliminar las anormalidades del crecimiento que se denominan úlceras estomacales, bocio, hemorroides y cáncer.*

Al final de su entrevista de siete horas, Daigh le dijo a René que él y Paul Murphy planeaban investigar más. Si llegaban a una conclusión favorable a Essiac, la invitarían a Estados Unidos para trabajar con un centro médico de prestigio.

René dijo que le interesaría, pero se resistía a fijar su residencia en una ciudad extraña a su edad. No quería dejar a su hermano. Él no estaba bien y ella cuidaba de él. Y no quería entregarse, escribió Daigh, "a la apertura de una vieja guerra que ya había dado por perdida".

Pero Daigh se había enterado de que tres de los médicos que habían firmado sus peticiones muchos años antes seguían vivos y vivían en Bracebridge. Le dijo a René que le gustaría entrevistarse con ellos antes de abandonar la ciudad.

A la mañana siguiente, domingo, Daigh y Murphy fueron a buscar a los médicos. Lo que encontraron los sorprendió a ambos y convenció a Daigh de que aquí había más misterio de lo que había pensado.

El primer médico que localizaron fue el Dr. A.E Bastedo, el médico que en 1935 había convencido al Ayuntamiento de Bracebridge para que cediera a René el antiguo hotel British Lion.

"El Dr. Bastedo se mostró muy poco cooperativo e incluso grosero", escribió Daigh en su memorándum. "Cuando se le informó de que el Sr. Daigh y el Sr. Murphy querían hacerle algunas preguntas sobre la enfermera Caisse, su respuesta fue: *No hablaré de ella de ninguna manera".*

Cuando Daigh insistió y dijo que había recorrido una larga distancia para averiguar lo que podía, Bastedo dijo: "No creo que consigas ayuda de mí ni de ningún otro médico".

"Con eso caminó desde el porche de su casa, dándole la espalda", escribió Daigh, "hasta un garaje donde guardaba su coche, al otro lado de la calle, y aparentemente se marchó a la iglesia".

Entonces Daigh y Murphy localizaron al Dr. E. G. Ellis. Daigh lo describió: "A finales de sus 70 años, un individuo de aspecto muy apuesto y distinguido, que vive en una pequeña casa en la calle principal de Bracebridge y sigue ejerciendo. El Dr. Ellis estaba plantando guisantes de olor cuando nos acercamos. Nos invitó amablemente a entrar en su casa".

Pero cuando le explicaron por qué estaban allí, el Dr. Ellis pareció perturbado. Aunque finalmente accedió a responder a sus preguntas, "era obvio que utilizaba una extrema economía de palabras, aunque en todo momento se mostró estudiadamente cortés."

Preguntaron al Dr. Ellis si había firmado alguna vez una petición a favor de René Caisse. Negó haberlo hecho. Daigh llevaba el original en su maletín. Decidió no enfrentarse al doctor con él. Quería mantener la conversación.

Preguntaron al Dr. Ellis si alguna vez había enviado pacientes con cáncer a René Caisse. Él negó haberlo hecho. Daigh tenía las historias clínicas en su maletín que revelaban "que varios pacientes fueron enviados por el Dr. Ellis o con el permiso del Dr. Ellis a René Caisse". Daigh no dijo nada al respecto.

"A medida que la discusión continuaba", escribió Daigh en su memorándum, "el Dr. Ellis insinuó muy enérgicamente que no era bueno que un médico en Canadá hablara de la enfermera Caisse de ninguna manera, y ciertamente sería muy malo para cualquier médico que admitiera cualquier fe en su tratamiento o admitiera enviar a sus pacientes".

"La actitud del Dr. Ellis a este respecto nos recordó la declaración de la enfermera Caisse, según la cual se había prohibido a los médicos tratar a los pacientes tratados por la enfermera Caisse después de 1939 o 1940, y se les había prohibido hablar de ella o de su trabajo."

En uno de los pasajes más escalofriantes de todos los documentos que existen sobre René Caisse, Daigh describe pormenorizadamente lo que ocurrió a continuación:

En respuesta a una pregunta directa, el Dr. Ellis no negó que la situación fuera la que declaró la enfermera Caisse.

El Dr. Ellis declaró rotundamente que no conocía ningún caso de cáncer que hubiera sido curado por la enfermera Caisse.

Tampoco conocía casos de bocio, úlceras de estómago o hemorroides que hubieran sido curados por la enfermera Caisse.

A continuación, el Sr. Daigh formuló al Dr. Ellis la siguiente pregunta en tres partes:

1. ¿Cree que la enfermera Caisse es una charlatana, un fraude?

La respuesta del Dr. Ellis: "No".

2. ¿Cree que la enfermera Caisse sólo buscaba dinero? Respuesta del Dr. Ellis: "No, no creo que ganara mucho dinero".

3. Ahora bien, Dr. Ellis, usted ha declarado que no cree que la enfermera Caisse sea una charlatana o un fraude y que no cree que estuviera motivada únicamente por razones mercenarias. Si he entendido bien sus respuestas, me parece que la única definición posible que le queda a la señorita Caisse es que es una psicótica. ¿Cree usted que esto es cierto?

Respuesta del Dr. Ellis: "No, no es una psicótica. Es una persona sincera y equilibrada".

Se sondeó al Dr. Ellis en busca de otras definiciones de la enfermera Caisse que arrojaran luz sobre su funcionamiento como profesional que ofrecía una cura para el cáncer, y las respuestas del Dr. Ellis fueron siempre reservadas y corteses. Se mostró totalmente reacio a condenarla como persona o en relación con la administración de su tratamiento.

A continuación, el Sr. Murphy formuló la siguiente pregunta: "En vista de los esfuerzos que está haciendo la medicina hoy en día para encontrar un tratamiento o cura eficaz para el cáncer, ¿cree usted que la preparación y el tratamiento de la enfermera Caisse deberían ser evaluados científica y clínicamente para determinar si el remedio tiene algún mérito o no?"

El Dr. Ellis hizo una breve pausa y luego un rotundo "Sí".

El tercer médico que Daigh y Murphy entrevistaron fue el Dr. EM. Grieg. Daigh describió al Dr. Grieg en su memorándum como "un soltero de unos 70 años y durante muchos años uno de los principales médicos de la comunidad".

Al recibirlos en la puerta de su casa, el Dr. Grieg "se mostró extremadamente reacio a hablar de la enfermera Caisse o de su remedio", escribió Daigh. Tuvieron que persuadir al Dr. Grieg para que les invitara a pasar a su salón.

"Al principio su actitud fue algo antagónica, pero a medida que avanzaba la reunión se fue haciendo más cordial y finalmente respondió a las preguntas con libertad, aunque escuetamente".

El Dr. Grieg negó tener mucho conocimiento de las actividades de René Caisse y se negó a admitir que alguna vez le hubiera enviado pacientes o firmado una petición en su nombre, aunque Daigh tenía pruebas de ambas cosas en su maletín. Una vez más, Daigh prefirió no confrontar al doctor con las pruebas.

Grieg negó conocer casos de cáncer curados o ayudados de algún modo por René Caisse. "Sin embargo, admitió con cierta sorpresa que conocía un caso de úlceras de estómago que había sido curado por la enfermera Caisse", escribió Daigh. "Se trataba de un hombre que el doctor Grieg admitió que había sido paciente suyo".

Daigh preguntó al médico qué consideraba una cura en este caso. El médico respondió: "El hombre no podía retener nada en su estómago. Perdió peso. Tenía fuertes dolores de úlcera. No podía dormir. Después de algunos tratamientos de la enfermera Caisse, los dolores desaparecieron y pudo comer de todo. Le seguí la pista durante varios años y nunca reapareció el problema. Estoy seguro de que tenía úlceras".

Inmediatamente después de esta admisión, el Dr. Grieg "resentido intentó poner fin a la entrevista", escribió Daigh.

Daigh hizo algunas preguntas rápidas antes de marcharse:

¿No es sano que los médicos de Canadá hablen de la enfermera Caisse? Grieg se negó a responder a la pregunta.

¿Es la enfermera Caisse una charlatana o un fraude? "No".

¿Sólo buscaba dinero? "No sé cuánto ganaba. Solía llevar una bolsita negra al banco todas las semanas, pero no cobraba con regularidad y tengo entendido que las aportaciones no eran muy grandes. Si hubiera estado detrás del dinero, habría cobrado".

¿Es la enfermera Caisse una psicótica?: "No".

Si no es ninguna de las anteriores, ¿qué es?: "Era una mujer bienintencionada, que creía tener una cura".

Pero si no tenía cura y aun así persistió en usarla durante años, ¿no se deduce que es una charlatana, que busca dinero o una psicótica?:

"No, es una buena mujer. No está mentalmente desequilibrada, y desde luego no quería quedarse con el dinero de nadie. Puede que haya hecho algún bien a algunas personas, pero no lo sé".

¿Debe investigar Essiac un laboratorio cualificado?: "Creo que sería bueno probarlo de una vez por todas", respondió el Dr. Grieg.

Las reacciones de los médicos locales bastaron para convencer a Daigh y Murphy de que pidieran a René Caisse que viniera a EE.UU. para hacer una evaluación científica del Essiac. Pero cuando regresaron a su casa, ella les saludó diciendo: "Siento bastante que hayáis vuelto".

Les dijo que había decidido no ir, aunque el reto era intrigante. Su hermano la necesitaba. Había sufrido un infarto hacía unos años y su salud no era buena. Tenía sobrepeso y temía que empezar de nuevo en una ciudad extraña fuera demasiado duro para ella.

Pero Daigh estaba preparado para la reticencia de René. Antes de viajar a Bracebridge, había preparado un acuerdo formal, por si acaso. Se lo leyó en voz alta: Se le garantizarían todos los gastos en Boston para utilizar Essiac en humanos con cáncer y en animales inoculados con cáncer. Todas las pruebas y experimentos estarían bajo la dirección del Dr. Charles Brusch, del Brusch Medical Center de Cambridge, Massachusetts.

El Dr. Charles Brusch era -y sigue siendo- un médico respetado. En 1955, administró la primera vacuna contra la polio en Cambridge. Durante muchos años, John F. Kennedy fue uno de sus pacientes y amigos. El Dr. Brusch fue uno de los médicos que trataron a Kennedy de la enfermedad de Addison. Kennedy puso la primera piedra de la clínica médica del Dr. Brusch.

Entre los demás pacientes del Dr. Brusch se encuentran muchos de los nombres más destacados de Massachusetts, como el ex presidente de la Cámara de Representantes John McCormack y su esposa. El Brusch Medical Center era -y sigue siendo- una de las mayores clínicas médicas del estado.

Daigh le dijo a René que el acuerdo incluía la estipulación de que si las pruebas resultaban satisfactorias para el Dr. Brusch, entonces se formaría una sociedad y se encontraría un medio para el desarrollo comercial y la comercialización de Essiac.

Después de escuchar todo el acuerdo, René Caisse dijo que era exactamente lo que había deseado durante más de treinta años. Fue un momento muy emotivo para todos. Ella dijo que iría a Cambridge.

Firmaron el acuerdo. René llegó al Brusch Medical Center el 22 de mayo de 1959. Y así comenzó uno de los periodos más emocionantes y esperanzadores de su vida, a la edad de 70 años.

CAPÍTULO VII

En mayo de 1959, René voló a Boston y fue recibida por Ralph Daigh. Le dieron un cómodo apartamento en el Hotel Commander de Cambridge, no lejos del Brusch Medical Center. En la clínica, se pusieron a disposición de René tres salas: una sala de espera, un dispensario y una sala de tratamiento. Sus tratamientos serían supervisados por el director de investigación del Dr. Brusch, el Dr. Charles McClure. El Dr. McClure se encargaría personalmente de los expedientes de los casos.

Una de las primeras pacientes tratadas fue una mujer de 40 años llamada Lena Burcell. Cuatro años después de una operación para extirparle un seno canceroso, el cáncer había reaparecido en su pulmón. Las radiografías mostraron que era una enferma terminal. El 26 de mayo de 1959 recibió el primer tratamiento de René Caisse. Casi inmediatamente, su capacidad respiratoria mejoró notablemente. Antes del tratamiento con Essiac, la Sra. Burcell se quejaba de fuertes dolores articulares. Estos dolores disminuyeron notablemente, según dijo a los médicos. Vivió tres meses.

Una intervención quirúrgica exploratoria -seguida de una biopsia- a un hombre de 37 años llamado John Cronin confirmó que padecía un cáncer de pulmón derecho terminal e inoperable. Cronin era alcohólico y tenía fama de ser un paciente difícil y poco fiable.

Cuando empezó el tratamiento con René Caisse, estaba demasiado débil para subir cómodamente un tramo de escaleras. Sufría fuertes dolores en la zona de la incisión torácica y le administraban analgésicos narcóticos.

Cronin se sometió a siete tratamientos semanales, cada uno de ellos consistente en una onza de Essiac por vía oral y otra por inyección intramuscular. Dijo a los médicos que el dolor en el pecho había desaparecido y que ya no le faltaba el aire. Podía subir varios tramos de escaleras sin molestias y había retomado su antigua afición a la natación.

Una borrachera le llevó al hospital de veteranos, donde le amenazaron con retirarle las prestaciones médicas si continuaba con un tratamiento que no fuera de veteranos. Cuando salió del hospital de veteranos, Cronin volvió al Centro Médico Brusch diciendo que sacrificaría gustosamente su atención médica de veterano en favor del alivio que estaba recibiendo de Essiac.

El expediente se limita a señalar que, dadas las circunstancias, René Caisse no dio ningún otro tratamiento.

Un hombre de 58 años llamado Wilbur Dymond padecía cáncer de próstata. Después de dos meses de tratamientos, todas las durezas de la próstata habían desaparecido, excepto un pequeño nódulo. Informó a los médicos de que ya no sufría dolores insoportables al orinar.

Russell McCassey padecía un carcinoma basocelular en la mejilla derecha, comprobado mediante biopsia. La lesión abierta estaba presente desde hacía meses. No había recibido radiografías ni radioterapia. Tras cuatro tratamientos -tanto por vía oral como mediante inyecciones intramusculares- en dos semanas, el color de la lesión cambió de rojo a rosa pálido. La lesión redujo de tamaño. El cráter central de la úlcera fue desapareciendo.

Después de tres semanas más de tratamientos, la lesión estaba curada, dejando sólo una pequeña marca blanca donde se hizo la incisión de la biopsia. El expediente señala que este caso parecía estar curado.

Son ejemplos típicos. El supervisor, el Dr. McClure, escribió sobre sus experiencias con René y Essiac:

> *Después de haber observado personalmente a la Srta. Caisse administrar su remedio contra el cáncer en casos conocidos de malignidad durante unos tres meses, y los resultados de dicha administración, estoy seguro de que el remedio es eficaz. Es de lamentar que la muestra de pacientes sea tan pequeña, aunque por pequeña que sea la muestra, sus resultados gratificantes en todos los casos son indiscutibles.*
>
> ***La sensación de bienestar engendrada en los pacientes es alentadora y fácilmente perceptible. La recuperación de la fuerza y las ganas de hacer son evidentes. El alivio del dolor es posiblemente el cambio más dramático. En los casos de cáncer cutáneo la evidencia de curación rápida y regeneración visible y positiva.***

Para complementar su tratamiento de los pacientes, René aceptó -a instancias del Dr. Brusch- realizar experimentos con ratones inoculados con cáncer humano. En un principio, el Instituto Memorial Sloan-Kettering de Nueva York accedió a proporcionar los ratones.

El primer grupo de ratones tratados con Essiac fue devuelto al Sloan-Kettering a mediados de junio de 1959. Según los registros del Dr. Brusch, el Dr. Philip C. Merker del Sloan-Kettering llamó para decir que el Sloan-Kettering estaba muy interesado en lo que estaba viendo: a saber, un cambio fisiológico en el crecimiento del cáncer caracterizado como "una tendencia de las células cancerosas a amalgamarse y localizarse".

Pero entonces el Sloan-Kettering dijo que tendría que tener la fórmula para poder continuar con los estudios. El Dr. Brusch y otras personas consideraron seriamente esa posibilidad, pero René se mantuvo firme en que no entregaría la fórmula hasta que no tuviera alguna garantía de que no quedaría "embotellada en el laboratorio" o archivada permanentemente por carecer de valor.

Era la misma trampa de siempre: admite su mérito y liberaré la fórmula; no podemos admitir el mérito hasta que sepamos lo que contiene. Los experimentos tendrían que continuar sin la cooperación del Sloan-Kettering.

Un destacado cirujano de Boston que estaba familiarizado con el trabajo que se estaba realizando en el Brusch Medical Center sugirió que el Instituto Nacional del Cáncer podría ser útil en futuros experimentos con animales. Ralph Daigh se puso en contacto con el NCI. Estaban interesados, pero plantearon la misma exigencia que el Sloan-Kettering: primero la fórmula.

Así que los experimentos con ratones continuaron sin la participación de los enormes centros de investigación del cáncer. Esto es lo que el Dr. Charles McClure y el Dr. Charles Brusch escribieron más tarde sobre esos experimentos: ***"En ratones se ha demostrado que (Essiac) causa una decidida recesión de la masa, y un cambio definitivo en la formación de células".***

Sobre los tratamientos de los pacientes, su informe final concluía:

> *Clínicamente, en pacientes que padecen cáncer patológicamente probado, reduce el dolor y provoca una recesión en el crecimiento; los pacientes han ganado peso y han mostrado una mejora de su salud general.*
>
> *Esto, después de sólo tres meses de pruebas y las pruebas que la Srta. Caisse tiene que mostrar de los muchos pacientes a los que ha beneficiado en los últimos 25 años, ha convencido a los médicos del Brusch Medical Center de que Essiac tiene mérito en el tratamiento del cáncer. Los médicos no dicen que Essiac sea una cura, pero sí que es beneficioso. No es tóxico y se administra tanto por vía oral como por inyección intramuscular.*

Durante el tiempo que René pasó en el Centro Médico Brusch, el Dr. Charles McClure envió por correo cuestionarios a algunos de los antiguos pacientes de René. Recibió de vuelta varios testimonios de personas tratadas hasta 31 años antes, incluidos algunos que habían testificado a favor de René en las audiencias de la Royal Cancer Commission de 1939:

> Clara Thornbury: Tratada 22 años antes. Viva y sana a los 75 años. (Finalmente murió en 1975 a los 91 años).
>
> Nellie McVittie: Tratada 23 años antes. Viva y bien y todavía en contacto con René en 1959.
>
> Wilson Hammell: Tratado 31 años antes.
>
> Eliza Veitch: Tratada en 1938. Edad: 76 años en 1959.

Al cabo de un año, con un número limitado de pacientes disponibles para el tratamiento -debido a las restricciones de la Asociación Médica Americana sobre remedios de sustancias desconocidas- y unos laboratorios cada vez más reacios a suministrar ratones inoculados con cáncer humano, René regresó a su casa en

Bracebridge. Estaba convencida de que los laboratorios estaban siendo presionados para que dejaran de cooperar con ella. Una vez más, se mostró pesimista sobre la posibilidad de que Essiac obtuviera reconocimiento y aceptación.

Pero había hecho del Dr. Charles Brusch un amigo y un creyente. Se mantuvieron en buenos términos, en comunicación y cooperando mutuamente sobre el futuro de Essiac durante el resto de la vida de René. Mientras escribo esto, casi 30 años después del trabajo de René en Cambridge, el Dr. Brusch sigue siendo un abierto defensor de Essiac como tratamiento valioso para los enfermos de cáncer.

CAPÍTULO VIII

Al comenzar la década de 1960, René seguía activa. Suministraba Essiac al Dr. Brusch. Trataba a pacientes en secreto en su casa de Bracebridge. Pero ahora también intentaba interesar a grandes instituciones en la idea de explorar las capacidades de Essiac.

En marzo de 1960, escribió al Instituto Bioquímico de la Universidad de Texas, contándoles lo que tenía. Recibió de vuelta una amable nota, fechada el 22 de marzo de 1960, de un científico investigador llamado Alfred Taylor: "Estamos interesados en comprobar los efectos de varios productos vegetales sobre el crecimiento del cáncer desde el punto de vista de las pruebas de laboratorio con animales portadores de cáncer... Siempre estamos encantados de comprobar materiales que puedan utilizarse en nuestros programas de pruebas".

Pero no consiguió nada. Intentó interesar a Merck & Co, el enorme fabricante farmacéutico. La Oficina de Asesoría Jurídica de Merck respondió con una jerga legal, diciendo básicamente que tendrían que tener la fórmula, y que entonces tomarían su propia decisión a su manera y en su momento. No fue una respuesta diseñada para animar a René a depositar sus esperanzas en ellos ni para indicar que conocían o tenían algún interés en esta oportunidad de llegar a la verdad sobre Essiac.

Un médico de Arcadia, California, empezó a creer en Essiac. En octubre de 1960, escribió una larga carta a René ofreciéndole su estrategia para una nueva cruzada a favor de Essiac: Encontrar unos "pocos médicos de confianza" para realizar "estudios piloto". A continuación, ofrecer los resultados de estos nuevos estudios piloto a la profesión. "Parece ventajoso ofrecer los resultados de un nuevo programa de pruebas al que un órgano legislativo no le haya asignado ya una posición de *rechazo*", escribió. Y luego deberían presentar "una quimioterapia mejorada y probada llamada Essiac".

Pero aconsejó mucha paciencia. El programa de pruebas "llevaría un mínimo de un año y cuarto antes de la fecha de disponibilidad del producto. Esto puede ser un plazo demasiado corto debido a la naturaleza de la enfermedad. El diagnóstico de una Cura se basa arbitrariamente en un periodo de cinco años".

Durante toda la década de 1960 hubo muchas ilusiones de ese tipo. Pero no existía la organización, el dinero o la influencia política necesarios para reunir todo ello en un movimiento político de envergadura o para convencer a las grandes instituciones de que negociaran un acuerdo de investigación con René. Además, con más de 70 años, René ya no tenía la fuerza suficiente para librar el mismo tipo de batalla política que había emprendido tres décadas antes.

Essiac se mantuvo vivo gracias al boca a boca. Personas de toda Norteamérica encontraban a René cuando lo necesitaban. Ella recibía llamadas telefónicas en mitad de la noche de gente de Europa que quería conseguir un poco.

> En su tiempo libre, René editaba un folleto: ***Yo fui la enfermera del cáncer de Canadá.*** Escribió más advertencias sobre la alimentación y el medio ambiente. En uno de ellos, **arremetía contra los aditivos tóxicos, el procesado químico de harinas, aceites y grasas, y el envejecimiento químico de alimentos como el queso.**
>
> Instó a la gente a dar cuatro pasos:
>
> 1. NO consuma estos alimentos si dispone de alternativas.
> 2. Instar a nuestros gobiernos a tomar medidas contra estas situaciones.
> 3. Lea las etiquetas (sobre todo la letra pequeña) de todo lo que compre para comer o beber.
> 4. Patrocine a los fabricantes que producen alimentos sin colorantes añadidos ni otros aditivos, y que los cultivan en suelos no contaminados con productos químicos y donde no utilizan pulverizadores venenosos".

Incluso ahora, algunos de sus antiguos pacientes de los años treinta seguían en contacto con ella, dándole ánimos. May Henderson, que había testificado con tanta fuerza en las audiencias de la Comisión Real sobre el Cáncer en 1939, seguía viva y mantenía correspondencia con René.

En 1971, cuando el presidente **Richard Nixon** declaró su *Guerra contra el cáncer*, May Henderson escribió a René:

> *Supongo que has leído los titulares de nuestros periódicos recientemente. Nixon dispuesto a gastar miles de millones para encontrar una cura: Supongo que eso y el hecho de que una vieja y querida amiga haya tenido que operarse y extirparse un pecho recientemente me han tenido preguntándome qué está pasando -si es que pasa algo- con su maravilloso trabajo y su fórmula.*

May Henderson señaló que ahora tenía 75 años y gozaba de "buena salud por lo general". Un año después envió un ejemplar del folleto de René "Yo fui enfermera del cáncer de Canadá" a su diputado, pidiéndole que se implicara en una nueva cruzada. Recibió de vuelta un agradecimiento cortés, pero ningún resultado.

En 1973, cuando tenía 85 años, René decidió hacer un último intento con la clase médica. Se puso en contacto con el Sloan-Kettering y les preguntó si querían renovar las alentadoras pruebas que habían realizado en 1959. El Dr. Chester Stock, vicepresidente y director asociado de asuntos administrativos y académicos, dijo que estarían dispuestos a realizar pruebas en ratones si René les enviaba un poco de Essiac.

René aceptó. El Sloan-Kettering estaba interesado en la regresión tumoral, así que ella empezó a suministrarles una de las hierbas Essiac. En sus experimentos con ratones en el Hospital Christie Street de Toronto a principios de los años 30, había determinado

que ésta era la hierba que provocaba las regresiones. (Los otros actuaban como purificadores de la sangre). Dio al Sloan-Kettering instrucciones detalladas sobre cómo preparar la hierba en forma de solución inyectable.

Probablemente nunca se sabrá fuera del Sloan-Kettering lo que ocurrió realmente en sus experimentos con la hierba Essiac. Pero parece que las pruebas se prolongaron durante un largo periodo y existe al menos una prueba documental de que el Sloan-Kettering estaba obteniendo algunos resultados positivos.

El 10 de junio de 1975, con membrete del Sloan-Kettering Institute for Cancer Research de Rye, Nueva York, el Dr. Chester Stock escribió a René:

> Adjunto los datos de dos experimentos que indican algunas regresiones en el sarcoma 180 de ratones tratados con Essiac. Con estos resultados desearemos hacer bastantes más pruebas, por lo que debo preguntarle si puede enviarnos más material. Si tiene preguntas sobre los datos, no dude en hacerlas.

“Dos experimentos indican algunas regresiones en el sarcoma 180 de ratones tratados con Essiac.” Esta frase, escrita por un alto funcionario del Sloan-Kettering en 1975, debería convencer incluso a los más escépticos de que la comunidad médica y científica actual debería tomarse en serio el Essiac. (El sarcoma 180, por cierto, es un tipo de tumor canceroso utilizado a menudo en la investigación médica).

Por desgracia, a pesar de los alentadores resultados de 1975, las pruebas del Sloan-Kettering se interrumpieron al año siguiente. Los resultados de otras pruebas eran negativos, así que René investigó la situación. El 22 de agosto de 1975, el Dr. Stock le escribió: "Comprobaré si nuestro grupo de laboratorio no está adecuadamente informado sobre la elaboración del Essiac a partir del material que usted suministró. Me encargaré de que la próxima prueba sea irreprochable".

Pero cuando René recibió una explicación de cómo el Sloan-Kettering estaba preparando la solución inyectable, se quedó horrorizada. Habían ignorado sus instrucciones. No hervían la hierba. La congelaban y luego la descongelaban. En su opinión, estaban cometiendo un error tras otro. Con un garabato furioso, escribió en la explicación del Sloan-Kettering: "Todo mal. René M. Caisse".

Su reacción fue de fría furia. Rescindió el acuerdo con el Sloan-Kettering y dejó de suministrarles el material. (Dos años más tarde, en 1978, un grupo de Detroit presentó una demanda colectiva contra el gobierno de Estados Unidos para legalizar la importación de Essiac para el tratamiento del cáncer. En su declaración jurada en ese caso, el Dr. Stock declaró: "Hemos probado Essiac de forma muy limitada contra el sarcoma 180 en el ratón. No hemos observado ninguna actividad consistente". Pero admitió: "Una vez realizadas nuestras pruebas se nos informó de que deberíamos haber tenido dos preparados para la prueba y también de que habíamos hecho incorrectamente la solución inyectable a partir del material seco que se nos suministró. Nunca se nos proporcionó información completa sobre la naturaleza del Essiac)”.

Pero incluso con el Sloan-Kettering fuera de juego y René con casi 90 años, René y el Essiac estaban a punto de irrumpir, una vez más, en el candelero público.

CAPÍTULO IX

En 1977, los editores de Homemaker's, una revista canadiense de distribución nacional con sede en Toronto, escucharon una historia asombrosa: Una enfermera de 88 años de Bracebridge llevaba 50 años tratando con éxito a enfermos terminales de cáncer con su fórmula herbal secreta.

Según su propio relato, la revista asignó a un equipo de reporteros muy escépticos la tarea de investigar. Lo que esos reporteros descubrieron en los seis meses siguientes provocó una profunda transformación en su actitud.

En el número de verano de 1977 de Homemaker's, la revista informaba: "En esencia, la historia de René era cierta. Había estado obteniendo resultados notables contra muchos tipos de cáncer con Essiac, y se le había impedido continuar el tratamiento a menos que revelara la fórmula. Nadie sabe si, como ella temía, la jerarquía médica la habría ocultado bajo la alfombra, o si habría sido aclamada por una profesión agradecida que le rindió honores, ya que el Essiac nunca superó la prueba de los estudios clínicos controlados".

Hasta el último momento, escribió el editor de Homemaker's, el personal tuvo "verdaderas reservas sobre publicar una historia que daría falsas esperanzas a los enfermos de cáncer. Saber que nuestra decisión posiblemente provocaría atascos en Bracebridge mientras el público se abría paso hasta la puerta de una anciana tampoco ayudaba. Pero las consecuencias de la alternativa -no publicar- eran demasiado horribles para contemplarlas. Había demasiados y si...: ¿Y si Essiac funciona? Incluso si Essiac sólo alivia el sufrimiento, hay que probarlo. Estaba claro que las posibilidades de hacer algo bueno superaban con creces a las negativas".

El editor mencionó su escepticismo inicial sobre Essiac y escribió que los miembros del personal se habían preguntado unos a otros cuándo se había desmoronado. "Cuando se nos hizo esta pregunta individualmente, todos tuvimos la misma respuesta. Shearer (vicepresidente ejecutivo de la revista) fue la última persona a la que pregunté: `Fue el día en que me di cuenta de que si me decían que tenía cáncer, visitaría a René. No sería lo único que haría. Diablos, probaría cualquier cosa, convencional o no, pero primero iría a ver a René: Esa es una indicación bastante fuerte de nuestros sentimientos".

A continuación, el artículo de The Homemaker esbozaba extensamente toda la saga de René Caisse y Essiac, remontándose hasta el día en que, en los años veinte, la anciana con el pecho lleno de cicatrices le habló del indio que le dio la fórmula herbal que le curó el cáncer de mama.

El artículo describía la batalla política de los años 30 "que llegó hasta el pleno de la legislatura de Ontario y ocupó titulares en todo el continente".

Los periodistas que conocieron a René la describieron vívidamente:

> *Aunque René era cautelosa, extremadamente sensible a la duda, y temía que en cualquier momento "Ellos" (el brazo de la profesión médica que ella sentía que la había aplastado en el pasado) nos sofocarían o subvertirían, tenía una mente brillantemente aguda y un recuerdo casi total de nombres, acontecimientos y personalidades.*
>
> *Cada vez que la visitábamos en los meses siguientes, estaba sentada en su sillón favorito, resplandeciente con un vestido de flores, el sol de invierno reflejándose en un montón de bisutería y el pelo oculto bajo una alegre peluca de marta. Siempre estaba dispuesta a presentar más documentos, recortes de periódico, cartas de médicos que la apoyaban y casos clínicos, así como fotografías del antes y el después de pacientes con cáncer sacadas de cajones o cajas de cartón guardadas debajo de su cama. Y cuando disipamos sus sospechas instalando su propia grabadora como copia de seguridad, nos habló de sus experiencias. Había vivido muchos años con la posibilidad de ser multada y detenida, y la confianza no le resultaba fácil.*
>
> *Le molestaba nuestra insistencia en la necesidad de verificar cada hecho. Insomne, desanimada e impaciente, a menudo expresaba su temor de no vivir para ver el reconocimiento de Essiac. En circunstancias modestas, parecía genuinamente desinteresada en cosechar cualquier recompensa financiera, y estaba decidida a que Essiac nunca cayera en manos que lo explotaran para obtener beneficios indecorosos.*

Los periodistas de The Homemaker escribieron sobre las entrevistas que realizaron a algunos de los antiguos pacientes de René que habían testificado en las audiencias de la Royal Cancer Commission en 1939 y que seguían vivos en 1977.

Uno de los testigos de 1939 fue un vigilante de una locomotora de ferrocarril llamado Tony Baziuk. Su cáncer de labio era tan grave que le desfiguró toda la cara y le obligó a dejar su trabajo. Seis meses después de empezar los tratamientos con Essiac, estaba trabajando de nuevo y podía, como dijo a Homemaker's casi 40 años después: "Comer por un hombre, trabajar por tres y dormir como un bebé".

La revista citaba a May Henderson, de 81 años, recordando la clínica de René en los años treinta: "Nos gustaba empezar temprano", dijo la Sra. Henderson a Homemaker's, "porque la clínica siempre estaba llena. Intentábamos recibir el tratamiento antes del almuerzo, comer algo en Bracebridge y volver en coche. Sólo tardábamos un minuto en ponernos la inyección y beber el té, y los pacientes solían intercambiar informes de progreso mientras esperábamos".

May Henderson declaró que seguía sana en 1977 y que nunca había sufrido ninguna recidiva de su cáncer.

Los periodistas de The Homemaker's entrevistaron al Dr. Chester Stock, del Sloan-Kettering. Afirmó que sus pruebas con Essiac no eran alentadoras, pero él "no descarta la posibilidad de que Essiac podría ser eficaz contra el cáncer humano".

Sobre su entrevista con el Dr. Stock, Homemaker's informó: "El material que le envió René tenía 25 años, y sólo una hierba -la inyectable- se utilizó en los ratones. René nunca le envió ni la fórmula completa ni todos los materiales".

Según Homemaker's, el Dr. Stock les dijo que accedería a realizar más pruebas si René le daba la fórmula del Essiac para que el Sloan-Kettering pudiera administrar tanto las inyecciones como el tratamiento oral.

Intentando desempeñar el papel de mediador, Homemaker's transmitió esa oferta a René. "Su negativa fue instantánea, y no cedió en las semanas siguientes a pesar de nuestras insistencia. Le parecía inútil seguir haciendo pruebas sobre el cáncer en animales; quería que Essiac se utilizara en pacientes o, como mínimo, en el cáncer humano en animales. Además, no creía que el Sloan-Kettering preparara el material adecuadamente.

"La última vez, lo congelaron", afirmó. Bien podrían haber inyectado agua destilada".

La revista también habló con el Dr. Charles Brusch. Elogió Essiac y les habló de su reciente tratamiento de un hombre llamado Patrick McGrail contra el cáncer de esófago con hierbas suministradas por René Caisse.

El artículo se publicó sólo 14 semanas después de que McGrail empezara el tratamiento con Essiac. Se informaba de que McGrail había engordado 5 kilos y "se sentía muchísimo mejor". (Cuando el Dr. Brusch eligió a McGrail como ejemplo, no tenía forma de saber que McGrail seguiría vivo y bien diez años después).

Al final de su investigación, la dirección de Homemaker's creyó lo suficiente en lo que había aprendido como para hacer una propuesta oficial a René. Como se describía en la revista: "Con la esperanza de que pudiéramos acelerar el camino de Essiac a través del laberinto burocrático sin más pérdidas de tiempo, nos ofrecimos a crear un fideicomiso para representarla en cualquier trato que pudiera tener con el gobierno, el Instituto del Cáncer o cualquier empresa farmacéutica interesada".

Para su decepción, René los rechazó. Al final de su historia, Homemaker's concluye:

> *Hay una ironía trágica y vergonzosa en la historia de Essiac. Al principio, un indio que comprendía que las bendiciones del Creador pertenecen a todos compartía libremente una sencilla receta a base de hierbas. En manos de curanderos más sofisticados (y supuestamente más `civilizados'), se convirtió en el centro de una fea lucha por la propiedad y el poder.*
>
> *Quizá nuestra cura para el cáncer se encuentre en el pasado, con nuestra humildad e inocencia desechadas. Quizá los indios revivan algún día la sabiduría de un anciano y la compartan de nuevo. Quizá esta historia sea el catalizador; si es así, nuestros esfuerzos no habrán sido en vano.*

El artículo de The Homemaker causó sensación de inmediato en los medios de comunicación canadienses. Los periódicos se hicieron eco de la historia. Los equipos de televisión llegaron a Bracebridge, uno de ellos para preparar un documental de una hora sobre René y la historia de Essiac que más tarde emitió la televisión canadiense.

Los dos teléfonos de René Caisse sonaban prácticamente las veinticuatro horas del día. La gente asediaba su casa pidiendo tratamiento. Recibió amenazas de personas que decían que tomarían medidas si no les entregaba la fórmula. Finalmente, tuvo que anular el registro de su teléfono y, por un tiempo, aceptar protección policial.

René recibió un aluvión de cartas tras la publicación del artículo. "A mi marido, Yves, le ha ido maravillosamente bien con tu bendito Essiac", escribió una mujer. "Su fórmula ha sido un milagro para Yves y, si Dios quiere, queremos que siga tomándola".

"He pensado en ti muchas veces a lo largo de los años", escribió una mujer llamada Annie Goynt. "Espero que se acuerde de mí. Acudí a usted para recibir tratamiento hace treinta años y he visto a muchos morir de cáncer y siempre pensé en usted y en la pena de que no pudiera hacer nada. Pero por fin, según he leído en el periódico y en un reportaje exclusivo en la revista Homemaker's Magazine, su cura ha sido aceptada. Sólo espero que se use como se debe".

"Hemos leído sobre su tratamiento `Essiac' en la revista Homemaker's Magazine", escribió otra mujer. "Me gustaría decirle lo contentos que estamos con los progresos de mi hermano, que lleva unas semanas con su tratamiento".

El Essiac fue adquirido con la ayuda de su médico de cabecera, escribió. "Hubo mejoría desde el principio. Ahora, unas 8 semanas después, está sin duda mucho mejor". Había pasado de estar demasiado débil para hacer nada por sí mismo a conducir su propio coche y cuidar de sus caballos de exhibición. "Su caso se consideraba terminal y le quedaba poco tiempo de vida. Acepte nuestro agradecimiento y nuestros deseos de que se siga reconociendo este gran descubrimiento y también de que mejore su salud."

Un médico de Coldwater, Ontario, tuvo el valor de escribir a René diciéndole que uno de sus pacientes había mejorado en las últimas tres semanas tomando Essiac. "Tanto el apetito como la fuerza han mejorado", escribió bajo su membrete oficial. "Está ansiosa por volver a casa y le darán el alta el lunes. Gracias una vez más por su ayuda".

A René no le sorprendió. Se tomaba todo el alboroto con calma, e incluso seguía tratando a algunos pacientes que, de un modo u otro, conseguían abrirse paso a través de todas las defensas que había levantado a su alrededor.

Pero el avance más significativo de las defensas de René -quizá en toda su vida- lo hizo el Dr. David Fingard. Fingard, un hombre apuesto y bien vestido de unos setenta años que podía resultar realmente encantador cuando quería, era vicepresidente de la Resperin Corporation, una empresa canadiense con intereses en el campo farmacéutico.

Resperin contaba con médicos en su consejo de administración, entre ellos el Dr.

Matthew Dymond, que había sido Ministro de Sanidad de Ontario, el funcionario al que René se había quejado del acoso gubernamental a finales de los años cincuenta. El propio Fingard era un químico investigador al que se atribuía la participación en el descubrimiento de un fármaco eficaz para tratar la tuberculosis.

Después de leer el artículo de Homemaker, el Dr. Fingard se reunió con René e investigó por su cuenta y salió entusiasmado con Essiac. Compartió ese entusiasmo con René.

Finalmente, en otoño de 1977, se convenció a René para que entregara a Resperin la fórmula de Essiac. Su contrato con Resperin le otorgaba 1 dólar a la firma y 250 dólares a la semana durante los seis meses que Resperin aceptó realizar pruebas de Essiac.

A sus 89 años, René se había cansado de luchar contra el sistema médico. Creía que Resperin era lo bastante grande y poderoso para demostrar la legitimidad de Essiac.

Una vez más, la historia cobró vida en la prensa canadiense. Los altos ejecutivos de Resperin empezaron a conceder entrevistas entusiastas. Después de que el Departamento Federal de Salud y Bienestar de Canadá aprobara el plan de Resperin de probar Essiac en humanos, el Dr. P. B. Rynard, presidente de Resperin y médico canadiense, fue citado en un periódico diciendo: "Examinaron detenidamente todos los hechos y revisaron historias clínicas que fueron muy útiles. Y una de las cosas que descubrieron es que no era tóxico en modo alguno. No hay duda de que (Essiac) es eficaz para algunos tipos de cáncer".

David Fingard llegó a decir a un periodista que Essiac era "uno de los mayores descubrimientos de la ciencia moderna". Declaró al Orillia Journal: "Hemos encontrado casos certificados de cáncer en un periodo de 25 a 30 años que se han curado con Essiac". Citó la nota de 1975 del Dr. Chester Stock, del Sloan-Kettering, en la que decía que habían observado regresiones de tumores en ratones.

El 25 de noviembre de 1977, el Ottowa Journal informó sobre dos pacientes de cáncer que decían sentirse mejor después del tratamiento con Essiac. Sus médicos afirmaron que no se había producido ninguna mejora en el estado de sus tumores. Pero una de las pacientes -una empleada del Toronto Star de 22 años que no fue identificada, a petición suya- padecía un cáncer en el hueso pélvico que se le había extendido a los pulmones. Fue citada: "Recibí radioterapia y quimioterapia, y juré que moriría antes de volver a recibir más quimioterapia. Ahora tomo Essiac y me siento bien. Voy y vengo como cualquier persona normal y hago un día de trabajo".

El periódico también citaba a un cirujano llamado Dr. John Barker, quien dijo que no había visto pruebas de regresión tumoral en pacientes que utilizaban Essiac. Pero su apetito había mejorado y experimentaban menos dolor. En palabras del Dr. Barker: "Es muy posible que haya algo en la fórmula de Essiac que estimule el apetito y disminuya las náuseas y también alivie el dolor".

Ahí estaba otra vez: El tema de Essiac como analgésico en pacientes con cáncer. Hablado durante varias décadas, tanto por pacientes como por médicos. En 1978,

parecía que por fin el Essiac iba a recibir el escrutinio científico controlado que tanto tiempo había merecido.

En primavera, varios periódicos informaron de que Resperin, con la aprobación del Departamento Federal de Salud y Bienestar de Ottowa, estaba iniciando sus pruebas de Essiac en pacientes humanos con cáncer. El presidente de Resperin, el Dr. P. B. Rynard, advirtió a los lectores que pasaría algún tiempo antes de que se conocieran los resultados. "La complejidad de un estudio de este tipo es alucinante", afirmó.

Resperin no dejó lugar a dudas sobre su propio optimismo. Uno de los médicos que trabajan con Resperin, el Dr. H. D. Wilson, fue citado diciendo: "Sabemos que va a ser científicamente probado por las mejores mentes del país".

Pero, de alguna manera, el estudio de Resperin se torció. Al cabo de unos meses, René Caisse se quejó públicamente: "Creo que pude lograr más por mí misma". Acusó a Resperin de descuido en sus estudios. Resperin lo negó, pero el estudio se alargó.

El 11 de agosto de 1978, René Caisse celebró su 90 cumpleaños. El alcalde de Bracebridge, Jim Lang, un viejo amigo de René, organizó personalmente una fiesta para ella. Amigos y antiguos pacientes vinieron -algunos en autobuses- de todo Canadá y Estados Unidos para compartir el día con René.

Un periodista describió la escena a la llegada de los invitados: "Hicieron cola para saludar a la invitada de honor, que estaba sentada en un sillón. La señorita Caisse es bajita, tiene algo de sobrepeso y parece años más joven de lo que es. Sus facultades están intactas. Reconoció al instante a pacientes que no había visto en 35 años y recordó sus nombres".

Hubo discursos. René se pasó el día riendo y llorando mientras escuchaba los sentidos homenajes de hombres y mujeres que le atribuían el mérito de haberles salvado literalmente la vida, algunos de ellos más de cuarenta años antes. El reportero del periódico escribió: "Decenas de los presentes dijeron al Muskoka Free Press que su única reivindicación de vida había sido la administración de Essiac, cuando todos los demás tratamientos habían fracasado."

Un par de meses después de su fiesta de cumpleaños, René estaba durmiendo en su estudio cuando sonó el teléfono en su dormitorio. Con las prisas por coger el teléfono, se resbaló, se cayó y se rompió la cadera.

Con un dolor atroz, consiguió arrastrarse hasta el teléfono y llamar a su vieja amiga Mary McPherson. Ni siquiera en ese momento perdió el sentido del humor. Hizo un comentario inteligente a su costa sobre lo torpe que era y le pidió a Mary que se diera prisa en venir.

Cuando llegó, Mary no podía entrar. René había cerrado la puerta con pestillo desde dentro. Mary oía los gemidos de dolor de René. Llegó la ambulancia y los sanitarios tuvieron que arrancar la puerta de los goznes. René pesaba tanto que les costó mucho subirla a una camilla y abrirse paso por la casa y salir por la puerta. Llevaron a René

hasta un hospital de Toronto para operarla. Unos días después de la operación de cadera, la llevaron a casa. Pero sus amigos dicen que la medicación la había dejado débil y aturdida y que nunca volvió a ser ella misma. Murió el 26 de diciembre de 1978, a los 90 años.

Fue enterrada en un cementerio cercano a Bracebridge. Varios cientos de personas asistieron a su funeral en un frío día de nieve. En su funeral, escucharon en silencio cómo el padre James Grennan elogiaba a René como una persona que "manifestaba amor y preocupación por la humanidad" y que sólo quería "fomentar el bienestar y la salud de sus semejantes".

Y añadió: "Puede que algún día la Historia tenga más que decir sobre su trabajo".

CAPÍTULO X

No conozco todos los detalles de lo que ocurrió con las pruebas de la Resperin Corporation. Pero lo que en principio iba a ser un estudio de seis meses se prolongó durante varios años. En 1981, David Fingard fue citado en el Kitchener-Waterloo Record diciendo: "Hablando en términos generales, ya tenemos pruebas de curas (con Essiac), pero las pruebas no son suficientes para convencer al mundo científico. Pero estamos consiguiendo excelentes resultados".

Ese mismo artículo anunciaba que los resultados de la prueba, aprobada por el gobierno, se harían públicos en breve. "Fingard dice que confía en que el Essiac cure, o al menos controle, el cáncer en los pacientes, dependiendo de lo temprano que se administre en el diagnóstico", informaba el periódico. "También confía en él como preventivo. Él y su mujer llevan dos años tomando dosis semanales de medio litro (el doble de lo que se suele recomendar)".

Un artículo adjunto contaba la historia de un paciente de cáncer, Murray Braun, de Kitchener, que estaba convencido de que "hoy está vivo y bien porque hace tres años rechazó el tratamiento convencional de seguimiento contra el cáncer en favor de Essiac, un remedio indio a base de hierbas".

Tras una operación de cáncer de testículo en 1978, los análisis revelaron "marcadores de cáncer" en la sangre de Braun. En el hospital Princess Margaret de Toronto le dijeron que tendría que someterse a cuatro semanas de radioterapia. "Si hubiera pasado por todo eso, ¿te imaginas lo que quedaría de mí ahora?", dijo Braun al periódico. "Probablemente ya estaría muerto".

En lugar de eso, le aceptaron en el programa de prueba de Essiac. Después de diez días de Essiac, dijo, el color volvió a su cara. Después de tres semanas, el calor volvió a su cuerpo. "Con Essiac empecé a sentirme realmente bien", dijo Braun. Tan bien que volvió a esquiar.

Pero a pesar de casos como el de Murray Braun, en 1982 el gobierno canadiense anuló las pruebas de Resperin, calificándolas de "defectuosas", y acusando a Resperin de un deficiente control de calidad en sus experimentos. El director de la oficina de medicamentos con receta del Departamento de Salud y Bienestar de Canadá admitió que no había preocupación por la seguridad de Essiac. Era seguro, sin duda. Pero se le citó diciendo que "no pueden decir que sea un tratamiento eficaz".

A los pacientes que ya usaban Essiac se les permitiría seguir usándolo, en palabras del gobierno, "por motivos puramente humanitarios". Por esas mismas razones, los futuros pacientes que pudieran abrirse paso a través de la burocracia también podrían ser autorizados a utilizar Essiac legalmente.

El 8 de diciembre de 1982, un hombre llamado Ed Zalesky, de Surrey, Columbia Británica, uno de los enfermos de cáncer que habían sido tratados con Essiac suministrado por Resperin, expresó su indignación por todos los obstáculos que se ponían a las personas que necesitaban Essiac. En una carta al director de un periódico de Orillia, escribió:

> *Mi esperanza de vida en 1977 era de seis meses a dos años como máximo. El hecho de que esté `limpio' (según nuestro sobrecargado personal de la clínica oncológica de Vancouver) y todavía muy vivo se lo debo en gran parte a Essiac. Tuve la suerte de ser una de las personas que participaron en un programa de pruebas de Essiac llevado a cabo por Resperin Corporation.*
>
> *Me costó muchísimo convencer a mi médico de que presentara los breves informes que exige Resperin para recopilar los resultados de las pruebas, y mucho más de que asumiera algún compromiso. Parece que muchos médicos se niegan a rellenar los formularios, o bien los "olvidan" o los redactan de forma tan imprecisa que resultan inútiles.*
>
> *"No cabe duda de que el Essiac alivia el sufrimiento en muchos casos y prolonga la vida. ¿Por qué la gente que administra los fondos contra el cáncer no le hace un juicio justo? No va a hacer daño a nadie. La profesión médica debería dejar de jugar a 'Dios' y nos permiten a los enfermos de cáncer utilizar el tratamiento de nuestra elección.*

Y concluyó:

> *Ahora llevo tres años después de mi sentencia de muerte definitiva, bien, trabajando a tiempo completo y algo más, y disfrutando de la vida, gracias a este compuesto "no probado". (Ed Zalesky seguía vivo y gozaba de buena salud cinco años después, en 1987).*

Cuando el gobierno criticaba las pruebas de Resperin, David Fingard dijo a la prensa que Resperin podía incluso vender Essiac como té de hierbas si no hacían ninguna afirmación sobre sus poderes curativos. Pero Resperin, dijo, quería que Essiac fuera aceptado oficialmente como una cura. "No queremos venderlo como té en las tiendas", dijo. "Sólo queremos venderlo como cura".

Resperin no se rindió después de que el gobierno suspendiera sus pruebas y, al parecer, el Sloan-Kettering siguió interesado. El 12 de mayo de 1983, David Fingard envió un telegrama al Dr. Charles Young del Sloan-Kettering, agradeciéndole "su interés en averiguar la posibilidad de que el Essiac cure el cáncer. Naturalmente, nos sentimos optimistas basándonos en los resultados actuales. También encantados con su oferta de venir a Toronto para una reunión".

Cinco meses más tarde, el 5 de octubre de 1983, E. Bruce Hendrick, jefe de neurocirugía del Hospital para Niños Enfermos de la Universidad de Toronto, escribió una carta al Ministro de Sanidad canadiense -citada como epígrafe de este libro- en la que afirmaba que el Essiac parecía haber beneficiado lo suficiente a los niños a su cargo como para justificar la realización de pruebas científicas serias.

Una vez más, tras la última ronda de controversia sobre Essiac, esta vez desencadenada por el artículo de Homemaker en 1977, las autoridades hicieron todo lo que estuvo en su mano para desacreditar y descartar Essiac y, sin embargo, Essiac no desaparecía ni moría. Los enfermos de cáncer siguieron manifestándose a su favor. Algunos médicos que habían trabajado con ello estaban dispuestos a arriesgarse a ser censurados para impulsar la investigación.

Ésa ha sido la historia de Essiac durante más de sesenta años, desde que aquellos ocho médicos firmaron la primera petición al gobierno canadiense en la década de 1920. Cuando aquellos primeros médicos se presentaron en la puerta de su casa para arrestarla, y se negaron a hacerlo después de oír lo que tenía que decir, René Caisse jamás podría haber imaginado que acababa de vivir la metáfora perfecta de los siguientes sesenta años de Essiac.

Y así continúa la batalla. En mi caso, nunca había oído hablar de Essiac hasta 1985. Cuando oí hablar de ella por primera vez, desde luego no estaba dispuesto a comprometer mi vida en una lucha cuesta arriba, como tampoco lo estaba René Caisse cuando preguntó casualmente a aquella mujer qué le había pasado en el pecho.

En 1985, dedicaba toda mi atención a mi próspera consulta quiropráctica de Los Ángeles, donde trato a una amplia lista de pacientes entre los que se encuentran algunos de los atletas profesionales con más éxito del mundo. Entre mis pacientes hay estrellas del atletismo, levantadores de pesas de talla mundial, tanto hombres como mujeres, y miembros de equipos de la NFL.

Antes había pasado cinco años desarrollando una nueva técnica que ofrece a mis pacientes importantes beneficios en la curación de los músculos lesionados y el alivio del dolor. Me contrató, por ejemplo, el Hospital Baptist de Nashville (Tennessee), uno de los mayores hospitales ortopédicos del sur de América, para que les instruyera sobre cómo aplicar esa técnica en los programas de su unidad de control del dolor.

Estaba -y estoy- orgulloso de ese trabajo y feliz de ayudar a la gente a curarse ellos mismos. Siento que tengo éxito en la carrera que he elegido, respetado en mi campo, con una larga lista de pacientes actuales y anteriores que darán fe de mi integridad y sinceridad en todo lo que emprendo.

Un día de 1985, un amigo me presentó a una mujer que llamaba la atención por lo reservada que era consigo misma. Mis recuerdos de esta mujer están frescos. Ciertas frases y palabras permanecen indelebles en mí, junto con sus tonos y expresiones. Daba la impresión de una gran fragilidad. Pequeña y de huesos duros, había perdido peso.

Su aspecto era el de una delicada supervivencia, un equilibrio entre la vida y la desaparición de la vida. A medida que nos íbamos conociendo y ella iba confiando en mí y respondiendo a mi curiosidad, empezó a contarme la historia de René Caisse y Essiac. Conoció a René muchos años antes, cuando acudió a ella para tratarse un cáncer. Desde entonces estaba en remisión. Lo consideraba un milagro.

Ella y René se habían hecho muy amigas. Me habló de las luchas a vida o muerte que René había vivido durante tanto tiempo. Hablaba con facilidad y de buena gana de René Caisse, pero de la fórmula de Essiac hablaba poco y con dificultad. Siempre parecía haber un diálogo silencioso en su interior.

Al final me confesó que René le había dejado una copia de la fórmula. Con toda la delicadeza posible, empecé a convencerla de que me la confiara. René se la había dado libremente a esta mujer, que la había guardado con total inflexibilidad durante años, y ahora aquí estaba otra persona, una vez más, pidiendo que se liberara la fórmula de Essiac.

Me di cuenta de que, para esta mujer, transmitir la fórmula era un acto supremo de confianza, y también su reconocimiento de que, en cierto modo, había tomado finalmente su decisión y transmitido su papel en lo que sucedería con Essiac. Fue una época angustiosa para todos los implicados, ya que las dudas, las sospechas y los temores venían, iban y volvían a venir.

Nuestras conversaciones, interrumpidas por días o semanas de retraimiento y silencio por parte de esta mujer, se prolongaron durante casi un año. Fue una experiencia de humildad. Aprendí a tener paciencia. Aprendí a esperar.

La interrupción se produjo durante uno de esos difíciles periodos de parón. Era la tercera o cuarta vez que me dejaban en suspenso, y me preparé para lo peor. Pero cuando llegó la oportunidad, no hubo ninguna ceremonia. Sólo un mensaje indistinto en la cinta de mi contestador automático que decía: "Ven ahora." Volé a la ciudad donde ella vive, y luego esperé ansiosamente en mi habitación de hotel durante varias horas. Hice redactar un contrato que definía con todo detalle nuestras responsabilidades mutuas, y las de René y su fórmula. Pero nada de eso resultó ser deseado o necesario.

Cuando llegué a su casa, hubo un suave silencio durante algún tiempo. Ella se removió en su silla y dijo: "Bueno, todo a su tiempo". Luego, otro largo silencio. Entonces sus ojos, normalmente de un azul descolorido, ardían. Dijo: "Gary, hay cosas que es mejor que aprendas sólo cuando te ocurren a ti". Y me entregó una hoja de papel con una lista de hierbas, escrita a máquina, y las instrucciones para preparar el té.

No le apetecía visitarme, así que me levanté, me fui y regresé a Los Ángeles, con una fórmula y mi convicción de que lo que me había dicho aquella mujer era cierto. Pero no tenía pruebas.

Lo primero que hice fue prepararme una tanda de Essiac. Esta mujer me había dicho que sus poderes preventivos eran asombrosos; que René había bebido el té todos los

días de su vida. Y efectivamente, en dos días me sentí mejor que nunca. Sufría de bronquitis crónica. La bronquitis desapareció. Desde entonces tomo Essiac. No me ha hecho más que bien.

Pero eso no sería una prueba para nadie más. Para empezar a encontrar esa prueba, sólo tenía una pista sólida: el nombre de la amiga más íntima de René, una mujer que vivió y trabajó junto a René de forma intermitente durante muchos años, desde que René había curado de cáncer a la madre de esta mujer en los años treinta.

La amiga de René se llamaba Mary McPherson y era natural del norte de Ontario. Eso era todo lo que sabía. Finalmente localicé su número de teléfono, y cuando lo hice estaba en -¿por qué me sorprendió? -Bracebridge.

La llamé y le conté mis conversaciones con la otra amiga de René -aunque no que tenía la fórmula- y le pregunté si podía reunirme con ella en Bracebridge. Me di cuenta de que desconfiaba de aquel desconocido, pero accedió a verme.

Volé a Toronto y conduje los 170 kilómetros hasta Bracebridge en medio de una ventisca. La nieve era tan espesa y pesada que apenas podía ver la carretera delante de mí. No recuerdo haber visto otro vehículo en todo el viaje.

Cuando llegué a Bracebridge por primera vez, me costaba creer que esta pequeña ciudad rural, rodeada de colinas boscosas y alfombrada de nieve, hubiera sido el centro de tanta controversia durante tantas décadas. Construido cerca de las orillas del río Muskoka, es un pueblo encantador, limpio y bien cuidado, con hileras de casas victorianas y grandes patios delanteros. La población ronda los 9.300 habitantes, con miles más que la visitan en verano para disfrutar de los deportes acuáticos y la vida al aire libre de la zona.

Los rústicos edificios de la calle principal están ocupados por tiendas y comercios. Hay un cine que proyecta los últimos estrenos. Bracebridge tiene el aspecto de una comunidad sólida que prospera económicamente.

Conduje por Dominion Street, y allí estaba el edificio de ladrillo rojo, el antiguo British Lion Hotel, donde los enfermos podían hacer cola para recibir tratamiento sólo si tenían una declaración escrita de un médico que afirmara que estaban seguros de morir, y por lo tanto ahora eran libres de hacer lo que quisieran.

Sabía que aquí, en esta ciudad, estaban los archivos de René, al cuidado de Mary, guardados en cajas durante mucho tiempo y esperando a que alguien volviera a por ellos. Sabía que René había guardado todos los papeles: los diagnósticos de los médicos, la correspondencia con Sloan-Kettering, con el Primer Ministro Hepburn, con sus miles de pacientes, todos los recortes de prensa, los testimonios parlamentarios. Todo. Se decía que había registros de todas las personas a las que había tratado, escritos con garabatos en papel amarillento.

Quería desesperadamente verlo todo. Me consumía la idea de que quería toda la verdad de María. Tenía que "saberlo todo". Al principio de nuestro primer encuentro en

aquella mañana brillante, fresca y nevada, Mary parecía desilusionada y cínica. Tenía los mismos modales cautelosos que había encontrado con la otra amiga de René. Si hubiera sabido entonces el infierno que René y ellas habían vivido durante la mayor parte de sus vidas, habría esperado que me rechazara en la puerta.

Más tarde, Mary me contó que había tantos médicos, abogados y empresas detrás de la fórmula que no podía soportar más presión. Dijo que le había prometido a René -cuando estaba en su lecho de muerte- que nunca revelaría la fórmula a nadie, y dijo que nunca rompería esa promesa.

Creo que esa fue probablemente la forma educada de Mary de decir que si lo que tenía en mente era conseguir la fórmula, mejor me olvidaba, hacía las maletas, me iba a casa y la dejaba en paz.

Le prometí que no le pediría que me diera la fórmula, y pareció relajarse un poco. Mientras hablábamos, me contó su propia historia: En diferentes momentos de los veinte años que siguieron a la curación de la madre de Mary, Mary y su marido Cliff habían tenido cáncer y René los había curado a ambos con Essiac. Con lo que había visto, Mary no tenía ninguna duda sobre el valor de Essiac.

Después de que Mary se convirtiera en la mejor amiga de René, vio cómo ésta pasaba por un infierno de amenazas de arresto, promesas de millones de dólares, incluso amenazas de muerte de personas desesperadas a las que tenía que rechazar por carecer de la documentación adecuada..., y todo porque René quería curar una enfermedad mortal y no cobrar por hacerlo.

Hablamos durante ocho horas. Creo que Mary se dio cuenta de lo sincero que era mi interés. Mientras recordaba a René, parecía disfrutar. Se animó. "Lo vio todo", dijo Mary. "Incluso bromeaba con el carcelero que estaba enfrente de la clínica. Como era tan grande, él solía decirle: *No te preocupes, René, yo reforzaré el suelo. Sé que vas a estar conmigo uno de estos días*".

Una vez, cuando un funcionario se presentó con una orden de arresto, René fue a ponerse el abrigo y le preguntó de qué se le acusaba. Le dijo que se trataba de administrar medicamentos no autorizados contra el cáncer. "René dijo: *Bueno, si salvar vidas es un delito en nuestra gran tierra de Canadá, entonces supongo que soy culpable y estoy lista para irme.* Y el funcionario rompió la orden y se fue. Nunca la detuvieron".

Los años de la clínica fueron los más felices para René, dice Mary. "Era una persona feliz cuando tenía la clínica. Ayudó a mucha gente y ese fue siempre su objetivo en la vida: ayudar a la gente. Muchos de nuestros médicos locales la apreciaban mucho. Llevaban a sus propios pacientes en sus coches para que los tratara René. El Dr. Bastedo llevaba a sus pacientes a la clínica. Pero se puso demasiado ruidoso al respecto, supongo, y la asociación médica se le echó encima. Le dijeron que ya no podía hacerlo. ¿Qué podía hacer? Era su vida. Así que dejó de hacerlo".

Mary me contó una historia sobre René cuando era una joven enfermera que lo resumía todo para mí. "Estaba atendiendo a una futura madre que iba a dar a luz en su

casa. Vinieron los médicos, la examinaron y se fueron. Dijeron que volverían a una hora determinada. Eso era antes de que la mayoría de la gente tuviera teléfono. Dejaron a René al mando y, antes de que volvieran, el parto de la madre se aceleró. René vio que el bebé estaba en una posición incorrecta. Había que girarlo para salvar la vida de la madre. Así que René lo hizo.

"Madre e hijo descansaban cómodamente cuando volvieron los médicos. Los médicos estaban horrorizados por lo que había hecho. Uno de ellos le dijo: *¿No sabes que podrían haberte demandado si las cosas no hubieran salido bien?* René respondió: *Sí, pero si no hubiera hecho nada, la niña habría muerto. ¿Y entonces qué?* Así fue René toda su vida. Solía reírse de aquella historia y decir que todo tenía un lado divertido. Decía que las expresiones de las caras de esos médicos no tenían precio".

Esa noche llevé a Mary a cenar y nunca olvidaré la expresión de su cara cuando le recité la lista de hierbas que componen Essiac. Se quedó estupefacta. Sus ojos parecían dólares de plata. Por un momento pensé que se iba a indignar.

"¿Cómo lo has conseguido?", me espetó.

Pero luego se serenó y suspiró, un suspiro profundo, como si se sintiera aliviada, contenta de que alguien en quien confiaba finalmente lo tuviera sin que ella rompiera ninguna promesa.

Más tarde, esa misma noche, se abrió completamente, sonrió mucho, confirmó la exactitud de la fórmula y, finalmente, dijo: "No sé por qué voy a hacer esto, pero confío en ti y voy a dejarte los documentos que nadie ha visto desde que René me los dio".

Mary cumplió su palabra. En los meses siguientes, hice dos viajes más a Bracebridge, cada vez más cerca de Mary, escuchando más de la historia y volviendo con grandes maletas llenas de papeles.

Tardé dos semanas en leer todos esos artículos. Cuando terminé de leerlos, sabía que tenía que seguir investigando, pero estaba convencido, más allá de toda duda razonable, de que Essiac era eficaz -al menos por sus propiedades analgésicas- como tratamiento contra el cáncer. Tenía la certeza de que mi fe inicial estaba respaldada por hechos concretos y fríos. La primera vez que leí esos artículos fue, por ejemplo, cuando me enteré del trabajo de René con el Dr. Charles Brusch.

CAPÍTULO XI

Cuando supe por primera vez del trabajo de René Caisse con el Dr. Charles Brusch hace tres décadas, pensé que sería demasiado bueno para ser cierto que pudiera localizarle y persuadirle para que hablara con un desconocido sobre su uso de un remedio contra el cáncer que no estaba aceptado por la Asociación Médica Americana y que podría convertirle en fuente de controversia.

Qué equivocado estaba. El Brusch Medical Center sigue funcionando y sigue siendo una de las mayores clínicas médicas de Massachusetts. Tiene una plantilla de unos 40 empleados, la mayoría de ellos especialistas, y el Dr. Brusch, que ya ha cumplido los 70, sigue trabajando a tiempo parcial.

El Dr. Brusch atendió mi primera llamada de larga distancia. Cuando estaba al otro lado de la línea y empecé a explicarle quién era y qué quería preguntarle, esperaba el mismo tipo de respuesta reservada -incluso temerosa- que Ralph Daigh y Paul Murphy habían recibido de los tres médicos de Bracebridge.

Pero en cuanto mencioné a René Caisse, el Dr. Brusch reaccionó con entusiasmo. Fue como si hubiera dicho la palabra mágica. Estaba encantado de que, después de tantos años, por fin alguien fuera a contar su historia y a presentar al público la información disponible sobre Essiac.

En mi primera llamada telefónica con él, hablamos durante hora y media. Se alegró de recordar a René Caisse. "Era una jovencita cuando empezó y murió a los 90 años", dice. "Su clínica de tres plantas estaba abarrotada. En esta pequeña ciudad, recogió 55.000 firmas. La gente armó tal revuelo que tuvieron que darle permiso para tratar el cáncer".

> Le pregunté cómo era como persona. "Era una mujer amable, gentil y fornida", dijo. "Era extraordinaria, una auténtica santa". Cuando llegó a Cambridge, dijo, seguía dependiendo principalmente de las inyecciones intramusculares de Essiac en su tratamiento. Pero **trabajó con ella para perfeccionar la fórmula de modo que las inyecciones dejaran de ser necesarias. Podían confiar en el tratamiento oral, limitándose a beber la infusión.** "Lo perfeccionamos", dijo el Dr. Brusch, "y descubrimos que era demasiado por inyección. No se podía administrar tan a menudo como se debía, así que cambiamos a seguir sobre todo con la forma líquida."

No podía creer lo franco que era sobre el tema de Essiac. En un momento dado, me dijo sin vacilar: "Sé que Essiac tiene potencial curativo. Puede disminuir la afección del individuo, controlarla y curarla".

Para el Dr. Brusch, que trabaja con Essiac desde 1959, se trata de un hecho probado. Para el Dr. Brusch, el hecho de que el sistema oncológico haya ignorado el Essiac y siga sin incluirla en su lista de tratamientos aceptados contra el cáncer no cambia ni un ápice este hecho.

Le pregunté por las pruebas con ratones realizadas por Sloan-Kettering en 1959. Las recordó, citando el memorándum que había recibido: "Adjunto los datos de dos experimentos que indican algunas regresiones en 180 sarcomas de ratones tratados con Essiac. Con estos resultados, desearemos probar bastantes más, por lo que debo preguntarle si puede enviar más material."

Pero Sloan-Kettering, según el Dr. Brusch, quería la fórmula como parte del trato. Le dijeron: "Será mejor que nos envíes más material y la fórmula".

Le pregunté al Dr. Brusch: ¿Por qué, después de todos estos años y todos estos casos, los gobiernos, las empresas farmacéuticas y las instituciones de investigación sobre el cáncer no han dedicado al Essiac la investigación seria -y la aplicación- que tan obviamente merece?

El Dr. Brusch se mostró reacio a sacar conclusiones. Fue el único momento de nuestra charla de 90 minutos en el que dudó, en el que tuve la sensación de que se estaba conteniendo. Me di cuenta de que el Dr. Brusch luchaba consigo mismo mientras hablaba, que sus crípticos comentarios eran un intento de comunicar sin decir realmente lo que creía.

Pero incluso con su mejor intento de ser educado y evitar criticar a nadie, esto es lo que el Dr. Brusch tenía que decir:

> *El problema es...., que todos estos centros que han recibido una cantidad tremenda de subvenciones y han hecho una cantidad tremenda de trabajo, no parecen ver mucha diferencia... Estas otras empresas, no puedo entender.... Sloan-Kettering, te dicen que hay una recesión en el crecimiento del carcinoma y siguen buscando medicamentos, bueno, hay algo de mérito en ello.*
>
> *Hay que preguntarse. ¿Es por actos mercenarios? Se han escrito muchos informes sobre el cáncer y todo eso y siempre hay una esperanza de acercarse a él, pero..., no llegamos a ninguna parte.*
>
> *Los medicamentos que se pueden comprar ahora... bueno, la acción de esos medicamentos, muchos de ellos, no es buena. Pero están haciendo un gran dineral con ellos. Por qué deberían seguir adelante, no lo sé. Me sorprende... Pero ahora, no lo sé. Mucha gente está recibiendo grandes sumas.*

Pero en cuanto la conversación volvió a versar sobre la bendición de Essiac, el Dr. Brusch recuperó el entusiasmo y la franqueza.

Lo sé: la sustancia funciona, -me dijo-. *Es muy barato. Puedes conseguir un galón de sustancia por unos 40 dólares, transporte y todo. Intenta recibir radioterapia y quimioterapia, y verás lo que te costará.*

¡Y (Essiac) funciona! Si no les cura, les ayuda. No tiene efectos secundarios. Son sólo hierbas. No se añaden conservantes ni nada por el estilo. Usted puede continuar usando sus otros medicamentos-corazón, presión arterial, lo que quiera. No parece haber ninguna reacción en absoluto.

Si (los pacientes) pueden pasar 11 ó 12 años, cuando les han dicho que van a estar dos años, y los linfáticos se aclaran y les va bien y ganan peso, ¿por qué no lo intentan?

René es quien ha transmitido la tradición de los indios a nosotros, y ha funcionado mejor que todas las (otras) tradiciones que se han transmitido. Ello ayuda. Ello ayuda.

El Dr. Brusch me animó a seguir investigando y me dijo que, cuando pudiera ir a Boston, estaría encantado de reunirse conmigo y compartir conmigo algunos de los casos de personas que había tratado con Essiac a lo largo de los años. Había algunos, en particular, de los que estaba orgulloso y que le habían dado permiso para hablar de sus casos públicamente. Ellos también querían hacer lo posible por ayudar renunciando a la confidencialidad de sus historiales médicos.

Luego mencionó que él mismo se incluía en ese grupo. En 1973, dijo el Dr. Brusch, había tenido cáncer. Se sometió a tres operaciones. "Tuve el Essiac", dijo, "y entonces pude tomarlo y sigo tomándolo ahora. Y me hice una prueba hace unos meses y he dado negativo." Dijo estar convencido de que Essiac había desempeñado un papel importante en mantenerle libre de cáncer.

Poco después de nuestra conversación telefónica, llamé al Dr. Brusch y le pregunté si sería un buen momento para verle en Cambridge. Me dijo que sí y me invitó a pasar una tarde de sábado en su casa. Tendría sus archivos preparados para mí. Creo que estaba tan entusiasmado con la oportunidad de contar su historia como yo de escucharla.

En un precioso día otoñal de Nueva Inglaterra, conduje a lo largo del río Charles, luego por Harvard Square, que bullía de actividad, como siempre, y pasé junto a las casas coloniales con su rica historia. Una placa delante de una de ellas la identificaba como la casa del poeta Longfellow.

A pocas manzanas de distancia, en una tranquila calle arbolada de casas de dos plantas que datan del siglo XIX, se encontraba la casa del Dr. Brusch estos últimos años.

El Dr. Brusch y su esposa, Jane, me recibieron en la puerta principal. Son una pareja atractiva. Jane tiene probablemente unos 40 años y es una mujer cálida y amable. El Dr. Brusch tiene un aspecto distinguido, una larga cabellera canosa, una cálida sonrisa y un brillo despierto en los ojos. Un sábado por la tarde vestía un traje oscuro bien

confeccionado y corbata. Sonreí. Me encantó que el doctor se vistiera formalmente para saludar a alguien que acababa de llegar del sur de California.

Pero la formalidad sólo estaba en su ropa. Enseguida me sentí como en casa, como un huésped bienvenido. El Dr. Brusch me enseñó su casa y me contó un poco de su historia. Colgada en la pared de un pasillo había una fotografía de Jack y Jackie Kennedy con el Dr. Brusch.

La mesa del comedor estaba cubierta de expedientes y papeles que el Dr. Brusch había recogido del Centro Médico para repasar conmigo. Nos sentamos a la mesa y el Dr. Brusch me contó un poco de su propia historia como médico. Como médico en ejercicio durante más de 50 años, llevaba mucho tiempo interesado en los métodos naturales de curación de los enfermos.

Hace muchos años, como complemento de las técnicas médicas habituales, el Dr. Brusch había estudiado los poderes curativos de las algas marinas y diversas hierbas. También había estudiado el valor de la nutrición en la prevención y el tratamiento de enfermedades.

Así que no era inherentemente hostil en 1959 cuando escuchó por primera vez sobre el tratamiento del cáncer de René Caisse que se basaba en una fórmula a base de hierbas. Después de ver los resultados en los pacientes que ella trataba, supo que Essiac tenía valor. Sin duda alguna.

Después de que René regresara a Bracebridge, el Dr. Brusch siguió recibiendo Essiac de ella y dándoselo a pacientes que no tenían otra esperanza. Descubrió que Essiac funcionaba mejor en personas que no habían recibido tratamientos de radiación. Sí funcionaba en personas que habían recibido radiación. No tan rápido ni tan bien, pero ayudaba.

Luego pasamos a los casos concretos. A sabiendas de que muchas personas del estamento médico -del que el propio Dr. Brusch es un respetado miembro- se burlan de los testimonios personales, por apasionados que sean, y de los relatos de curaciones que pueden ser tachados de anecdóticos, el Dr. Brusch hizo hincapié en que quería dejar constancia de algunos de sus propios casos cuidadosamente documentados. Llevaba consigo los documentos médicos -los informes de laboratorio y demás- que respaldaban cada una de sus afirmaciones.

Había dos casos en particular que consideraba difíciles, si no imposibles, de negar.

El primero fue el caso en 1975 de un hombre llamado Patrick "Sonny" McGrail, que había sido mencionado en el artículo de Homemaker de 1977. El Dr. Brusch le conocía desde hacía años. "Un día me llamó -cuenta el Dr. Brusch-, y me dijo: Me pasa algo en el estómago. Le dije: bueno, ven aquí, Sonny. Descubrí que tenía una inflamación y un bulto en la parte inferior del esófago. Le dije: Sonny, vas a tener que someterte a un tratamiento quirúrgico".

McGrail fue operado en el Hospital Baptista de Nueva Inglaterra. El cirujano comunicó al Dr. Brusch que el diagnóstico era cáncer de esófago.

Tras la operación, McGrail recibió tratamientos de radiación. Leyendo de su expediente, el Dr. Brusch dijo que el peso de McGrail bajó a 109 libras.

"Me llamó y me dijo: ¿Quieres verme, por favor? Me voy a morir. No puedo comer. No puedo dormir. Estoy perdiendo peso. Tengo fuertes dolores. Moriré en dos años".

El Dr. Brusch le dijo que viniera. "Tenía todo el material allí, el Essiac, el polvo y el líquido que utilizábamos para prepararlo. Se lo seguí dando y lo cargué de vitaminas y nutrientes. Mejoró enseguida, subió a 125 libras".

Años después, el cirujano de McGrail escribió en su informe hospitalario: "El Sr. McGrail está bien y esencialmente asintomático y tiene mejor aspecto que en los últimos dos años. Vio al Dr. Brusch hace una semana y todo fue bien en su revisión. En la exploración, la cabeza y el cuello son negativos. Los bultos están bien y claros. Los ruidos cardíacos están bien. El examen abdominal es normal... Estamos encantados con su evolución".

El 15 de febrero de 1979, Patrick McGrail escribió al Dr. Brusch:

> *Esta es una nota para hacerle saber lo que Essiac ha hecho por mí. Me operaron el 2 de febrero de 1975, de cáncer de esófago. Al cabo de unas dos semanas el médico que me operó me puso en tratamiento con radio. Tuve 11 tratamientos en 11 días y perdí 12 libras y media. Después seguí perdiendo peso, de 156 a 109 libras. Perdí el apetito, no podía dormir y estaba muy débil.*
>
> *El Dr. Brusch me dio un frasco de Essiac para ver qué podía hacer por mí. Apenas llevaba una semana tomándolo cuando empecé a mejorar y a engordar. Pasé de 109 a 130 libras en seis meses, y el dolor se alivió. De eso hace ya dos años, el 19 de febrero.*
>
> *Solía tomar una onza cada noche antes de acostarme. El pasado noviembre el médico no pudo conseguirla, así que cuando dejé de tomarla, empecé a perder peso de nuevo. Sin energía. Si el Dr. Brusch no me lo hubiera dado, hoy no estaría viva. Espero que pronto esté disponible para los enfermos de cáncer.*

Esa nota se había escrito ocho años antes. Le pregunté al Dr. Brusch qué había sido de Patrick McGrail después de aquello. El Dr. Brusch sacó una carta que McGrail le había escrito sólo unos meses antes, el 11 de mayo de 1987: "El Dr. Brusch me sigue tratando de mi cáncer de 11 años y me va bien. Cuando me operaron, me dijeron que no viviría ni dos años. El Essiac hizo maravillas".

Le pedí al Dr. Brusch sus comentarios personales sobre el caso McGrail. Dijo simplemente: "Fue el Essiac el que hizo el truco. Ése es un caso".

El segundo caso fue mucho más reciente e incluso más dramático. Se trataba de un hombre llamado Ross Nimchick. Junto con el expediente del caso de Nimchick, que

contenía todo el historial médico, el Dr. Brusch tenía un relato escrito de Nimchick en el que detallaba cada paso del proceso con sus propias palabras:

> *15 de junio de 1986. Yo, Ross Nimchick, me resfrié y perdí la voz. Tenía los ganglios inflamados y noté un bulto cerca de la clavícula izquierda y en la zona de la ingle.*
>
> *23 de junio: Cita con el Dr. Clinton. Examinó el bulto y me dio una receta y me hizo ir a hacerme análisis de sangre.*
>
> *25 de junio: Análisis de sangre en el Hospital Holyoke.*
>
> *7 de julio: El Dr. Clinton recomienda una biopsia*
>
> *2 de julio: Biopsia completada en el Hospital Holyoke.*
>
> *30 de julio: Llamé a la consulta del Dr. Clinton para pedir el informe de la biopsia. El Dr. Akers me dijo que tenía un linfoma maligno y que me pusiera en contacto con el Dr. Ross.*
>
> *30 de julio: Retirada de puntos de una operación de biopsia.*
>
> *6 de agosto: El Dr. Ross me examinó en su consulta. Midió los ganglios, me tomó la altura, el peso y me hizo hacer más análisis de sangre. El Dr. Ross dijo que me encontraba en la tercera o cuarta fase del linfoma.*
>
> *8 de agosto: Prueba de médula ósea realizada en la consulta del Dr. Ross.*
>
> *18 de agosto: CAT scáner hecho en el Hospital Holyoke.*
>
> *22 de agosto: El Dr. Ross me dio los resultados de todas las pruebas. No tengo que volver hasta el 2 de octubre, a menos que sienta que mi condición comience a deteriorarse.*
>
> *28 de agosto: Hablo de mi estado con el Dr. Brusch y repasamos las vitaminas y el programa de ingesta diaria de alimentos del Sr. Croft.*
>
> *3 de septiembre: Empiezo a tomar las vitaminas y a seguir el programa de alimentación.*
>
> *12 de septiembre: Empiezo a tomar Essiac. Dos onzas mezcladas en dos onzas de agua tibia. Toda el agua que bebo está purificada por ósmosis inversa.*
>
> *2 de octubre: El Dr. Ross me examina y me hace un análisis de sangre. Ya no noto sudores y me siento más fuerte. Sigo con mis vitaminas, dieta alimenticia y Essiac.*
>
> *2 de diciembre: El Dr. Ross me examina y me hace análisis de sangre. No se necesita tratamiento, aunque el recuento de glóbulos blancos ha subido a 25. l. El Dr. Ross quiere que vuelva para hacerme análisis de sangre el 3 de enero.*

Finales de diciembre de 1986: cogí un resfriado y me sentí débil. Aumenté mi consumo de vitamina C. Los ganglios de las axilas han crecido ligeramente y los de la ingle siguen igual.

3 de enero 87: Fui a hacerme análisis de sangre, pero el Dr. Ross no me examinó. El Dr. Ross me informa por teléfono que mi recuento de glóbulos blancos ha aumentado y que la próxima vez puede que tenga que empezar a medicarme. He interrumpido mi dieta y he empezado a comer piña, a tomar vitamina B-6 y he aumentado mi consumo de brócoli.

3 de febrero: El Dr. Ross me examina y me hace análisis de sangre. He ganado un kilo. El recuento de glóbulos blancos ha bajado ligeramente. He notado que mis ganglios han disminuido en todas las áreas. He disminuido mi vitamina C a un gramo, mi vitamina B-6 a 100 miligramos por día. Durante el mes de febrero, he notado que mis ganglios han bajado aproximadamente un 50%. Me siento bien de salud y ya no estoy cansado.

2 de marzo`87: El Dr. Ross me examina y me hace un análisis de sangre. El recuento de glóbulos blancos y rojos es normal. El Dr. Ross dijo que debían haber cometido un error y ordenó que me hicieran otro análisis de sangre. Mismo resultado. Los ganglios bajo la axila izquierda ya no están. Los ganglios de la axila derecha han disminuido en un 95%. Los ganglios de mis dos ingles han disminuido de tamaño en un 95% aproximadamente. Sólo me queda un nódulo en el cuello, que también ha disminuido en un 95%. Me siento muy bien. Sigo con mis vitaminas y dos onzas de Essiac y dos onzas de agua tibia.

Las declaraciones de Nimchick están verificadas por los registros oficiales del hospital que figuran en el expediente del Dr. Brusch. A continuación, el Dr. Brusch leyó una carta que había recibido de Nimchick, fechada el 30 de mayo de 1987:

Sólo quería enviarles una breve nota para decirles que me siento muy bien. Sigo con mis vitaminas, mi programa de alimentación y dos onzas de Essiac al día. Cuando miro hacia atrás al pasado otoño de 1986, recuerdo lo cansado y débil que solía sentirme. Pero hoy soy fuerte, estoy lleno de energía y he vuelto a ser el mismo de antes de tener linfoma.

Adjunto una foto tomada el pasado mes de diciembre, en la que se ven bultos debajo de la barbilla. Es la única foto mía. También he adjuntado el último informe de mi análisis de sangre del 27 de abril. Mi próximo análisis es el 22 de junio de 1987, que le enviaré una vez terminado.

Para terminar, Dr. Brusch, su programa con Essiac me ha devuelto la salud al 100%, sin más ganglios linfáticos y con una vida normal de nuevo. Espero hablar con usted pronto después de mi próximo informe.

Atentamente, Ross Nimchick.

Con casos como éste en sus archivos tras casi 30 años de experiencia personal con Essiac, el Dr. Brusch se siente frustrado y descontento por la falta de atención que ha recibido por parte de las autoridades médicas. Pero no piensa renunciar a alabar públicamente el Essiac.

¿Por qué? Porque está convencido de que Essiac tiene demasiado valor para la humanidad como para permitir que desaparezca. "No digo que lo cure todo", me dijo el Dr. Brusch. "Pero es lo único que conozco hasta ahora que puede hacer el trabajo tan bien como esto. Por eso me siento tan bien con este material. Lo sé: funciona".

Al día siguiente de mi reunión con el Dr. Brusch, me fui a visitar de nuevo Bracebridge. Mary quería presentarme a algunas de las personas del pueblo que habían conocido a René y tenían sus propias experiencias personales con Essiac. Siempre estaré agradecido por lo que esas buenas y generosas personas de Bracebridge compartieron conmigo en aquel viaje.

CAPÍTULO XII

En la transcripción de las audiencias de la Comisión Real del Cáncer de 1939 figura el testimonio de una mujer llamada Eliza Veitch. Prestó juramento hace casi 50 años y contó su propia historia bajo el interrogatorio de médicos y abogados.

Había sido operada en 1935 de cáncer de vejiga. "Así que me fui a casa y pasaron los meses y empecé a empeorar gradualmente bajando a los pies. No podía mantenerme en pie. Ahí era donde me dolía. Cuando me ponía de pie tenía un dolor terrible".

Fue a que la examinaran. El médico le dijo que una mancha había vuelto a crecer. "Así que no sabía qué hacer. Pensé que no tenía sentido volver atrás. Estaba decidida. Iba a morir con ello. No tiene sentido volver y que me torturen de nuevo".

Empeoró. Perdió peso. No podía dormir. Cuando finalmente perdió toda esperanza, fue a ver a la enfermera Caisse. Eso fue en mayo de 1938. "Empecé a ver a los vecinos de alrededor. Mi vecino de al lado se estaba curando, y uno por aquí y otro por allá, y yo hablaba con ellos. La gente venía a verme y me lo contaba, y éste y aquél me lo contaban, y yo pensaba: `Bueno, hay algo en ello. Voy a entrar: No tenía fe al principio".

Durante ocho tratamientos no notó ningún cambio. Entonces tuvo una reacción adversa. "Pensé que estaba acabada, pero ése fue el punto de inflexión. Entonces empecé a mejorar y mejoré rápido".

Cuando testificó, Eliza Veitch dijo que estaba en su peso normal de 143 libras. "No digo que esté curada todavía, pero puedo decirles en porcentaje que hoy estoy un 75% mejor. Tengo cabañas en Three Mile Lake, y cuido de mis cabañas y de mis huéspedes, y el año pasado apenas podía caminar hasta el lugar."

Terminó: "Le debo mi vida a la Srta. Caisse. Hace meses que estaría muerta y en la tumba".

Meses antes de mi viaje a Bracebridge en octubre de 1987, había leído los cientos de páginas de la transcripción de aquellas audiencias. Había leído el testimonio de Eliza Veitch y me había conmovido. Pero la mayoría de los nombres de los testigos de René hacía tiempo que se habían desvanecido en el fondo de mi mente. Eran voces del pasado, personas que probablemente ya estaban muertas, y sus historias -salvo los pasajes de esta oscura transcripción- enterradas con ellas.

En mi segundo día en la ciudad, fui al ayuntamiento de Bracebridge para pedir una entrevista con el secretario municipal, un hombre, según me dijo Mary, que se interesaba por la historia de Bracebridge y sabía algo de la historia de René. Mary creía que él había acumulado algunos de los documentos de la época de René. Cuando lo mencionó, me pareció oír que se llamaba Ken Beech.

Pero conociendo el escepticismo -incluso el nerviosismo y la paranoia- de los lugareños que estaban familiarizados con René Caisse, y adivinando que un funcionario público esquivaría la polémica sobre ella, especialmente con un desconocido que acaba de presentarse en su despacho sin presentación previa, estaba preparado para que me rechazaran.

El Ayuntamiento de Bracebridge es un gran edificio de dos plantas situado justo al final de la calle de la antigua clínica de René. Por dentro está limpio y cuidado, con una gran zona abierta donde una docena de hombres y mujeres llevan los papeles de los impuestos y gestionan los asuntos de la ciudad.

Hice una corta cola hasta que llegó mi turno. La mujer que estaba detrás del mostrador pareció sorprenderse al oír que yo era de Los Ángeles, no tenía cita y quería hablar con Ken sobre alguien llamado René Caisse. Pero me dijo que esperara un momento, se dirigió a la parte trasera del edificio y entró en un despacho con la puerta cerrada.

Creo que me sorprendió tanto como a ella la respuesta, y le dije que la vería entonces.

Cuando volví a las dos, Ken salió inmediatamente a saludarme. Tenía unos 40 años, era un hombre apuesto con un traje bien confeccionado, alguien que parecía estar igual de cómodo haciendo el mismo trabajo en una ciudad mucho más grande. Me impresionó y me alegró que pareciera feliz de verme. Pero me sorprendió. Su reacción no encajaba con mi imagen de cómo reaccionaría un funcionario de una ciudad ante un forastero que preguntaba por René Caisse. Me acompañó al despacho y nos sentamos en una gran mesa de conferencias situada frente a un escritorio.

Ken no mostró ninguna de las reservas que yo esperaba encontrar. Todo lo que tuve que decirle fue que estaba escribiendo un libro sobre René Caisse y que creía en su obra, y fue todo sonrisas y entusiasmo. Se abrió al instante. Me dijo que ya había ido a comer a su casa y me había traído algunos documentos antiguos -relatos de los periódicos, la ordenanza municipal que le concedía el uso del hotel para su clínica, etc.- y que le apasionaba que se supiera la verdad sobre René Caisse.

"Trató a mucha gente", dijo. "No puedo decirte quién se curó o quién no, pero mi familia tenía fe en ella. No sé qué tenía, pero tenía algo que hacía que la gente se sintiera mejor. Tenía algo que evitaba mucho sufrimiento. Hoy hay gente que lo utiliza".

Ken me contó una historia reciente en la ciudad que había visto con sus propios ojos:

> *Un conocido mío tenía cáncer y estaba en su lecho de muerte, y lo sé porque lo vi. Era piel y huesos y tenía cáncer terminal y estaba a punto de morir. Empezó a tomar Essiac y, no te engaño, lo vi unas semanas más tarde y estaba*

conduciendo su coche. Aún así murió. Estaba demasiado ido. Pero cuando lo vi conduciendo su coche, no tenía mal aspecto. Parecía tener la cara llena. No podía creerlo. No podía creerlo. Pero se sentía bien. Me lo dijo su hija. Me dijo que se sentía muy bien.

Ken cuenta que, cuando crecía en Bracebridge, escuchaba historias sobre René Caisse. Entonces no prestaba mucha atención. Pero lo que oyó le convenció de que el tratamiento de René Caisse era real. "Tenía algo", afirma. "Hay gente muy testigo de ello. Les aliviaba el sufrimiento y, por Dios, ¿qué tiene eso de malo? Si conoces a mi tío, te contará todo eso, que vio a gente entrar en su clínica en estado desesperado, con las mandíbulas al aire, cosas horribles, espantosas. Unos meses después, salían felices y sanos. Podría seguir durante horas".

Toda la historia, admitió, le había dejado "un odio hacia un sistema que causa esto. Pero no sé qué hacer al respecto. Es bastante desesperante. Me deja perplejo".

Cuando llevábamos media hora hablando, mencioné por casualidad las audiencias de la Comisión del Cáncer de 1939. "Creo que las he leído", dijo Ken. "No puedo decir que haya leído cada palabra, pero sé que todo tuvo lugar. Mi abuela era una de ellas, Eliza Veitch. Tenía cáncer de útero. Tenía 89 años cuando murió en 1966 ó 1967".

Sentí escalofríos. De pronto comprendí por qué aquel funcionario municipal se mostraba tan amable con un desconocido que le hacía preguntas sobre René Caisse. Era el nieto de la mujer cuyas palabras había leído y me habían conmovido. Sentí una conexión personal con Eliza Veitch que no había sentido antes.

Le dije a Ken que había leído el testimonio de su abuela y que no esperaba conocer a alguien de su familia. "Mi padre y mi tío pueden contarte de primera mano todo lo que pasó", me dijo. "Te digo que me encantaría que los conocieras. Puedes poner en palabras lo que ellos sólo a su modesta manera pueden intentar contarte. No son personas especialmente cultas, pero su sinceridad te dejará boquiabierto".

¿Qué recordaba Ken personalmente de lo que dijo su abuela sobre René Caisse?

Bueno, René era como un culto al héroe para mi abuela, porque ella sabía que estaba curada. Todavía recuerdo algunas de las cosas que me contó. En todos los casos, decía que después de tomarla durante un cierto tiempo, se ponía enferma, tenía una especie de ataque de debilidad, y mi abuela me contó que se desmayó en uno de nuestros parques de aquí.

Mi padre o mi tío estaban con ella y la llevaron directamente a la clínica. Fue después de uno de sus tratamientos, y René Caisse le dijo que era una buena señal. Era un indicio de que algo estaba funcionando, de que el tratamiento estaba surtiendo efecto, y a partir de ese momento empezó a revivir.

¿Qué más le contó su abuela sobre René?

Bueno, había frustración, un poco de desconfianza hacia los médicos porque luchaban mucho contra ella. Uno de los médicos que se opuso a ella con tanta

vehemencia en aquellos años 30 murió de cáncer, y se cuenta -yo no estaba allí para oírlo, pero mi abuela me lo contó- que le suplicó a René que le tratara de cáncer y ella no quiso.

No sé si es verdad o no -se rió-. Ésa es la historia. Pero René siempre fue muy amable, muy simpática. Recibía muchísimas visitas. La gente viajaba de todo el país para rogarle que tratara a su marido o a su mujer. Supongo que gran parte del tratamiento contra el cáncer es la esperanza que siente la gente cuando se cura. Psicológicamente, creo que eso es un factor. Pero tampoco me cabe duda de que estas hierbas purifican de algún modo la sangre. Así que si no es una cura para el cáncer, entonces ¿por qué no es un tónico, un tónico a base de hierbas, disponible por $ 1.00 para todos en el país?

Creo que quizá uno de los problemas era que se le llamaba droga. No creo que sea una droga. Es un tónico. Todos los días se compran vitaminas en las tiendas naturistas y farmacias de todo el mundo. ¿Qué hay de malo en que se use como tónico? Quizá ese sea el enfoque.

Es confuso, como mínimo, cómo suceden estas cosas. No sé cuál es el proceso por el que la gente puede tener algunas cosas en las estanterías: toma, coge esto. Es un rompecabezas. Pero una receta a base de hierbas, ¿qué tan mal puede estar? ¿Qué daño puede causar? ¿Por qué una asociación que quiere que se demuestre primero que es una cura debería impedir ese tipo de alivio a personas que mueren cada año de cáncer? ¿Qué hay de malo en hacer que se sientan mejor? No lo entiendo.

Mi abuela me dijo, y yo lo creo, que René Caisse nunca habría tenido problemas para salvar la vida de la gente, para salvar su sufrimiento, si los médicos locales la hubieran dejado en paz. Y tengo que creerlo. Mi abuela era una mujer temerosa de Dios. Los médicos acosaban a René por sus asuntos y eran ellos los que le echaban en cara que tratara a la gente y ella no era médico. Dios no lo quiera. Supongo que René les estaba quitando algunos clientes. Si hubieran mantenido la boca cerrada..., fue horrible.

Llevábamos casi una hora hablando. Me preocupaba estar quitándole demasiado tiempo a Ken de su agenda vespertina. Cuando le sugerí que tal vez debería dejarle marchar, me dijo que de ninguna manera. Cualquiera que viniera a Bracebridge desde Los Ángeles para conocer a René Caisse podía dedicarle todo el tiempo que necesitara.

Me dijo que tenía una cinta de vídeo de un programa de televisión canadiense que quería que viera -el que se emitió después de que apareciera el artículo de Homemaker- y que quería que conociera al alcalde Lang. Me dijo:

El alcalde conocía a René y también cree que ella tenía algo. Sabe que ayudaba a aliviar el sufrimiento de la gente y les hacía sentir bien, y te contará su propia historia porque era amigo personal de René, aunque tiene mi edad.

Ken me llevó a una sala de conferencias con televisión y fue a buscar la cinta. Unos minutos después de volver, entró el alcalde.

Jim Lang es un hombre alto y larguirucho con aspecto de hombre de campo. Vestía de manera informal y llevaba botas de vaquero. Me saludó amistosamente, se alegró de que alguien investigara la historia de René Caisse y fue al grano tan rápido como Ken: "Un tipo que era vecino mío murió hace un par de años, supongo que tenía 77 años. Pero su madre tenía una pensión aquí en la ciudad. No se casó hasta los 50, así que vivía en casa en la época en que René tenía su clínica. Me hablaba de docenas y docenas de personas que venían y se quedaban en la pensión de su madre mientras recibían tratamiento. Eran de todas partes, de Timmons y Sault. Ste. Marie y de los Estados Unidos, de todas partes, y se quedaban allí dos, tres o cuatro meses, dependiendo de la duración de los tratamientos.

> *Me hablaba de algunos de ellos. Cuando llegaban allí por primera vez, uno se preguntaba cómo podían siquiera desplazarse, estaban en tan terrible estado ya sea con tumores expuestos en la cara o porque estaban tan delgados y débiles, y él decía que cuando salían de la casa de su madre estaban curados, eran como personas nuevas, uno no los reconocería como las mismas personas, cuando llegaban y cuando se iban.*

El alcalde había organizado la fiesta del 90 cumpleaños de René, unos meses antes de su muerte. Acudieron más de 600 personas de todo Canadá, y algunas de Estados Unidos. "Mucha gente", dice el alcalde, "quería decir algo voluntariamente porque había sido tratada por ella de un cáncer". Todo eso duró horas. Si hubiera estado aquí y hubiera escuchado algunos de los homenajes de sus antiguos pacientes, se le saltarían las lágrimas".

> *Sabes, a menudo me pregunto si los tratamientos que han realizado los médicos investigadores cuando prueban el material se hicieron de la misma manera que lo hizo René. Esa es la otra cosa que nadie sabe, porque ella ciertamente tuvo resultados. Curó a personas a las que los médicos habían dado totalmente por perdidas. Dijeron: Vas a morir y no hay nada que podamos hacer al respecto. Y acudieron a René y 20 años después seguían caminando. Lo sé porque conocí a René probablemente durante 25 años.*

De joven, Jim Lang había ayudado a René haciendo chapuzas en su casa.

> *Recuerdo haber trabajado en su casa en los años cincuenta y sesenta. Me ocupaba de todas las cosas de René. Entonces la gente venía a su casa para recibir tratamiento. Su carga de pacientes era baja porque tenía que tener cuidado con lo que hacía, pero había gente que conocía y, por alguna razón, cuidaba de ellos. Venían a su casa.*

Le dije que lo peor que había oído decir de René era que era testaruda. El alcalde se rió.

> *Yo no la habría calificado de testaruda. Sin duda, era obstinada, pero yo diría que más decidida que testaruda. Era muy decidida. Si tenías una discusión con*

> *René, te dabas cuenta de que estabas argumentando antes de terminar, y la mayoría de las veces estabas convencido de que ella tenía razón. No, no diría que era testaruda. Era una persona muy amable, muy compasiva y muy dedicada. Realmente creía en lo que hacía, realmente lo creía. Creo que si se supiera la verdad, probablemente habría un buen número de tratamientos por los que nunca cobró.*

Tras unos minutos más, el alcalde dijo que tenía que irse. Ofreció toda la ayuda que pudiera dar, y dijo: "Lo estúpido es que no tenemos nada que perder (por intentarlo) y todo que ganar. ¿Pero cómo conseguimos que nos escuche la gente adecuada? Es una pena que cada año que pasa la historia de René quede más y más enterrada. Pronto no quedará ninguno de estos viejos para contarla".

Ken dijo que se iba a asegurar de que yo tuviera la oportunidad de oírlo de boca de su tío Elmer, el hijo de Eliza Veitch. Ken quería asegurarse de que yo oyera hablar de Essiac a tres generaciones de la misma familia. "Mi tío tuvo la experiencia personal de ir a la clínica de René Caisse durante meses mientras llevaba a mi abuela a tratamiento. Oír su historia con las imágenes que vio y la gente que vio llegar y salir andando y feliz meses después es absolutamente fenomenal. No te va a engañar. No son personas que te mientan. Te van a decir la verdad. Mi tío tiene muy buena memoria. Es un gran memorizador de poemas y cosas así".

Al día siguiente, a las 10 de la mañana, aparqué en una calle cercana al ayuntamiento y, cuando estaba apagando el motor, vi a un anciano que subía con dificultad los escalones de la entrada. Llevaba un bastón y le costaba subir la corta escalinata hasta la puerta principal. Tenía una pierna completamente doblada, como si sufriera artritis severa. Estaba ligeramente encorvado. Llevaba ropa de trabajo vieja. Más tarde supe que tenía 75 años.

Una mujer canosa de aspecto agradable, vestida como si fuera a la iglesia, le tenía cogido por un brazo y le estaba ayudando. Pensé: Apuesto a que son Elmer, el tío de Ken, y su tía Edra, y me conmovió que alguien que conoció a René hace tantos años se tomara el tiempo y la molestia de venir a la ciudad y subir esas escaleras para hablar de ella con un desconocido.

Esperé a que pasaran por la puerta principal y tuvieran tiempo de acomodarse, y entonces entré en el edificio. La señora de recepción me dijo que pasara directamente. Una vez en la oficina, resultó que tenía razón. El anciano que subía con dificultad las escaleras era Elmer, el tío de Ken.

Pero de cerca y cómodamente sentado, Elmer tenía otro aspecto, no era en absoluto un anciano vulnerable y tullido. Tenía brazos gruesos y musculosos, manos fuertes y un agarre poderoso. Cuando me saludó con una gran sonrisa, sentí la calidez de su personalidad. Sus ojos brillaban y era apuesto al estilo escarpado de aquellos viejos rancheros y leñadores. Era totalmente despierto, con un ingenio rápido y una voz retumbante y una risa fuerte y sincera que salía de lo más profundo de su ser.

Su esposa Edra era una presencia formidable por derecho propio, obviamente una mujer de radiante buena salud. De hecho, se me pasó por la cabeza que, aunque rondaba los 60 años, parecía una de esas personas que no ha estado enferma ni un solo día en su vida.

Tras unos minutos de conocernos, encendí mi grabadora y le pedí a Elmer que me hablara de su madre, Eliza Veitch, y de René Caisse. Con esa voz fuerte y profunda, y de vez en cuando golpeando la mesa para dar énfasis, Elmer habló sin interrupciones ni preguntas durante varios minutos. Como todos los que conocí en el norte de Canadá, tiene la entrañable costumbre de puntuar de vez en cuando sus frases con un "¿eh?". Se pronuncia como una "A" larga con un signo de interrogación. Antes de salir de la ciudad, me oí a mí mismo empezar a hacerlo también. Es pegadizo. Lo que sigue en las páginas siguientes es una transcripción literal de la apasionada intervención inicial de Elmer. Este hombre puede hablar por sí mismo:

Elmer Veitch:

> *De esto hace ya 50 años, y a mi madre le habían diagnosticado un cáncer. Así que acudió a la clínica de la Srta. Caisse. Por supuesto, en aquella época era muy famosa. Así que la Srta. Caisse deseaba que vinieras todas las semanas a recibir tratamiento. En esa época, ella administraba el tratamiento con una aguja hipodérmica.*
>
> *Como resultado, me llevé a mi madre y empezamos estos tratamientos cada semana. Yo tenía un viejo Ford modelo A y era muy joven en aquella época. Pero nunca me arrepentiré y tampoco lo olvidaré, porque algunas de las escenas que vi aquí en esta parte..., horrible. La gente era de toda Norteamérica. Mucha gente de su país vino aquí.*
>
> *Mi madre tenía la declaración de que tenía cáncer, de lo contrario no permitirían que la Srta. Caisse la tratara. Así que cada semana la traía y la señorita Caisse le decía: "Ahora tarde o temprano, y probablemente temprano, tendrás una reacción con estas cosas".*
>
> *No sucedió durante un par de semanas, pero luego sucedió aquí en la clínica. Tuvo una especie de fiebre y escalofríos, pero no duró mucho, no lo suficiente como para preocuparse demasiado. La llevé a casa. Estaba bien.*
>
> *Así que los tratamientos duraron unos seis meses, creo recordar. Siguió tomando estos tratamientos y sintiéndose mejor todo el tiempo. Así que al final de los seis meses, la señorita Caisse pensó que había tenido suficiente, lo que probablemente fue correcto.*
>
> *Ahora mi madre vivió hasta los 83. Eso es 30 años después de que esto sucediera, ¿eh? Madre vivió hasta los 83 y murió de muerte natural, tan natural como cualquiera lo haría, y el cáncer evidentemente fue bien bloqueado, nunca llegó a ninguna parte.*

Pero su servidor venía todas las semanas a esta clínica. Tenías que esperar un par de horas para que te tocara. Era un edificio grande y habían quitado toda la planta baja y habían puesto asientos alrededor de la gran sala, y cada vez que entraba allí, era sábado, estaban todos sentados. Cielos, pensabas que habían estado allí toda la semana.

Así que, como no tenía nada mejor que hacer, fui por ahí y hablé con esa gente. Eran gente muy agradable y algunos tenían media cara, se les veían los dientes. A algunos se les veían las costillas. Esas imágenes me persiguieron durante mucho tiempo, y hablé con esa gente. Hablaron conmigo, muchos de ellos.

El dolor que sentían era horrible. Habían sufrido, y yo podía verlo, ya sabes, pero dijeron que desde que tomamos el tratamiento de la señorita Caisse, gracias a ella y al Señor, no tenemos dolor. Ningún dolor después de sufrir durante meses con dolores desesperantes. Ella detuvo el dolor.

Ahora, no sé, no sé si te importa, ella no podía poner de nuevo la carne que se había ido de sus costillas o mandíbulas que se han ido de su cara, y algunos de ellos, -oh Dios-, fue horrible, te diré. Todavía lo recuerdo. Solía atormentarme durante bastante tiempo.

Pero eso me impresionaba mucho cuando me contaban lo que estaban sufriendo, y ahora no tenían dolor. "Oh, la señorita Caisse es un ángel", decían. Supongo que ella les parecía eso.

No sé muchos de los casos terminales, probablemente... muchos de ellos mejoraron. Ahora no podría decirte sus nombres. Nunca supe sus nombres. Pero hablaba con ellos cada semana e invariablemente todos me contaban la misma historia: No tenemos más dolor. Y eran muy enfáticos al respecto. Tú también puedes entenderlo. Mi madre, oh, era una gran amiga de la Srta. Caisse.

Por esa época teníamos un vecino al otro lado del lago. Se llamaba Wilson Hammell. Era uno de los veteranos de este país, uno de los viejos pioneros, por así decirlo, y luego hacia Bracebridge, un poco más allá, había otro tipo, Burt Rossen. Nació y creció en Muskoka, así que conocí a estos tipos toda mi vida, a los dos, ¿eh?

Los dos tenían problemas y fueron a Toronto, a los grandes hospitales, y los dos tenían cáncer de recto. Se quedaron allí un tiempo y los que mandaban les dijeron que mejor se volvieran a casa. A los dos les pasó lo mismo. Sólo van a vivir un mes, es imposible que vivan más de un mes.

Ahora esos tipos eran mayores, eran adultos, tal vez de 50 años o por ahí. Los médicos los mandaron a casa, vayan a sus casas, muchachos, sólo van a vivir un mes, es imposible que vivan más por lo que tienen, ¿eh?

Recuerdo todo esto muy vívidamente. Cada uno llegó a casa con el hecho de que sólo podrían vivir un mes. Así que, ya sabes, un hombre que se ahoga se agarra

a una paja, y entonces la Srta. Caisse los estaba tratando, muchacho. Fueron a por ella así, ¿eh?

Empezaron con estas agujas en el brazo, ¿eh? Con el Essiac. No recuerdo cuánto tiempo tomaron el tratamiento, pero fue durante bastante tiempo, tal vez seis meses, ¿eh? O algo así.

Te diré lo que pasó. Ahora esto era de conocimiento común en todas partes. Ellos pasaron ese gran cáncer que estaba en el recto, ambos de ellos, se fue, y esos hombres vivieron por 35 años después de eso, ambos de ellos, y murieron una muerte natural como hombres viejos. Esto lo pongo sobre una pila de Biblias, y no soy dado a mentir, odio a cualquiera que lo haga, pero eso es realmente lo que sucedió.

Ahora, bueno, todo el mundo por aquí estaba completamente vendido en este acuerdo, ¿eh? Así que ella trató de conseguir que la profesión médica la reconociera, y tengo que decirte que había un par de médicos en esta ciudad, están muertos y se fueron hace mucho tiempo, pero la habrían matado si hubieran podido. Decían que era una charlatana, y uno de ellos dijo: "Yo no tomaría esas cosas, antes moriría... y murió, de cáncer".

Este era el sentimiento general de la profesión médica en todo el país, no sé por qué. No puedo imaginar por qué alguien que pudiera ayudar a alguien, Dios, no sé por qué los golpeó, ¿eh? Había gente de su país, de todos los estados. Ellos vinieron a esta clínica, y te diré, fui testigo de algunos de ellos.

Estaban allí todos los días. Yo sólo iba los sábados, pero cuando me contaban sus sufrimientos y el hecho de que, una vez iniciado el tratamiento, su dolor desaparecía, ¿les culpas por alzarse sobre sus traseros y gritando por ello? Yo no lo hice.

Mi madre murió, como digo, de muerte natural, vivió 30 años después de eso. Murió como una anciana en el hospital aquí en Bracebridge.

Ése fue el final del relato ininterrumpido de Elmer. Cuando terminó con lo que tenía que decir, le pregunté si su madre se había sometido a cirugía o a otro tratamiento aparte del Essiac. "No", respondió. "No quiso operarse".

Luego la conversación divagó durante unos minutos. Edra no había dicho una palabra desde que encendí la grabadora. Finalmente, de la nada, dijo: "Yo también tuve cáncer."

"¿En serio?" solté. Estoy seguro de que se me notó la sorpresa en la cara.

"Hace tres años", dijo. Y Edra, la viva imagen de la salud, contó su propia historia. Había ido al hospital de Perry Sound para una simple histerectomía. Pero le encontraron un tumor maligno en el ovario izquierdo.

Me quitaron el útero, me lo quitaron todo, me lo enviaron y descubrieron que era bastante agresivo, ése fue el término que utilizaron. Me dijeron que tendría

que seguir un tratamiento. Dije, ¿qué implica esto? El cirujano dijo que radiación, y yo dije, oh, Señor. Sentí como si todo mi mundo se hubiera venido abajo.

Cuando dijo lo de la radiación, pensé: bueno, Señor, esto es el fin, o el principio del fin, y creo que será mejor que lo asuma. Tenía mucha experiencia con el resto de mi familia, por parte de mi madre. Ella tenía siete hermanas y cinco de ellas murieron de cáncer.

Cuidé a mi tía, la hermana pequeña de mi madre, durante un año. Tenía cáncer de huesos. Se le rompieron los brazos aquí y las piernas entre las caderas. Era como una muñeca de trapo, y no quedaba de ella más que una madeja de pelo y estos huesos rotos. No pesaba 35 libras cuando murió, y sólo tenía 32 años. Empezó con un pequeño bulto en el pecho izquierdo, no más grande que un cacahuete, pero estaba en el esternón, y había sufrido una cojera de cadera.

Ella tenía una niña de menos de dos años y, después de tenerla, apenas pudo andar durante mucho, mucho tiempo, y entonces se dio cuenta de que tenía un bultito en el pecho, así que fue a que le hicieran una mastectomía total, la limpiaron hasta la caja torácica. Fue horrible, con todos los ganglios bajo el brazo y todo eso, y luego volvió a la cadera, que es donde apareció primero, y las costillas se le soltaron de la columna, estaban cruzadas. Nunca en mi vida había visto algo tan patético y desgarrador, y nunca la olvidaré.

En aquella época, no tenían nada para tratarla. Vino a Miss Caisse, pero estaba tan enferma que no podía soportar el viaje en coche. Así que tuvo que dejarlo. Estaba demasiado mal. Si la hubieran atendido cuando encontraron este pequeño bulto, si la señorita Caisse la hubiera atendido entonces, tal vez seguiría viviendo hoy.

"Fue una muerte horrible. Yo fui testigo", dijo Elmer.

Mi madre tenía cáncer en ambos ovarios. Tenía un tumor de cuatro libras en uno y cinco o seis libras en el otro, y se hinchaba como una mujer en las últimas etapas del embarazo Eso fue en 1948. Pero en aquella época, el tratamiento de la enfermera Caisse no estaba disponible.

"No podrías conseguirlo", dijo Elmer. "Imposible. Prohibieron todas las obras".

"No pudimos conseguirlo para mamá", dijo Edra. "Ya no estaba disponible".

"La Srta. Caisse estaba bajo pena de prisión. Tuvo que dejarlo", dijo Elmer.

Le pregunté a Edra cómo se sentía al respecto en 1948.

Oh, estaba muy amargada por eso. Estaba muy enfadada con los médicos de esta ciudad, en particular, por haberla vetado. Realmente le hicieron un bloqueo. No estoy tan familiarizada con ello como mi marido y mi suegra, pero mi suegra era lo más parecido a una santa.

Elmer se animó. "¡Por eso soy tan bueno!"

Todos nos reímos. Le pregunté a Edra cómo se había sentido después de la radioterapia.

> *¡Oh, enferma!, -dijo-. Náuseas, diarrea, temblores. Me sentaba y se me revolvía el estómago; se le veía saltar. No sólo temblaba por dentro. Podías verlo saltar con los nervios, ya sabes ¡Oh, quema, oh! No te preparan, ya sabes, para lo que es esa radiación.*
>
> *Tenía una cada mañana a las 9:30. Estaba tan enferma que apenas podía llegar al hospital. Ese era el pavor que tenía. Después de unos 17 ó 18 tratamientos, ni siquiera podía ir al comedor por el olor de la comida. Era como alguien en las primeras fases del embarazo. No podía soportar el olor del comedor.*

Le pregunté qué la hacía seguir adelante.

> *Sabía que me quedaban 30 tratamientos y pensé, bueno, es uno menos. Mañana tendré otro y será uno menos, y me lo tomé día a día. Era la única esperanza que tenía en ese momento. Las últimas tres semanas, estaba demasiado enferma para conducir las 125 millas de ida y vuelta a casa. Estaba demasiado enferma para volver a casa.*
>
> *"Mientras tanto, tiene esto en marcha para conseguirme el Essiac. Esto es lo que estaba deseando. Pensé que si conseguía eso, mejoraría.*

Le pregunté a Elmer cómo había conseguido el Essiac. Me explicó cómo consiguió que un médico le proporcionara un certificado, cómo consiguió que alguien lo autorizara en la oficina de Ottowa y cómo consiguió que Resperin Corporation le enviara el Essiac. Un montón de papeleo y trámites burocráticos.

"Entonces te lo envía la Corporación Resperin, ¿eh?", dijo. "Durante unos seis meses no nos cobraron ni un céntimo. La señorita Caisse dejó un legado para la gente, y no sé cuántos fondos, pero lo recibimos durante seis meses y nunca nos costó un céntimo. ¿Ahora cuánto pagamos por tres o cuatro botellas?: 40 dólares. Eso es 10 $ por botella. No se puede valorar el Essiac con dinero".

Pero el primer paso del proceso fue documentar por escrito que Edra tenía cáncer. "No puedo decir de qué tipo era", dice. Algún término médico que no recuerda. "Pero era carcinoma".

Habían pasado semanas desde que Elmer escribió a los funcionarios de sanidad de Ottowa pidiendo autorización para conseguir el Essiac. No pasó nada. Así que se puso en contacto con su diputado. "Elmer les puso los pelos de punta", se rió Edra. "Te diré que fue directo a por ellos". Y, según ella, la secretaria del diputado se puso en contacto con el Dr. Sproul, Ministro de Sanidad, y en poco tiempo recibieron su Essiac.

Edra llevaba un mes en casa tras salir del hospital. Estaba totalmente destrozada. "Me pasaba la noche en vela, tenía los nervios a flor de piel", cuenta. "Era así". Agitaba las manos, imitando a alguien intensamente nervioso. "No podía dormir. Era espantoso,

me levantaba y lloraba por cualquier cosa. Mis nervios estaban a punto de estallar. No había tomado Essiac en 10 días hasta que empecé a recuperarme".

Fue tajante al respecto. "Me dolían mucho los intestinos, la vejiga, todo. Estaba muy quemada por la radiación. Pero no había tomado Essiac 10 días cuando me levanté una mañana y dije: 'Dios mío, tengo hambre para desayunar'. Elmer me miró, porque hacía mucho tiempo que no decía que tenía hambre. Pero tenía mucha hambre para desayunar. Empecé a comer de nuevo y se me quitaron las náuseas y la diarrea y mi bienestar general -mi perspectiva de la vida- pareció mejorar. Parecía sentirme mejor cada día. Desde entonces, nunca he dejado de comer. Nunca he tenido el estómago enfermo. Eso sí, tenía los nervios de punta. Supongo -aquí el pobre padre- que fue bastante difícil vivir conmigo durante un tiempo".

Miró a Elmer y se echó a reír. "Fue entonces cuando empecé a beber", dijo Elmer. "Te diré", dijo Edra, "lo he estado tomando durante dos años y medio, y la verdad es que no creo que estaría aquí hoy si no fuera por Essiac. Me siento segura. Creo que Essiac es mi seguro. Así es como yo lo veo. Es mi seguro. Yo hago todo mi trabajo. Ayudo a papá siempre que puedo".

"Papá tampoco hace gran cosa", rió Elmer.

> *Y estoy muy involucrada en mi trabajo en la iglesia* -continúa Edra-*. Me mantengo ocupada. Para una anciana de 67 años, creo que me va bastante bien. Creo que soy muy, muy afortunada, ya sabes. Mi propio médico me ha hecho análisis de sangre, de médula ósea, hígado, radiografías de tórax, muestra de vejiga, lo que sea lo ha tomado: todo es normal. Así que alabado sea Dios, tengo mucho que agradecer.*
>
> *Creo que fue sobre el 6 de septiembre cuando me hice un chequeo. El médico dice: sabes, eres increíble. Le dije: no, no lo soy. Él dijo: Edra, realmente lo creo. Estoy empezando a tener fe en esta medicación. Tú sigue así.*
>
> *Está empezando a ver que me ha hecho algún bien. Verás, son escépticos. Tienen que serlo. Siempre que hay algo nuevo, son escépticos hasta que se demuestra. Bueno, me ve regularmente y está empezando a creer que esto realmente me funciona. La última vez que estuve allí, no pudieron encontrar nada. Me siento bien.*

En ese momento, Edra había terminado de contar su propia historia. Así que le pedí a Elmer que me contara más cosas sobre los años de la clínica de René. ¿Cuál era el ambiente en la clínica?

> *Bueno, era calmado, por lo menos. Estas personas sabían que iban a recibir ayuda. No teniendo nada que hacer y siendo un poco fisgón, me di una vuelta y hablé con algunos de los casos malos, y por Dios, te lo digo, había unas vistas espantosas, por decirlo suavemente, y esa gente me dijo que habían sufrido las torturas del infierno, durante años algunos de ellos, ¿eh? Son palabras casi idénticas a las que me dijeron.*

> *Pero desde que venían aquí, oh, estaban encantados. `Ya no tenemos dolor, ningún dolor', decían. ¡En grandes letras mayúsculas! Entonces, ¿cómo diablos vas a refutar algo así? Testimonio real de personas con sus mandíbulas, sus dientes, a la vista, y algunas de sus costillas a la vista, agujeros comidos en diferentes lugares, sucio cáncer viejo, ¿eh?.*

Pregunté cómo se sentía la gente cuando cerraban la clínica. "Desesperación", dijo Edra al instante.

"Bueno, en aquel momento había muchos resentimientos en el país", dijo Elmer. "Casi todo el mundo con el que hablabas estaba bastante irritado con la asociación médica. Eran tan poderosos que la Srta. Caisse estuvo a punto de ser arrestada".

"Cielos, era un ángel de la misericordia", dijo Edra.

"La gente reaccionó cuando la cerraron", dijo Elmer. "Pero eran más o menos impotentes. No podían luchar contra los poderes que estaban en su contra. Era como darse cabezazos contra la pared. Pero todo el mundo estaba muy enfadado en aquel momento. Aquellas personas que estaban afligidas, estaban bastante mal al pensar que nadie más iba a recibir ayuda, ¿eh?".

Hablamos durante unos minutos de los viejos tiempos en Bracebridge y de algunas de las personas que Elmer había conocido y a las que habían ayudado las inyecciones de René. Luego le pregunté a Edra cómo toma hoy el Essiac.

"Tomo una onza en dos onzas de agua caliente cada noche, preferiblemente con el estómago vacío. Lo tomo con el estómago vacío y pasa por todos los órganos, ya sabes, por sí mismo. No se mezcla con nada más y obtienes todos sus beneficios. No me importa tomarlo. Le he cogido el gusto. Al principio era un poco, yech. Pero no tardé mucho en cogerle el gusto a hierbas. Son todo hierbas, eso es todo".

"Los indios conocían todas las hierbas y su valor", dice Elmer. "Hoy no sabemos nada de la mayoría de ellas".

"Me gustaría que se pusiera a disposición de todo el que lo necesite", dijo Edra. "Que la profesión médica lo acepte y lo dispense a sus pacientes. Si tienen autoridad para prohibirla, también la tienen para autorizarla y comercializarla. Si quieren cobrar a la gente 10 dólares el frasco, si quieren ganar dinero con ello, de acuerdo, pero, por el amor de Dios, ¡dénselo a la gente y denles una oportunidad de vivir! No es sintético. Es una sustancia natural".

"Esos indios sabían algo", dijo Elmer. "Te diré que esas hierbas pueden ayudarte. Sabes que si tomas la raíz de bardana y la corteza de cerezo negro, te curará cualquier erupción cutánea. Es muy poderoso. No te lo creerías".

Nunca había oído hablar de eso, así que le pedí a Elmer que me lo contara. "Sólo tienes que pelar la corteza del cerezo negro, hervirla, moler las raíces de bardana y bebértela", me dijo.

"Seguro que es amargo", dijo Edra.

> *Bueno, son elementos básicos en muchos medicamentos, medicamentos de patente hoy en día. Se utiliza en gran medida en medicamentos para la tos. Pero se combinan los dos -**bardana y corteza de cerezo negro**- y es lo mejor que hay **para cualquier erupción de la piel. Urticaria. Herpes zóster.***

Edra contó la historia de una de sus hijas. Hace dos años estaba desgarrada por un herpes zóster, el dolor era muy fuerte. Lo único que pudo hacer el médico fue recetarle analgésicos. "Bueno, esa pobre niña no podía dormir por el dolor. Así que Elmer dijo: `Bueno, le prepararé algo antes de que vuelvas a casa. Conseguiré corteza de cerezo negro y bardana: efectivamente, lo tomó durante dos o tres días y el dolor desapareció y la pierna se le curó".

"No lo dudes, por Dios", dijo Elmer. "Porque es auténtico".

> Le pregunté a Elmer cómo preparaba su cura casera a base de hierbas contra el herpes zóster. "Es muy, muy sencillo", me dijo.
>
> *Se pela la corteza del cerezo negro, preferible-mente los árboles jóvenes con la corteza más suave y aromática. Algunos de esos árboles crecen tanto que la corteza es dura y resistente, algo así como la de un anciano, como yo. Así que coge los árboles más jóvenes. Se pelan las ramas y se obtiene un montón de virutas. La parte interior es verde, muy verde. Coge unos cinco o seis puñados.*
>
> *Las raíces de sangre de bardana se pueden conseguir en cualquier tienda de alimentos saludables. Son baratísimas, ¿eh? Y pones como un puñado en la olla y lo hierves todo. No dudes en hervirlo mucho. Parece un té muy fuerte cuando está hecho, pero si lo pruebas, está buenísimo. Pero tienes que hervirlo bien para sacar la esencia de la corteza, y luego como ella dice, beber un vaso de vino todos los días.*

"Hay que colarlo bien", dijo Edra.

En ese momento entró el alcalde Lang para saludar a todos. Elmer le llamaba "jovencito" y le hacía bromas sobre esto y aquello, y al cabo de un rato, cuando todo el mundo empezaba a marcharse, les di las gracias a Elmer y a Edra por venir a la ciudad a hablar conmigo. "Lo que te hemos contado es lo mejor que sabemos", dijo Elmer.

"Y todo es verdad. No hay ninguna invención, ninguna en absoluto. He sido testigo de estas personas que fueron curadas, y te diré, significa algo cuando lo presencias tú mismo. Hay una manera segura de vender cualquier cosa. Como dicen, la prueba del pudín es comer la maldita cosa".

CAPÍTULO XIII

Al día siguiente de mi encuentro con Elmer y Edra Veitch, Mary me llevó a visitar a sus amigos, Ted e Iona Hale. Normalmente no hablan de su experiencia con Essiac con gente que no conocen bien. Más tarde supe que ni siquiera se lo habían contado al oncólogo que trató a Iona Hale. Pero con Mary como acompañante habían accedido a contarme su historia.

En una fresca tarde de otoño, Mary y yo salimos de Bracebridge y nos adentramos unos 20 minutos en el campo, a través de la hermosa llanura canadiense y entre pequeñas granjas. A las afueras de un pueblo aún más pequeño que Bracebridge, giramos por una calle tranquila y aparcamos delante de la casa de Ted e Iona, junto a su gran caravana.

Los Hale salieron a recibirnos. Ted era un hombre musculoso de unos 60 años, camionero jubilado, de mandíbula cuadrada y pelo blanco y ralo. Pertenecía a un clan de pioneros, uno de esos tipos que se han pasado la vida ayudando con orgullo a construir las comunidades de los bosques del norte de Canadá. Cuando le visitamos, se estaba recuperando de un derrame cerebral.

Iona había trabajado duro cuidando de él mientras mejoraba poco a poco y volvía a estar en pie. Era una mujer de unos sesenta años, bien parecida, pero aparentaba menos edad de la que tiene.

Pasamos a su sala de estar, una habitación grande y cómoda con una vista espectacular del campo. Ted se sentó en su sillón, Iona se sentó frente a él, luego le hizo un gesto con la cabeza y le pidió que contara la historia a su manera, con sus propias palabras.

Ted conocía a René Caisse y Essiac desde que era joven. Trabajaba en la construcción de una autopista, por un sueldo de un dólar al día, y se alojaba en casa de su hermana. "Había una tal Sra. Graham, a la que le gustaba que vinieras a jugar a las cartas", dijo Ted. "Estaba enferma. El Dr. Bastedo de Bracebridge dijo que tenía cáncer, y que si no la operaban enseguida, moriría en un par de meses. Sólo podía levantarse una hora al día y pasaba la mayor parte de esa hora tumbada en el sofá."

Ted y un amigo suyo llamado Tom le dijeron que debía ir a ver a la enfermera Caisse. Hablaron con ella durante un buen rato tratando de convencerla.

> "Finalmente, dijo: *Bueno, no puedo conducir un coche. No puedo ir allí*. Tom dijo: *No necesitas conducir un coche. Te llevaremos, te ayudaremos a entrar y a volver al coche y te traeremos a casa de nuevo y te ayudaremos a entrar en la*

casa. Y ella dijo: *Está bien, lo intentaré.* Así que la llevamos. Su primer tratamiento fue alrededor del primero de marzo. Estábamos terminando el trabajo en la carretera, hacia finales de marzo, y vi su coche bajar por la carretera. Cuando volvió a entrar, entré corriendo y le dije: *Esta noche vamos a Bracebridge, después de cenar*. Y ella dijo: *No hace falta que me llevéis. Puedo ir sola*. Y así lo hizo. Condujo ella misma, consiguió sus tratamientos por sí misma. Y ese otoño, estaba jugando a la pelota con el resto de nosotros. Corría por las bases y todo eso".

Mary sonrió reconociendo la historia. "Creo que se llamaba Elsie Graham", dijo.

Le pregunté a Ted cuánto tiempo vivió Elsie Graham. "Oh, durante años", dijo.

"Vivió mucho tiempo después de eso", dijo Mary. "No sé cuánto, pero mucho tiempo".

(Unos meses después de esta conversación, estaba hurgando en los archivos de René y me encontré con una carta escrita en 1938 por Elsie Graham. "Me complace enormemente escribir este testimonio a favor de la señorita René Caisse", comenzaba diciendo. Luego contaba que cuatro médicos le habían dicho que tenía cáncer de cuello de útero. "Tenía que estar tumbada la mayor parte del tiempo y no podía trabajar. Apenas podía sentarme en un coche para ir a recibir tratamiento", escribió. Pero tras cuatro o cinco tratamientos de René, "pude conducir mi propio coche". Y añadió: "Me encuentro muy bien. No tengo ningún dolor y, por lo que sé, estoy curada". He hablado con cientos de pacientes de la clínica de Bracebridge que afirman haber sido ayudados por sus tratamientos, y muchos dicen estar curados. Estoy segura de que la señorita Caisse tiene la cura para el cáncer").

Ted sabía de otros de aquellos días cuando René tenía su clínica, dijo, y mencionó algunos nombres: John McNee, Wilson Hammell, Jack Clinton.

Pero muchos años después, en 1977, a Iona le diagnosticaron cáncer de intestino en el hospital Princess Margaret de Toronto. Los médicos le dijeron a Ted que Iona iba a morir, y pronto. "El especialista del Princess Margaret me explicó lo enferma que estaba mi mujer. Le dije: *No tiene que explicarme lo enferma que está mi mujer. Sé lo enferma que está*. Él dijo: *Ella no puede vivir sólo un par de días. Te das cuenta de que no come nada*. Y le dije: *Sí, lo sé.* Dijo: *Se está muriendo de hambre. No le queda nada. No puede comer porque está llena de cáncer desde el fondo del estómago hasta arriba*. Así que le dije: *Bueno, me gustaría saber algo. He oído que están probando este Essiac en un centenar de pacientes aquí en Toronto, para probar y ver lo bien que funciona. ¿Este es el lugar más indicado para tener un centenar de pacientes con cáncer, por lo que están probando en este hospital?*

"Él dijo: *¿Qué quieres decir?* Yo dije: *Essiac. La enfermera Caisse, de Bracebridge, recibió este tratamiento de una señora del norte. Me gustaría saber dónde están probando eso.* Él dijo: *¿Cómo se llama eso?"*

"Dije: *Essiac. El tratamiento de cáncer de la Srta. Caisse, en Bracebridge.* Oh, su cara se puso roja. Nunca había visto a nadie ponerse rojo tan rápido. Se fue por el pasillo

maldiciendo algo horrible. Dijo: *Ese maldito Essiac, ese maldito laetrilo de México, no es más que un fraude, no tiene nada. No es más que curanderismo. No es más que otra de esas charlatanas.* Le pregunté: *¿Qué hacen por los pacientes con cáncer aquí en este lugar?* Me dijo: *Si eres tan condenadamente inteligente, dímelo tú.* Le dije: *Todo lo que hacen aquí es mantener el cáncer en suspensión.* Y se fue y nunca lo volví a ver. Le dieron a Iona cinco tratamientos de radiación y la enviaron a casa a morir. Dijeron que eso era todo lo que podían hacer por ella. No podían hacer nada por ella".

"Sólo me dieron los tratamientos con radio", dijo Iona, "con la esperanza de que me quitara el dolor de esta piedra cancerosa que tenía".

Les pregunté qué pasó después.

"Bueno, he vuelto a casa. Díselo tú", le dijo Iona a Ted.

Ted dijo que la ambulancia llevó a Iona a casa y dos o tres días después su hermana llamó con el número de teléfono de un médico de Bracebridge que podía ayudarles a ponerse en contacto con René Caisse. Ted concertó una cita con el médico.

"Le conté cómo era ella y cómo la habían operado y le habían extirpado un tumor del estómago, que habían descubierto que tenía un tipo de cáncer que se dispersaba rápido, que no viviría mucho".

"Después de estar casi una hora hablando, se echó hacia atrás en la silla y dijo: *Es inútil que le dé Essiac a su mujer. No la ayudará*. Dijo: *Conozco a una chica en el norte de Bracebridge que acaba de morir de cáncer. Essiac no le ayudó en absoluto.* Le dije: *Escuche, no quiero su consejo. Sólo quiero saber dónde puedo encontrar a la señorita Caisse. Me ha tenido aquí sentado casi una hora contándole todo lo de mi mujer, y luego me dice que no funcionará. No le pregunté si funcionaría. Le he preguntado dónde vive la Srta. Caisse. Quiero verla.* Me dijo: *Bueno, yo no creo en eso, pero le llevaré a otro médico de aquí que sí cree. Venga conmigo"*

Así que fueron al pasillo y Ted fue presentado a otro médico. Le dijo que no podía darle Essiac a Iona hasta que la hubiera examinado a fondo. Eran órdenes de la Srta. Caisse. Y ella tenía que tener una descripción escrita de la enfermedad de Iona: tipo de cáncer, cuál era la cirugía, todo lo que se había hecho.

Ted consiguió que su médico escribiera la descripción, hizo que se llevaran a Iona en ambulancia para que la examinaran, y el médico llamó a René Caisse y le dijo que Ted iba a venir con una receta de Essiac.

"Llevé esta receta hasta la puerta de su casa y se la di a la señorita Caisse. Lo leyó todo y me dijo: *¿De qué ha operado a su mujer?* Le dije: *Dijeron que tenía un tumor en el estómago. La operaron y se lo quitaron. Mi mujer no podía comer. Llevaba un mes sin comer*. Ella dijo: *Oh, bueno*".

Y fue y cogió la botella de Essiac. Me dijo: "Escóndelo debajo de la ropa. No quiero que la gente te vea sacándolo de aquí. Todo el mundo me está mirando. Me amenazan con pasar el último día de mi vida en la cárcel si me pillan dándoselo a alguien".

> *Me dijo cómo dárselo a Iona: Una onza de Essiac, medida en un vaso de chupito de una onza, verterla en otro vaso, hervir agua destilada o agua pura de manantial, llevarla a ebullición y verter el agua hirviendo con el Essiac. Dijo que así se enfriaría lo suficiente como para que Iona pudiera beberlo, y que lo bebiera lo último antes de irse a dormir por la noche. Que no coma nada dos horas antes de tomarlo. No le des ni siquiera una taza de café hasta dos horas después de tomarlo.*

"De todas formas, no podía comer nada", dijo Iona.

"Así que al séptimo día, sobre las once, le dije: Iona, no has tomado analgésicos. ¿Te los traigo? Ella dijo: *no, no quiero las pastillas para el dolor. Ya no las necesito. No tengo dolor.* Y le dije: ¿Estás segura? Y ella dijo: *Sí, no me duele nada. No quiero más pastillas para el dolor. Tíralas.* Había estado tomando tantas que el médico se negó a aumentarle la cantidad".

"A la mañana siguiente, -dijo Iona-, te desperté a eso de las cuatro de la mañana y te dije: Tengo tanta hambre." Ambos rieron, disfrutando del recuerdo de aquel maravilloso momento.

"Por la noche -dijo Ted-, pidió un tazón pequeño de copos de maíz. Entonces le conseguí una taza de café y ella lo mantuvo abajo. Antes de eso, todo lo que comía, se le caía encima. Y luego fue al baño sola. Después de eso, sus intestinos siguieron moviéndose libremente".

"Cuando llegué a la báscula, pesaba 75 libras", me dijo Iona. Le pregunté cuánto había pesado inicialmente: "ciento cincuenta".

"Un mes después de que la operaran -cuenta Ted-, se le abrió la incisión y el cálculo canceroso empezó a reblandecerse y a supurar. No paraba de drenar y drenar".

"Durante todo ese día, -cuenta Iona-, no quise hacer otra cosa que caminar. No paraba de caminar. Sentía que quería seguir caminando. Luego me fui a la cama y pensé: humm, esta noche siento el estómago muy raro, muy blando, y me desperté a medianoche empapada y con un olor horrible. Pensé, ¿qué está pasando aquí? Finalmente, esa cosa se movió y fue la peor cosa que jamás hayas visto. Se drenó".

"Esa noche salió una taza llena", dijo Ted.

"El médico vino a la mañana siguiente -dijo Iona-, y lo calificó de milagro. Me llevaron de vuelta al hospital y se preguntaron si tenían que abrirme de nuevo para ver si me quedaba algo más por drenar. Pero estaba todo fuera, supongo".

Le pregunté a Iona si se sintió mejor inmediatamente después: "Ajá".

¿Y eso fue hace diez años?: "Ajá".

Le pregunté a Iona qué opinaba de Essiac a raíz de su experiencia personal.

"¡Genial!", dijo con rotundidad. "Se lo recomendaría a cualquiera".

Le dije a Iona que quería asegurarme de haber entendido correctamente la historia que acababa de oír: Cuando volvió a casa del hospital, le dijeron que todavía tenía cáncer dentro y que, de hecho, iba a morir de él. ¿Correcto?: "Sí".

Le pregunté si se lo habían dejado muy claro.

"La enfermera vino un día y dijo: *Sabes que vas a... morir, ¿verdad?* Le dije: *No, ni siquiera lo había pensado*. Estaba tan quemada de todas formas que supongo que no me importaba, pero ella me decía a menudo que me iba a morir".

Le pregunté si le habían hecho un informe patológico cuando le diagnosticaron que decía malignidad. "Sí", dijo Iona en apenas un susurro. "Era un tumor en el intestino".

Después de la operación, recibió radioterapia. ¿Correcto? "Sólo para adormecer el dolor donde estaba el bulto", dijo Ted. "Dijeron que no había nada más que pudieran hacer por mí", dijo Iona.

Pregunté concretamente cuánto tiempo le daban de vida cuando salió del hospital. "Dijeron que unos dos días", respondió Ted.

Les pregunté si creían que había alguna esperanza. "No", dijo Ted, intentando controlar sus emociones. Estaba al borde de las lágrimas. "Pensamos que no había esperanza".

"Nadie a mi alrededor lo hizo tampoco -dijo Iona-. Después fui a ver a mi médico, que se quedó mirándome y me dijo: *Bueno, aquí está mi mujer milagrosa*. Fue en marzo. Cuando volví a casa era primero de enero. Así que se suponía que yo no vivía".

"El médico que yo había tenido hacía bastante, hablé con él cuando entré y no dejó de mirarme y mirarme durante todo el camino hasta su despacho. Cuando entré, le dije: No has hablado: Él dijo: *Pensé que estaba viendo un fantasma. Creí que no volvería a verte por aquí*".

Sin darme cuenta de que podía ser una pregunta delicada, le pregunté a Iona si el médico le había preguntado si había tomado algún medicamento que él no supiera y que pudiera haberla ayudado a recuperarse. "No", dijo en voz alta, levantándose ligeramente de la silla. Fue, de lejos, su reacción más emotiva de toda la conversación. "¡Y nunca se lo dije!"

Estaba sorprendido. Sorprendido de que el médico no hubiera tenido la curiosidad de preguntar y sorprendido de que Iona no estuviera radiante de orgullo mientras le explicaba que había tomado Essiac y echó el cáncer fuera de su organismo. ¿Por qué no se lo dijo?

Iona se tomó un momento para tranquilizarse. Se lo pensó antes de contestar. "Porque tenía miedo", dijo. Luego volvió a ponerse tensa: "Pensé que si le decía que tomaba Essiac, podrían pincharme o hacerme algo que me devolviera todo".

Había verdadero miedo en su voz. Se había hecho a la idea de que no iba a poner en riesgo su éxito, y tampoco iba a dejar que nadie lo hiciera. "No iba a decírselo", dijo.

"Hace un par de semanas recibí una carta en la que me pedían que fuera a hacerme un chequeo. Me limité a escribir en la parte inferior: *Estoy bien*".

Ella se rió y Ted también. "Y se lo devolví", dijo ella. "Ni hablar. No fui a todas mis revisiones".

Le pregunté a Iona cuándo se había hecho la última revisión.

"Supongo que bajé, ¿qué? Tres veces, ¿eh?" dijo, mirando a Ted.

"Tres veces", dijo Ted. "La última vez que bajamos aparqué el coche y, diez minutos después, estábamos entrando y marchándonos Mi mujer dijo: *De ninguna manera voy a bajar aquí.*" Los dos volvieron a reírse.

"La última vez, el médico me miró la barriga y me dijo, hum, si sigues tomando el sol, te vas a poner tan negra como yo: porque me bronceo rápido. Eso fue todo lo que me dijo y me vestí".

"Aunque seguían enviándole citas", dijo Ted. "Oh, sí, oh, sí", rió Iona.

Le pregunté a Iona si había tenido alguna experiencia previa con Essiac.

"Justo de lo que había oído hablar a Ted. Ni yo misma podía creerlo".

¿Le cabía la menor duda, le pregunté, de que había sido Essiac la causa de que el cáncer desapareciera de su organismo?

"No tomaba nada, sólo las pastillas para el dolor", dijo. "Eso es todo lo que me daban. Así que tuvo que ser el Essiac lo que me trajo de vuelta, ¿eh?".

Le pregunté si se sentía tan bien como parecía. "Desde luego", respondió. Sin dudarlo.

¿Habló alguna vez con René Caisse? "Nunca la he visto".

Si René viviera hoy e Iona pudiera hablar con ella, ¿qué le diría?

"Yo me pondría de rodillas, eso seguro", respondió Iona al instante. "No llegué a conocerla porque no querían que entrara mucha gente en su casa".

Mary, la amiga de René, está de acuerdo. "René estaba muy asustada en ese momento", dijo Mary. "Todo el mundo la amenazaba y la llamaba por teléfono. Imagínate el dolor que debió de pasar. Recibió una llamada en la que le dijeron que si no les decía la fórmula, se la sacarían a golpes. Ella dijo: *Si haces eso, nunca encontrarás nada. Recuerda que no está escrita".*

"A veces me llamaba y me decía: ¿Qué estás haciendo? Yo decía: Nada que importe, ¿qué quieres? Bueno, me gustaría que pudieras venir aquí. Me han llamado y viene alguien. No sé quienes son. Yo dejaba lo que estuviera haciendo y me iba".

"Me quedaba en su cocina, haciendo sonar las cacerolas como si hubiera cuatro o cinco personas ahí fuera". Mary se rió, recordando su pequeño truco. "Y ella hablaba con quien estuviera allí. Después decía: *Me da vergüenza llamarte, pero estoy muerta de*

miedo. Si es una persona necesitada y quiere hablar conmigo, no puedo rechazarla. Era así de amable con la gente".

La conversación divagó durante unos minutos recordando las traiciones a las que se enfrentó René por parte de varios médicos e investigadores, y la siempre presente amenaza de ir a la cárcel. Ted volvió a contener las lágrimas mientras hablábamos del miedo que debía de sentir René. Mencionó que en su tercera visita, estaba tan asustada que al principio se negó a darle Essiac.

"Me dijo: Temo darte algo. La policía está vigilando mi casa. Así que le dije: ¿por qué tienes miedo de dejarme una botella para llevar a casa? Pero Ted era un hombre desesperado en ese momento. Prometió esconder la botella entre sus ropas. Luego prometió que nunca se lo diría a nadie. Finalmente sacó su *Luger* alemana del cinturón y dijo que la usaría si fuera necesario. Ella dijo: No usarías eso. Yo le dije: Sí que lo haría. Entonces se asustó bastante".

Ella le dio la botella y él la escondió bajo la chaqueta, pero nadie le paró de camino a casa. Mientras bromeábamos con Ted sobre su excesivo entusiasmo por proteger a René, mencionó que una vez se metió en un lío con ella. Estaba muy enfadada con él. Fue por dinero.

"No aceptaba dinero por una botella", dijo Ted. "No aceptaba dinero de nadie. No te dejaba pagarla. Así que una vez, cuando fue a la cocina a por una botella, saqué mi bolso y lo único que tenía era un billete de 10 dólares. Lo metí debajo de un libro del escritorio y ella sacó la botella y me la dio".

"Cuando fui a por la segunda botella, se sentó en su silla a hablar conmigo durante unos diez minutos, queriendo saber cómo estaba Iona y todo eso, y luego fue a la cocina a por la botella. Volví a sacar el bolso, cogí un billete de 50 dólares, lo metí debajo del libro y lo puse encima".

"Cuando fui a por la tercera botella, vaya si se enfadó. Llamé a la puerta y ella abrió, me agarró por delante del abrigo y me metió en casa. Cerró la puerta de un portazo. Me dijo: Tengo algo que discutir contigo. Le dije: ¿Qué he hecho mal? No he hablado con nadie. Ella dijo: No, no lo has hecho. Pero dejaste un billete de $50 aquí la última vez que estuviste en mi casa. Eso es un insulto. No acepto dinero por mi Essiac. Ella dijo: Tienes que llevártelo. Así que se agachó junto a su gran silla y cogió su bolso".

"Le dije: Guárdalo. No quiero cogerlo. Ella dijo: Tienes que cogerlo: Le dije: No, no tengo que cogerlo. Quédatelo. El próximo que venga, a lo mejor no tiene dinero para pagar una botella, así que coge 50 dólares y págale la suya. Se lo metió en el bolso, lo puso en el suelo y dijo: Bueno, si lo pones así, puedes dejar lo que quieras después de esto. Todos nos reímos".

Mary dijo: "René solía decir que habría sido rica si hubiera conseguido lo que le habían prometido, coches, dinero, cualquier cosa que quisiera. ¿Pero sabes una cosa? Conseguía más de los pobres que de los ricos".

CAPÍTULO XIV

La familia de René Caisse -decenas de sobrinas, sobrinos y primos- está repartida por todo Canadá y Estados Unidos. Algunos apenas la conocían ni sabían lo que hacía. Otros estaban muy unidos a ella. Una de sus sobrinas, Valleen Taylor, ayudó a dirigir la clínica en los años treinta.

Pero incluso aquellos que apoyaban a René han tendido a restar importancia a la conexión familiar, a rehuir cualquier tipo de publicidad. Vieron las presiones a las que estaba sometida René y no les gustaba que el mundo exterior se inmiscuyera en sus vidas.

Atravesar los muros que la familia ha construido a su alrededor a lo largo de las décadas no es tarea fácil. Me emocioné cuando uno de los parientes cercanos de René que mejor la conocía -y de quien otros miembros de la familia dicen que es un gran conocedor de la historia de Essiac- accedió a verme después de que yo llevara unos días en la ciudad hablando con gente que había vivido allí toda su vida. A sus ochenta años, pero sano y despierto, se mostraba educado, incluso cordial, cuando la conversación versaba sobre las bellezas naturales de los bosques del norte canadiense y sus propias aventuras pasadas en varios continentes diferentes.

Pero se negó a que encendiera mi grabadora y, cuando empezamos a hablar de René, alegó ignorancia y mala memoria, algo de lo que evidentemente no adolecía, y rápidamente pasó a desempeñar el papel de interrogador. ¿Por qué estaba yo allí? ¿Qué estaba haciendo?

Permanecimos en mi habitación de motel y se defendió con evasivas durante unos quince minutos, y luego se despidió amistosamente de mí y me estrechó la mano, para luego caminar por el pasillo. No me había dicho nada de René, pero no había sido grosero al negarse a verme.

Me quedé impresionado. A día de hoy no sé a ciencia cierta por qué aceptó el encuentro. Creo que tenía curiosidad por conocer a ese desconocido que iba por la ciudad haciendo preguntas sobre René. Estaba dispuesto a dedicar unos minutos a evaluar la situación, pero no estaba dispuesto a abrirse a un extraño, aunque simpatizara con René. Yo tuve la fuerte sensación de haber visto cada vez más evidencias de la paranoia entre la gente que la rodeó durante su vida.

Pero uno de sus familiares sí se sinceró conmigo. Cuando me puse en contacto con él, me dijo que llevaba mucho tiempo queriendo contar su historia. Se moría por hablar con alguien. Durante años no había compartido lo que sabía ni siquiera con sus propios amigos. Le causaba demasiados problemas. Temía por su familia. Temía por su negocio. Temía a las autoridades.

Oír que alguien estaba, después de tantos años, escribiendo un libro sobre René fue suficiente para incitarle a hablar. Quería hablar. ¿Podría garantizarle -absolutamente garantizarle- el anonimato? Le dije que sí, y lo dije en serio. Me dijo que estaba impaciente por verme. Aquella noche condujo hasta mi motel, el Muskoka Riverside Inn de Bracebridge, y pasó dos horas recordando delante de mi grabadora cosas sobre su pariente René Caisse y su experiencia personal con Essiac.

En sus propias palabras, ésta es su historia:

> *Recuerdo cuando dirigía la clínica. Recuerdo cuando entraba en la clínica y cómo era, y recuerdo ver a la gente esperando allí. Conocía a gente que estaba en la clínica.*
>
> *Llevaba uniforme de enfermera. Era muy buena, muy complaciente con todo el mundo. Era muy apreciada en todo el municipio y sus alrededores. Siempre fue muy profesional, una mujer muy astuta en el sentido de que podía ser muy dura y muy tierna, y realmente muy profesional. Pesaba mucho y estaba muy fuera de forma, y no gozaba de muy buena salud, pero me asombraba lo que conseguía.*
>
> *Una de mis tías tenía cáncer de mama, creo. No profundicé en ello, pero alguien tuvo que llevarla en brazos a la clínica de René. Eso fue en los años 30, supongo, y al parecer los médicos se habían dado por vencidos con ella. Hoy sigue viva.*
>
> *Después de que la clínica cerró, era una especie de misterio para mí. Sabía que iba gente a su casa y que todo estaba en secreto, porque era ilegal que ella distribuyera ese medicamento. Así que la familia nunca hablaba mucho de ello, pero todos la apoyábamos y estábamos orgullosos de ella. Recuerdo haberme preguntado: Si esto es algo tan importante y era tan viable, ¿por qué no pudo conseguir algo legalmente con ello?*
>
> *Yo iba a visitarla muy a menudo. Le gustaba mucho recibir visitas de todo el mundo. Hablaba abiertamente de ello, y muchas veces le preguntaba: ¿Por qué no puedes hacer algo?*
>
> *Bueno, ella explicaría que podría haber vendido la fórmula por dinero, pero la gente iba a experimentar con ella en animales sin dársela a seres humanos, y toda su vida había estado experimentando con animales. Había ido a clínicas en Estados Unidos y en Montreal y por todas partes, y por lo que a ella respectaba, había hecho todos los experimentos necesarios.* ***Lo único que quería era curar a la humanidad con esa cosa. Pero era lo suficientemente astuta como para darse cuenta de que no iba a dárselo a cualquiera. No quería ganar un millón***

de dólares con él, ese no era su objetivo. Pero quería asegurarse de que no cayera en malas manos. Tenía mucho miedo.

Temía que la gente lo utilizara en su beneficio para ganar mucho dinero sin ayudar a la humanidad. Eso era lo que realmente temía. Temía la explotación. ***No le importaba que los ricos se apoderaran de ella, si la utilizaban para la humanidad, pero temía que sólo la utilizaran para ganar dinero para sí mismos.*** *En realidad, nunca me explicaron por qué no se podía hacer algo para promover esta cosa y satisfacer sus necesidades al mismo tiempo. Nunca pude metérmelo en la cabeza. Nunca me explicaron por qué no se pudo hacer.*

Sentía que la asociación médica era su enemigo mortal, y la Sociedad contra el Cáncer era su enemigo mortal. Para ella, la Asociación contra el Cáncer era burocrática, malvada. Engañaban al público, el dinero no se gastaba donde debía gastarse, y me habló de muchos casos. Desde el día en que la conocí hasta el día de su muerte, la asociación médica y la Asociación contra el Cáncer fueron sus enemigos más acérrimos.

Estaba convencida de que la Asociación contra el Cáncer no quería encontrar una cura. Lo repetía una y otra vez. ***"No quieren encontrar una cura"****. Hay demasiada gente ganando demasiado dinero con los fondos y subvenciones para el cáncer. Afirmó que era un latrocinio burocrático. Fue un fraude público para vencer a todos los fraudes públicos.*

La mayor parte de su vida transcurrió en un estado de frustración total, porque su teléfono no dejaba de sonar de gente que quería ayuda, y rara vez rechazaba a alguien. Pero tenía mucho miedo de que viniera la policía montada y l a metiera en la cárcel. Lo repetía una y otra vez.

Iba a por medicinas. Iba a por un poco -toda la familia se medicaba con ella-, pero nunca me dejaba verla hacer el Essiac. Puede que dejara entrar a alguien de la familia, pero no lo creo. Hacía la fórmula por las noches ella sola, sin la ayuda de Mary.

Siempre envolvía las botellas en papel de periódico y las metía en una bolsa de papel marrón y decía: "Ahora llévalo como si fuera un pastel de Navidad o algo así". Seguro que lo hacía con todo el mundo. He ido a su casa muchas veces y la gente estaba allí. Ella me decía: "Oh, esa persona es de tal y tal y esa persona es de Saskatoon, y esta persona vino de Albuquerque".

La gente la llamaba por teléfono y le rogaban medicina. No creo que realmente cobrara. Realmente no lo creo. Sé que recibía muchos regalos de la gente. Ella señalaba los regalos que recibía de alguien a quien había curado. Si recibía dinero, no recibía mucho dinero. No creo que pidiera dinero. Puede que pidiera una donación, pero sé que regalaba mucho.

Sé que le costó mucho trabajo conseguir las hierbas. Lo asombroso que realmente no puedo meterme en la cabeza es: cuando tomas las supuestas curas

que tienen para el cáncer ahora, muchas de las curas tienen un efecto muy malo en el cuerpo humano. Estas hierbas nunca hicieron daño a nadie. De hecho, ella insistía en que eran un tremendo purificador de la sangre.

Cuando tenía 18 años, dejé los estudios y conseguí un trabajo de prospección en una empresa minera. Habían encontrado uranio. Estuve fuera unos seis meses, supongo, y cuando volví, estaba bebiendo cerveza con los colegas y empecé a escupir sangre. Me llevaron al hospital y tenía una úlcera duodenal, una úlcera muy grave. El médico me dio una larga lista de cosas que tenía que comer y un montón de leche. Me dijo que siguiera tomándola y que, por el aspecto de esa úlcera, tardaría unos seis meses en curarse.

Cuando llegué a casa, mi madre telefoneó a René y me envió allí. Conseguí un par de frascos de su Essiac y lo tomé durante un mes. Lo tomas antes de irte a la cama todas las noches, como ella te dice que lo tomes en un vaso de agua tibia, y es una cosa estupenda. Te sientes bien. Mentalmente te hace mucho bien. Es como tomar un tónico. No es gran cosa. Es sólo un montón de hierbas. Fui a hacerme una radiografía y la úlcera estaba completamente curada. El médico no podía entenderlo.

No había ni rastro de úlcera. El médico no podía creerlo. Recuerdo que me enseñó las dos radiografías. Una mostraba una úlcera enorme. La otra estaba limpia. Pero no le dije que había estado tomando Essiac. Bajo juramento no podía hablarle del Essiac. Era algo de lo que nunca se hablaba. Nunca hablé de ello con mis amigos. Iría a la cárcel si alguien hablaba de ello. Sólo para mostrarte lo profundo que es, toda la familia tomó Essiac, y sólo una persona en la familia murió de cáncer. Y ella fue la que no lo tomó.

René era la muerte contra el bisturí, y era la muerte contra la radio, y era la muerte contra esta quimioterapia. Decía que ello era como el agua y el aceite, Essiac y esta quimioterapia. La gente que sabía que yo estaba emparentada con René Caisse venía y me decía: "Escucha, ¿cómo puedo conseguir Essiac?"

Si les conocía lo suficiente, les decía: "Bueno, intentaré conseguirte una botella, o dos, o lo que sea". René me hacía dos o tres preguntas. Decía: "¿Tu amigo está tomando quimioterapia? Si está tomando quimioterapia, entonces ni siquiera quiero dártelo. Es un desperdicio. ¿Le han operado? ¿Se está tratando con radio?"

Si habían recibido quimioterapia, no se la daba. Si habían tenido tratamientos de bisturí o de radio, ella les daría la medicina, pero dijo que una vez que operaba el bisturí, ello parecía producir más cáncer. Cuando intentaban extirpar el cáncer, parecía que lo inflamaba y lo extendía. Esa era su teoría. La radio le parecía más perjudicial que beneficiosa. Dijo que mataba mucho cáncer, pero también a mucha gente. Y creía que su medicina podía ayudar y quitar el dolor.

Dijo que sin duda aliviaría el dolor. Solo eso, si no hacía nada más, aliviaría el dolor, y si no hacía nada más, purificaría la sangre. ***También dijo que era bueno para la próstata, obviamente bueno para las úlceras, y que era una limpieza completa.*** *Por eso lo he estado tomando intermitentemente toda mi vida.*

Recuerdo que en los años 50 -o quizá a finales de los 40- iba a visitarla bastante. Le gustaba mucho que fuéramos. Era una mujer pesada y le costaba moverse. Le costaba un esfuerzo ir hasta la puerta principal, pero cocinaba para todo el mundo, les hacía regalos a todos por Navidad, incluso a los niños pequeños y a los sobrinos.

Siempre estaba alegre. Tenía sentido del humor y siempre era fuerte. Recuerdo una vez que se rompió la cadera y se notaba que sufría mucho, pero nunca lo dijo. También pintaba. Era muy prolífica. Hacía cuatro o cinco cuadros a la semana, o más, y siempre estaba regalando sus cuadros. No podías ir allí sin llevarte algo porque ella siempre quería regalarte algo.

Mi impresión fue que era una persona muy fuerte, extremadamente fuerte, no sólo de voluntad, sino también físicamente. Me sorprendió que durara tanto, y creo que la razón era que tenía un objetivo en la vida. Su objetivo era dar a conocer Essiac para que la gente pudiera mejorar. Si no hubiera tenido ese objetivo, creo que habría muerto hace años.

Lo peor que se podía decir de René era que era testaruda. Era una persona fuerte que decía lo que pensaba y era capaz de mantenerse sobre sus talones y hablar ante el público. Pero nunca podrían decir que no era justa o humanitaria.

Me atrevería a decir que a cualquiera que llamara a su puerta le dejaría entrar, y bajo presión para René. Como cualquiera que la llamara por teléfono a larga distancia y le dijera: "Si vengo a tu puerta, ¿puedes ayudarme?" Recuerdo que me decía que tenía que decir que no a esa gente, pero también sé que cedía bajo la presión de esa gente, diciendo, vale, vamos.

Lo curioso es que muchos médicos -y nunca pude entenderlo- pensaban que estaba ayudando a la gente. Pero los médicos no lo admitían. En esta pequeña comunidad, por ejemplo, conocía a un par de médicos que realmente creían en ella. También conocía a bastantes médicos que estaban totalmente en contra, y ella tenía la sensación de que los médicos que creían en ella tenían miedo de decir algo.

Ella sentía que los médicos tenían un poco de lealtad profesional a la asociación médica, y sentía que la asociación médica tenía una varita mágica sobre estos médicos. Sé que había médicos que acudían a ella para conseguir Essiac para sus pacientes, y sin embargo no la ayudaban. No la ayudaron.

Es una especie de misterio para mí, realmente lo es. Sé que últimamente hay médicos en esta comunidad que dan Essiac. He hablado con un médico y le dije que había oído que él daría Essiac si sus pacientes tienen cáncer. Me dijo:

"¿Quién te ha dicho eso?" Le dije: "Bueno, acabo de oírlo, y resulta que soy uno de los parientes de René Caisse. Sólo quiero que sepas que te admiro por hacerlo". Me dijo: "Bueno, no tienes que decírselo a nadie".

Sentía que el dinero era lo que estaba detrás de todo. Creía que la Asociación contra el Cáncer era una farsa. Creía que era un plan para ganar dinero que no dejaría de ganar dinero mientras nunca se encontrara una cura para el cáncer.

En cuanto a la asociación médica, le parecía tan poderosa que los médicos no se atrevían a decir ni pío. Con la asociación médica no se trataba tanto de dinero. Los médicos temían perder su credibilidad, perderlo todo. Pero ella insistía en que con la Asociación contra el Cáncer se trataba estrictamente de dinero.

Creo que la razón por la que finalmente entregó la fórmula a Resperin fue porque le prometieron que la utilizarían en seres humanos. Se lo darían a las personas que realmente tenían cáncer. No estoy seguro de que viviera lo suficiente como para darse cuenta de que Resperin no estaba yendo muy lejos.

Me siento muy mal por eso. Al principio me sentí bien cuando salió ese artículo en Homemaker's. Pensé, oh, vaya, por fin va a tener reconocimiento y va a empezar a funcionar. Ahora que está muerta y la Corporación Resperin no parece estar haciendo nada con ella y Mary está en las últimas, ya sabes, no se ve nada bien.

A menudo me he preguntado si esta fórmula se evaporará. ¿No va a pasar nada con ella? Me siento muy mal por ello, muy triste. Tenemos que ser capaces de dar a la humanidad lo que hay, lo que está disponible justo delante de nosotros, y nadie lo está haciendo. El mero hecho de que esta cosa pueda morir, me pone enfermo. Me pone enfermo.

Mi percepción es que ella ayudó a miles de personas. Ella solía ayudar a todo tipo de personas, estoy hablando de personas que yo sabía que se beneficiaron significativamente. ***Siempre solía decir que sólo se ocupaba de las personas que los médicos abandonaban.*** **Nunca llegaba a las personas antes de que fueran tratadas o los médicos se dieran por vencidos.**

Ella tenía una cura para el cáncer. Ella había obtenido una cura para el cáncer. Todos sabíamos que muchos de la familia estaban curados. Creo que incluso tal vez Valleen se ha curado. Sabíamos que ella podía curar el cáncer, y creo que algo que siempre temimos -cada uno de nosotros- era el hecho de que conocíamos a alguien en la familia que podía curar el cáncer y que esta cura del cáncer iba a morir con René. No íbamos a ser capaces de ser curados algún día en el futuro. René también lo temía. Quería asegurarse de que la familia estuviera bien atendida.

La frustración de tener la cura, pero no poder hablar de ello era terrible. Terrible. ¿Qué podemos hacer para ayudarla? ¿Cómo podemos ayudarla? Incluso hoy, todo el asunto tiene connotaciones de tipo misterioso.

Por desgracia, la gente se está olvidando de René. Era una leyenda, sobre todo cuando tenía la clínica, pero incluso en sus últimos años, justo antes de morir. Ahora diría que la mayoría de los menores de 60 años no son conscientes de que aquí en Bracebridge estaba pasando algo muy especial.

SEGUNDA PARTE

LAS PLANTAS

ACEDERA (rumex acetosella)

BARDANA (arctium lappa)

OLMO RESBALADIZO (ulmus fulva)

RUIBARBO (rheum palmatum)

ESSIAC: LAS PLANTAS (Propiedades)*

Acedera (Rumex acetosella)

La acedera es considerada la principal hierba curativa de Essiac.

Las hojas de las plantas jóvenes de acedera de oveja eran populares en Francia hace varios siglos como aderezo para cocinar y añadir a las ensaladas. Los indios también utilizan las hojas de acedera como sabroso condimento para platos de carne. También las incorporaban al pan. Es, por tanto, una hierba y un alimento.

La acedera pertenece a la familia del trigo sarraceno. Los nombres comunes de la acedera son acedera de campo, acedera de copa roja, hierba agria y acedera orejuda. No debe confundirse con la acedera de jardín (Rumex acetosa).

La acedera crece de forma silvestre en casi todo el mundo. Busca pastos abiertos, zonas rocosas y los arcenes de los caminos rurales. Se considera una mala hierba común en todo EE.UU. Prospera con poca humedad y es un buen indicador de suelos ácidos.

Se puede cosechar toda la planta de acedera para utilizarla en Essiac. También pueden cosecharse sólo las hojas y los tallos, lo que permite "volver a cosechar" las plantas más adelante. La parte vegetal de la acedera puede recolectarse durante la primavera, el verano y el otoño, temprano por la mañana, después de que se haya evaporado el rocío, o a última hora de la tarde. Coseche siempre en un día soleado, ya que las plantas necesitan varios días después de una lluvia para secarse adecuadamente. Coseche las hojas y el tallo antes de que empiecen a formarse las flores, ya que en esta fase toda la energía de la planta está en las hojas.

Las raíces pueden recolectarse en otoño, cuando la energía de la planta se concentra en las raíces. Nunca recoja más de un año de suministro de acedera de oveja, ya que pierde su potencia cuando se almacena más tiempo.

La acedera es un remedio popular contra el cáncer desde hace siglos, tanto en Europa como en América. Los investigadores han observado que la acedera descompone los tumores y alivia algunas afecciones crónicas y enfermedades degenerativas.

Contiene grandes cantidades de vitaminas A y del complejo B, C, D, E, K, P, y vitamina U. También es rica en minerales, como calcio, cloro, hierro, magnesio, silicio, sodio, azufre y tiene trazas de cobre, yodo, manganeso y zinc. La combinación de estas vitaminas y minerales nutre las glándulas del cuerpo.

La acedera también contiene carotenoides y clorofila, y ácidos cítrico, málico, oxálico, tánico y tartárico. La clorofila transporta oxígeno por todo el torrente sanguíneo. Las células cancerosas no viven en presencia de oxígeno.

* *Extraído del libro "The Essiac Handbook", de James Percival.*

La acedera también puede ayudar a:

- Reducir los daños de las quemaduras por radiación.
- Aumentar la resistencia a los rayos X.
- Mejorar el sistema vascular, el funcionamiento del corazón, los intestinos y los pulmones.
- Ayudan a eliminar los depósitos extraños de las paredes de los vasos sanguíneos.
- Depurar el hígado y estimular el crecimiento de nuevo tejido.
- Reducir la inflamación del páncreas y estimular el crecimiento de nuevo tejido.
- Aumentar el nivel de oxígeno de las células de los tejidos.

Las raíces de la hierba acedera de las ovejas (Rumex acetosella) fueron la clave del éxito de la terapia Essiac de René Caisse en la Clínica Oncológica de Bracebridge durante la década de 1930. *Además de los principios activos de las hojas y los tallos (incluida la aloe-emodina), las raíces contienen tres potentes antraquinonas, el crisofanol, la emodina y la physcion, además del flavonoide (pigmento vegetal) quercetina.*

Rene Caisse prefería cosechar ella misma la hierba y nunca hablaba de ella, excepto al final de su vida con su amiga de mayor confianza, Mary McPherson, de quien había llegado a depender para que le ayudara a preparar el té para sus pacientes. *Contrariamente a las afirmaciones posteriores, nunca reveló ningún detalle de su fórmula Essiac o fórmulas relacionadas al Dr. Charles Brusch en ningún momento, como verificó el propio doctor en una grabación a Sheila Snow en enero de 1980 y de nuevo en directo en el programa de radio 'Staying Alive' de Elaine Alexander, el 19 de enero de 1986. Véanse los archivos de audio 118-121. Nunca mencionó la acedera durante las entrevistas radiofónicas ni a la prensa y sólo se refirió a ella por escrito a una persona, el Dr. C. Chester Stock, vicepresidente y director del Laboratorio Walker del Instituto Sloane-Kettering de Investigación Oncológica (MSKCC) de Nueva York, donde autorizó la realización de seis estudios Essiac durante un periodo de dos años a mediados de la década de 1970.*

*La serie de cartas intercambiadas entre ella y el Dr. Stock entre 1973 y 1976 demuestra que sólo confiaba en alguien tan prestigioso como el Dr. Stock para conocer la identidad de la planta clave de su remedio, revelada por primera vez en una página adjunta incluida en su carta del 27 de marzo de 1974, dirigida "In confidence to Dr. C. Chester Stock of Sloan Kettering Institute for Cancer Research, from Rene M. Caisse McGaughey": Ver Correspondencia, Dr. C. Chester Stock y Rene Caisse McGaughey 1973-1976, No. 12. '**La hierba que destruirá un cáncer (un crecimiento maligno) es la acedera de Oveja a veces llamada Sourgrass. Debe usarse la planta entera, recogida en primavera antes de que se formen las semillas, luego secada y pulverizada...**'*

10 de mayo de 1974: Última frase de la carta: "Puedes entender, espero, por qué dudé en decir lo que usé. Realmente es tan simple, que estaba seguro de que nadie creería en ello. En cuarenta años, usted es la única persona que lo sabe. Me alivia saber que encontré a alguien en quien podía confiar" Mayo 74, sin fecha: ***Tardé años en encontrar la hierba que realmente funcionaba sobre el tumor. Las otras hierbas las utilicé para purificar la sangre y eliminar cualquier infección provocada por el tumor maligno a medida que retrocedía".***

Fuente: https://essiaccouncil.org/sheep-sorrel-root/

Raíz de bardana (Arctium lappa)

Las raíces, los tallos jóvenes y las semillas de la planta de bardana son comestibles. Los tallos jóvenes se hierven para comerlos como espárragos. Los tallos crudos y las hojas jóvenes se comen en ensalada. Partes de la planta de bardana se comen en China, Hawai y entre las culturas nativas americanas de este continente. Se trata, pues, tanto de una hierba como de un alimento.

La bardana pertenece a la familia de los cardos. ¿Recuerdas la última vez que te limpiaste los abrojos de la ropa al volver del bosque o de la pradera? Acababa de toparse con esta planta tan amistosa y útil. Es una mala hierba común en los pastos de toda Norteamérica. Prefiere los suelos húmedos.

Los primeros años, la planta de bardana sólo hojas verdes. Es en el segundo año cuando produce los tallos largos y robustos con esas pequeñas rebabas.

La raíz de la planta de bardana se recolecta sólo de las plantas de primer año. Las raíces miden unos dos centímetros de ancho y hasta un metro de largo. Como en el caso de la acedera, las raíces sólo deben recolectarse en otoño, cuando la energía de la planta se concentra en las raíces.

Durante siglos, la bardana se ha utilizado en todo el mundo para curar enfermedades y dolencias. Muchos consideran que la raíz de la bardana es un poderoso purificador de la sangre. Puede ayudar a descongestionar los sistemas respiratorio, linfático, urinario y circulatorio.

También puede ayudar a promover el flujo de bilis y eliminar el exceso de líquido en el cuerpo. Puede ayudar a estimular la eliminación de desechos tóxicos, aliviar las disfunciones hepáticas y mejorar la digestión. También puede ayudar a eliminar de infecciones de las vías urinarias, el hígado y la vesícula biliar. También puede ayudar a expulsar toxinas a través de la piel y la orina. Se considera beneficiosa contra la artritis, el reumatismo y la ciática.

La raíz de bardana contiene vitaminas A, del complejo B, C, E y P. Contiene grandes cantidades de cromo, cobalto, hierro, magnesio, fósforo, potasio, silicio y zinc, y cantidades menores de calcio, cobre, manganeso y selenio. Gran parte del poder curativo de la raíz de bardana se atribuye a su principal ingrediente, la unulina, que puede ayudar a fortalecer los órganos vitales, especialmente el hígado, el páncreas y el bazo.

Olmo resbaladizo (Ulmus fulva)

La corteza interna del olmo resbaladizo tiene una larga historia de uso como complemento alimenticio y remedio herbal. Los pioneros también la conocían como alimento de supervivencia. La corteza en polvo se ha utilizado durante mucho tiempo, y sigue utilizando hoy en día, como aditivo y extensor alimentario, rico en vitaminas y minerales. Por lo tanto, también es un alimento.

El olmo resbaladizo da mucha sombra y es un árbol ornamental muy apreciado. Se encuentra en todo Canadá y Estados Unidos. Sólo la corteza interna del olmo se utiliza para hacer Essiac. Se puede comprar olmo deslizante en , lo que probablemente sea más fácil y preferible que cosecharlo uno mismo. Si desea recolectar su propio olmo resbaladizo, extraiga la corteza de las ramas en lugar de hacerlo del tronco principal del para no dañarlo.

La corteza de olmo resbaladizo es ampliamente conocida en todo el mundo como remedio herbal. Como tónico, es famoso por su capacidad para aliviar y fortalecer los órganos, tejidos y membranas mucosas, especialmente los pulmones y el estómago. Puede ayudar a cicatrizar rápidamente cortes, quemaduras, úlceras y heridas. También puede ayudar a revitalizar todo el cuerpo.

Contiene como ingrediente principal un mucílago, así como cantidades de ácido gálico, fenoles, almidones, azúcares y vitaminas A, complejo B, C, K y P. Contiene grandes cantidades de calcio y selenio y trazas de hierro, fósforo, silicio y zinc. La corteza de olmo resbaladizo es conocida entre los herbolarios por su capacidad para limpiar, curar y fortalecer el organismo.

Raíz de ruibarbo (Rheum palmatum)

Todos hemos comido ruibarbo. Sus tallos rojos y agridulces se encuentran en las estanterías de los supermercados cada primavera. También comemos tarta de ruibarbo, mermeladas y pudding. El ruibarbo de Turquía es un miembro de la familia de los ruibarbos con raíces, que contienen una potencia particularmente fuerte y deseable.

El ruibarbo de Turquía crece en China. Las raíces se cosechan cuando las plantas tienen al menos seis años. Este producto importado tiene más potencia que nuestro ruibarbo autóctono. Rene Caisse comenzó su trabajo con Essiac utilizando la raíz de ruibarbo nacional, descubriendo más tarde que la variedad importada era más potente. Sin embargo, la mayor parte del ruibarbo de Turquía, que ahora se importa de este país, está irradiado, lo que destruye muchas de sus propiedades. Así que el ruibarbo autóctono vuelve a ser el ruibarbo de elección para tu mezcla Essiac.

El ruibarbo, también una hierba muy conocida, se utiliza en todo el mundo desde el año 220 a.C. como medicamento. Se dice que la raíz del ruibarbo ejerce una suave acción laxante al estimular la secreción de bilis en los intestinos. También puede ayudar a estimular el conducto biliar para que expulse la materia de desecho tóxica, purgando así el organismo de residuos biliares y alimenticios. Como resultado de esta acción desintoxicante, se puede limpiar el hígado y aliviar los problemas hepáticos crónicos.

La raíz de ruibarbo contiene vitamina A y muchas de las vitaminas del complejo B, C y P. Su alto contenido en minerales incluye calcio, cloro, cobre, yodo, hierro, magnesio, manganeso, fósforo, potasio, silicio, sodio, azufre y zinc.

BENEFICIOS COMUNICADOS DE ESSIAC

Se han escrito varios libros bien documentados y referenciados sobre el tema de Essiac. En esta literatura, los autores informan de la siguiente actividad terapéutica para este remedio:

1. Previene la acumulación de depósitos grasos en las paredes arteriales, el corazón, el riñón y el hígado.

2. Regula los niveles de colesterol transformando el azúcar y la grasa en energía.

3. Destruye los parásitos del aparato digestivo y de todo el organismo.

4. Contrarresta los efectos de la intoxicación por aluminio, plomo y mercurio.

5. Fortalece y tensa músculos, órganos y tejidos.

6. Hace que los huesos, las articulaciones, los ligamentos, los pulmones y las membranas sean fuertes y flexibles, menos vulnerables al estrés o a las lesiones por sobrecarga.

7. Nutre y estimula el cerebro y el sistema nervioso.

8. Favorece la absorción de líquidos en los tejidos

9. Elimina las acumulaciones tóxicas en la grasa, la linfa, la médula ósea, la vejiga y los conductos alimentarios.

10. Neutraliza los ácidos, absorbe las toxinas en el intestino y las elimina.

11. Despeja las vías respiratorias disolviendo y expulsando la mucosidad.

12. Alivia al hígado de su carga de desintoxicación convirtiendo las toxinas grasas en sustancias hidrosolubles que pueden eliminarse fácilmente por los riñones.

13. Ayuda al hígado a producir lecitina, que forma parte de la vaina de mielina, un material blanco y graso que envuelve las fibras nerviosas.

14. Reduce, quizás elimina, los depósitos de metales pesados en los tejidos (especialmente los que rodean las articulaciones) para reducir la inflamación y la rigidez.

15. Mejora la función del páncreas y del bazo aumentando la eficacia de la insulina.

16. Purifica la sangre.

17. Aumenta la producción de glóbulos rojos y evita que se rompan.

18. Aumenta la capacidad del organismo para utilizar el oxígeno elevando el nivel de oxígeno en la célula tisular.

19. Mantiene el equilibrio entre el potasio y el sodio en el organismo, de modo que se regula el fluido dentro y fuera de cada célula: de este modo, las células se nutren de nutrientes y también se limpian.

20. Convierte los oxalatos de calcio y potasio en formas inofensivas haciéndolos disolventes en la orina. Regula la cantidad de ácido oxálico que llega a los riñones, reduciendo así el riesgo de formación de cálculos en la vesícula biliar, los riñones o las vías urinarias.

21. Protege contra la entrada de toxinas en el cerebro.

22. Protege el cuerpo contra la radiación y los rayos X.

23. Alivia el dolor, aumenta el apetito y proporciona más energía junto con una sensación de bienestar.

24. Acelera la cicatrización de las heridas regenerando la zona dañada.

25. Aumenta la producción de anticuerpos como linfocitos y células T en la glándula del timo, lo que ayuda en la defensa de nuestro sistema inmunológico.

26. Inhibe y posiblemente destruye crecimientos benignos y tumores.

CANSANCIO CRÓNICO, LUPUS, ALZHEIMER, ETC.

Hemos comprobado que Essiac es muy útil para muchas personas con síndrome de fatiga crónica, lupus, esclerosis múltiple y Alzheimer. También hemos sido testigos de recuperaciones muy rápidas entre enfermos de fatiga crónica. Por lo general, informan de un aumento espectacular de la energía.

Algunos enfermos de esclerosis múltiple experimentado mejoras menos espectaculares pero constantes. Una señora dejó las muletas después de tomar Essiac durante tres meses. Algunos enfermos de Alzheimer han notado mejorías. Algunos enfermos de artritis han notado mejorías, aunque parece ser que Essiac no ayuda a todos los artríticos.

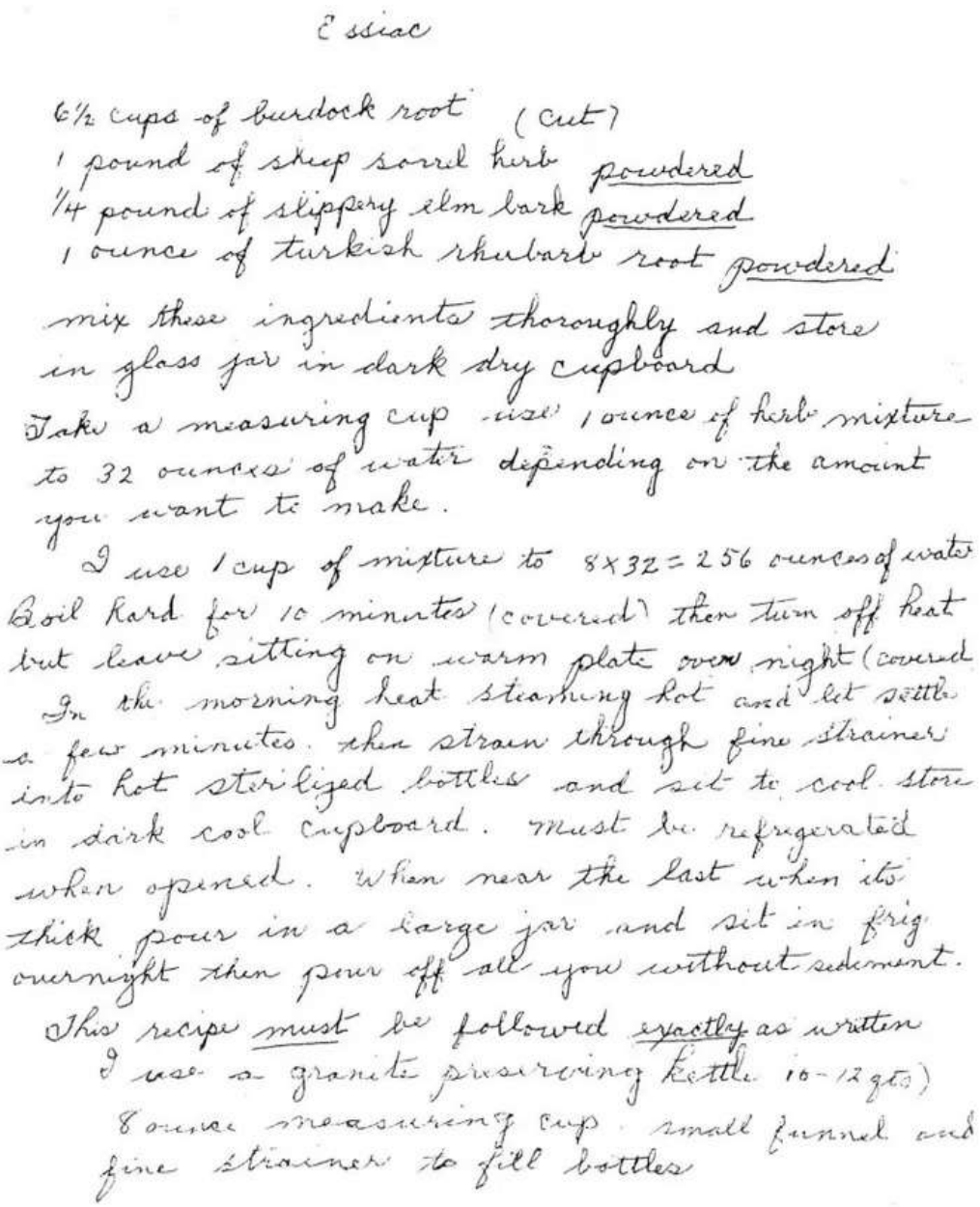
Parece que las acciones de Essiac para eliminar metales pesados, desintoxicar el cuerpo, restaurar los niveles de energía y reconstruir el sistema inmunológico, todos actúan para restaurar el cuerpo a un nivel en el que es más capaz de derrotar a la en. En otras, parece que Essiac ayuda a reconstruir el sistema inmunitario y mejora la capacidad del cuerpo para vencer la enfermedad, de modo que puede deshacerse de ella.

LA FÓRMULA
del
ESSIAC

La Fórmula Auténtica de Essiac*

La siguiente fórmula es la fórmula y receta del Essiac de René Caisse que **Mary McPherson**, la mejor amiga de René, presentó bajo juramento ante la ciudad de Bracebridge, Ontario en 1994.

Esta era también la misma fórmula y receta que el Dr. **Gary Glum** publicó en 1988 cuando investigó la vida de René Caisse y escribió el libro "Calling of an Angel".



Essiac

6½ cups of burdock root (cut)
1 pound of sheep sorrel herb powdered
¼ pound of slippery elm bark powdered
1 ounce of turkish rhubarb root powdered

mix these ingredients thoroughly and store in glass jar in dark dry cupboard

Take a measuring cup size 1 ounce of herb mixture to 32 ounces of water depending on the amount you want to make.

I use 1 cup of mixture to 8×32 = 256 ounces of water Boil hard for 10 minutes (covered) then turn off heat but leave sitting on warm plate over night (covered

In the morning heat steaming hot and let settle a few minutes. then strain through fine strainer into hot sterilized bottles and set to cool. store in dark cool cupboard. must be refrigerated when opened. When near the last when its thick pour in a large jar and sit in frig overnight then pour off all you without sediment.

This recipe must be followed exactly as written
I use a granite preserving kettle 10-12 qts)
8 ounce measuring cup small funnel and fine strainer to fill bottles

Fuente: https://essiaclibrary.com/2023/06/22/_authentic_essiac_formula/

*6 1/2 tazas de **raíz de bardana** (cortada) [medida de volumen en lugar de peso, equivale aproximadamente a 24 oz de volumen, ó 780g de peso].*

1 libra de hierba de **acedera** en polvo*

*1/4 libra de corteza de **olmo resbaladizo** en polvo*

*1 onza de **ruibarbo turco** raíz pulverizada*

** 1 libra = 453,6 grs. = 16 onzas*

Mezcle esos ingredientes a fondo y guarde en frasco de vidrio en lugar seco y oscuro.

Tome una taza medidora de 1 onza [1/8 de taza, o 2 cucharadas soperas] de mezcla de hierbas para 32 onzas [1 cuarto de galón] de agua dependiendo de la cantidad que quiera hacer. Yo utilizo 1 taza [8 onzas líquidas] de mezcla por 8×32 = 256 onzas de agua. Hervir fuerte durante 10 minutos (tapado) luego apagar el fuego pero dejar reposar en un plato caliente durante la noche (tapado).

Por la mañana, calentar la olla al vapor y dejar reposar unos minutos. A continuación, colar con un colador fino en botellas esterilizadas calientes y dejar enfriar. Guardar en un armario oscuro y fresco. Debe refrigerarse cuando se abra. Cuando se acerque el final, cuando esté espeso, viértalo en un tarro grande y déjelo en el frigorífico toda la noche, luego vierta todo lo que pueda sin sedimentos. Esta receta debe seguirse exactamente como está escrita. Yo uso un hervidor de conservas de granito de 10-12 cuartos, un vaso medidor de 8 onzas, un embudo pequeño y un colador fino para llenar los frascos.

NOTA IMPORTANTE: Observe que la "onza de mezcla de hierbas" no es una medida de peso porque se mide con "una taza medidora" que mide *onzas fluidas,* que es una medida de volumen de agua. Es importante mencionar que *Rene Caisse no utilizó una medida de peso* al añadir la mezcla de hierbas al agua hirviendo. *Utilizó la medida de volumen para las hierbas secas combinadas con medidas de onzas líquidas.* Esto hace que la receta parezca confusa a menos que uno se dé cuenta de que una taza de la mezcla de hierbas secas no pesa tanto como una taza de agua (que pesa 8 onzas). Es decir, una taza de "mezcla de hierbas" no pesa 8 onzas líquidas porque las hierbas secas en polvo son más ligeras que el agua.

Rene Caisse pesó las hierbas individuales antes de mezclarlas. Es decir, "1 libra de hierbas de acedera de oveja", "1/4 de libra de corteza de olmo resbaladizo" y "1 onza de raíz de ruibarbo turco" son medidas de peso. 6 1/2 tazas de raíz de bardana cortada es, por supuesto, una medida de volumen y equivale aproximadamente a 24 onzas de peso cuando los trozos son "del tamaño de guisantes pequeños". [Essiac secrets of Rene Caisse's Pharmacy, p. 14]

También es importante señalar que Rene Caisse utilizaba la planta de acedera de oveja entera. La enfermera Caisse declaró que las raíces de acedera de oveja son "muy esenciales" para la fórmula Essiac.

FÓRMULA Y MODO DE EMPLEO DEL TÉ ESSIAC*

Ingredientes secos:

Raíz de bardana (cortada)	6,5 tazas (52 onzas de taza de medida).
Acedera (polvo)	16,0 onzas (peso en báscula).
Corteza de olmo resbaladizo (polvo)	4,0 onzas (peso en báscula).
Raíz de ruibarbo turco (polvo)	1,0 onzas (peso en báscula).

Ingredientes húmedos:

Agua destilada, destilada sin sodio, de manantial o completamente filtrada.

Rendimiento de los ingredientes:

- 8 tazas de medida de ingredientes secos más 2 galones de agua producen alrededor de 224 onzas líquidas (catorce botellas de 16 onzas) de té.
- 4 tazas de medida de ingredientes secos más 1 galón de agua rinden alrededor de 112 onzas líquidas (siete botellas de 16 onzas) de té.
- 2 tazas de medida de ingredientes secos y 0,5 galones de agua producen unas 56 onzas líquidas (tres botellas y media de 16 onzas) de té.

Utensilios necesarios:

- Dos ollas de cristal o acero inoxidable (una con tapa).
- Colador de malla fina de acero inoxidable.
- Utensilio grande para remover de acero inoxidable o madera.
- Embudo de acero inoxidable ó 2 tazas de medida de cristal.
- Recipientes de almacenamiento: botellas de vidrio ámbar oscuro con tapas herméticas o tarros mason con tapas herméticas.

Nota 1: El tamaño de las ollas y el número o tamaño de los recipientes de almacenamiento depende de la cantidad de té que se prepare.

Nota 2: Los recipientes de almacenamiento deben esterilizarse. Opciones de esterilización (principalmente para frascos de vidrio y tapas):

a) Hervir durante 10 minutos con un poco de peróxido de grado alimentario o Clorox.

b) Hervir los tapones de los frascos: poner los frascos en el horno a 250 grados durante 10 minutos.

* *Extraído del libro "ESSIAC, A native herbal cancer remedy" de Cynthia Olsen – Lotus Press 1998*

c) Remojar durante 5 minutos en 1 onza de peróxido de hidrógeno al 35% y 11 onzas de agua destilada.

d) Remoje durante 5 minutos en 1/2 cucharadita de Clorox y 1 galón de agua destilada.

Procedimiento:

1. Mezcle bien los ingredientes secos.

2. Mida la cantidad deseada de ingredientes secos. (Guarde el resto en un lugar fresco y oscuro, ya que los ingredientes son sensibles a la luz).

3. Verter la cantidad proporcional de agua en la olla .

4. Llevar el agua a ebullición con la tapa puesta.

5. Remover los ingredientes secos en el agua hirviendo.

6. Volver a tapar y continuar hirviendo a fuego reducido durante 10 minutos.

7. Apagar el fuego. Raspar las paredes de la olla y remover bien la mezcla.

8. Vuelva a tapar la olla y deje que se enfríe durante 6 horas.

9. Remover bien. Volver a tapar y dejar reposar la mezcla otras 6 horas.

Nota: Se puede omitir este paso y dejar reposar la mezcla durante 12 horas.

10. Volver a poner la mezcla en el quemador y volver a calentar hasta el punto de ebullición, pero sin que llegue a hervir.

11. Apagar el fuego y colar el contenido en una segunda olla.

12. Limpiar la primera olla y el colador.

13. Colar el contenido de nuevo en la primera olla.

14. Verter inmediatamente el líquido caliente en recipientes de almacenamiento esterilizados.

15. Deje que los recipientes de almacenamiento se enfríen y, a continuación, apriete las tapas.

16. Refrigerar.

Nota 1: Essiac no contiene conservantes.

Nota 2: Si aparece moho, deséchelo inmediatamente.

Nota 3: Se recomienda refrigerar el recipiente sólo cuando se haya abierto y guardar el resto en un armario fresco y oscuro.

INSTRUCCIONES DE USO COMO PREVENTIVO

- Tomar antes de acostarse con el estómago vacío (al menos dos horas después de comer): 4 cucharadas soperas (2 onzas), tibias o frías.
- El té puede tomarse por la mañana: tómelo antes de comer y no ingiera alimentos durante dos horas.
- El té también puede diluirse con partes iguales de agua.
- Antes de verter el té del recipiente, agítelo suavemente para mezclar cualquier sedimento que se haya asentado.
- No meter en el microondas.

Notas de uso

- En caso de cáncer de estómago, diluir con partes iguales de agua.
- Aunque los efectos secundarios son raros cuando se toma Essiac, hay tres generales:

  1) náuseas y/o indigestión, generalmente causadas por comer o beber demasiado pronto antes o después de tomar el té,

  2) molestias intestinales o digestivas graves, causadas principalmente porque, al disolverse las toxinas, el cuerpo intenta eliminarlas rápidamente,

  3) un aumento del tamaño de un tumor existente, causado por la reunión de las células metastatizadas en el lugar original, antes de que el tumor se ablande y reduzca su tamaño.

Si siente molestias, deje de tomar la infusión durante varios días hasta que se sienta mejor. A continuación, empiece a tomarlo de nuevo en dosis de media onza en días alternos, y aumente gradualmente el intervalo y la dosis hasta alcanzar los niveles deseados.

EL POSIBLE INGREDIENTE "QUE FALTA"

Por Christopher Gussa

Aunque conocía la fórmula de Essiac desde hacía unos 15 años, no me había molestado en investigarla mucho hasta que un hombre mayor vino a verme con algunos problemas cardíacos. Mientras le hacía algunos diagnósticos, me explicó que había estado (por los efectos del cáncer de próstata) tomando la fórmula de Essiac y recibiendo muchas oraciones de su familia y amigos. Hasta ese momento, solo había visto a una de cada cuatro personas curarse con esta fórmula, así que le pregunté: «¿Dónde consiguió las hierbas y cuántas tomó?». Sacó un viejo trozo de papel arrugado de su cartera y dijo: «Cuando estuve en California, fui a ver a un médico naturópata, me dio esta lista de hierbas y me dijo que si yo o cualquier otra persona tenía alguna pregunta, podíamos llamarlo». Al día siguiente llamé a este médico.

Resultó que este médico era un anciano muy atento de unos 80 años. Tuvimos una conversación muy agradable y me dijo que era medio indio ojibwa y que los padres de su padre eran todos curanderos ojibwa de Ontario. Me explicó que había decidido practicar en un entorno de hombres blancos en Los Ángeles, pero que nunca había perdido la sensación de pertenecer a los Midewiwin. De todos modos, continuó diciendo que le entristecía todo el «bombo» comercial y las disputas sobre quién tiene los derechos de esta fórmula y tuvo que sonreír diciendo: «Incluso yo la llamo la fórmula Essiac la mayor parte del tiempo».

Pero lo que recuerdo gratamente es cuando dijo: «Esta fórmula es un regalo de los ojibwa a toda la humanidad, a todas las razas, ¡a cualquiera! ¿Por qué no pueden todos simplemente dar las gracias y aceptarla?»

Le pregunté por las **proporciones de las cuatro hierbas y las dosis** y me lo explicó de la siguiente manera:

> *«Utilizo un buen puñado de raíz de bardana seca y picada (tengo las manos grandes, esto pesa unos 85 gramos). Luego uso un buen puñado de hierba de acedera de oveja seca y picada (pesa alrededor de 30 gramos). Después uso trozos grandes de raíz de ruibarbo seca que suman alrededor de 15 gramos en total (uso trozos grandes para que el efecto laxante no se evapore con el hervor). Luego agrego un taco de olmo resbaladizo seco (corteza interior) del tamaño de una pelota de golf (esto ni siquiera mueve la mayoría de las balanzas, tal vez 2 gramos). Esto es suficiente para una semana, así que hiérvalo durante unos 15 minutos en un galón (unos 4 litros) de agua, déjelo en remojo durante la noche en el mismo galón de agua, cuélelo y guárdelo en una jarra en la nevera. Beba una taza de 8 onzas (unos 240 ml) dos veces al día (o más si le apetece). No lo diluya, eso es algo propio de los «blancos enclenques de las tiendas de alimentos saludables». Sabe un poco espeso y aceitoso; si lo calientas, hazlo en un quemador en una cacerola pequeña. Nunca lo calientes en un microondas o será inútil. Por cierto, cuando lo bebas, reza para que tu cuerpo vuelva a estar en armonía con el Gran Espíritu.*

Después de contarme todo sobre la fórmula, añadió que a veces, cuando los tumores son muy rebeldes, hay que usar Sanguinaria junto con la fórmula. Sonreí para mis adentros cuando oí esto porque hasta entonces había tenido más éxito contra el cáncer con una fórmula que contenía Sanguinaria (Chaparral, Trébol Rojo, Raíz de Diente de León, Raíz de Yellow Dock (rumex crispus), Raíz de Bardana y Sanguinaria). Se me ocurrió utilizar el «Oįibwa Téa» tradicional completo con unas gotas de una tintura fuerte de sanguinaria en cada taza.

La sanguinaria es complicada de usar en grandes dosis debido a su umbral de sobrerreacción, así que lo siguiente es exactamente lo que adjunto a cualquiera que necesite tomarla junto con la infusión Ojibwa.

Instrucciones para el uso de la sanguinaria canadensis:

IMPORTANTE: Si está usando tintura de sanguinaria canadensis con el «té ojibwa» de Dragon, siga estas instrucciones cuidadosamente:

Dosis: De media, de 5 a 10 gotas 2 veces al día con su «té». Sin embargo, debe encontrar su umbral tolerable. Para lograrlo, comience con 5 gotas. Aumente la dosis en 1 gota al día hasta que se produzcan náuseas. Si se producen náuseas antes de llegar a las 10 gotas, vuelva a bajar 1 gota y mantenga esa dosis.

NO EXCEDA BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA LAS 10 GOTAS

Si tiene náuseas con las 5 gotas iniciales, empiece con 1 gota y continúe hasta alcanzar la dosis tolerable, tal como se ha descrito anteriormente.

Si sólo tolera 1-2 gotas, intente aumentar la dosis en 1 gota después de una semana de uso. Si usted todavía puede manejar sólo 1-2 gotas, entonces eso es todo lo que necesita, y está haciendo tan bien como 10 gotas para otra persona.

La sanguinaria es una sustancia extremadamente poderosa. Hay algunos (generalmente aquellos que tienen un interés financiero en la quimioterapia, la radiación o las compañías farmacéuticas) que dicen que nunca se debe tomar sanguinaria internamente, «es demasiado peligroso» (¿y la quimioterapia y la radiación no lo son?). Sin embargo, no hemos observado reacciones negativas en el 100 % de los cientos de pacientes que hemos tratado con tintura de sanguinaria cuando se toma en estas dosis tolerables.

LA HISTORIA SECRETA DE UNA FÓRMULA*

Por Bárbara Clow

En el verano de 1977, Eleanor Sniderman (de soltera Koldofsky), esposa de un importante hombre de negocios de Toronto, leyó el artículo de Homemaker sobre el Essiac y se convenció de que tenía potencial terapéutico. También le preocupaba que Caisse, que entonces tenía ochenta y nueve años, muriera sin compartir los detalles de su trabajo. En consecuencia, viajó a Bracebridge con la esperanza de convencer a Caisse de que confiara la receta del Essiac a alguien, a cualquiera. Por alguna razón, Sniderman tuvo éxito donde otros habían fracasado, y Caisse accedió a entregar una copia de la fórmula a Pauline McGibbon, Vicegobernadora de Ontario. Tras cincuenta años guardando celosamente su secreto, Caisse había hecho una pequeña concesión a la apertura para asegurar el legado de Essiac. Pero el gesto parece haber acabado con su resistencia; unos meses más tarde, decidió vender la fórmula de Essiac a una empresa de Toronto, Respirin Corporation. Quizá por fin se dio cuenta de que Essiac no sería aceptado como tratamiento legítimo contra el cáncer en vida. Como le dijo a Pauline McGibbon: "*Soy vieja y estoy muy cansada de intentar luchar sola contra el grupo médico, y creía que [Respirin Corporation]... tendría los medios y el poder para ponerlo a disposición de muchos, muchos enfermos de cáncer.*" Cualesquiera que fuesen sus razones para renunciar a la fórmula, la decisión salvó su obra del olvido; cuando murió un año después, en diciembre de 1978, Essiac seguía atrayendo la atención y promoviendo el debate.

Aunque el compromiso de René Caisse con la ocultación obstaculizó a los investigadores durante su vida, desde su muerte las actitudes y acciones tanto de sus seguidores como de sus detractores han hecho más por oscurecer la historia de Essiac de lo que ella podría o quizás habría hecho. La decisión de Caisse de confiar la fórmula a Respirin Corpora- tion, por ejemplo, no marcó el comienzo de una nueva era de franqueza y cooperación. Inmediatamente después de adquirir la receta, la empresa solicitó permiso al gobierno canadiense para probar el remedio herbal en seres humanos. Aunque Respirin Corporation estaba obligada a dar una descripción completa de la terapia, incluida la fórmula, para cumplir la normativa gubernamental de evaluación de nuevos medicamentos, esa información era confidencial. En varias ocasiones, la empresa exigió garantías a las autoridades sanitarias federales de que toda la información relativa a Essiac se mantendría en la más estricta confidencialidad". Además, Respirin Corporation sigue ejerciendo un control considerable sobre los registros relativos a los ensayos clínicos de Essiac. La nueva legislación sobre el acceso a la información ha puesto a disposición algunos registros recientes, pero obtener permiso para ver este material es un lento e incierto, sujeto a restricciones de personal, recortes presupuestarios y, en el caso de Essiac, a los deseos de terceros con intereses creados en los documentos. La tramitación de mis solicitudes a la Dirección de

* Extracto del documento "*Essiac: The Secret Life of a Document*", de Bárbara Clow

Protección de la Salud del Ministerio de Salud y Bienestar de Canadá tardó más de un año, y los documentos que recibí posteriormente habían sido cuidadosamente seleccionados y, en algunos , severamente modificados para proteger la intimidad de médicos, pacientes y directivos de la empresa. Cabe destacar que la receta de Essiac no figuraba entre el material que se me facilitó.

Eleanor Koldofsky también ha contribuido al secretismo que rodea a Caisse y al remedio herbal, aunque por razones bastante diferentes. Como parte de su esfuerzo por preservar el conocimiento contemporáneo de Essiac, Koldofsky grabó una serie de conversaciones con Caisse y sus pacientes, así como con médicos implicados en la terapia. Al enterarme de la existencia de estas cintas en 1991, me puse en contacto con Koldofsky para acceder a esta importante fuente de información. Al principio se mostró muy cooperativa y me invitó a su casa de Toronto, pero el día que iba a empezar a escuchar las , se negó y, hasta la fecha, sigue sin querer revelarlas. Su reticencia es quizá comprensible; en 1977 se vio inundada de peticiones de pacientes de cáncer desesperados por probar el Essiac y está ansiosa por evitar que repita esa situación. Sin embargo, la misma mujer que fue decisiva para convencer a Caisse de que publicara su fórmula hace veinte años, hoy no está dispuesta a compartir sus conocimientos sobre Essiac.

Gary Glum, biógrafo de Caisse, también ha conseguido oscurecer y confundir la historia de Essiac. Glum, quiropráctico de Los Ángeles (California) conoció el trabajo de Caisse en 1985, cuando le presentaron a una enferma de cáncer que, al parecer, se había curado con la tisana. Muy impresionado, decidió seguir interesándose por Essiac y, al año siguiente, se puso en contacto con Mary McPherson, una amiga íntima de Caisse que había conservado todos los archivos personales de la enfermera. Al igual que Caisse y sus ayudantes en los años treinta, McPherson desconfió al principio de las preguntas de Glum, pero su reserva se descongeló y acabó los archivos. Según Glum, hizo dos viajes más a Bracebridge, y cada vez regresó a Los Ángeles con "grandes maletas llenas de papeles." En 1988 publicó una biografía muy partidista de Caisse, titulada ***Calling of an Angel*** (Llamada de un ángel), repleta de tentadores extractos de una correspondencia aparentemente prolífica entre la enfermera y pacientes, periodistas, funcionarios del gobierno y médicos simpatizantes. A pesar de su compromiso de hacer accesible Essiac, Glum no publicó la receta en sí. En cambio, al final del libro, ofrecía a los lectores la oportunidad de adquirir instrucciones grabadas en vídeo sobre el arte de preparar Essiac -por sólo 79,95 dólares-, aunque la receta en sí no es especialmente complicada o difícil. Está claro que la implicación de Glum con Essiac no ha sido totalmente altruista y, como veremos, su agenda personal para la tisana ha supuesto una de las amenazas más graves para su historia.

Tras leer su libro, me puse en contacto con Gary Glum en otoño de 1992 con la esperanza de acceder a los archivos de Caisse. Al igual que Eleanor Koldfosky, al principio Glum parecía dispuesto a dejarme ver los documentos, pero cuando llamé para ultimar los de mi viaje, su mujer me informó de que, por consejo de su abogado, habían decidido cerrar los archivos. Después de muchas llamadas telefónicas y cartas sin respuesta, aún no he podido acceder a esos documentos. Técnicamente, existen

mecanismos legales para recuperar documentos históricos que han salido del ". Canadá y Estados Unidos han aprobado leyes para proteger los tesoros culturales nacionales, y

ambos países han ratificado las recomendaciones de la UNESCO relativas a la protección de los bienes culturales muebles. Sin embargo, estas normas no sólo son difíciles de aplicar, sino que también están sujetas a diversas interpretaciones.(36) Probablemente el mayor obstáculo para la recuperación de los archivos de Caisse, por ejemplo, sea el hecho de que pocos funcionarios los considerarían de suficiente interés cultural, histórico o económico como para luchar por su devolución.3' Aunque las notas de Frederick Banting sobre el descubrimiento de la insulina se considerarían sin duda un tesoro nacional -digno de un considerable esfuerzo de recuperación si desaparecieran repentinamente-, los documentos de la medicina alternativa no suelen ser tan apreciados. En consecuencia, es posible que los archivos de Caisse nunca vuelvan a Canadá y que se pierda la receta original de Essiac, así como una gran cantidad de material relacionado con la historia social y médica de Ontario.

La intransigencia de Glum tiene implicaciones obvias para la historia de Essiac, pero su actitud también expone un problema más general al que se enfrentan los investigadores y archiveros interesados en la historia de la medicina alternativa. Al igual que Caisse, los defensores modernos de los remedios no convencionales pueden ser muy cautelosos con las investigaciones que se originan fuera de la comunidad médica alternativa. La decisión de Glum de denegarme el acceso a los archivos de Caisse, por ejemplo, bien pudo deberse a mi incapacidad para compartir su visión del mundo o de Essiac; yo no estaba dispuesto a respaldar la tisana como cura el cáncer, ni podía suscribir su teoría de que el gobierno canadiense y la profesión médica habían conspirado para suprimir una cura conocida para el cáncer. En otras palabras, los investigadores pueden encontrar resistencia a sus solicitudes de información sobre terapias alternativas a menos que estén dispuestos a adoptar la apariencia de un converso o un defensor. Los archiveros pueden verse doblemente perjudicados en sus relaciones con la comunidad médica alternativa. A menudo empleados por gobiernos, empresas u otras instituciones del "establishment", los archiveros pueden parecer íntimamente asociados con los "enemigos" de la medicina alternativa o incluso representantes de ellos. Desde luego, ni Glum ni Koldofsky estaban dispuestos a aceptar mi sugerencia de que los archivos en su posesión estarían más seguros y accesibles en un depósito oficial.

Aunque los seguidores de Caisse han contribuido al secretismo y la confusión que rodean actualmente a Essiac, las comunidades científicas y médicas habituales, así como el gobierno, no han sido menos culpables en este sentido. Por ejemplo, a principios de los años setenta Caisse consiguió convencer a funcionarios del Memorial Sloan-Kettering Cancer Center de Nueva York, uno de los centros de investigación oncológica más prestigiosos del mundo, para probar Essiac. Al principio me mostré bastante escéptica ante esta afirmación, pero decidí investigar más a fondo y me puse en contacto con el Rockefeller Archives Center y el Memorial Sloan-Kettering Cancer Center para obtener más información. Mis dos primeras series de cartas quedaron sin respuesta, pero entretanto recibí la confirmación de que las pruebas se habían

realizado; entre los documentos que me envió Health and Welfare Canada figuraba una carta de Chester Stock, un alto funcionario del Sloan-Kettering".

Recientemente reanudé mis esfuerzos para ver el material relativo a estos ensayos de Essiac, sólo para enterarme de que los archivos han sido restringidos indefinidamente por razones no cerradas. Mi experiencia tampoco tiene precedentes. Durante su investigación de la controversia sobre la vitamina C y el cáncer en la década de 1970, Evelleen Richards descubrió que la comunidad médica alternativa estaba entusiasmada con su trabajo, a veces excesivamente, mientras que los representantes de Clínica Mayo le negaban rotundamente el acceso a sus archivos.

El gobierno canadiense también ha tenido un profundo impacto en la historia del remedio de Caisse, especialmente tras el fracaso de los ensayos clínicos de Essiac a principios de la década de 1980. Como resultado de las gestiones de Respirin Corporation ante las autoridades sanitarias federales, se concedió a Essiac el estatus de "nuevo medicamento en investigación" o IND; en otoño de 1978, varios médicos de todo Canadá empezaron a administrar el remedio a enfermos de cáncer en fase terminal. Desgraciadamente, el protocolo de ensayo firmado para satisfacer a las comunidades científica y médica estaba mal concebido: no se hizo ningún esfuerzo por aleatorizar a los pacientes sometidos a tratamiento; la terapia no se probó en sujetos de control; y la investigación se consideró sesgada, ya que el tratamiento solía instituirse a petición de los pacientes. En consecuencia, tres años después de su inicio, el ensayo clínico de Essiac fue considerado "no concluyente" y cancelado por Health and Welfare Canada. Sin embargo, incluso después de la suspensión de las pruebas oficiales de Essiac, el gobierno trató de extender su control sobre la terapia.

Aunque los ensayos clínicos de Essiac no habían corroborado las afirmaciones de Respirin ni las de Caisse, al menos habían demostrado que la tisana era inocua. En consecuencia, bajo una considerable presión pública, las autoridades federales finalmente accedieron a poner la terapia a disposición de los pacientes por “compasión”. A lo largo de la década de 1980, Respirin Corporation fue la única fuente "oficial" de Essiac en Canadá, y ese privilegio se transfirió a Mankind Research Foundation, una empresa con sede en Massachusetts, en 1991, Respirin Corporation dejó de estar activa. Pero hoy en día los enfermos no pueden comprar Essiac al fabricante ni solicitar al gobierno el acceso a la terapia, sino que tienen que convencer a un médico para que intervenga en su nombre, y muchos facultativos habituales son reacios a hacerlo. Como concluía un periodista: "Si han diagnosticado un cáncer y quiere probar el tratamiento a base de hierbas de Renee [sic] Caisse, Essiac, tendrá que perseverar obtenerlo por los canales autorizados". Del mismo modo, los defensores de Essiac se toparon con un enorme muro burocrático en 1988 cuando intentaron que la terapia estuviera disponible a través de tiendas de productos sanitarios. Aunque la investigación sobre Essiac estaba moribunda y su estatus IND había caducado, los funcionarios del gobierno se negaron a sancionar esta estrategia de marketing. Jake Epp, Ministro de Salud y Bienestar Nacional, escribió: "El Essiac se considera un "nuevo medicamento"... Esto significa que las pruebas científicas de la seguridad y eficacia del essiac deben presentarse a la Subdivisión de Protección de la Salud de mi

Departamento, revisarse y considerarse adecuadas antes de que [pueda] comercializarse en Canadá".

Tras recibir la dudosa designación de "medicamento", Essiac ya no podía volver a transformarse en una inocua tisana. De este modo, los peores temores de Caisse de apropiación y supresión se hicieron realidad, hasta cierto punto, ya que su remedio se convirtió en una especie de rehén de la clase dirigente médica y política.

Es probable que la intervención gubernamental tuviera por objeto restringir el uso de Essiac; el material de educación pública publicado por Health and Welfare Canada sugiere que las autoridades federales compartían la convicción de la comunidad médica de que incluso las terapias inofensivas, como Essiac, son peligrosas porque tienden a desviar a los enfermos de cáncer de los beneficios de los tratamientos convencionales.

Sin embargo, la regulación oficial de Essiac no sólo no ha logrado frenar el interés popular, sino que ha contribuido directamente a la confusión y la controversia que rodean a la terapia. Impertérrito ante las restricciones gubernamentales, el público sigue informándose sobre Essiac y otros remedios no convencionales a través de redes informales, pero como esta a menudo es confusa o contradictoria, ahora existe un gran desacuerdo sobre la fórmula "real" de Essiac y quién la posee. Por ejemplo, aunque obtuve fácilmente una copia de la fórmula de de Elene Freer, conservadora de la Sociedad Histórica de Bracebridge, sólo pude hacer conjeturas sobre los orígenes de la receta, ya que ella no estaba dispuesta a divulgar sus fuentes. E incluso cuando tuve la receta en mis manos, me di cuenta de que hay muchas otras versiones de la impresas o en circulación, y muchos contendientes por el título de la terapia de Caisse.

Con el reciente resurgimiento de Respirin Corporation, el monopolio de Mankind Research Foundation en el mercado de Essiac se ha visto desafiado, y Elaine Alexander, una personalidad radiofónica de la Columbia Británica, también se ha establecido como competidora. En 1992, afirmó que Respirin Corporation -y, por tanto, Mankind Research Foundation- no disponía de la "fórmula final mejorada de Essiac" porque los directivos de la empresa habían insistido en adquirir la receta original de Caisse. Según Alexander, Caisse había modificado la fórmula en los años cincuenta y se la había confiado a Charles Brusch, médico, amigo y simpatizante de Massachusetts; Alexander se la habría comprado en 1988. Al año siguiente, firmó un contrato con Flora Distributors, una empresa de productos sanitarios, para fabricar, promocionar y distribuir la fitoterapia con el nombre de ***Flor Essence***. Mientras la receta estuvo en posesión de Caisse, al menos su procedencia estaba clara, aunque su composición no lo estuviera; sin embargo, en manos de generaciones posteriores, la integridad de la fórmula se ha visto seriamente comprometida.

El último acontecimiento en la saga de Essiac subraya las complicaciones de investigación y archivo que rodean a la fórmula. En 1994, vecinos de Bracebridge, entre ellos Mary McPherson, amiga de Caisse, decidieron montar una exposición en memoria de una de las ciudadanas más célebres de la ciudad. Naturalmente, querían incluir material de los archivos de Caisse, pero McPherson no pudo recuperar los documentos

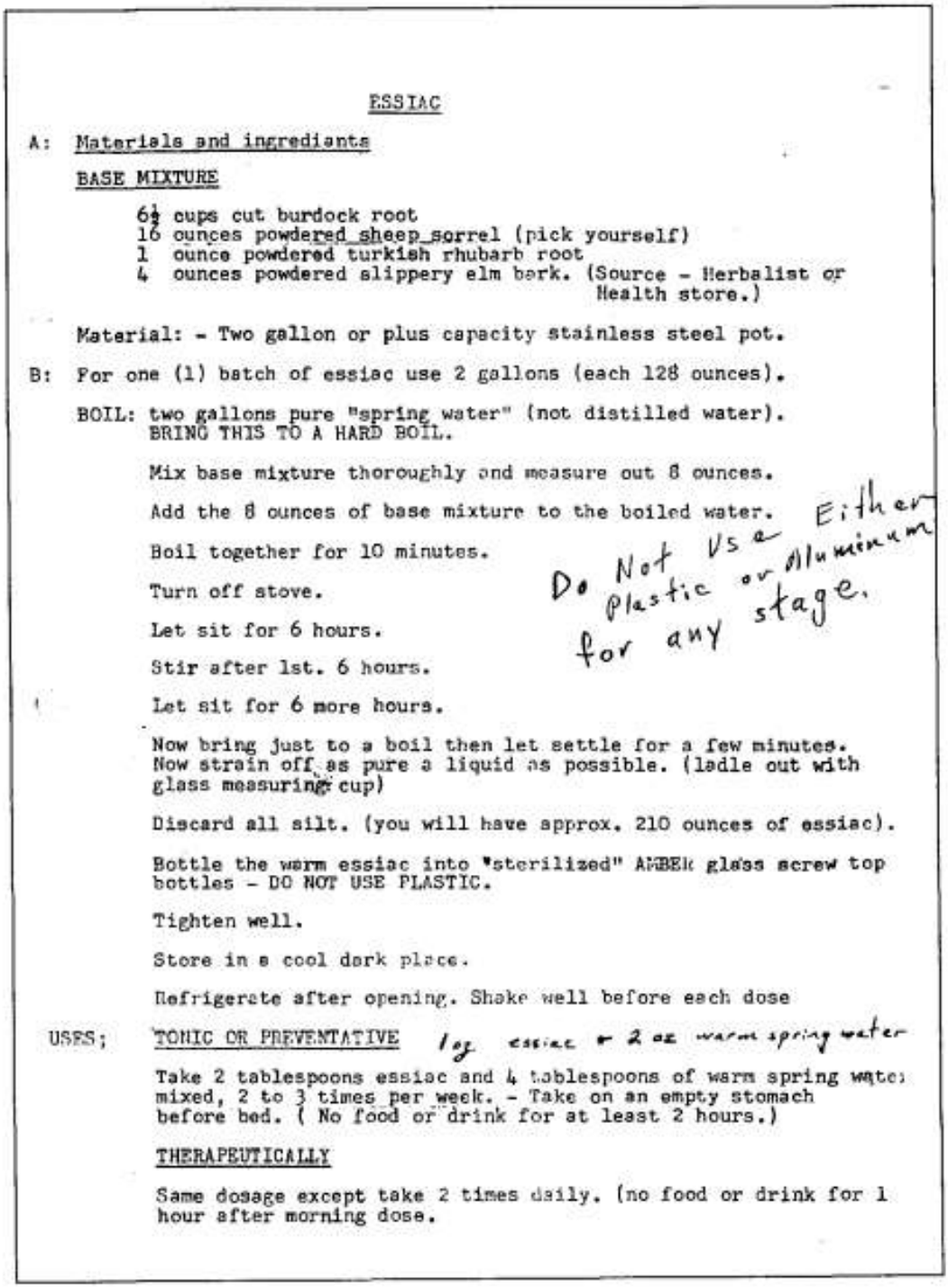
en posesión de Gary Glum. En consecuencia, decidió presentar una copia de la receta de Essiac, escrita de su puño y letra y notariada, en lugar de la versión de Caisse. McPherson también indicó que este documento podría entregarse a los enfermos de cáncer para asegurarse de que utilizaban la receta correcta. Sin embargo, la publicación de la fórmula de Essiac, que debería haberse hecho hace tiempo, puede ser insuficiente y llegar demasiado tarde.

No tenemos forma de saber qué contenía la receta original que Caisse adquirió en 1922, ni cómo pudo modificarla a lo largo de su vida. Del mismo modo, no tenemos ninguna pista sobre la experiencia de Caisse con la tisana, ni sobre su preparación ni sobre su administración. Y después de setenta y cinco años de ofuscación acumulada, no podemos autentificar fácilmente la fórmula ni apreciar su relación con otros registros de la vida de Caisse y de su familia. **Aunque finalmente se ha levantado el velo de secreto sobre la receta, es un documento huérfano, sin antepasados ni hermanos.**

A pesar de los muchos aspectos extraños y frustrantes de la historia de Essiac, sería inexacto sugerir que la historia de la medicina alternativa es por ello totalmente inaccesible. Los periódicos y revistas contienen con frecuencia referencias a los debates sobre la medicina no convencional, así como pistas sobre la perspectiva de los legos en la controversia. Las revistas médicas periódicas y las actas de las organizaciones médicas proporcionan información importante sobre las actitudes y opiniones de los profesionales. Dado que los organismos gubernamentales a menudo se ven implicados en el debate sobre la medicina no convencional, sus registros también pueden contribuir a nuestra comprensión de los médicos y las terapias alternativas.

No obstante, como demuestra la vida secreta de Essiac, la historia de la medicina no convencional suele plantear un reto formidable tanto a historiadores como a archiveros. Los documentos de los médicos alternativos rara vez son tan abundantes como los de los físicos; a menudo son menos accesibles. Las actitudes de la comunidad médica alternativa son en parte del secretismo que rodea a los tratamientos no convencionales, pero, como hemos visto, las autoridades médicas también pueden erigir barreras a nuestro conocimiento del pasado médico. Además, la legislación diseñada para proteger nuestro patrimonio nacional y cultural rara vez incluye los registros de curanderos considerados marginales desde el punto de vista social o médico.

A pesar de lo abrumadora que pueda parecer la tarea, debemos seguir esforzándonos por descubrir, recuperar y conservar los documentos relativos a la historia de la medicina alternativa, ya que mientras permanezcan ocultos, nuestra comprensión de la historia de la medicina será, en el mejor de los casos, incompleta.



ESSIAC

A: Materials and ingredients

BASE MIXTURE

6½ cups cut burdock root
16 ounces powdered sheep sorrel (pick yourself)
1 ounce powdered turkish rhubarb root
4 ounces powdered slippery elm bark. (Source - Herbalist or Health store.)

Material: - Two gallon or plus capacity stainless steel pot.

B: For one (1) batch of essiac use 2 gallons (each 128 ounces).

BOIL: two gallons pure "spring water" (not distilled water). BRING THIS TO A HARD BOIL.

Mix base mixture thoroughly and measure out 8 ounces.

Add the 8 ounces of base mixture to the boiled water.

Boil together for 10 minutes.

Turn off stove.

Let sit for 6 hours.

Stir after 1st. 6 hours.

Let sit for 6 more hours.

Now bring just to a boil then let settle for a few minutes. Now strain off as pure a liquid as possible. (ladle out with glass measuring cup)

Discard all silt. (you will have approx. 210 ounces of essiac).

Bottle the warm essiac into "sterilized" AMBER glass screw top bottles - DO NOT USE PLASTIC.

Tighten well.

Store in a cool dark place.

Refrigerate after opening. Shake well before each dose

Either Do Not Use Plastic or Aluminum for any stage.

USES; TONIC OR PREVENTATIVE 1 oz essiac + 2 oz warm spring water

Take 2 tablespoons essiac and 4 tablespoons of warm spring water mixed, 2 to 3 times per week. - Take on an empty stomach before bed. (No food or drink for at least 2 hours.)

THERAPEUTICALLY

Same dosage except take 2 times daily. (no food or drink for 1 hour after morning dose.

¿La receta "real" del Essiac? Copia cortesía de Elene J. Freer, Conservadora, Sociedad Histórica de Bracebridge.

ESSIAC: UN BUEN REMEDIO PARA EL CÁNCER EN ESTADO AVANZADO*

Por Jose Fco. Llinares Coloma

Sólo unos pequeños grupos en el mundo conocen un maravilloso remedio contra el cáncer en estado avanzado que también sirve para curar a las personas etiquetadas de SIDA. El nombre de **"ESSIAC"**, viene de escribir al revés el apellido de su gran promotora **René Caisse**. Ella fue una enfermera canadiense que durante más de 50 años trató a centenares de personas con este remedio hecho de plantas, al que llamó Essiac. En el hospital en el que trabajaba descubrió la fórmula a través de una paciente que había sido curada de cáncer. **El remedio se lo había ofrecido un herborista de una tribu nativa.**

Rene dejó el hospital a la edad de 33 años y se fue a Bracebridge, en Ontario, Canadá, donde empezó a administrar el Essiac a muchas personas. La mayoría de los pacientes que trató traían como referencia cartas en las que los médicos certificaban que padecían alguna forma de cáncer incurable o terminal, y que habían sido desahuciados por la medicina. **René se dedicó a conseguir las plantas y preparar el remedio en su propia cocina, en un edificio que acondicionó para sus pacientes.** En los casos en que había un daño severo en los órganos vitales, sus pacientes murieron, pero su vida se prolongó más allá de lo que los médicos habían predicho y, lo más significativo, vivieron sin dolor. Incluso algunos declarados como terminales o desahuciados, pero sin daños severos en los órganos vitales, se curaron y vivieron 35 ó 40 años más. **También tuvo éxito con diabéticos**, muchos de los cuales pudieron dejar de tomar insulina, y también con personas que padecían problemas graves de tiroides.

Tras la muerte de Rene, todos sus apuntes y registros fueron quemados. Este hecho, aunque parece algo salvaje, es bastante habitual en el negocio de la enfermedad.

Debido a que en cada región los nombres vulgares de las plantas cambian, recomiendo que se ciñan al nombre en latín para evitar errores. **Es muy importante que las plantas hayan sido cosechadas correctamente y no hayan sufrido tratamiento químico o esterilización**, pues ello podría anular totalmente sus efectos terapéuticos.

> Las cuatro plantas que componen el remedio son las siguientes:
>
> **Raíz de bardana o lampazo (arctium lappa**): es un purificante de la sangre y la linfa. Estimula la eliminación de toxinas y el funcionamiento hepático. Contiene vitamina A y selenio, que ayudan a eliminar radicales libres; y cromo, que regula los niveles de azúcar en sangre.
>
> **Acedera (rumex acetosella)**: limpia la sangre y mejora la función del hígado y del páncreas, estimulando el crecimiento de tejido nuevo. Aumenta el nivel de oxígeno en las células de los tejidos. Se dice qe la acedera tiene la capacidad de amalgamar las células cancerosas, evitando la metástasis.

* *Extraído del libro: "MANUAL DE INSTRUCCIONES DEL CUERPO HUMANO",* de Jose Fco Llinares.

Corteza de olmo (ulmus fulva): su principal componente es un mucílago que contribuye a la eliminación de toxinas. Ayuda a restaurar el plasma sanguíneo y la linfa.

Raíz de ruibarbo (rheum palmatum): contiene ácido málico, que mejora la oxigenación del organismo y estumula el proceso de curación. Posee propiedades antibióticas y antitumorales.

Aunque en la fórmula original del Essiac no está, hay personas que le añaden **uña de gato (uncaria tormentosa)**. Es una liana de la selva andina que ha sido usada durante siglos por los indígenas; según parece, ofrece buenos resultados. Mi recomendación al respecto es que la tomen aparte.

La cantidad de los ingredientes para la preparación son:

- Un litro y medio de agua (indispensable que sea destilada).
- 1 tacita de café de raíz de lampazo, cortada.
- 30 gramos de acedera en polvo.
- 5 gramos de raíz de ruibarbo en polvo.
- 10 gramos de corteza de olmo en polvo.

PREPARACIÓN:

- Mezclar muy bien los ingredientes secos.
- Poner al fuego el agua destilada en una olla de acero inoxidable hasta alcanzar la ebullición. Si el agua destilada ha estado conservada en recipientes de plástico, puede que haya absorbido monóxido de carbono de la atmósfera, cosa que no ocurre si se guarda en botellas de cristal. En este caso, se debe dejar hervir unos 15 minutos antes de agregar las hierbas para que se evapore el dióxido de carbono disuelto.
- Agregar la mezcla de hierbas, remover, tapar y mantener el hervor a fuego lento durante 10 minutos.
- Apagar el fuego, destapar, rascar los restos de los costados del recipiente, mezclar y volver a tapar.
- Dejar el recipiente tapado y en reposo durante 12 horas. Este período es muy importante para la extracción de ciertos principios activos de las plantas.
- Encender nuevamente el fuego y mantener el recipiente caliente durante 20 minutos, evitando que llegue al punto de ebullición.
- Apagar el fuego y colar de inmediato la decocción en otro recipiente de acero inoxidable.
- Limpiar el primer recipiente y volver a colar con un colador de tela o muy fino.
- Introducir el líquido caliente en las botellas esterilizadas (hervidas previamente) cerrando herméticamente.
- Cuando las botellas se hayan enfriado, colocarlas en el refrigerador.

Esta cantidad de litro y medio de líquido **se tomará de la siguiente forma:**

En los casos graves, 100 gramos diarios, 50 por la mañana en ayunas y 50 antes de dormir después de terminar la digestión de la cena, de manera que se terminará el litro y medio en 15 días. Se continuará con el tratamiento hasta obtener la mejora.

Para prevención, se tomará la mitad de la dosis anterior y el remedio durará un mes. No es conveniente hacer más cantidad y que dure más tiempo, pues no lleva conservantes.

Antes de cada toma se agitará bien la botella par que se mezcle bien. Si el cáncer es de estómago, se debe diluir cada dosis en un vaso de agua destilada en el momento de tomarla.

BIBLIOGRAFÍA

CALLING OF AN ANGEL	Dr. Gary L. Glum
ESSIAC, A Native Herbal Cancer Remedy	Cynthia Olsen
THE STORY OF ESSIAC	René M. Caisse
THE ESSIAC HANDBOOK	James Percival
ESSIAC: The Secret Life of a Document	Barbara Clow
MANUAL DE INSTRUCCIONES DEL CUERPO HUMANO	Jose Fco. Llinares Coloma

Páginas web

https://essiaclibrary.com/

https://essiaccouncil.org/

https://essiacinfo.org/

https://www.facebook.com/groups/EssiacTeaUsers

https://renecaissetea.com/

Dónde comprar Essiac

https://genuineessiac.com/es

https://us.essiac-resperin.com/

https://just-t.com/

https://www.essiacspain.com/

https://web.pamiesvitae.com/tienda/essiacvita/